

**FIGURAS Y REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN EL DISCURSO DE LA MODA:  
MEDELLÍN, 1960-1970**

**MARÍA CAROLINA CUBILLOS VERGARA**

**UNIVERSIDAD EAFIT  
ESCUELA DE CIENCIAS Y HUMANIDADES  
MEDELLÍN  
2012**

**FIGURAS Y REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN EL DISCURSO DE LA MODA:  
MEDELLÍN, 1960-1970**

**MARÍA CAROLINA CUBILLOS VERGARA**

**Tesis presentada como requisito para optar al título de:  
Magíster en Estudios Humanísticos**

**Directora:  
Ph. D. Cruz Elena Espinal Pérez**

**UNIVERSIDAD EAFIT  
ESCUELA DE CIENCIAS Y HUMANIDADES  
MEDELLÍN  
2012**

## TABLA DE CONTENIDO

	<b>Pág</b>
RESUMEN	3
INTRODUCCIÓN	4
1. ESTUDIOS SOBRE LA MODA EN COLOMBIA	13
2. MARCO TEÓRICO/CONCEPTUAL: ALGUNOS ANTECEDENTES EN EL ESTUDIO DE LA MODA	20
2.1 BARTHES Y LIPOVETSKY: SU CONCEPTUALIZACIÓN DE LA MODA	23
2.1.1 Puntos de convergencia entre Lipovetsky y Barthes	28
2.2 IDEOLOGÍAS, IMAGINARIOS, REPRESENTACIONES SOCIALES: RELACIONES CONCEPTUALES	31
3. LOS AÑOS MARAVILLOSOS: LOS VERTIGINOSOS CAMBIOS DE UNA DÉCADA	41
3.1 LOS AIRES EN LA BELLA VILLA	42
3.2. DE TIRANOS Y DE MODAS	63
3.2.1 Y el espectáculo continuó en las calles	69
3.3 LAS MUJERES EN EL CONTEXTO NACIONAL	79
4. EL ESTATUS DE LA MUJER EN LA PRENSA: LA ARTICULACIÓN ENTRE REPRESENTACIONES Y CONTEXTO SOCIAL	102
4.1 EL DESPERTAR FEMENINO: LA MUJER MODERNA	108
4.2 LA MUJER TRABAJADORA: EL PRECIO DE SU CONQUISTA	138
4.3 EL TRINOMIO MUJER-ESPOSA, MUJER AMA DE CASA, MUJER-MADRE: LA CONTINUACIÓN DE UNA TRADICIÓN	157
4.4 EL NUEVO ESTATUS DE LA MUJER SOLTERA Y DIVORCIADA	182

4.5 ACERCA DE LAS MANIQUÍES Y LAS REINAS	191
4.6 LA MUJER Y SU INCURSIÓN EN LA POLÍTICA	202
5. LA CONJUNCIÓN PERFECTA: LA MODA Y LA BELLEZA	212
5.1 JUVENTUD: ¡DIVINO TESORO!	226
5.2 LA BELLEZA FEMENINA Y LA MUJER “ROMPECABEZAS”	238
5.3 EL CUERPO FÍSICO Y LA BELLEZA	249
5.4 EL UNIVERSO FEMENINO Y LOS DICTADOS DE LA MODA	275
6. CONCLUSIONES	298
BIBLIOGRAFÍA	309
LISTADO DE CUADROS	317
LISTADO DE GRÁFICOS	318
LISTADO DE ILUSTRACIONES	319

## **RESUMEN**

Esta investigación analizó las representaciones sociales relacionadas con la mujer, promocionadas en el discurso periodístico de la moda en Medellín durante la década del sesenta, un periodo caracterizado por la aparición de una “ola de consumo” mediático y vestimentario, en conjunto con la propagación de los nuevos ideales destinados a la realización personal, que generaron una transformación paulatina en las representaciones sociales vigentes en la ciudad. Con el fin de comprender los procesos de transmisión de las representaciones que definieron los roles tradicionales femeninos y los roles que fueron signos de los cambios sociales y culturales, esta investigación utilizó el método del Análisis del Discurso, una herramienta útil que permitió estudiar el contexto social, político y económico en que surgieron y se desarrollaron como creaciones simbólicas de apropiación de la realidad configuradas por los grupos sociales.

**Palabras claves: Moda, Discurso, Mujer, Representaciones sociales, Medellín, Roles**

## **ABSTRAC**

This research analyzed the social representations regarding women promoted in the fashion journalistic discourse during the sixties decade in Medellín city. It was a period of time characterized by the emergence of media and clothing “consumer wave”. It went together with the spread of new ideals of personal fulfillment. These aspects produced a gradual transformation on the existing social representations in the city. This research used the discourse analysis method with the purpose of understanding the transmission processes of representations which defined traditional female roles and those roles symbol of social and cultural changes. This method is a helpful tool that allowed studying the social, political and economic context in which they emerged and developed as symbolic creations of appropriation of reality constructed by social groups.

**Key words: Fashion, Discourse, Woman, Social representations, Medellín, roles**

## INTRODUCCIÓN

En el libro *Sociología de la moda* René König señaló que la moda no es ajena a los cambios producidos en una época, convirtiéndose en el reflejo de las condiciones de un momento histórico. Como manifestación propia del hombre, los cambios en la apariencia física muestran las transformaciones en el devenir de las sociedades, constituyéndose en un signo externo y visible de profundas alteraciones económicas, de los cambios de roles sociales, de las formas de pensamiento y del mismo concepto que tienen los miembros de una sociedad.<sup>1</sup> Aunque es un elemento representativo de los valores y significados de la cultura moderna, un objeto de análisis que muestra indicios claves para la interpretación de las vicisitudes ocurridas en el seno de la sociedad, dentro de la historia tradicional se ha catalogado como un fenómeno de corta duración, frívolo y de poca relevancia para la investigación.<sup>2</sup>

Esta consideración preliminar pone al descubierto una realidad inquietante dentro del campo de la historiografía colombiana: la existencia de un pequeño universo de expresiones humanas y discursos relacionados con el fenómeno de la moda que indague por sus representaciones y conexiones con el contexto socioeconómico y político en el cual se desarrollaron. Si bien existen estudios antropológicos, históricos y sociológicos relacionados con el análisis de las tendencias y variaciones materiales en el vestuario en diferentes épocas,<sup>3</sup> la justificación más importante para realizar esta investigación se centró en la necesidad de ampliar los conocimientos relacionados con las representaciones sobre la mujer en el discurso de la moda, materializadas en algunas de sus esferas significativas como la cosmética, la estética y la vestimenta, las cuales se constituyeron en indicios claves para mostrar el tránsito de una sociedad tradicional hacia

---

<sup>1</sup> LURIE, Alison. El lenguaje de la moda. Paidós: Madrid, 1994, p. 79

<sup>2</sup> SQUICCIARINO, Nicola. El vestido habla. Consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria. 2ª ed., Madrid: Cátedra, 1986, p. 171

<sup>3</sup> En el ámbito nacional, las obras relacionadas con el estudio de la moda son pocas y en su mayoría, son enfoques someros que describen las formas de vestir en un determinado período. De esta manera, se incluyen los textos *La prisión del vestido* y *Un siglo de moda en Colombia, 1830-1930* de Aída Martínez Carreño; *Cultura del vestuario en Colombia* de Antonio Montaña y *la Historia del traje en Colombia de Celanese Colombiana*. Otros artículos como "Trajes regionales de Colombia" de Pompilio Betancur y "Notas sobre la evolución del vestido campesino en Colombia Central" de Orlando Fals Borda, son estudios antropológicos e históricos que dan cuenta de la evolución del traje en diferentes regiones del país.

unas tendencias que fueron la firme expresión de la fiebre moderna por las novedades y los modelos de otras latitudes promocionados abiertamente en la prensa.<sup>4</sup>

A partir de estas consideraciones preliminares, esta investigación histórica se centró en el periodo de la década del sesenta, conocido también como la “Edad de Oro”, un momento donde la economía mundial creció a un ritmo vertiginoso gracias a la reestructuración del capitalismo y el avance en la internacionalización de la economía, lo cual se tradujo en el creciente fenómeno de urbanización de las ciudades generado por la migración campesina y en el desarrollo de tecnologías y artefactos de fácil acceso por su bajo costo.<sup>5</sup>

Ahora bien, el resplandor del mercado internacional no hubiera alcanzado amplias proporciones sin los medios de comunicación y el cine, principales mecanismos de difusión del ideal de consumo entre las personas. La moda no fue ajena a estas transformaciones y se inauguró una segunda fase dominada por la producción en serie (prêt-à-porter) y las nuevas tendencias promocionadas por creadores que asimilaron la novedad en la moda, con la audacia y el ensalzamiento de la juventud proclamado abiertamente tras la aparición de la llamada “cultura juvenil” (street wear).<sup>6</sup>

Consecuentemente, esta “ola de consumo” mediático y vestimentario estuvo acompañada de cambios trascendentales y significativos en la reasignación de roles sociales y en la transformación paulatina de las representaciones socioculturales, situación que se tradujo en la búsqueda de la realización personal fundamentada en el fenómeno de la cultura juvenil que cuestionó las antiguas formas de vida. Como resultado de este proceso ideológico y social, se presentó una lenta metamorfosis de las representaciones relacionados con el género femenino, al permitir la difusión de una forma de conciencia

---

<sup>4</sup> Si bien es cierto que la expresión relacionada con un orden “más democrático” obedece al desarrollo histórico de Europa y Estados Unidos entre la década de cincuenta y setenta, esta nueva dinámica social también se hizo presente en la sociedad medellinense a través de la publicidad, el cine e incluso las personas que viajaban al exterior. Las críticas relacionadas con estas nuevas representaciones sociales publicadas en la prensa de tendencia católica, también hicieron evidente este proceso paulatino de asimilación de una tendencia democrática que incorporó a la mujer como un sujeto autónomo y con derechos. LIPOVETSKY, Gilles. El Imperio de lo efímero. Barcelona, Anagrama: 1990; LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. Barcelona: Anagrama, 1999 y CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina. El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales, 2006

<sup>5</sup> HOBBSAWM, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Editorial Crítica, 1995, p. 272

<sup>6</sup> LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994, pp. 123-124

femenina en la cual se reivindicó su posición social y sus derechos sexuales. Esta situación se vio favorecida por el ingreso de un número bastante significativo a la vida laboral; el acceso a la educación superior, la participación política, en un principio visible a través del sufragio, y el desarrollo de mecanismos de planificación como la píldora femenina (1961), que permitió la exploración de su cuerpo y el disfrute de una sexualidad sin fines reproductivos.

En el caso específico de Medellín, una ciudad reconocida por la existencia de una sociedad tradicional influenciada por los valores cristianos, estos cambios encontraron el campo propicio para su difusión y asimilación gracias al proceso de modernización urbana iniciado con mayor trascendencia después de la década del treinta y que continuó con un rumbo acelerado durante esta década, propiciado por la ampliación o desarrollo de nuevas industrias y el aumento en sus niveles de competitividad en un mercado internacional cada vez más exigente y dinámico.

En medio de este proceso de modernización industrial y urbanístico, las mujeres comenzaron a salir de la “tutela familiar” y se incorporaron en un número creciente como fuerza de trabajo asalariada, no sólo en las fábricas de textiles, tabaco, trilladoras, imprentas y alimentos, sino también en los sectores de servicios públicos, financiero y comercial. Como producto de la dinámica capitalista que pretendió integrar con mayor facilidad este tipo de mano de obra barata, se impulsaron varios proyectos de ley que significaron logros importantes en relación con su condición civil y política, al integrarla como sujeto de derecho en los asuntos económicos (Ley 83 de 1931 y Ley 28 de 1932), educativos a nivel universitario (Decreto 1972 de 1933), laborales (Reforma Constitucional de 1936) y políticos (derecho al voto).

No obstante, por encima de estos acontecimientos que mostraron los logros alcanzados en estos aspectos, el proceso de integración femenina fue indicio de transformaciones más profundas en las representaciones sociales, que significaron un cambio paulatino del orden tradicional fundamentado en la moral cristiana, hacia la construcción de nuevos códigos que comenzaron a definir su manejo del cuerpo, su identidad y sus roles en función de las tendencias modernas. Lo anterior cobró mayor fuerza cuando los medios de comunicación y de entretenimiento como el cine (estrellas del cine y películas), la



radio, la prensa y, en menor medida la televisión, difundieron entre un público cada vez más amplio imágenes que evocaron los modelos extranjeros y “bombardearon” a las personas con productos, bienes y servicios, que intensificaron la necesidad de consumo dentro una sociedad capitalista.

En este panorama, la moda vestimentaria y de accesorios apareció como “estrategia de poder” utilizada dentro de la dinámica capitalista,<sup>7</sup> para construir ideales que promovieron el deseo o consumo de objetos novedosos y, por consiguiente, la renovación constante de estos bienes, una situación necesaria para dinamizar la producción industrial local. Aun así, no se puede desconocer que en su esencia estuvo el propósito subyacente de servir como medio de expresión de la individualidad, específicamente de su principal usuario y sujeto de su discurso, la mujer, quien posiblemente recurrió a este “artificio” para iniciar su labor de “autoapropiación” y “autocreación” de su individualidad mediante su incursión en otros ámbitos propios del mundo exterior (laboral, político, universitario), superando lentamente las representaciones tradicionales acerca de su ser y sus funciones ligadas estrictamente a la subordinación masculina y el cumplimiento de su rol doméstico.

Por este motivo, más allá de la descripción de las tendencias y estilos de la moda en Medellín, el centro de interés de esta investigación se concentró en el análisis del discurso de la moda en la prensa a partir de los siguientes interrogantes: ¿cuáles fueron las estrategias discursivas utilizadas para promocionar las tendencias modernas o, por el contrario, para criticar su incorporación en la sociedad?; ¿cuáles variantes y nuevas configuraciones del rol femenino se desarrollaron a raíz de los cambios socioeconómicos ocurridos en Medellín durante la década del sesenta?; ¿cuáles tendencias sociales e ideológicas pudieron ser referentes para la construcción de las diferentes representaciones de la mujer?, ¿cuáles claves o pautas relacionadas con el desempeño de los nuevos roles en la mujer suministró el discurso de la moda?.

Con el fin de responder a estos interrogantes, sin dejar de lado su relación con el contexto socioeconómico y cultural en donde evolucionaron estas representaciones en la sociedad, se consideró importante definir para el desarrollo de la investigación un enfoque analítico relacionado con la historia cultural y la semiótica, lo cual implicó el estudio del discurso

---

<sup>7</sup> ESPINAL PÉREZ, Cruz Elena y RAMIREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Cuerpo civil, controles y regulaciones: Medellín, 1950. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006, p.118

expuesto en la publicidad y en los diferentes artículos relacionados con la moda (páginas sociales, publicidad, páginas femeninas y de moda) a partir de los planteamientos teóricos expuestos por Gilles Lipovetsky y Roland Barthes.

Desde el punto de vista teórico, la investigación estuvo enmarcada en varios conceptos sensibilizadores: el concepto “moda” definido a partir de la propuesta de Lipovetsky que lo concibió como un signo distintivo de la era moderna en Occidente, centrado en la negación de un pasado inmemorial y en la renovación permanente como característica propia de la sociedad de consumo inmersa en el sistema capitalista. Otro punto de anclaje se encontró en el significado de la “moda abierta”, fase subsiguiente a la “moda centenaria” dominada por las casas de Alta Costura, en la cual se redujeron sustancialmente las diferencias estéticas entre los géneros y las clases sociales, a través de la construcción de variables más sutiles de diferenciación en la apariencia durante la década del sesenta.<sup>8</sup>

La visión histórica y filosófica propuesta por Lipovetsky tuvo como punto de conexión con el análisis del discurso la propuesta estructuralista del semiólogo Ronald Barthes, quien en su libro *El sistema de la moda* sentó las bases para el estudio del fenómeno de la Moda como un sistema de signos lingüísticos que dotaron al vestuario común de una variedad de significados, lo cual permitió trascender su realidad material ligada al análisis de su práctica y sentido social, para convertirlo en un arsenal de sentidos con una finalidad comunicativa.<sup>9</sup>

Con el fin de comprender la transcendencia de este discurso en el contexto sociocultural y las formas materiales que cobraron vigencia con respecto a su función comunicativa, también fue necesario retomar el concepto de representaciones propuesto por Roger Chartier, quien las catalogó como matrices de prácticas constructivas del mundo social que permiten comprender los imaginarios y símbolos constitutivos de la identidad de una sociedad.<sup>10</sup> A partir de esta concepción, el texto es concebido como un producto histórico

---

<sup>8</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 146-147

<sup>9</sup> MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. *Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas*. Madrid: Tecnos, 1998, p. 113

<sup>10</sup> CHARTIER, Roger. *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*. 5ª ed., Barcelona: Gedisa, 2002, p. 56

en el cual se interrelacionan la lógica de la producción de los discursos, con el contexto social y las disposiciones técnicas y materiales para su elaboración y difusión.

Este último planteamiento fue bastante significativo para la investigación, en la medida que permitió concebir el texto periodístico como un discurso que actúa de “agente de conocimiento” dentro un espacio y tiempo definido, y no un “medio pasivo de información” o “realidades materiales de segundo orden”. Lo anterior también se corroboró con las percepciones de Ruth Wodak, Michael Meyer y Teun van Dijk, teóricos que definieron el discurso como una estructura abstracta compuesta por jerarquías complejas de interacción y prácticas sociales, encargadas de establecer el vínculo entre el plano enunciativo y el sistema de valores y signos de una época determinada.<sup>11</sup> El discurso, entonces, tiene un papel fundamental dentro los estudios sociales al ser considerado un fenómeno práctico, social y cultural, que posee una dinámica propia frente a la realidad material, hasta el punto de configurarla y llenarla de sentido a través de sus significados y complejos de pensamientos construidos en el tiempo.

A partir de esta perspectiva teórica, el estudio de las representaciones de la mujer en el discurso de la moda implicó partir de una metodología enfocada en el aspecto cualitativo, centrada en la interpretación y análisis de los textos periodísticos y publicitarios, con el fin de comprender los procesos de significación en la transmisión de las representaciones vigentes en la época estudiada, en relación con el contexto social donde se originaron y, específicamente, con los roles tradicionales femeninos y los roles catalogados síntomas de las transformaciones sociales y culturales.

De esta forma, el Análisis del Discurso se presentó como una herramienta útil para identificar en el discurso de la moda, el conocimiento y la acción formativa que moldea una sociedad en un determinado espacio y tiempo, así como los contextos concretos en que se originaron y los discursos precursores de éstos.<sup>12</sup> En el caso específico de esta investigación, un método de esta naturaleza permite a su vez adentrarse en el contexto

---

<sup>11</sup> WODAK, Ruth y MEYER, Michael. Métodos de análisis crítico del discurso. Barcelona: Gedisa, 2003, p. 21 y VAN DIJK, Teun. La noticia como discurso: Comprensión, estructura y producción de la información. Barcelona: Paidós, 1990, p. 26

<sup>12</sup> VAN DIJK, Teun. El discurso como interacción en la sociedad. En: VAN DIJK, Teun (comp.). El discurso como interacción social: Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria. 2 ed. Barcelona: Gedisa, 2001, p. 62

social, político y económico en que surgieron y se desarrollaron las representaciones sociales de la mujer, como creaciones simbólicas de apropiación de la realidad configuradas por un grupo social legitimador de un orden establecido.

En este sentido, partiendo de la propuesta de Teun van Dijk, se procuró establecer los vínculos teóricos y prácticos entre el discurso y la sociedad más allá de la propuesta estructuralista enfocada en el plano semántico y sintáctico, que focalizó el estudio del discurso en el terreno abstracto y sincrónico. Por esta razón, los discursos promocionados en la prensa fueron examinados mediante el análisis crítico de los procesos cognitivos, la sociedad y el discurso a través de tres categorías esenciales: la *acción*, variable desde la cual se concibió el discurso como una forma de acción social consciente e intencional que produce consecuencias en la realidad; el *contexto* que permitió definir la relación e influencia mutua y continúa ejercida entre el discurso y la parte estructural del ambiente histórico originario; el *poder* que estableció las estrategias de persuasión usadas por los grupos sociales para generar una intención de actuar entre los actores,<sup>13</sup> y la *ideología*, visualizada como un conjunto de representaciones mentales básicas y abstractas de la cognición social de los grupos (conocimiento, identidad, normas, valores), encargada de coordinar los actos y las prácticas de los miembros sociales individuales de un grupo, junto con las prácticas derivadas de la interrelación entre diferentes colectividades.

La pretensión de reconstruir una historia centrada en las representaciones que llenaron de sentido y significado la configuración del sujeto “mujer”, no obstante, debió limitarse a una fuente primaria específica entre el abanico de posibilidades existentes para su estudio desde una dimensión histórica. Bajo estas circunstancias, los mensajes informativos consignados en los artículos y anuncios publicitarios difundidos en la prensa (*Cromos*, *Nosotras*, *Fabricato al día*, *El Obrero Católico* y *El Colombiano*) fueron importantes porque destacaron explícita o implícitamente las transformaciones en el papel desarrollado por el sexo femenino en la sociedad de Medellín, como producto de su creciente incorporación a la vida social y pública a partir de su definición en sujeto político y de derecho.

---

<sup>13</sup> En el caso de la moda, su discurso puede ser catalogado como persuasivo porque implícitamente a través de argumentos y otras formas de persuasión, pretende conseguir a través de sus dictámenes. una forma de actuación controlada en el individuo desde el plano material y simbólico. Por este motivo, su incumplimiento puede traer consecuencias no deseadas en el ámbito social, como alcanzar cierta imagen que brinde prestigio y aceptación dentro del círculo social.

La finalidad del estudio de este corpus de información consistió en identificar las estrategias discursivas en donde se vislumbraron las representaciones relacionadas con la mujer, pero sin dejar de lado su conexión con el contexto, para develar el sentido y significado de los acontecimientos y los sistemas de valores vigentes en la sociedad de la década del sesenta. Por este motivo, el concepto moda en consonancia con la noción de belleza física, se constituyeron en los puntos de referencia que se conectaron con las unidades de análisis planteadas previamente (representaciones, roles sociales, mujer, relaciones con la sociedad y las personas), en la medida en que ambas expresiones contribuyeron a revalidar el peso de las representaciones estéticas tradicionales, así como los valores democráticos en boga en Estados Unidos y en algunos países de Europa cimentados dentro de una "lógica de producción-consumo-comunicación de masas".<sup>14</sup>

Dos anotaciones finales. Aunque los resultados de esta investigación se pueden catalogar como una radiografía parcial del origen y desarrollo de unos nuevos roles femeninos propios de una dinámica capitalista y quizás moderna, es necesario tener presente que este fenómeno fue producto de un proceso paulatino de larga duración, no radical pero tampoco espontáneo, el cual coexistió con los roles tradicionales convalidados durante siglos por el predominio de un sector conservador en la ciudad.

Tampoco se puede olvidar la dificultad derivada en el análisis de esta clase de fuente primaria para comprender las repercusiones sociales de estas configuraciones simbólicas, en la medida en que su análisis está limitado al reconocimiento de algunas representaciones características de ciertos sectores de la sociedad, especialmente de la clase alta y media, que tuvieron mayores posibilidades económicas y educativas para emprender y dirigir una empresa de carácter periodístico. Lo anterior no quiere decir que el impacto de estas representaciones constituya un elemento álgido para resolver. Al respecto, Roger Chartier señaló que las representaciones son el resultado de ese entramado social en el cual se combinaron las ideas, el desarrollo material y técnico de una sociedad, junto con los acontecimientos sociales y tendencias ideológicas propias de una época histórica. Esto quiere decir que aunque estas representaciones promovidas en el discurso de la moda fueron creadas desde ciertos sectores sociales, no se debe

---

<sup>14</sup> Lipovetsky, Gilles. La tercera mujer: Permanencia y revolución de lo femenino. 3ª ed. Barcelona: Anagrama, 1999, p. 143

desconocer el impacto mayor o menor que generaron en el resto del conglomerado social, como producto de su difusión en otros ámbitos diferentes a la prensa.

## 1. ESTUDIOS SOBRE LA MODA EN COLOMBIA

La moda es catalogada actualmente en el ámbito de los estudios culturales<sup>15</sup> como expresión de los grandes cambios políticos, económicos, sociales, tecnológicos y culturales experimentados por una sociedad. Por este motivo, ha sido considerada objeto de análisis para intentar describir uno o varios de sus aspectos, como la evolución del vestuario y los factores económicos, culturales y sociales que influenciaron los diferentes estilos en una época determinada.

Algunos de los antecedentes más representativos en esta materia, se detienen en la descripción de ciertas expresiones del fenómeno de la moda en una época (formas, siluetas, colores, diseños, accesorios, texturas, maquillaje), sin procurar establecer su conexión con el contexto social y cultural en el cual se desarrollaron y evolucionaron, resaltando específicamente los valores e ideales estéticos que fueron promocionados en la sociedad colombiana en diferentes épocas.

En este grupo de trabajos se encuentra la *Historia del traje en Colombia*<sup>16</sup>, en el cual se recreó en pequeñas imágenes acompañadas de descripciones de los trajes de cada época (desde la colonia hasta el siglo XX), la evolución del vestuario en el país entre las diferentes clases sociales. Aunque las fuentes empleadas son variadas y se incluyeron las pinturas y grabados españoles y franceses; diferentes retratos pintados por el francés George Arnulf; pinturas de Gregorio Vásquez Ceballos; láminas de la Comisión Corográfica; dibujos de Ramón Torres Méndez; imágenes de obras literarias de José

---

<sup>15</sup> En el campo específico de la Historia, los estudios relacionados con la cotidianidad, las instituciones, las creaciones artísticas, las costumbres o las tradiciones, tuvieron sus orígenes a mediados del siglo XX cuando comenzó un cambio de orientación en el análisis de los hechos que buscaron establecer las relaciones entre distintos órdenes de poder (no sólo político-estatales) y los modos como las personas y las instituciones a las cuales pertenecen perciben el mundo, interpretan los hechos y construyen sus significaciones, normas y condiciones de existencia. Esta nueva perspectiva llamada Historia Cultural, aunque no tuvo en sí misma un estatuto de cientificidad que lo respaldara, ha sido reconocida a través de los aportes conceptuales realizados por Carlo Ginzburg, quien trabajó la noción de cultura popular y el concepto de circularidad en las expresiones culturales; Michel Foucault centrado en estudio de los juegos de poder y los dispositivos de control; Robert Chartier y las representaciones; Norman Pounds y su contribución al estudio de la cultura material y la vida cotidiana; Michel de Certeau y la teoría de las microresistencias o Peter Burke y las formas de hacer historia cultural. DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo y CUBILLOS VERGARA, M. Carolina. Un panorama de las historias de las culturas en Colombia. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, pp. 17-18

<sup>16</sup> CELANESE COLOMBIANA S.A. Historia del traje en Colombia. s.d: Ediciones Sol y Luna, 1960

Caicedo Rojas, José María Cordobés Moure y Pedro Ibáñez, son evidentes las falencias en cuanto al manejo crítico de las fuentes.

Otra fuente secundaria para reconstruir la historia gráfica de la moda en Colombia es el libro *Así vistió Colombia entre 1550 y 1950*<sup>17</sup> del cubano Augusto Montenegro, un compendio de imágenes organizadas en forma cronológica del vestuario femenino y masculino característico en los diferentes épocas de la historia de Colombia. El punto de inicio de esta cronología comienza con el período de la Colonia, omitiendo el vestuario característico de la época prehispánica, debido al carácter de su investigación que limitó la consulta de fuentes primarias a los documentos escritos y retratos consignados posteriormente al establecimiento del gobierno monárquico español. Siguiendo el rango de clasificación temporal, el autor realizó su recuento histórico a partir de los cinco periodos claves del siglo XIX (la Gran Colombia, la Nueva Granada, Estados Unidos de Colombia, la República), para finalizar en el siglo XX con el vestuario característico de las diferentes décadas que antecedieron a los años cincuenta.

En el libro *Cultura del vestuario en Colombia. Antecedentes y un siglo de moda, 1830-1930*<sup>18</sup>, el cronista y escritor Antonio Montaña describió brevemente la evolución del vestuario en Colombia en tres momentos: en el primer período correspondiente a la Colonia, reconstruyó el proceso de imposición y aceptación del vestuario entre los indígenas; las formas populares de vestir; los precios y comercialización de los trajes; las diferencias de la ropa según los géneros, y la importancia de los sastres. El segundo, realizó un breve recuento acerca del uniforme ejército en el siglo XIX; los problemas entre comerciantes y artesanos; el traje romántico; el traje de la ñapanga, el calzado, y la historia de algunas indumentarias como la ruana y la mantilla. Finalmente, el tercer período presentó algunos hechos sucedidos en el mundo y en Colombia, que incidieron en las formas de vestir durante las primeras tres décadas del siglo XX. Aunque fue bastante notoria la forma simple y sin conexión aparente de la información con el contexto histórico característico de los siglos XIX y XX, el texto puede considerarse una notable contribución en la formación de un público general en relación con las formas populares

---

<sup>17</sup> MONTENEGRO MARTÍNEZ, Augusto. *Así vistió Colombia entre 1550 y 1950*. Bogotá: s.n., 1993

<sup>18</sup> MONTAÑA, Antonio. *Cultura del vestuario en Colombia: Antecedentes y un siglo de moda, 1830-1930*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1993



de vestir, los diferentes vestuarios definidos por géneros y la historia de algunos accesorios como la ruana, la mantilla, los pañolones, el carriel, las boas.

Con un estilo diferente, María Luz De Noguera en su obra *Vestido, moda y confecciones*<sup>19</sup>, realizó una historia de la moda en Colombia sin alejarse del contexto propio de cada época y teniendo presente la importancia del intercambio de experiencias e ideas con los grupos de inmigrantes judíos, para la generación de un cambio social que permitió la transformación de los mecanismos de diferenciación social en el vestuario. En la primera parte, la autora hizo un recuento general acerca de los antecedentes del vestido en el mundo, su significado, los cambios de la moda y la evolución del traje hasta el Renacimiento. En los capítulos posteriores desarrolló todo lo concerniente a la evolución del traje en el país desde la era prehispánica hasta el siglo XX, con descripciones que resaltaron la influencia extranjera favorecida por el cine y la fotografía, en la construcción de las prendas más características de las principales ciudades del país. Igualmente, realizó un recuento histórico acerca de los primeros diseñadores colombianos; el desarrollo de la industria de la confección y de accesorios, y los primeros almacenes de modas que se crearon en Medellín, Barranquilla, Cali, Bogotá, Pereira y Tunja.

Recientemente, Lila Ochoa publicó *Colombia es moda*<sup>20</sup> donde hizo un recuento somero del nacimiento y evolución de la industria textil en Colombia como factor determinante para el impulso posterior del fenómeno moda en el país, especialmente en el caso de Medellín, una ciudad convertida en un laboratorio para la generación de herramientas destinadas a la innovación en el sector del diseño textil (Inexmoda) y en el centro para realización de ferias de modas (Colombiamoda y Colombiatex).

En el campo del diseño textil, las áreas relacionadas estrechamente con la industria de la moda también desarrollaron propuestas que intentaron articular los cambios en la indumentaria, con los procesos políticos y socioeconómicos y las teorías antropológicas y sociológicas relacionadas con el fenómeno de la moda. Una propuesta en este campo fue

---

<sup>19</sup> NOGUERA, María Luz de. *Vestido, moda y confecciones: Enciclopedia del Desarrollo Colombiano*, Colección Fundadores, vol. IV. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1974

<sup>20</sup> OCHOA, Lila. *Colombia es moda*. Bogotá: Editorial Planeta, 2007

la tesis “Breve esbozo de la moda colombiana entre los 50’s y 70’s: un estudio de casos”<sup>21</sup> de Luisa Fernanda Quintero, quien pretendió reconstruir un fragmento de la historia de la moda a través del quehacer de las mujeres que se dedicaron a la producción de trajes e indumentaria en el país, durante un periodo caracterizado por la gestación sistemática de cierta “cultura del vestuario” generalizada por la creciente influencia de los medios de información que transmitieron los ideales y valores estéticos vigentes en la época. El trabajo investigativo partió de la base teórica propuesta por Gilles Lipovetsky, quien conceptualizó la moda como el resultado del aumento del poder adquisitivo entre las clases emergentes, situación evidenciada en el desarrollo de las sociedades modernas bajo el sistema capitalista. De esta forma, su mirada se concentró en el concepto “innovación” para determinar, a partir de las propuestas de las diseñadoras, hasta qué punto en este período existió una moda propiamente nacional al margen de las tendencias internacionales. En este sentido, su contribución más importante consistió en señalar la existencia de un “sistema de la moda mundial”, encargado de proclamar los cánones estéticos vigentes establecidos a partir de los modelos extranjeros. Al respecto, la autora recalcó que la existencia de este sistema de la moda mundial no significó la asimilación total de estos códigos estéticos, gracias al trabajo desarrollado por los diseñadores que modificaron y adaptaron estas tendencias internacionales a las condiciones evidenciadas en el entorno nacional.

En los últimos veinte años, la historiografía colombiana también visualizó la moda como un objeto de estudio necesario para comprender los procesos culturales y socioeconómicos acaecidos en el pasado, de los cuales derivó el modelo de pensamiento moderno propio de la dinámica capitalista. Dotado de significados y símbolos de una época, el vestuario constituyó el tema central del libro *La prisión del vestido. Aspectos del traje en América* de la investigadora colombiana de costumbres y vida cotidiana Aída Martínez Carreño<sup>22</sup>, en el cual se reconstruyó su evolución en Europa y su consecuente influencia y transformación en América durante el período colonial y el siglo XIX. Desde una óptica historiográfica amplia, la autora enlazó los aspectos económicos, políticos y sociales, para demostrar que el uso de la ropa en este periodo fue derivado de las

---

<sup>21</sup>QUINTERO GUTIÉRREZ, Luisa Fernanda. Breve esbozo de la moda colombiana entre los 50’s y 70’s: Un estudio de casos. Tesis Diseño textil. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Diseño, 1996

<sup>22</sup>MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. La prisión del vestido: Aspectos sociales del traje en América. Bogotá: Ariel, 1995

relaciones de poder y de un proceso cultural configurado a través del tiempo (larga duración).

Siguiendo esta misma línea, se incluyeron dos trabajos históricos que estudiaron el periodo de transición entre el siglo XIX y XX, momento en la cual la sociedad colombiana vivió una transformación política y económica que incidió en las formas de sociabilidad reflejadas a través del vestuario. En este sentido, el vestuario fue visualizado como subcategoría de la moda que permite al investigador introducirse en el entramado psicológico y cultural del individuo y el colectivo, al contener un valor simbólico que, en interacción con otras modalidades de la comunicación no verbal, conforma un lenguaje visual bien articulado que coincide con las representaciones mentales vigentes en una sociedad.

En el trabajo titulado *La moda en Santander, 1850-1930*<sup>23</sup> de Celina Díaz Díaz, la moda fue concebida como un acto comunicativo y un fenómeno cultural constituido a partir de una serie de procesos psicológicos y colectivos propios de una época histórica (normas, modelos y discursos vigentes en la sociedad), que permitieron comprender los cambios originados en el seno de una sociedad durante un período histórico. Siguiendo esta línea histórica, en el texto se destacó la influencia de los modelos y prototipos extranjeros procedentes de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, como elemento destinado a la transformación de las tendencias vestimentarias y de reafirmación del estatus social.

El segundo trabajo histórico llamado *Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín, 1900-1930*<sup>24</sup>, resultado de la monografía del historiador Raúl Domínguez Rendón, también se concentró en un aspecto específico de la moda, el vestuario, para determinar a través de un análisis semiótico de las fuentes primarias (leyes, artículos periodísticos, escritos literarios, manuales de urbanidad), los sistemas de diferenciación y estatus de las clases sociales que emergieron en Medellín durante el proceso de industrialización y modernización. Su presupuesto teórico basado en Michael Foucault, permitió asimilar el traje con un dispositivo prescrito por los discursos institucionales (Iglesia, policía, urbanidad) para disciplinar los cuerpos e integrar a la sociedad dentro de un orden capitalista sin estratos de diferenciación social.

---

<sup>23</sup> DÍAZ DÍAZ, Celina. *La moda en Santander: 1850-1930*. Bucaramanga, Editorial UNAB, 2004

<sup>24</sup> DOMÍNGUEZ RENDÓN, Raúl Alberto. *Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín: 1900-1930*. Medellín, ITM, 2004

Desde una visión más amplia y concentrada en los diferentes elementos que integran las formas de la moda (indumentaria, accesorios, textiles), el artículo “El espíritu de las modas femeninas del siglo XX”<sup>25</sup> del historiador Eduardo Domínguez, reconstruyó a partir de la integración de conceptos sociológicos, psicológicos y filosóficos, los momentos más importantes de la moda en Colombia desde la conquista hasta el siglo XX. Su enfoque teórico primordialmente estuvo basado en la propuesta planteada en *El Imperio de lo Efímero* de Gilles Lipovetsky, en el cual se asoció el concepto de moda con una realidad sociohistórica nacida en Occidente en la época de la modernidad, que significó la negación de un pasado tradicional inmutable y con pocas posibilidades para la difusión de las tendencias y novedades vestimentarias.

La variedad en el abordaje conceptual y teórico presente en los diferentes estudios relacionados con la evolución del vestuario en Colombia fue crucial para entender la moda como un fenómeno humano de amplia trascendencia social, que superó las fronteras temporales, espaciales y estéticas, para revelar hasta cierto punto los procesos desarrollados en el seno de la sociedad. En el caso de los primeros trabajos referenciados, su centro de interés radicó en la descripción de las tendencias de una época con la pretensión de comprender el fenómeno de la moda a partir de una visión totalizante, no limitada a un espacio y tiempo, pero careciendo de una descripción de las principales variaciones de las tendencias de la moda a partir de su relación con los aspectos socioeconómicos y culturales que pudieron incidir en su creación y difusión.

No obstante, el desarrollo de la Historia Cultural hizo posible la superación de esta tendencia descriptiva mediante la aplicación de un procedimiento científico en los estudios de la moda, en el cual se comenzó a conjugar el análisis crítico de las fuentes primarias (gráficos, imágenes de libros, pinturas, descripciones literarias, artículos periodísticos, entre otros), con los conceptos teóricos derivados de los modelos explicativos elaborados desde la antropología y la sociología. Esto hizo posible el enriquecimiento conceptual de los análisis relacionados con la moda, y la configuración de teorías que tuvieron presente la conexión de este fenómeno con el contexto social de una época.

---

<sup>25</sup> DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo. El espíritu de las modas femeninas del siglo XX. En: VELÁSQUEZ, Magdala (ed.). Las mujeres en la historia de Colombia, tomo III. Bogotá: Editorial Norma, 1995, pp. 107-136

Sin desvirtuar la contribución histórica y conceptual de los estudios en este campo, es importante resaltar que en estos trabajos aun predomina el recuento de los principales cambios en el vestuario, una situación que se convierte en un obstáculo epistemológico en cuanto no permite construir una visión profunda que establezca relaciones con las representaciones sociales y culturales que pudieron tener eco en el discurso periodístico a favor o en contra de las tendencias de la moda. Siguiendo este último planteamiento, también es necesario profundizar en el tema específico de la mujer y los roles que se pudieron revelar a través de este discurso. Aunque la mujer es sujeto principal de este discurso, en las reconstrucciones históricas sobre la evolución del vestuario abundan las descripciones de las tendencias y diseños propios de una época, pero sin ahondar en la dinámica que muestra el discurso de la moda como un reflejo de las representaciones predominantes en una sociedad con respecto al sexo femenino.

## 2. MARCO TEÓRICO/CONCEPTUAL: ALGUNOS ANTECEDENTES TEÓRICOS EN EL ESTUDIO DEL FENÓMENO DE LA MODA

La moda como un fenómeno social permite circunscribir los estudios relacionados en este campo con las diferentes disciplinas de las ciencias que conceptualizaron y determinaron su valor como objeto de estudio, no sólo para establecer las modificaciones y regularidades en la vestimenta, sino también para comprender los procesos ideológicos, económicos, sociales, políticos, desarrollados en el seno de una sociedad en una época determinada.

Más allá de la percepción común que relaciona la moda con un objeto vago, superficial y sin contenido, en el campo literario ha sido reconocida como una expresión estética que encarna los valores vigentes en una sociedad. En el “Pintor de la vida moderna”<sup>26</sup>, Charles Baudelaire en oposición a la estética impulsada por el pensamiento moralista de su época que exalta la naturalidad de las formas,<sup>27</sup> considera la moda como una expresión de la metamorfosis de la vida moderna, compuesta de un elemento eterno e invariable que representa el ideal de belleza impreso por el temperamento del autor o la

---

<sup>26</sup> Charles Baudelaire explora a través M. G. (Monsieur Guy), figura alusiva del retratista y fundador del Illustrated London News Constantin Guy, el universo representativo de la modernidad contenido en la belleza de las obras estéticas, catalogadas conjuntamente como transitorias y fugaces, eternas e inmutables. BAUDELAIRE, Charles. El pintor de la vida moderna. Bogotá: Áncora Editores, 1995. Traducción Álvaro Rodríguez Torres

<sup>27</sup> El escritor francés Guy de Maupassant desde una posición pesimista y contraria a los valores modernos encarnados en la vida cotidiana francesa a mediados del siglo XIX, se opuso a la fe en el progreso y a la emulación de la banalidad y el lujo excesivo impuesto por la sociedad burguesa. Fruto de este sentimiento de rechazo hacia la lógica moderna fueron los cuentos “El collar”, “Las joyas”, “La vida parisina”, en los cuales se retrató la vida de las mujeres de estratos medios y pobres con una aparente vida familiar feliz, quienes estuvieron tentadas por el deseo de ser reconocidas socialmente, hasta el punto de convertirse en su máximo ideal. La posición crítica hacia este deseo, enfermizo y muy propio de las mujeres, permitió entrever cómo los atavíos y los accesorios impuestos por las tendencias de la moda, contuvieron en su esencia una dualidad que encarnaba el “lujo magnífico” representativo de la alcurnia y esplendor social, y el poder corruptor que envolvía a los espíritus débiles hasta convertirlos en seres que rechazaban la naturalidad y la sencillez de las formas. En el ámbito local, el escritor antioqueño Tomás Carrasquilla vislumbró la moda como una expresión de la transición de una sociedad tradicional y ruralizada, hacia una sociedad enmarcada en los valores modernos. En el ensayo titulado “Tonterías”, este fenómeno fue el resultado de las transformaciones sociales, económicas, morales y estéticas, que superaron el “mare magnum” de las individualidades, hasta convertirse por la fuerza de la costumbre, en una divinidad representativa de los valores materiales de una época. Para Carrasquilla, sin embargo, este carácter divino y universal se desvirtuó cuando sus mandatos representaron la ambivalencia e intransigencia de los ídolos inventados por los seres humanos, llegando a encarnar la pasión por la novedad y el espíritu desenfrenado de los caprichos cambiantes e impuestos por los modelos extranjeros. MAUPASSANT, Guy. Cuentos esenciales. Barcelona: Editorial Mondadori, 2008 (Traducción José Ramón Monreal), y CARRASQUILLA, Tomás, “Tonterías”, en: CARRASQUILLA, Tomás. Obras completas de Tomás Carrasquilla, tomo II. Medellín: Bedout, 1978, pp. 745-759

misma moda, y un elemento fugaz y efímero, definido por las circunstancias y exigencias de cada época. De ahí se desprende que su cualidad esencial sea definida por una temporalidad enmarcada en un presente que, sin importar el paso del tiempo, conserva en su ser la impresión y el carácter distintivo dotado por el artista durante la creación de su obra. La moda, entonces, fue comparable con una representación estética de la belleza, que necesita de las formas artificiales para expresar la alta espiritualidad y la “primitiva nobleza del alma”. Y si es considerada una obra de arte, no en vano también se identificó con un síntoma de la civilización, al renovar constantemente la naturaleza, bárbara y tosca en su esencia, para convertirla en una “deformación sublime” que aproxima al ser humano con su deseo inmanente y no satisfecho del ideal de lo bello.<sup>28</sup>

La moda como objeto de reflexión intelectual, del mismo modo ha sido tema de discusión de filósofos y de investigadores de mundo social. Cuando se hizo referencia a la importancia de la moda en la sociedad occidental, las explicaciones de los teóricos discurren entre las razones instrumentales (adorno) o de protección, desarrolladas por los antropólogos como Roach y Eicher (1965), Benthall (1976) y Polhemus y Proctor (1978)<sup>29</sup>, la función simbólica/comunicativa que representa los valores estéticos y culturales predominantes en una sociedad específica, o su definición como un dispositivo utilizado por el hombre para perfilar, reforzar y afirmar su identidad en la sociedad.

El filósofo alemán Hans-Georg Gadamer determinó que el fenómeno de la moda fue el resultado de las normas impuestas por el accionar de todo el mundo, contrapuesto al “todo permanente del comportamiento sociable” anclado en la tradición y la costumbre. Al contener en su esencia la particularidad del cambio, crea una dependencia social de la cual sólo es posible substraerse mientras exista el gusto, el cual permite mantener en los seres humanos una posición de libertad y superioridad frente a sus mandatos.<sup>30</sup>

Tolstoi Veblen (1953), Simmel (1971) y Bell (1976) coincidieron en señalar la moda como un fenómeno sociocultural característico de Occidente, en el cual se comenzó a resquebrajar los cimientos del orden sociopolítico fundamentado en el antiguo régimen sustentando en las leyes divinas. Símbolo de la movilidad, distinción y competición social,

---

<sup>28</sup> BAUDELAIRE, Charles. El pintor de la vida moderna. Bogotá: Áncora Editores, 1995, pp. 100-101

<sup>29</sup> ENTWISTLE, Joanne. El cuerpo y la moda. Barcelona: Paidós, 2002, p. 62

<sup>30</sup> GADAMER, Hans-Georg. La significación de la tradición humanística para las ciencias del espíritu”. En: GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método, tomo I. 7ª ed. Salamanca: Editorial Sígueme, 1997, p. 69

la moda se transformó en el instrumento utilizado por la naciente burguesía para conseguir el reconocimiento de su clase dentro de las leyes suntuarias adoptadas por la aristocracia. No obstante, también se convirtió en arma de lucha para las clases superiores, cuando fue utilizada para conservar la distancia social a través de las continuas innovaciones y transformaciones de la apariencia.<sup>31</sup>

A pesar de las críticas contra su perdurabilidad en el tiempo y su influencia en las sociedades, la moda asimismo se mostró como representante de la individualidad, al admitir todo tipo de pensamientos y reivindicaciones personales. Siguiendo esta línea interpretativa fundamentada en el carácter psicológico de este fenómeno, Lola Gavarrón la circunscribió en el campo de las pulsiones ocultas, inconscientes y sensuales del ser humano, al afirmar que es "...el cultivo de la apariencia, o sea, que es con el arte y el sueño; uno de los últimos refugios de la fantasía, el capricho y, sobre todo, de lo irracional".<sup>32</sup> Así, en la moda se entremezclaron el poder, la vida cotidiana, la elegancia, el lujo, todo un estilo de vida que la convirtió en la proyección inmediata del papel, el estatus, la personalidad o la imagen deseada de cada individuo.

René Kónig en su libro *Sociología de la moda* planteó que la irregularidad y la total arbitrariedad de la moda eran aparentes. Retomando al antropólogo norteamericano A. L. Kroeber (1919-1940), Kónig concluyó que las amplias transformaciones en la moda (el ancho o largo de la falda, el perímetro y la altura de la cintura, la profundidad y anchura de un escote, etc.), se inscribieron en un ritmo relativamente regular que se extendió durante varios siglos, adquiriendo las características propias del llamado estilo. Las pequeñas oscilaciones que aparentemente generaron cambios radicales en el vestuario, sólo fueron coyunturales y de corta duración. Así, desde una perspectiva de larga duración, la regularidad a largo plazo eliminó por completo los "pequeños saltos bruscos" producidos en un tiempo corto.<sup>33</sup>

Si bien existe un consenso entre estos autores al señalar la moda como un sistema caracterizado por una lógica de movilidad social que perpetuó la idea de la emulación y la distinción social, posteriormente estos planteamientos fueron rebatido por Ronald Barthes

---

<sup>31</sup> ENTWISTLE, Op. Cit., pp. 63-64

<sup>32</sup> GAVARRÓN, Op. Cit., p. 12

<sup>33</sup> KÓNIG, René. Sociología de la moda. Barcelona: A. Redondo editor, 1972, pp. 20-24



y Gilles Lipovetsky, dos teóricos que intentaron explicar este concepto a partir de los criterios que mostraron la moda como comunicación y la moda como un fenómeno sociohistórico de la modernidad. Ambas concepciones sujetas al área de la semiología y la historia, serán entonces los puntos de anclaje conceptual y teórico para esta investigación.

## 2.1 BARTHES Y LIPOVETSKY: SU CONCEPTUALIZACIÓN DE LA MODA

A partir del modelo estructuralista basado en la propuesta saussuriana del lenguaje, el semiólogo Ronald Barthes en su libro *El sistema de la moda*, sentó las bases para el estudio del fenómeno de la Moda como un sistema de signos lingüísticos, lo cual permitió trascender el modelo sociológico que definió el vestuario como práctica social, para convertirlo en un objeto autónomo dotado de sentido y finalidad comunicativa no limitado al plano real

En su propuesta, Barthes se centró en el estudio semiótico del vestido escrito de la revista, catalogado como un sistema de códigos y símbolos a través del cual el objeto (el vestido real), trascendió su horizonte natural y material para adquirir un sentido y una finalidad comunicativa dentro del sistema de la moda: “De modo que ha parecido absurdo situar lo real del vestido antes de la palabra de Moda; la auténtica razón reclama, al contrario, que vayamos de la palabra instituidora hacia lo real que ella instituye”.<sup>34</sup>

En cuanto Barthes confirió a la moda una función comunicativa, su esencia pudo ser comprendida desde dos planos: un nivel denotativo que enmarcó el sistema de la moda dentro de una estructura simple, compuesta de términos descriptivos que hicieron parte del “inventario” de géneros y de variantes del vestido real. Desde este punto de vista, el fenómeno de la moda fue comprendido como un sistema lógico y objetivo que opera a través de una nomenclatura simple y pura (terminología) tomada de la “realidad” del vestido, pero ampliando su horizonte original con el fin de concederle una variedad de esencias significativas. No obstante, el sistema de la moda no se limitó al plano denotativo

---

<sup>34</sup> BARTHES, Roland. Sistema de la moda. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1978, p.13

porque su esencia transitiva le permitió a su vez vincular el nivel connotativo, al utilizar recursos literarios (los adjetivos) para discurrir entre el ser y el hacer, lo inmaterial (la retórica) y lo material (lo terminológico). De ahí que la retórica de la moda fuera considerada el punto de anclaje con la realidad social, al convertir el vestido material en un sistema que comunica y determina referentes ideológicos para los hombres.<sup>35</sup>

La propuesta de Barthes implicó diferenciar tres estructuras del vestido para determinar el estadio en el cual se localizó el sistema de la Moda. Dos estadios básicos representaron la dimensión “real” del objeto: el vestido-real ó vestido tecnológico y el vestido-imagen ó vestido icónico, que hicieron referencia al nivel de las formas establecidas por el diseñador y el modisto, así como el patrón de costura utilizado para construir el vestido real. Desde el nivel del lenguaje se encontró el vestido-escrito, una dimensión más abstracta y simbólica en donde la Moda adquiere sentido y relevancia como sistema total de representaciones y sentidos en la sociedad.

Si bien los niveles de representación del vestido dentro del sistema de la Moda (tecnológica, icónica y verbal) no se encuentran separados ni hacen referencia a una única sustancia, las relaciones establecidas entre las diferentes estructuras permitieron comprender los mecanismos de transformación mediante los cuales la Moda se difunde en la sociedad. Según Barthes, este proceso opera de forma discontinua por medio de ciertos operadores llamados shifters, que posibilitaron la transformación del vestido real en “representación” icónica o escrita: para convertir el vestido tecnológico en vestido icónico, el shifter principal es el patrón de costura y los procedimientos gráficos o fotográficos, que reproducen las dimensiones y “efectos” para la fabricación del vestido. La traslación del vestido tecnológico al vestido escrito es posible con el shifter de la “receta” o el programa de costura, el cual constituye un lenguaje transitorio entre la forma y la técnica del vestido con el contenido significativo lingüístico. El shifter mediador entre la estructura icónica y la estructura escrita, aparece en la revista integrando conjuntamente la imagen o la fotografía, junto con la descripción escrita realizada a través de los anafóricos de la lengua.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998, p. 113

<sup>36</sup> BARTHES, Op. Cit., p. 19

La transformación del sistema de la Moda por medio de los shifters, determinó para este fenómeno una conexión entre los estados tecnológico, icónico y escrito, sin hacer únicamente referencia al espectro físico o la dimensión abstracta. Esto hizo posible dimensionar la moda como un sistema que sufre un proceso de transformación desde una supuesta realidad física hacia un nivel más discursivo y simbólico. No obstante, el discurso conservó su papel como base esencial para simular o trascender el estado primario del “vestido real”, hasta convertirlo en una realidad cargada de sentido y finalidad.

Esto último fue bastante significativo para Barthes, en la medida que otorgó a la Moda una substancia inteligible y reconocible como sistema de sentidos, capaz de generar un deseo hacia el objeto representado en el vestido físico. De esta forma, la Moda en la sociedad industrial se encargó de cumplir una función comunicativa de transmisión de un deseo para enganchar inconscientemente al consumidor con el anhelo de tener el objeto (el vestido real). Industria, consumo y moda se conjugaron entonces, para constituirse en los principios rectores que “dominaron” subrepticamente en la sociedad moderna, imponiendo un sistema regido por la transición y la novedad.<sup>37</sup>

Aunque la propuesta estructuralista de Barthes dimensionó el plano discursivo de la Moda como objeto de estudio, dejando entrever los rasgos en los cuales operó su trasmutación desde el plano físico o iconográfico hacia el plano simbólico/abstracto, esta posición no desarrolló la relación con los complejos mecanismos de articulación entre las representaciones y el contexto social vinculado con las prácticas cotidianas del vestir. En este último aspecto, el teórico de la moda Gilles Lipovetsky realizó importantes aportes en el estudio de este fenómeno, centrándose en la moda vestimentaria, instancia en la cual se reflejaron los cambios en la identidad del individuo como parte de un conjunto de fuerzas sociales desarrolladas durante la modernidad.

El punto inicial del planteamiento de Lipovetsky se centró en la negación del esquema de distinción social como base para la comprensión de los orígenes de la Moda - fundamentada en la teoría de Veblen y Simmel<sup>38</sup> -, al considerarlo insuficiente para la

---

<sup>37</sup> IBID. p. 13

<sup>38</sup>

Tolstein Veblen afirmó que la moda encarnada en el vestido femenino, en las sociedades se convirtió en un objeto de consumo vicario para acreditar los bienes y las riquezas de las clases sociales más poderosas.

explicación de los rasgos más significativos de este fenómeno. Es así como propuso identificar en la moda una lógica dominada por los ideales individualistas y la inconstancia derivada de las grandes mutaciones estéticas e ideológicas ligadas a un tiempo presente (novedad), descartando a su vez una explicación a partir de su definición como práctica de consumo ostentoso y sistema de signos y sentidos inscrito en el plano discursivo: “Desde este punto de vista, la moda no es tanto signo de ambiciones de clase como de salida del mundo de la tradición; es uno de los espejos donde se ve lo que constituye la negación del poder inmemorial del pasado tradicional, la fiebre moderna de las novedades, la celebración del presente social”.<sup>39</sup>

Con el fin de establecer las raíces del fenómeno de la moda, Lipovetsky hizo una apuesta hacia un modelo explicativo de carácter histórico que pretendió configurarla como un “hecho social” cargado de símbolos. La Moda, entonces, fue considerada una realidad sociohistórica de Occidente propia de la modernidad, en la cual se expresaron los valores y significaciones culturales modernas, relacionados explícitamente con la dignificación de lo Nuevo y de la individualidad. Históricamente, su aparición estuvo ligada al inicio de una realidad legitimadora de los deseos de los individuos, por encima de las normas y cánones impuestos por las instituciones tradicionales. De esta forma, la percepción de la moda como un dispositivo social correlativo a una “discontinuidad histórica”, significó la ruptura con una sociedad tradicional basada en la inmutabilidad de los valores colectivos al rechazar implícitamente el culto heroico feudal y cuestionar la concepción moral cristiana que catalogó pecaminosas las frivolidades y banalidades. Simultáneamente, se propagaron una serie de reglas que promocionaron el bienestar individual, emularon los placeres mundanos y la preocupación por la apariencia, convirtiendo a la moda en un sistema regido por una serie de exigencias culturales y sociales diferentes al corolario *conspicuous consumption*, que actuaba como vestigio de las nuevas valoraciones

---

Como símbolo de la emulación pecuniaria, no solo se encargó de mostrar que una mujer podía consumir un valor relativamente grande (gasto ostensible), sino que indicó su capacidad para consumir sin producir (ocio ostensible). Muy cercano a este planteamiento estuvo el filósofo alemán Georg Simmel, quien afirmó que la moda era un producto de la imitación de un modelo generado por la separación de las clases sociales, el cual ejercía un influjo específico en las valoraciones estéticas de los estratos superiores para satisfacer su afán de distinción. VEBLEN, Thorstein. Teoría de la clase ociosa. Madrid: Fondo de la Cultura Económica, 2002, pp. 173-176 y SIMMEL, GEORG. Filosofía de la moda. SIMMEL, GEORG. Cultura femenina: Filosofía de la coquetería, lo masculino y lo femenino, filosofía de la moda. 6ª ed. México: Espasa/Calpe Mexicana, 1961, pp. 112-115

<sup>39</sup> IBID. pp. 10-11

sociales vinculadas a la creciente importancia del individuo frente a las normas colectivas institucionalizadas.<sup>40</sup>

En cuanto la moda fue reconocida por Lipovetsky como la “piedra angular” de las sociedades modernas, esto se tradujo en el reconocimiento de un proceso de transformación generado en tres etapas, en el cual paulatinamente se incorporaron nuevos valores relacionados con el consumo y la creciente democratización de la sociedad. Sin desconocer su origen aristocrático, producto de la emulación del creciente espíritu del individualismo difundido entre la nobleza, Lipovetsky señaló como punto de partida la moda centenaria aparecida a finales del siglo XIX, la cual estuvo cimentada sobre un sistema “bipolar” de producción y difusión de tendencias, conformado por la Alta Costura, creadora del lujo y la originalidad, y la confección industrial, encargada de la producción en serie y de la propagación de los modelos promovidos por las casas de diseño. Como estructura de larga duración, esta primera fase de la moda significó la emancipación de la apariencia de las normas tradicionales a partir de una dualidad incorporada en su esencia ambigua: la reiterada “obediencia” hacia las normas de la Alta Costura, paradójicamente permitió la reivindicación progresiva de la individualidad al dignificar los placeres y el culto de la apariencia personal.

Las circunstancias culturales y sociales acaecidas en la década del sesenta, propiciadas por la propagación de los cánones estéticos que contuvieron en su esencia un ideal consumista generalizado por el aumento de la producción industrial, significaron la paulatina desaparición de la moda centenaria y la consecuente manifestación de una fase posterior reconocida como la moda abierta. Su amplia trascendencia social se debió, en gran parte, porque se forjó como un elemento destinado a la expresión libre y abierta de la personalidad, sin limitarse a la reproducción plena de la disyunción indumentaria entre lo masculino y lo femenino. La fase culminante de esta evolución para Lipovestky fue la moda plena, producto de un proceso “democratizador” facilitado por la difusión de los medios de comunicación masivos y los idearios de consumo, los cuales se encargaron de promover un pensamiento democratizador en el campo de la apariencia personal no limitado a las antiguas presunciones del estatus social.

---

<sup>40</sup> IBID. p. 97

### 2.1.1 Puntos de convergencia entre Lipovetsky y Barthes

Los estudios de la moda desarrollados por Barthes y Lipovetsky concibieron su objeto de estudio desde la semiología y la historia de la cultura, para definir claramente el plano epistémico apropiado para este fenómeno. Si el sistema barthesiano hizo referencia a la sincronía que definió una estructura atemporal de signos presentes en la moda, la teoría de Lipovetsky se centró en una percepción diacrónica derivada de la Historia, con el fin de estudiar las variantes del sistema y sus adaptaciones en relación con el contexto social e ideológico de cada época.

No obstante, en el trasfondo de sus propuestas teóricas se revelaron claves importantes para la designación de este fenómeno como una “institución” fundamentada estructuralmente en un sistema de signos, que contiene implícitamente los valores culturales y sociales propios de la modernidad. De esta forma, el punto de anclaje entre ambas tendencias teóricas es la novedad, componente esencial de la moda en la cual convergen otros elementos característicos: la temporalidad y la arbitrariedad. Aunque lo novedoso desde tiempo atrás fue erigido como el principio básico que definió el carácter volátil y superficial de la moda,<sup>41</sup> para Lipovetsky fue significativa esta cualidad en la medida que ayudó a determinar el tiempo de la moda. Así, lo novedoso o el “gusto por el cambio” se constituyó en el fundamento sobre el cual se cimentó la ruptura mayor con las formas de cohesión social basadas en la tradición, al imponer un nuevo vínculo social que legitimó un sistema de valores estéticos, sociales y culturales, regido por la lógica cambiante y volátil de la moda permeada por un pensamiento moderno.

La separación con el pasado a través del principio de la novedad, también significó el establecimiento de una temporalidad basada en la lógica de la moda: el eterno presente, siempre en constante cambio en pos de contener la novedad, renuente a la evocación de un pasado por considerarse fuera de su sistema dominado por los valores hedonistas y por la precariedad de las normas colectivas ancladas en las instituciones antiguas (la

---

<sup>41</sup>Esta peculiaridad fue objeto de señalamiento por parte de Ortega cuando afirmó que “la moda es lo que pasa de moda”, y de Hegel cuando definió la racionalidad de la moda como el derecho a ejercer su renovación constante en el tiempo. CHOZA, Jacinto. Estética y moda. *En*: *Contraste*. Revista Interdisciplinar de Filosofía, Málaga. Enero, 2000. vol. V, p. 35

Iglesia, la educación). Empleado en un principio por las elites para garantizar el prestigio y la reverencia al culto de la personalidad y el poder social, posteriormente, se propagó entre las sociedades democráticas desligadas del Antiguo Régimen, hasta convertirse progresivamente en el símbolo de la frivolidad y el culto a la apariencia personal sin miramientos en cuanto a la condición social y económica. Más allá de la trascendencia en el cambio de las tendencias estéticas, el tiempo de la moda fundamentado en la novedad, reflejó la conexión de Occidente con la racionalidad moderna asociada con la idea del progreso, un proceso contrario a la tradición en el cual se vislumbró el alcance de ciertos niveles materiales para la construcción de una nueva sociedad catalogada como “civilizada” y racional.

En el rumbo cambiante y efímero reinante en el tiempo de la moda se encontró inmersa la dicotomía arbitrariedad/individualidad, que mostró el fenómeno de la moda como una institución única y singular con respecto a otras instituciones tradicionalmente conocidas. Esto significó la definición de un sistema de sanciones no preceptivas en el campo del ser, permitiendo en el fondo la expresión de la individualidad cuando no fueron seguidos sus mandatos. En cuanto a su carácter arbitrario, Roland Barthes consideró que el signo de la moda escrita se caracterizó por esta cualidad porque no fue producto del consenso colectivo, sino que fue el resultado de la imposición de las tendencias por parte del *fashion group* o la revista. En el terreno social, esto se tradujo en la imposición de medidas arbitrarias oligárquicas que establecieron para cada estación las tendencias diferenciadoras de lo-pasado-de-moda. En el momento en que se incumplieran sus leyes y decretos, el sistema de la moda determinó una sanción moral y social, sin recurrir a métodos de tipo coercitivo.<sup>42</sup>

Aunque Lipovetsky reconoció la imposición ilógica y arbitraria de los mandatos de la moda como signo distintivo durante la primera fase (moda centenaria), su posterior evolución fundamentada en los principios modernos, permitió allanar el espacio para la libre expresión del individuo, al propagar tendencias en el vestuario y accesorios más concordantes con el orden democrático. Así, la expresión estética promovida en el discurso de la moda se conectó íntegramente con el individuo, para convertirse en un

---

<sup>42</sup> BARTHES, Op. cit. pp. 188-189

medio a través del cual se configuró como un ser pensante y autónomo de las tendencias sociales.<sup>43</sup>

Para Lipovetsky era claro que la moda no es un sistema inmutable y fijo, porque desde sus orígenes se caracterizó por los constantes cambios en sus códigos y valores regidos por la paulatina democratización y expansión de los idearios modernos, los cuales significaron la desaparición de los códigos sociales y los “fenómenos miméticos” originados desde la Alta Costura. Por esta razón, señaló que los decretos e imperativos de la moda sólo fueron eficaces mientras existió el deseo de “mimetismo” entre las personas, llegando a convertirse en una estructura relativamente flexible que estimuló la continua transformación y asimilación de sus tendencias según las manifestaciones del gusto personal. Esto último se expresó con mayor fuerza en la apariencia, una esfera no limitada al campo del vestuario, en la medida que incorporó los signos distintivos y complementarios utilizados para definir más claramente los rasgos del individuo (el maquillaje y los accesorios) a través del tiempo.

En respuesta a las circunstancias generadas en la sociedad del siglo XX, configuradas a partir de la creciente importancia de la juventud y de la transformación en los roles sociales, la moda abierta y la moda plena aparecieron como sistemas “incitativos” que funcionaron a partir de las sugerencias y el ofrecimiento de opciones adaptadas al gusto personal. Paulatinamente, ambas formas se erigieron en baluartes de la iniciativa y la elección individual. De repente, la moda de los primeros tiempos cimentada en el binomio elegancia/jerarquía social, se transformó en una moda ligada al desarrollo de los valores hedonistas y el deseo de reconocimiento como individuos únicos entre la gran masa. Dentro de esta dinámica, también se desarrollaron nuevos códigos estéticos en la indumentaria que configuraron una aparente igualdad entre los sexos, una situación posible gracias a la inclusión de lo masculino en la lógica de la moda y a la creciente incorporación de elementos varoniles en el vestuario femenino.

Si para Lipovetsky el denunciado “despotismo” de la moda no necesariamente constituyó un sistema conformado por decretos implementados obligatoriamente en la práctica, en el caso de los planteamientos de Barthes, implícitamente existió la posibilidad de la

---

<sup>43</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 158



adaptabilidad y flexibilidad de los preceptos de la moda en determinadas circunstancias. Por este motivo, los mandatos establecidos por el fashion-group o la redacción de la revista, no siempre fueron el resultado de una concepción singular (oligárquica). Para Barthes, el sistema de la moda se convirtió en un discurso de impacto social a través de su propia semántica, estimulada por las variaciones definidas por el público y por la constante idea de novedad expresada en el “detalle”. En el momento en que fueron convertidos en valores de masa promovidos en las revistas y en las boutiques, la moda desarrolló mediante la lógica del detalle un proceso de reelaboración de sentidos, que transformó simultáneamente el “fuera-de-sentido” de un sistema basado en la distinción y el estilo “aristocrático”, en una práctica colectiva accesible a cualquier presupuesto.<sup>44</sup>

Si se analiza con mayor detenimiento la variable detalle, es posible encontrar un punto de conexión entre ambas teorías centrado en la manifestación de la personalidad. En el caso de Barthes, su conceptualización del sistema de la moda lo llevó a concebir la posibilidad de expresar mediante su estructura, situaciones transitivas del ser del hacer propias de los modelos socio-profesionales definidos por las condiciones sociales y psicológicas del individuo (roles y creencias psicológicas), que fueron superiores a los mandatos dictaminados por el *fashion-group* o la revista. Dentro del sistema totalizador propio de la moda, esto último fue posible gracias a la construcción de tipologías que definieron aspectos significativos de la personalidad del individuo. Así, el proceso de individualización de las tendencias de la moda fue viable mientras existió la posibilidad de la libertad del ser para definir el número de elementos en juego (detalles) que conectaban con las pequeñas esencias psicológicas.<sup>45</sup>

## **2.2 IDEOLOGÍAS, IMAGINARIOS, REPRESENTACIONES SOCIALES: RELACIONES CONCEPTUALES**

Con el fin de abordar el estudio relacionado con las representaciones expresadas en el discurso de la moda promocionado en la prensa, en primera instancia, es importante comprender las relaciones conceptuales establecidas entre ideología, imaginarios y

---

<sup>44</sup> BARTHES, Op. Cit., pp. 210-211

<sup>45</sup> IBID. p. 219

representaciones sociales, conceptos que aparentemente han sido considerados sinónimos relacionados con los símbolos, las ideas y los pensamientos vigentes dentro de una sociedad. No obstante, los matices y variantes en sus definiciones en el campo de las ciencias sociales y humanas, han significado la apertura hacia nuevas discusiones teóricas que buscaron contemplar las diferencias y puntos de encuentros entre estos conceptos: los planteamientos propuestos por el teórico alemán Teun van Dijk, que renovó la discusión sobre el concepto de “ideología”; Thomas Luckmann y Peter L. Berger, quienes afirmaron que la realidad objetiva es producto de una construcción derivada de los procesos subjetivos y, Denise Jodelet y Serge Moscovici, teóricos que definieron el carácter productor del conocimiento de la vida cotidiana.

Tradicionalmente, el concepto de ideología ha sido visualizado desde variantes teóricas que definieron peyorativamente su significado. Así se pudo constatar cuando se observaron las perspectivas teóricas que la presentaron como: 1. Contrafigura de la ciencia dado su carácter ilusorio que influye en el pensamiento (Mannheim, Lukács, Popper); 2. Un sistema de creencias legitimadoras de la dominación que se constituyó en una “falsa conciencia” compuesta por un conjunto de falsificaciones elaboradas por el grupo dominante, más o menos deliberadas, de una situación real que contrasta con los intereses de otro (marxismo); 3. Un sistema de creencias convertidas en cuestiones de sentido común en cuanto constituyeron parte de la acción sociopolítica (Gramsci, Althusser); 4. Un conocimiento social implícito que los miembros de grupo dieron por sentado en sus prácticas sociales diarias y que eran diferentes a las formulaciones o explicaciones teóricas pertenecientes a la elite del conocimiento (Schütz).<sup>46</sup>

Desde una perspectiva más amplia, Teun van Dijk en su libro *Ideología* integró la triada “cognición”, “discurso” y “sociedad”, para intentar construir una definición de ideología que la mostrara como un conjunto de construcciones o representaciones mentales (signos, símbolos, creencias), con diferentes grados de racionalización y expresadas en variadas formas discursivas. Su carácter social evidenciado a través de las prácticas discursivas en continua transformación dentro de los grupos sociales, fue la razón suficiente para

---

<sup>46</sup> ARIÑO VILLARROYA, Antonio. Ideologías, discursos y dominación. En: Revista Española de Investigaciones sociológicas, Madrid. Julio - Septiembre, 1997. no. 79, pp. 197-243

comenzar a vislumbrarlo como una práctica vital que contiene una dimensión moral, política, cultural y social correlativa con el momento histórico.

Bajo esta percepción, las ideologías fueron definidas como un sistema de creencias abstractas con fundamentos sociales y cognitivos (experiencias personales, conocimiento, valores, criterios de verdad y opiniones de los miembros sociales), que han sido reproducidas, compartidas, utilizadas y modificadas por los grupos sociales. De ahí que fueran catalogadas como creencias fundamentales o axiomas encargados de controlar y organizar las representaciones sociales de un grupo, hasta el punto de constituirse en la base de su identidad, al permitir coordinar los discursos y las prácticas de los miembros sociales individuales que garantizarán la cohesión y la solidaridad en el grupo (representaciones de criterios de pertenencia y acceso al grupo; acciones típicas y objetivos; normas y valores; posición social en relación con otros grupos, así como los recursos sociales especiales del grupo).<sup>47</sup>

De lo anterior se deduce que las ideologías no deben ser entendidas como sistemas inalterables o inmutables que coaccionan el modo de pensar y de actuar de los individuos dentro de un grupo (“falsa conciencia”), un planteamiento aceptado por algunos teóricos sociales influenciados por la corriente marxista. Así, es necesario tener presente que existen elaboraciones o versiones personales de la ideología, adaptadas y reproducidas por los individuos en sus prácticas sociales específicas. Incluso, en los grupos sociales donde sus miembros se caracterizan por expresar opiniones e ideas similares, se pueden presentar variaciones y contradicciones que son producto de las adaptaciones e intereses personales de sus actores.<sup>48</sup>

Aunque las ideologías, según el planteamiento de van Dijk, se desarrollaron para coordinar las representaciones socialmente compartidas, lo anterior no significó que fueran comparables con una forma de sentido común, en el cual se agruparon un conjunto

---

<sup>47</sup> VAN DIJK Teun. Ideología: Una aproximación multidisciplinaria. Barcelona: Ed. Gedisa, 2001, p. 156

<sup>48</sup> Si la ideología ha constituido la interfase entre la “mente social” compartida por los miembros de un grupo, también es necesario reconocer un elemento que vincula lo social y lo personal, lo general y lo particular, lo macro y lo micro, conocido con el nombre de modelo ideológicamente controlado. Aunque este último representa los acontecimientos y acciones específicas, simultáneamente encarna versiones del conocimiento social, las opiniones derivadas del conocimiento y las actitudes, que pudieron ser producidas a nivel micro por los miembros sociales y a nivel macro por la base experimental para la generalización de las creencias personales dentro del conocimiento, las actitudes e ideologías del grupo. IBID. pp. 120-123

de creencias o actitudes culturalmente compartidas y aceptadas, que contienen en su esencia un conocimiento directo, inmediato, irreflexivo, no teórico ni científico, basado en la observación o las experiencias diarias. Las ideologías al ser más generales y abstractas que las representaciones, reflejan idealmente los intereses del grupo y se encargan de organizar las actitudes que controlan aquellas prácticas sociales relacionadas con los criterios de pertenencia (inclusión y exclusión), las actividades colectivas, los objetivos, los valores, la relación con otros grupos y los recursos. Cuando las ideologías comienzan a ser actitudes generalmente aceptadas por una sociedad entera, pierden su naturaleza ideológica como mecanismo de identificación del grupo y se convierten en parte del ideario común social. En este sentido, la ideología está relacionada con el término representación social para explicar el conocimiento dado por sentido, en el cual se incluyen otras creencias u opiniones socialmente compartidas y versiones simplificadas del conocimiento erudito.<sup>49</sup>

Si las ideologías fueron concebidas como representaciones mentales generales, abstractas, compartidas por un grupo, también es posible relacionarlas con el concepto adoptado por Peter Berger y Thomas Luckmann de “universos simbólicos”, expresión con la cual hicieron referencia al cuarto nivel de legitimación, donde se integraron la totalidad de los procesos simbólicos propios de las realidades experimentadas en la vida cotidiana. De esta forma, su carácter universal y abstracto permitió concebirlo como la matriz de los significados objetivados socialmente en la historia, encargada de aportar el orden para la aprehensión e integración de las diferentes esferas de la realidad, incluyendo los procesos institucionales aislados y los significados discrepantes, dentro de un conjunto universal de significados legítimos en los cuales se conjugaron el pasado expresado a través de una memoria colectiva y, un futuro, marco de referencia común para la proyección de las acciones individuales.<sup>50</sup>

En concordancia con los mecanismos conceptuales utilizados para la vigencia de los universos simbólicos como expresión de la realidad social, Berger y Luckmann incluyeron todas las formas de legitimación establecidas mediante el poder, las cuales se constituyeron en una parte ligada a las demás actividades desarrolladas dentro de la

---

<sup>49</sup> IBID. p. 9

<sup>50</sup> BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas. La construcción social de la realidad. 15ª ed. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998, p. 129

colectividad. Por ende, la validez del universo simbólico dentro de una colectividad puede entrar en un enfrentamiento con otros universos simbólicos alternativos o pertenecientes a otros grupos sociales, cuando se presentan dificultades en el reconocimiento de los mecanismos de legitimación, una situación que en el trasfondo revela un problema de poder.

Muy cercano a la noción de ideología y de universos simbólicos está el concepto de “imaginarios sociales”, un referente teórico que ha sido objeto de discusión en la filosofía, la literatura, las artes, la antropología, la sociología y la historia. En el caso particular de esta investigación, la base teórica para definir este concepto se fundamentó en las nociones desarrolladas en la historia y en la sociología, disciplinas que tuvieron presente los pensamientos e ideas que se constituyeron en la base de la identidad y el accionar de los grupos. Al realizarse una revisión de la bibliografía relacionada con el significado de los imaginarios sociales,<sup>51</sup> se hallaron puntos de convergencia teóricos que permitieron definirlos como un conjunto complejo de imágenes mentales resultado de una construcción socio-histórica, que han actuado en forma de esquemas de representación de la experiencia social y de las redes de ideas, imágenes, sentimientos, carencias y proyectos disponibles dentro de un grupo social.

Para el historiador Juan Camilo Escobar, esas imágenes mentales son colectivas e independientes de los criterios de verdad, y se han constituido bajo una multiplicidad de ritmos que determinaron sus transformaciones y adaptaciones según los propósitos dominantes en una sociedad. Por esta razón, no pueden ser considerados como arquetipos inmutables, un concepto adoptado a partir de la visión antropológica de Gilbert Durand, sino que deben ser comparables con una serie de imágenes que funcionan

---

<sup>51</sup> Según los planteamientos expuestos por el historiador Juan Camilo Escobar, la revisión de una extensa bibliografía relacionada con concepto de imaginario, permitió constatar en el ámbito de la literatura, el arte y la filosofía, un cambio en el uso de la expresión como adjetivo calificativo de otros sustantivos (narraciones imaginarias, sensaciones imaginarias, etc), hacia su utilización como un sustantivo que define un fenómeno constituido por elementos. Aún así, este cambio en la connotación del imaginario no significó un acuerdo interdisciplinario para su definición, sino la aparición de cinco tendencias teóricas relacionadas con su tratamiento: 1. Lo imaginario como la creación de los artistas y escritores; 2. Lo imaginario vislumbrado desde la filosofía como oposición a la realidad (obstáculo epistemológico); 3. Lo imaginario concebido como los arquetipos universales inmutables existentes desde los inicios de la humanidad (antropología) o como conector de toda representación humana (psicología); 3. Lo imaginario como representaciones colectivas (sociología), y 5. Lo imaginario que representa imágenes mentales colectivas históricas que desbordan el límite planteado por la experiencia (Historia). ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo. Lo imaginario: Entre las ciencias sociales y la Historia. Medellín: Editorial EAFIT, 2000, pp.45-47

durante cierto tiempo como formas de memoria colectiva y prácticas sociales en las cuales se expresan los intereses estéticos, literarios morales, políticos, científicos vigentes en una época determinada.<sup>52</sup>

De una forma más precisa, José Castillo y José Rubén Naranjo basándose en la propuesta teórica de Cornelius Castoriadis, señalaron que los imaginarios sociales son construcciones socio-históricas y síquicas que se constituyeron en la base de las representaciones sociales, al tener una mayor duración y un carácter más universal y abstracto.<sup>53</sup> Los imaginarios también han cumplido con la función de elaborar y distribuir colectivamente las categorías de comprensión de la realidad social, en cuanto hicieron parte de “metacódigo” que tradujo el contenido abstracto de las ideologías a través de significaciones más comprensibles en el mundo cotidiano. En otras palabras, los imaginarios son esquemas adaptables a las circunstancias y a los cambios sociales, en la medida que actúan como mecanismos de percepción de las propuestas alternativas que mantienen abierta la operatividad de las sociedades. De esta forma, los imaginarios establecen una estrecha relación con las ideologías al permitir que estas últimas superen el nivel de abstracción limitado al campo de las ideas, para poder subsistir como sistemas de creencias grupales aceptadas por el colectivo y generadoras de prácticas sociales.<sup>54</sup>

Al efectuarse esta distinción analítica entre ideologías, universos simbólicos e imaginarios sociales, también se debe destacar el concepto de representaciones sociales planteado en el campo de la sociología, para afirmar que el conocimiento de la sociedad se deriva de las representaciones de la realidad producidas a partir de las interrelaciones entre los

---

<sup>52</sup> *IBID.* pp. 113-118

<sup>53</sup> En este punto es importante no confundir la noción de imaginario con el concepto de ideología, en la medida que sus relaciones muy cercanas hacen difícil establecer unos límites conceptuales claros entre ambos significados. Basándose en los planteamientos expresados por Castillo y Naranjo, es posible definir los imaginarios como esquemas de representación que estructuran en cada instante la experiencia social de los individuos junto con las redes de ideas, imágenes, sentimientos, carencias y proyecciones que se encuentran disponibles en el ámbito social. Al configurar la realidad social con la realidad concreta de los individuos, permiten construir visiones del mundo de una forma previa a cualquier proceso particular de abstracción y de representación. CASTILLO GARCÍA, José y NARANJO GIRALDO, José. La comprensión de los grupos sociales: Imaginarios colectivos y representaciones sociales. *En*: *Ánfora*, Manizales. Diciembre, 2003-Julio, 2004. vol. 11, no. 18, p. 147

<sup>54</sup> Esta posición contrasta con el planteamiento defendido por el historiador Juan Camilo Escobar, quien define la ideología como la encarnación de lo imaginario dentro de un discurso pragmático ligado a una institución. Si se tiene presente la definición de Teun van Dijk sobre ideología, a pesar de la estrecha relación que existe entre el discurso y las ideologías, éstas últimas no pueden ser reducidas a su expresión discursiva, en cuanto el discurso es un medio verbal o escrito en el cual se reproducen, se concretizan y se expresan las ideologías de acuerdo con el contexto social específico en que se desenvuelven los individuos. ESCOBAR, *Op. Cit.*, p. 119. y VAN DIJK, *Op. Cit.*, pp. 244-245.

individuos con los objetos. Según Escobar, la noción de representaciones se convirtió en la forma como algunos sociólogos acogieron la noción de imaginario. Cornelius Castoriadis, en un primer momento, propuso que los fundamentos de las sociedades ya no se encontraban en las condiciones materiales de vida, sino en las representaciones construidas por los diferentes grupos con respecto a éstas. Este planteamiento adoptado posteriormente por Claude Lefort, Dominique Lecourt y Bronislaw Baczko, significó la adopción de un pensamiento donde el imaginario, por antonomasia denominado representación, cumplía la función fundadora en las sociedades, ideas-imágenes que permitieron a los grupos legitimar su poder, generar identidad y elaborar modelos formadores para sus miembros.<sup>55</sup> De esta forma, el término de “imaginario” desplazó el sentido o significado de ciertos símbolos disponibles en una sociedad, hacia otros significados acordes con los requerimientos ideológicos de una sociedad en cuestión.

Una variante explicativa similar expuso Émile Durkheim, teórico que designó bajo la noción de representaciones colectivas, el conjunto de entidades universales e inmutables (mitos, religiones y el arte) a partir de los cuales se construyeron las diversas representaciones elaboradas individualmente. Aunque son producciones mentales sociales independientes y externas a las personas, se impusieron con una fuerza constrictiva sobre el modo de pensar y de actuar de los individuos.<sup>56</sup>

Superando las visiones que compararon las representaciones sociales con imágenes estáticas y universales que imitan una parte de la realidad o, también, con producciones mentales sociales que actúan como modelos objetivos independientes a las personas, se encuentra el planteamiento teórico de Serge Moscovici que definió las representaciones como una modalidad particular de conocimiento con la cual los hombres hacen inteligible la realidad física y social, facilitando a su vez su integración en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios.<sup>57</sup> En su propuesta teórica, influenciada por los planteamientos de Emile Durkheim, Lucien Lévy-Bruhl, Jean Piaget y Sigmund Freud, tres puntos importantes sobresalieron por su cercanía con este concepto: 1. El carácter productor y no solo reproductor del conocimiento en la vida cotidiana, originado de la relación

---

<sup>55</sup> ESCOBAR, Op. Cit., p. 65

<sup>56</sup> ARAYA UMAÑA, Sandra. Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. San José de Costa Rica, FLACSO, 2000, p. 21

<sup>57</sup> Este planteamiento fue expuesto, en un primer momento, en su tesis doctoral “La psychanalyse, son image et son public” (1961). IBID. p. 27

intersubjetiva entre los individuos y el objeto; 2. La naturaleza social del conocimiento, generada a partir de la interacción y comunicación entre los individuos, grupos, instituciones, y 3. La importancia del lenguaje y de la comunicación como mecanismos para crear y transmitir significados acerca de la realidad.<sup>58</sup>

En la definición de este fenómeno de índole social y síquica, Moscovici trascendió el esquema diádico tradicional que relacionaba un solo sujeto con el objeto de conocimiento, para incorporar una nueva arista, el Alter (los otros), una noción con la cual se agruparon los sujetos mediadores que interactuaban con el objeto social durante la construcción de significados y conocimiento. De esta forma, el proceso de aprehensión de la realidad no sólo es posible a través del conocimiento erudito y científico, sino también en la interacción y comunicación cotidiana de los individuos. Lo anterior implicó que esta operación no se estableció de forma unidireccional sino bidireccional, en cuanto participan e interactúan varios sujetos como agentes activos y no como receptores pasivos.<sup>59</sup>

La producción de las Representaciones Sociales en el esquema triádico presentado por Moscovici, comprendió dos mecanismos complementarios para la asignación y actualización de los significados otorgados a los objetos, los cuales definieron un proceso cognoscitivo dinámico y cambiante diferente a lo planteado por Durkheim, quien sugirió la existencia de las representaciones como esquemas inmutables y ajenos a las interacciones establecidas entre los individuos.

---

<sup>58</sup> PETRACCI, Mónica y KORNBLIT, Ana Lía. Representaciones sociales: Una teoría metodológicamente pluralista. En: KORNBLIT, Ana Lía (coord.). Metodologías cualitativas en ciencias sociales: Modelos y procedimientos de análisis. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2007, p. 91

<sup>59</sup> Esta posición que presentó los individuos desarrollando un papel activo en el proceso de generación de conocimiento, también fue defendida por el teórico francés Michel de Certeau, quien criticó la postura defensora de la efectividad de los sistemas dominantes impuestos en la sociedad. Su propuesta central explícita en *La invención de lo cotidiano*, consistió en esbozar una teoría acerca de las prácticas cotidianas aparentemente dominantes en una sociedad y cómo eran asimiladas por los grupos e individuos. Certeau argumentó que el estudio de esas operaciones culturales, ayudaba a percibir cómo la multitud anónima creaba microresistencias o formas de apropiación o “maneras de hacer”, mediante las cuales el ciudadano común expresaba silenciosamente su inconformidad con el orden impuesto actualmente por los modelos de consumo. De esta forma, el orden cultural establecido por los poderosos fue deshecho y burlado por el “arte” de hacer evidente un estilo de intercambios sociales, invenciones técnicas y de resistencia moral, una producción casi invisible que opera a partir de las maneras de emplear los productos impuestos por el orden económico dominante. Los mecanismos de “indisciplina” cotidianos evidentes en la lectura, el lenguaje y las prácticas de apropiación del espacio interior (la vida privada, la cocina) y del espacio exterior (el trabajo, el vecindario, trayectos, centros de comercio), se constituyeron en los procedimientos utilizados por los usuarios contra las prácticas sociales y políticas. DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*, tomos I (El Arte de Hacer) y II (Habitar, cocinar). México: Universidad Iberoamericana, 1999



El primer mecanismo propuesto por Moscovici fue la objetivación, un momento inicial donde se incorporaron las ideas y conocimientos abstractos sobre los objetos, en imágenes comprensibles para los sujetos. Como siguiente paso se encontró el mecanismo del anclaje, con el cual se hizo posible la actualización de los conocimientos sobre un determinado objeto, al permitir inscribir aquellos aspectos innovadores dentro de la red de categorías y significaciones preexistentes.

Siguiendo la línea explicativa propuesta por Moscovici, Denise Jodelet y Robert Farr definieron las Representaciones Sociales como un conocimiento específico no limitado a las percepciones y elaboraciones individuales, en cuanto incorporaron en su esencia todo el tejido relacional derivado de la experiencia, el contexto, las informaciones, los conocimientos y los sistemas de creencias abstractos (ideologías), las imágenes mentales, la educación y la comunicación social. También definido por Jodelet como el saber del sentido común, estas representaciones fueron catalogadas como un conocimiento elaborado socialmente que intenta comprender y explicar las situaciones e ideas abstractas, para situar al individuo y permitirle actuar mediante una red de significaciones más comprensibles y aceptadas por el grupo.<sup>60</sup>

No lejano a esta concepción de representaciones sociales se encontró Teun van Dijk, quien a partir de su relación con el concepto de conciencia, consideró oportuno catalogarlas como un conocimiento derivado del sentido común caracterizado por ser directo, irreflexivo, derivado de las opiniones socialmente compartidas por los individuos, y opuesto parcialmente al conocimiento erudito o elaborado bajo los cánones científicos.<sup>61</sup>

En consecuencia, a partir de las definiciones anteriores es posible plantear que las representaciones sociales corresponden una forma de conocimiento adoptada por los sujetos para comprender y transformar las ideas más abstractas, en significados más comprensibles y adaptables para su realidad cotidiana. Esto último no constituye una razón suficiente para esta noción sea confundida con el concepto de “universos simbólicos”, tal como lo expusieron Castillo y Naranjo en su artículo “La comprensión de

---

<sup>60</sup> ARAYA UMAÑA, Op. Cit., pp. 27-28

<sup>61</sup> VAN DIJK, Op. Cit., p. 127

los grupos sociales”, al intentar aclarar el proceso de construcción de las representaciones sociales.<sup>62</sup>

Como bien se señaló, los universos simbólicos y las ideologías tienen una dimensión más universal y estática, en la medida que se convierten en los cimientos sobre los cuales se estructuran los conocimientos, actitudes y sentidos vigentes dentro de un grupo social. Las representaciones sociales se construyen con base en las ideologías, pero no corresponden a una réplica exacta del conjunto de significaciones e ideas contenidas en éstas, en cuanto son producto de las relaciones intersubjetivas que otorgan significados a objetos más específicos de la vida cotidiana. Por esta razón, las representaciones sociales se caracterizan por ser cambiantes y dinámicas, ya que continuamente se reestructuran como producto del entramado de intercambios que se presentan en las relaciones entre los individuos.

Ampliando esta percepción, Tomás Ibáñez al retomar la percepción de Moscovici, señaló una relación de inclusión existente entre ideología y representaciones sociales. De esta forma, el concepto de representaciones hizo referencia a significaciones de los objetos particulares otorgadas por agentes sociales específicos, un planteamiento con el cual se desvirtuó aun más la propuesta de Durkheim, quien estableció la existencia de representaciones sociales independientes y generales del entramado social. Caso contrario ocurrió con las ideologías, cuya naturaleza general y abstracta permitió compararla con un código interpretativo o un dispositivo generador de juicios, percepciones, actitudes, no atribuible a un agente específico y que atraviesa todos los objetos.<sup>63</sup>

---

<sup>62</sup> En este sentido, los autores consideraron que en un primer momento, las representaciones se constituyeron en elaboraciones mentales destinadas a aprehender la realidad, producidas a partir de la asociación de los sentidos y las palabras. No obstante, estas representaciones superaron ese estado primario para transformarse en universos simbólicos que tuvieron como función explicar, comprender o interpretar las mismas representaciones. CASTILLO Y NARANJO, Op. Cit., p. 156

<sup>63</sup> ARAYA UMAÑA, Op. Cit., p. 43

### 3. LOS AÑOS MARAVILLOSOS: LOS VERTIGINOSOS CAMBIOS DE UNA DÉCADA

René König en el libro *Sociología de la moda* señaló que la moda no era ajena a los cambios producidos en una época, convirtiéndose en el reflejo de las condiciones de un momento. Como manifestación propia del hombre, la moda vestimentaria y la apariencia física ha revelado los cambios en el devenir de las sociedades, constituyéndose en un signo externo y visible de profundas alteraciones económicas, de los cambios de roles sociales, de las formas de pensamiento y del mismo concepto que tienen los miembros de una sociedad.<sup>64</sup>

Una mirada retrospectiva de la historia permite validar ambas opiniones y aseverar que la moda no es un fenómeno ajeno a las vicisitudes de las sociedades modernas. El periodo que comprendió la década del sesenta fue también conocido como la “Edad de Oro”, momento en el cual la economía mundial creció a un ritmo vertiginoso, gracias al milagro económico iniciado en los años cincuenta propiciado por el aumento acelerado de la productividad en el sector agrícola y la cuadruplicación de la producción mundial de manufacturas. Esto significó consecuentemente la expansión de un comercio mundial de productos elaborados debido al crecimiento en el número de consumidores, provocado por la absorción de mano de obra procedente de la inmigración del campo a la ciudad y la inserción de mujeres casadas en el mercado laboral. A todo lo anterior se sumó el desarrollo de las llamadas “economías mixtas”, en donde la planificación y la modernización económica impulsada por los gobiernos en los países capitalistas, permitieron alcanzar un alto nivel de inversión privada en el desarrollo y consolidación del sector industrial y la dinamización del sector de servicios.<sup>65</sup>

La llamada “Edad de Oro” también fue reconocida dentro de la cultura popular y en algunos círculos académicos como los “swinging sixties” o los “sesentas”, periodo en el cual se vivieron procesos sociales, políticos y culturales que sentaron las bases de la

---

<sup>64</sup> LURIE, Alison. El lenguaje de la moda. Madrid: Paidós, 1994, p. 79

<sup>65</sup> La carrera hacia la consolidación de un sistema económico estable, en el cual se buscaba garantizar entre la ingente cantidad de trabajadores buenas condiciones de vida, significó también el fortalecimiento de un mercado de consumo no sólo de bienes esenciales para la subsistencia, sino también de bienes tecnológicos al servicio del hogar y del entretenimiento como lavadoras, televisores, licuadoras, entre otros. Y todo esto fue posible también gracias a la llamada “revolución tecnológica”, que inauguró una época donde la investigación científica puso a disposición de la industria manufacturera los conocimientos alcanzados en décadas anteriores, para la creación o mejoramiento de bienes destinados a suplir el creciente mercado de consumo.

sociedad actual. Dos visiones se conjugaron para referirse a los cambios presentados en esta década: si para algunos significó la época dorada de las nuevas libertades y el rompimiento de los tabúes tradicionales que socavaron las decisiones del individuo para sumergirlo en una gran marea de personas anónimas dentro del sistema capitalista, otros lo señalaron como el comienzo del derrumbe moral, el respeto por la familia, la autoridad y la disciplina tan necesaria para la preservación de los valores burgueses y del relajamiento sexual.

Los jóvenes fueron los principales protagonistas de este fenómeno, quienes ávidos de disfrutar de los placeres de la vida que el sistema económico había permitido a través del trabajo de sus padres y también de sus propios ingresos, comenzaron a cuestionar la doble moral burguesa y las obligaciones derivadas de esta visión (el matrimonio, la fidelidad, el trabajo, los valores tradicionales, la división social vigente entre los géneros), para sumergirse en un maremágnum sin vuelta atrás que desembocó en la construcción de una contracultura propia, donde se predicaron los valores que identificaban su posición frente a la sociedad, como la sinceridad, el humanismo, el amor libre, la independencia financiera del sistema económico.

Si el esplendor económico significó para los adultos la estabilidad financiera y un estilo de vida acorde con los principios y valores proclamados dentro de la sociedad capitalista, en el caso de los jóvenes empresarios fue un estímulo para la fundación de clubes, discotecas, bares, tiendas de pornografía, revistas underground, boutiques, tiendas de música, que buscaron fomentar un tipo de consumo entre la juventud alejado del “maravilloso mundo material de los adultos”, en el cual se destinó cantidades considerables de dinero en la satisfacción de placeres mundanos como la moda, los viajes, la diversión, las bebidas, el rock, la droga.<sup>66</sup>

Esta creciente ola de consumo no hubiera alcanzado amplias proporciones sin los mecanismos de difusión como el séptimo arte, los medios de comunicación y la música. En el caso del cine, la década del sesenta se caracterizó por la expresión de una realidad subjetividad definida bajo la “crisis de la conciencia burguesa”, donde se representó la figura de un individuo enajenado por la sociedad burguesa, que buscaba afanosamente y

---

<sup>66</sup>.SEELING, Charlotte. Moda. El siglo de los diseñadores, 1900-1990. Barcelona: Könemann, 2000, p. 338

sin éxito encontrar la armonía entre su subjetividad y el mundo exterior. Aunque Antonioni y Fellini fueron los primeros en ambientarlo dentro del cine, los representantes de la nueva ola francesa, el *free cinema* inglés, el cine norteamericano y el cine sueco, también hicieron su aporte a la visión de la crisis del individuo con la presentación de sus propias motivaciones (el problema sentimental, el subjetivismo, el narcisismo, la ironía, la autoironía, los temores).<sup>67</sup>

Un poco menos acartonada y más acorde con los designios de la época, la prensa modificó su diagramación y destinó espacios significativos a la publicidad de grandes marcas de vestuario y cosméticos, como también a la inserción de las “women’s pages, término anglosajón que hizo referencia a las páginas destinadas a los temas de interés femenino (cocina, moda, horóscopo, amor, hogar). Siguiendo esta misma línea, aparecieron en mayor cantidad revistas y periódicos femeninos, enfocados en un ser mujer propio del espacio privado y que se encontraba en oposición al ideal masculino.

Aunque a finales de la década del cuarenta, el televisor era considerado un artefacto de lujo, la década del sesenta fue la etapa de su popularización, llegando a convertirse en un objeto cotidiano de miles de familias de clase media, quienes tuvieron la posibilidad de adquirir un aparato cuando aumentaron sus ingresos debido al milagro económico y al reconocimiento de los derechos laborales. Por su parte, la música tuvo una época de gran resplandor, especialmente entre los jóvenes de diversos orígenes, quienes estimulados por la creciente industria sonora y los programas radiales, vieron el surgimiento de grandes ídolos procedentes en gran parte de Gran Bretaña y Estados Unidos como los Beatles, los Rolling Stones, The Who, The Kinks, Jimi Hendrix, Eric Burdon, Janis Joplin, Bob Dylan, Grateful Dead, Led Zeppelin, The Doors.

La moda no fue ajena a estas transformaciones mediadas por la publicidad, los medios de comunicación y el auge de la industrialización. La década del sesenta fue muy representativa en este campo al producirse cambios que afectaron los gustos de toda una generación con respecto al vestuario y el uso de accesorios. Esto significó una transición

---

<sup>67</sup> En esta corriente se destacaron directores como François Truffaut, en “400 golpes” (1959); Luis Buñuel con “Viridiana” (1961), “El Ángel Exterminador” (1962) y “El discreto encanto de la burguesía” (1972); Pasolini en “Accatone” (1961), Mamma Roca (1962) y “Teorema” (1968); Ingmar Bergmar con “A través del espejo” (1961), “El silencio” (1962) y “La hora del lobo” (1968); Alfred Hitchcock con “Psicosis” (1960) y “Los Pájaros” (1963); Tony Richardson en “La soledad del corredor de fondo” (1962); L. Anderson con “El ingenuo salvaje” (1963); de Stanley Kubrick en “2001: Odisea del espacio” (1968); “El bebé de Rosmery” (1968) de Roman Polansky. Véase: SADOUL, George. Historia del cine mundial. México: Siglo XXI Editores, 1998, pp. 504-512

en el comienzo de la década de una moda parisina, vinculada con los altos estratos sociales, hacia una moda más democratizadora que exaltaba las preferencias de los jóvenes. Así, el privilegio exclusivo de la Alta Costura en el establecimiento de la vanguardia<sup>68</sup> y en el liderazgo de las últimas tendencias de la moda, comenzó a ceder espacio ante la aparición de los “centros autónomos” de la moda que promovieron el street wear y el prêt-à-porter, inaugurándose una segunda fase dominada por la producción en serie y las nuevas tendencias promocionadas por creadores que asimilaron la novedad en la moda, con la audacia y el ensalzamiento de la juventud proclamado abiertamente tras la aparición de la llamada “cultura juvenil”.<sup>69</sup> Para saciar el creciente interés por este tipo de vestuario, se abrieron nuevos almacenes como “Quant’s Bazaar” y “Barbara Hulanicki’s Biba”, donde los jóvenes pudieron adquirir a un bajo costo los diseños caracterizados por sus colores vívidos y las líneas que poco se diferenciaron entre los géneros (ropa unisex).

Como parte de esta “democratización de la moda”, también los grandes almacenes y locales especializados se olvidaron paulatinamente de aquellos tiempos en que la ropa era diseñada para ocasiones o tiempos específicos del día, y comenzaron a ofrecer prendas separadas que pudieran combinarse en diferentes formas.<sup>70</sup> Esto último, se puede considerar un signo evidente de un nuevo individualismo, en el cual el sujeto pasó a ocupar un lugar más importante que el colectivo, siendo la moda un medio canalizador que permitió la expresión de su propio sentir y sus ideales: “Con la compra de piezas pequeñas, no sólo tenemos ocasión de ejercer más veces nuestra elección, sino que nos concedemos un placer más a menudo. Cambiar frecuentemente por el placer del cambio, por el juego del disfraz y la propia metamorfosis, no por deseo de ostentación social”.<sup>71</sup>

Bajo esta dinámica, las líneas vigentes en los años cincuenta que impusieron en los trajes de cortes formales y accesorios que exaltaron al máximo la feminidad (tacones de aguja,

---

<sup>68</sup> Dentro del grupo privilegiado de diseñadores que hicieron parte de esta institución tradicional en el mundo de la moda en la década del sesenta, se incluyeron Carven, Jacques Griffe, Pierre Balmain, Jean Patou, Guy Laroche, Nina Ricci, Jacques Heim, la Casa Dior dirigida por Marc Bohan, Courrèges, Balenciaga, Yves Saint Laurent y Pierre Cardin.

<sup>69</sup> LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero, La moda y su destino en las sociedades modernas. Barcelona: Anagrama, 1990, pp. 123-124

<sup>70</sup> Página del Museo Victoria y Albert, especializado en arte y diseño ubicado en Gran Bretaña [en línea]. Londres, 2012. [Consultado: 07 de enero de 2012]. Disponible en internet: <http://www.vam.ac.uk/content/articles/h/history-of-1960s-fashion-and-textiles/>

<sup>71</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 168

faldas amplísimas que derrochaban metros de todo género de telas leves, y trajes con corpiños breves, muy ajustados y suntuosamente bordados), paulatinamente se fueron transformando en tendencias artísticas ligadas estrechamente con la música y las nuevas ideas que a principios de la década emergieron en Gran Bretaña bajo la influencia del Pop Art y del Op Art. De esta forma, en el panorama de la moda irrumpió un estilo más cercano a los años veinte con el movimiento Mod<sup>72</sup>, con el cual se popularizaron las formas simples geométricas y una figura un tanto desaliñada para hombres y mujeres. Así, entre los hombres se hicieron populares los levi's estrechos, la chaqueta estilo militar, la camisa entallada o jersey cuello cisne, mocasiones o botas, y corbata foulard. En el caso de las mujeres, su porte y figura adquirió los rasgos de una figura aniñada pero con aires seductores como la *Lolita* de Vladimir Nabokv o la modelo Twiggy, quien se caracterizó por usar faldas rectas, zapatillas con punta redondeada sin tacón estilo “zapato de abuelita”, cabello corto lacio en forma de champiñón inmortalizado por el estilista Vidal Sassoon y rostro pálido, en el cual se resaltaron los ojos con las pestañas postizas y el delineador en los párpados.

Rápidamente la tendencia a reducir el tamaño de los peinados mediante la eliminación de los esponjados y abombados elaborados con grandes cantidades de laca, fue común entre millones de mujeres en el mundo ansiosas por encontrar la libertad de movimiento. La línea “Onda corta” inmortalizada por las afamadas estilistas francesas hermanas Caritas, garantizó el manejo de un peinado adaptable a cualquier momento del día, gracias a la adopción de un estilo de cabello alargado hasta las sienes, específicamente hasta las comisuras de los ojos, con pequeños mechones cortos separados y simétricos y con el lóbulo de la oreja descubierto. Para lograr un volumen flexible, el cabello sobre la frente se separó en dos triángulos peinándose hacia atrás.<sup>73</sup>

Siguiendo esta línea callejera, se popularizaron los sujetadores no-bra, los leotardos, las botas bajas y los pantalones entre las mujeres. El “sportwear” hizo su aparición como una línea enfocada, en un principio, hacia una tendencia más informal y no especializada en el ámbito deportivo. Novedosos materiales diseñados en laboratorios como el vinilo, el

---

<sup>72</sup> El movimiento mod es originario de Gran Bretaña y se destacó por su creciente interés en el pop art, el cine de la nouvelle vague francesa y la filosofía existencialista. Además de su vestuario característico, adoptaron el uso de scooters con muchos espejos.

<sup>73</sup>En el mar de los peinados el último grito de Paris. Onda corta. En: Cromos, Bogotá. Julio 3, 1961. no. 2295, pp. 30-31

poliéster, el dacrón, el nylon, el orlón, el acetato, permitieron la utilización de un vestuario más fácil y cómodo de usar, eliminando la preocupación por las arrugas o la dificultad para su lavado. Sin duda, esta proliferación de fibras textiles artificiales fue un buen aliciente para celebrar la era espacial a través de colores plateados que se mezclaron con colores primarios, dándole un toque de mayor originalidad al vestuario cotidiano.

Pero esta tendencia no hubiese tenido tanta trascendencia sin la invención de la minifalda por la diseñadora londinense Mary Quant, quien propagó por primera vez las faldas a la altura de los muslos, como si quisiera con esta prenda exaltar públicamente los primeros indicios de la emancipación femenina y el comienzo de una nueva moralidad alejada de los preceptos tradicionales que socavaban el goce de su sexualidad. André Courrèges hizo lo suyo cuando combinó las botas de tacones planos con la minifalda, eliminando así el rastro de feminidad representado en los tacones altos y consagrando a la mujer joven, la “teen-agers”, como prototipo de la moda. Lo propio hizo la Casa Dior, bajo el mando de Marc Bohan, Larroché, Balmain, Castillo, al adoptar la minifalda en sus colecciones pero bajo un toque de elegancia.

El revuelo causado por esta prenda no solamente se esperó entre los sectores tradicionales que vieron con malos ojos la exhibición de las piernas de la mujer, sino también entre algunos diseñadores de alta costura como Chanel, quien comparó la minifalda con un “invento de creadores afeminados” y el modisto londinense Hardy Amies, que consideró extravagantes y confusos los diseños que sobrepasaban los cinco centímetros desde la rodilla. Capucci, Patou, Lanvin y Nina Ricci, por su parte, asumieron una posición neutral y en sus colecciones incluyeron modelos de minifaldas y de maxifaldas. En algunas revistas y periódicos del mundo, incluso, se habló de una posible contienda en el mundo de la moda debido a la aparición de la maxifalda:

Lo más curioso de esta contienda es que no hay enfrentamientos. Prestigiosos modelos de todo el mundo adoptan la mini y la maxi según la ocasión, y de esta neutralidad. Estridentes minifaldas son la delicia de Europa, lo que hace pensar en un secreto pacto de convivencia. Para los detractores de la minifalda, conviene recordar que en 1967 se anunciaba la vuelta a la cordura. Estamos en el centro de 1969 y la M.F. se mantiene, se resiste y vence.<sup>74</sup>

---

<sup>74</sup>Cosas de la moda, En: Cromos, Bogotá. Abril 14, 1969. no. 2680, p. 6



Entonces, el matrimonio entre alta costura y moda popular se hizo realidad, algo impensable en las décadas anteriores. Aunque Courrèges selló este pacto con su combinación minifalda-botas y el estilo "Space Age" que rompió con toda las tendencias tradicionales vigentes en la alta costura, Pierre Cardin e Yves Saint Laurent también hicieron eco de las nuevas tendencias urbanas y comenzaron a promocionar sus propias colecciones "ready to wear" en 1959 y 1966, respectivamente. En el caso de Cardin, verdadero pionero de las colecciones prêt-à-porter, el creciente interés por la ciencia ficción estimuló su creatividad para crear vestidos cortos y rectos con formas geométricas muy marcadas y con abombamientos similares a la figura de un compás, los cuales generalmente estaban acompañados de jerseys de cuello alto y calcetines colegiales. Por su parte, el argelino Yves Saint Laurent se destacó por su liderazgo en el diseño de trajes unisex, al incorporar el esmoquin para mujeres y resaltar en sus trajes un estilo más urbano basado en las tendencias callejeras. Esto último permitió a la alta costura dirigir su mirada hacia el street wear, cambiando consecuentemente la visión tradicional vigente de "arriba hacia abajo".<sup>75</sup>

Sin embargo, la Alta Costura pasó de convertirse en una institución encargada de impulsar la vanguardia de la moda, a consagrar las innovaciones producidas en el mundo cotidiano de las grandes urbes. Esto significó la aparición de una camada de diseñadores alejados de este rutilante mundo y visionarios en la promoción de ropa en función del consumidor, como Daniel Hechter, creador de un estilo señalado entre los límites del confort y el sportwear, quien lanzó en 1959 el estilo Babette y el abrigo tipo sotana. En 1960 Jean Bousquet con su marca francesa Cacharel, hizo lo mismo con la primera presentación de la colección de blusas de algodón, que llamó la atención de la prensa por la presentación de una visión de mujer caracterizada por un estilo juvenil, femenino, refinado y brillante en sus colores.<sup>76</sup> También se destacaron los abrigos amplios en forma de capa introducidos por Christiane Bailly en 1963; los diseños sportwear de alta calidad creados por Michèle Rosier con su marca "V de V" (*Vêtements de Vacances*); la modelo francesa Emmanuelle Khanh estuvo a la vanguardia de la ropa juvenil prêt-à-porter;

---

<sup>75</sup> SEELING, Op. Cit., pp. 352-353

<sup>76</sup> El famoso "boom" apareció en la portada de la revista *Elle* del 8 de noviembre 1963, con lo cual la marca Cacharel comenzó a ser reconocida en el mundo. Posteriormente, su amplia influencia en el mercado de la moda, también permitió diversificar sus ventas hacia los perfumes y accesorios. Página de Cacharel 2012 [en línea] [Consultado 08 de enero de 2012]. Disponible en internet: <http://www.cacharel.fr/english/histoire-eng.html>

Chantal Thomass diseñó sus minivestidos; el matrimonio Elie y Jacqueline Jacobson fundaron en 1958 Dorothee Bis, una casa francesa famosa por vender ropa de punto contemporánea caracterizada por su elegancia y estilo juvenil.<sup>77</sup>

El descrédito de las grandes casas de Alta costura, trascendió hasta el punto de generar el desplazamiento paulatino de París como capital de la moda, hacia otros lugares del mundo (Italia y Londres) como referentes del vestuario femenino elegante y centros de la moda masculina. No obstante, el resplandor de la capital parisina como referente de la moda estuvo lejos de opacarse y no era raro que durante cada estación arribaran aproximadamente 150 compradores procedentes de Nueva York, Roma, Londres y de otras partes del mundo; una invasión que representó una venta anual de mil millones de antiguos francos. Las grandes firmas textiles como Du Pont participaron de este jugoso negocio, al comprar los modelos de vestuario destinado a sus campañas publicitarias. Por su parte, los confeccionistas y los grandes almacenes americanos (Macy's, Saks, Lord and Tylor), se disputaron en cada temporada los modelos que compraban junto con el copyright, para reproducir un traje o un abrigo en grandes cantidades. Para conseguirlo, los grandes compradores pagaban los servicios de un comisionista, el cual debía invertir alrededor de 400 dólares para poder observar los modelos.<sup>78</sup>

El sexo masculino asimismo hizo su aparición en el mundo de la moda y los diseñadores dejaron atrás las visiones tradicionales que definieron las líneas formales y los colores oscuros para la elaboración de los trajes masculinos. Siguiendo las tendencias propias de la moda gay, el vestuario masculino comenzó a incorporar un gran colorido y formas similares a las usadas por el género femenino, como chaquetas ajustadas sin cuello, pantalones de corte ceñido al cuerpo y botas. Al finalizar la década, los pantalones adquirieron dimensiones amplias con la incorporación de la bota estilo elefante, también un rasgo característico de la moda femenina, junto con los largos rizos o cabellos lacios que marcaron más abiertamente una imagen unisex. Así, ante la mirada atónita de religiosas o personas con un pensamiento más tradicional, no era extraño encontrar en las calles de Nueva York, París y Londres, mujeres y hombres vestidos en formas similares.

---

<sup>77</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 193

<sup>78</sup> "Cuatro mil pesos por ver los diseños de Saint Laurent". En: Cromos, Bogotá. Marzo 19, 1962. no. 2329, pp. 36-39

Esta “ola de consumo” mediático y vestimentario contrastó con el trasfondo político que se estaba desarrollando en los países ubicados al norte del paralelo del Ecuador, especialmente en Norteamérica y Europa, donde las dos fuerzas políticas emergentes tras la finalización de la guerra, Estados Unidos y la URSS, desencadenaron una guerra de tipo psicológico conocida como la Guerra Fría, que favoreció el desarrollo tecnológico destinado a una industria armamentística que intentaba propiciar el reparto de fuerzas entre los países capitalistas y comunistas. Esta situación encontró su punto culminante en la construcción del Muro de Berlín en 1961, que dividió a Alemania en dos países polarizados según la tendencia política dominante.

La constante tensión en el mundo desembocó en algunas guerras de carácter regional que, aunque no involucraron directamente a Estados Unidos y la URSS, se convirtieron en símbolos de la progresiva polaridad que dividió el mundo en dos bandos. Para la década del sesenta el conflicto más reconocido fue Vietnam (1959-1975), al generar entre los jóvenes estadounidenses un movimiento antibelicista y opuesto al reclutamiento forzado. Así, la lucha contra la guerra y las armas nucleares se hizo realidad a través de la organización de diferentes movimientos pacifistas internacionales, especialmente en Europa y en Estados Unidos.<sup>79</sup>

Estos movimientos civiles estuvieron acompañados de cambios trascendentales y significativos en la reasignación de roles sociales y en la transformación paulatina de las representaciones socioculturales en la sociedad, lo cual se tradujo en la búsqueda de la realización personal fundamentada en el fenómeno de la cultura juvenil que cuestionaba las antiguas formas de vida. Como resultado de este proceso ideológico y social, surgieron una serie de movimientos culturales (hippie, sicodélico, beatnik, happening) o grupos de movilización política (maoístas, anarquistas, extrema izquierda, extrema derecha, entre otros), que comenzaron a reclamar derechos civiles y a proclamar la defensa de ideales altruistas y humanitarios.<sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> La expansión de este tipo de movilizaciones sucedió como una onda en el mar, originando una serie de movimientos en el mundo occidental que tuvieron lugar a finales de la década, liderados en gran parte por estudiantes que reclamaban cualquier tipo de consideración de corte humanitario, político, civil o económico. De esta forma, se incluyeron el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, la Primavera de Praga-Checoslovaquia, el movimiento parisino de estudiantes, la matanza de la Plaza de Tlatelolco en México, los movimientos de oposición al franquismo en España, el otoño caliente en Italia. HOBBSAWN, Op. Cit., p. 241

<sup>80</sup> SEELING, Op. Cit., pp. 337-349

La incorporación de drogas como la marihuana y el LSD, junto con ideas procedentes del extremo oriente que promocionaron un escape del sistema dominante hacia la búsqueda del verdadero sentido de la vida humana alejada de la tendencia materialista de la época, encontró en la música la mejor forma de expresión. Producto de esta tendencia fueron las grandes aglomeraciones de jóvenes en conciertos “love in” organizados en Londres y Los Ángeles en 1967, y Woodstock en New York en agosto de 1969. Este último, fue considerado un ícono muy representativo de la época, aún para la actualidad, por la cantidad de personas que asistieron (alrededor de medio millón) en torno al mensaje de paz, esperanza y expresión cultural.<sup>81</sup>

La moda también hizo evidente esta fuerte tendencia propia de la contracultura juvenil y, a finales de esta década, las tendencias enfocadas hacia la exaltación de formas y colores propios de las culturas orientales, comenzaron a hacerse populares entre un segmento de jóvenes norteamericanos procedentes de la costa occidental de EEUU, quienes asqueados del materialismo y de la producción en masa característicos de la sociedad occidental, exploraron un tipo de vestimenta orientada hacia la emulación del mundo natural. Peyorativamente señalados como “hippies” entre los sectores tradicionales de la sociedad, estos grupos se destacaron por las flores que lucieron en sus largas cabelleras descuidadas y el uso de vestidos elaborados en tejidos naturales, como chaquetas bordadas de piel de cordero de Afganistán, largos chales de la India, camisetas con diseños batik, pantalones pata de elefante, camisas con diseños sicodélicos y vestidos de pana de apariencia gastada. Su apariencia de jóvenes inconformes se complementó con las sandalias sin medias y el mínimo uso de maquillaje en las mujeres.

Paradójicamente esta tendencia naturalista contra el interés consumista, fue rápidamente adaptada en el mundo de la moda por diseñadores de la talla de la siria Thea Porter, quien aprovechando sus conocimientos del Medio Oriente, experimentó con ciertos elementos como colores, formas y texturas, para diseñar vestidos de corte étnico

---

<sup>81</sup> El Festival de Woodstock, promocionado por John Roberts, Artie Kornfeld, Joel Rosenman y Michael Lang, fue el resultado de la expresión de los intereses de una generación de jóvenes que defendieron la vigencia universal de los derechos humanos, las prácticas éticas comerciales, la expresión creativa sin límites, el libre comercio, el cuidado del planeta, el poder del individuo para hacer la diferencia y el gran impacto de las comunidades para actuar como agentes de un cambio pacífico. Entre los artistas y grupos participantes se encontraban Jefferson Airplane, Jimi Hendrix, the Grateful Dead, the Who, Janis Joplin; Crosby, Stills, Nash & Young; Joan Baez, Santana, The Band. Página oficial del Festival Woodstock [en línea]. [Consultado 09 de enero, 2012]. Disponible en Internet: <http://www.woodstock.com/>

adaptados al gusto occidental a través del uso de telas como el chifón, la seda, el brocato, el uso de ornamentos brillantes y bordados en las prendas.<sup>82</sup>

Aunque el final de la década del sesenta estuvo caracterizado por el fantasma de la crisis económica, generada por el colapso de la economía norteamericana (alta inflación, desempleo generalizado) y la crisis del sistema monetario internacional que llevó a la eliminación del patrón oro en el dólar, el mundo de la alta costura presentó las colecciones de los diseñadores franceses Lous Feraudy, Jacques Heim, los modistos Feraud, Jean Pomarede, Molyneux, Esterel y Venet, quienes hicieron énfasis en algunas partes del cuerpo de la mujer como la cintura, las caderas y el busto, para resaltar su feminidad a través de las minifaldas plisadas y laminadas, pantalones cortos, falda-pantalones y “bombachas”.<sup>83</sup>

Pero este pequeño destello no socavó la creciente necesidad de incorporar la alta costura dentro de un mercado que ofrecía mayores dividendos económicos, llevando a sus integrantes a explorar nuevas opciones y extender sus horizontes geográficos más allá de París, Londres o Roma. Bajo esta dinámica, el diseñador francés Philippe Guibourge inauguró los primeros almacenes “ready to wear” de Coco Chanel y Christian Dior, destinados a las mujeres con un presupuesto modesto y con “mayor sentido del buen vestir”. Como un logro importante fue resaltado por los comentaristas en la prensa: “Para mantener el paso con el rápido cambio de valores después de 20 años de soberanía de la alta costura, la casa Dior aquí se dio cuenta de la importancia de abarcar una audiencia mucho más amplia”.<sup>84</sup>

Dentro de este panorama, las casas de alta costura empezaron a expandir su dominio en el mundo de la moda con la apertura de nuevos mercados en Alemania y Brasil. De esta manera, modistos de la talla del francés Louis Feraud encontraron un nuevo nicho para comercializar sus diseños a través de la presentación y venta de sus colecciones ready-to-wear en Brasil.<sup>85</sup> Así, el pasaporte hacia una clara decadencia de la alta costura en el

---

<sup>82</sup> Página Sensación Vintage [en línea], 2012. [Consultado 10 de enero. 2012]. Disponible en Internet: <http://sensacionvintage.blogspot.com/2010/12/la-precursora-del-boho-chic-thea-porter.html>

<sup>83</sup> Énfasis a la feminidad dan modistos franceses. 5 presentaron ayer sus creaciones. En: El Colombiano, Medellín. 23, enero, 1968, p. 16

<sup>84</sup> Hargrove, Rossette, “La nueva creación de “Miss Dior”, En: El Colombiano, Medellín. (18, Dic., 1967), p. 24

<sup>85</sup> La moda francesa se lanza en busca de nuevos mercados. Alemania, país codiciado por los diseñadores, En: El Colombiano. Medellín. 27, enero, 1969, p.23

mundo de la moda fue cancelado, para renacer como un ave fénix mediante la apertura de almacenes destinados para un público más amplio.

### **3.1 LOS AIRES EN LA BELLA VILLA**

Colombia comenzó la década del sesenta siendo todavía un país rural, a pesar del auge industrializador emergido con mayor fuerza y dinamismo después de la década del treinta y del crecimiento en extensión y número de habitantes en las grandes urbes. Para este momento, según el censo de 1964 el país contaba con 17,484.508 millones de habitantes, de los cuales cerca de un 48% habitaban las zonas rurales del país (8,391.414 millones). El porcentaje restante, un 52% (9,093.094 millones), se concentró en gran parte en los centros urbanos como Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga y Manizales, donde la actividad industrial y comercial había servido de centro de atracción para grandes contingentes de campesinos que intentaron huir de la violencia o mejorar sus condiciones laborales y de vida. Diez años después, el censo de 1973 reveló la continuidad en la tendencia urbanizadora de las grandes ciudades (61%) y el creciente abandono de los campos (39%), debido a factores como las múltiples trabas para hacer realidad una reforma agraria, la inseguridad en los campos producto del surgimiento de bandas criminales y grupos guerrilleros, y la agudización de la presión demográfica, especialmente en las zonas de minifundio ubicadas en la cordillera de los Andes.<sup>86</sup>

En el caso específico de Medellín, la antigua villa de calles angostas y casas de tapia comenzó a convertirse en una ciudad populosa, en gran medida, producto del auge industrial y de su importante oferta laboral, que sirvieron de imán para atraer nuevas oleadas de campesinos quienes buscaron nuevas opciones de vida, ante la violencia generalizada y las pocas posibilidades de empleo y de educación existentes en sus poblaciones de origen. De esta forma, si para el censo de 1951 la ciudad contó con 358.189 habitantes, en un lapso de trece años el número de personas se duplicó en

---

<sup>86</sup> José Olinto Rueda señaló que entre el periodo comprendido entre 1951 y 1964, la mayoría de ciudades duplicaron su población. En el caso específico de los principales conglomerados urbanos como Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga y Manizales, el lapso ocurrió en tan solo diez años gracias al aporte migratorio. RUEDA PLATA, José Olinto. "Historia de la población de Colombia: 1880-2000". En: TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia de Colombia. Vol V. Bogotá: Editorial Planeta, 1986, p. 379

772.887; para 1973 la ciudad contabilizó 1.093.191 habitantes. De este total de población registrado entre 1951 y 1973, la mayor cantidad se agrupó en la zona urbana hasta superar el 90%, un dato que evidenció su creciente auge como centro industrial y comercial.

**Cuadro 1 Medellín. Crecimiento demográfico, 1905-1973<sup>87</sup>**

<b>Censo</b>	<b>Población total</b>	<b>Población urbana</b>	<b>% Población urbana</b>	<b>% Incremento 1905: año base</b>
1905	54.946	31.055	56,5	<b>año base</b>
1912	71.004	sd	sd	29,22
1918	79.146	51.951	65,6	44,04
1928	120.044	83.955	69,9	118,50
1938	168.266	143.952	85,6	206,23
1951	358.189	328.294	91,7	551,90
1964	772.887	717.865	92,9	1306,63
1973	1.093.191	1.053.964	96,4	1889,60

Nuevos espacios situados en la periferia o que se estaban inhabitados comenzaron a ser urbanizados. Entre 1940 y 1950, el sector occidental de la ciudad llamado Otrabanda fue habilitado gracias a la canalización del río Medellín, para evitar las continuas inundaciones y aprovechar los territorios adyacentes a sus orillas. Así, los barrios de La América, Robledo y Belén, dejaron su aparente aislamiento para integrarse al desarrollo urbano surgido alrededor del colegio San Ignacio, Laureles y el Estadio. Igualmente, nuevos

<sup>87</sup> Estas cifras correspondieron al texto *Medellín en cifras*, Medellín publicado por Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos en 1975. RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim. Migración y cambio social en Medellín y el valle de Aburrá: 1920-1970. En: GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA SOCIAL. Proyecto migración social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970: Informe de actividades. Medellín: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, 2011, p. 16

terrenos fueron habilitados con aportes del Instituto de Crédito Territorial para la vivienda destinada a trabajadores y operarios de las industrias, como los barrios Alfonso López, Florencia, Girardot, Boyacá, Toscana y Boyacá las Brisas. El modelo de crecimiento y desarrollo impulsado por la industrialización, también sirvió de telón de fondo para la aparición en la periferia de nuevos conglomerados de personas que habitaron los llamados “barrios piratas”. Pronto estas zonas “marginales” ubicadas en el centroccidente (Lima, La Pradera y los Alcazares) y entre la banda nororiental y centrorienta (Popular, Santo Domingo Savio, Granizal, la Isla, Moscú, el Raizal, la Frontera), fueron integradas a la ciudad mediante el acceso a los servicios públicos y las vías de transporte.<sup>88</sup> En el informe presentado por el Banco de la República para 1968, Medellín fue la ciudad con el mayor incremento en la construcción representado en 62.6% (3.552.715 metros cuadrados), seguido por Bogotá con 32.8% y Barranquilla con 12%.<sup>89</sup> De este total urbanizado, el sector central mostró su vocación comercial al registrar 33.58%, seguido por la vivienda 34.75%, el institucional 11.46%; el comercio industrial 8.01%; la industria 1.34%, y usos varios 10.86 %.<sup>90</sup>

Dentro de este proceso de urbanización acelerada, el centro de la ciudad presentó una completa remodelación como una forma de valorizarlo y hacerlo más atractivo para los comerciantes. De esta forma, se adelantaron ensanchamientos en la manzana sur del parque de Berrío y se estimaron como planes futuros la prolongación del pasaje La Bastilla entre Colombia y Pichincha para convertirlo en una vía netamente peatonal, y el ensanche de la carrera Palacé entre Pichincha y Colombia y la calle Ayacucho, entre Carabobo y Palacé.<sup>91</sup>

Calles y avenidas aparecieron para dar paso al servicio de buses municipales, posibilitando el acceso a una mayor cantidad de personas que habitaban los barrios recién fundados en las laderas. A pesar de los intentos encabezados por el Concejo

---

<sup>88</sup>NARANJO GIRALDO, Gloria, Medellín en zonas: monografías [en línea]. Medellín: Corporación Región, 1992. [Consultado 22 de Enero. 2012]. Disponible en Internet: [http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat\\_view/44-libros/64-1992](http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat_view/44-libros/64-1992)

<sup>89</sup>“Medellín, ciudad colombiana donde más se construye”. En: El Colombiano. Medellín. 4, febrero, 1969, p.6.

<sup>90</sup>Según los datos suministrados por el periódico *El Colombiano*, la zona del centro para 1969 contó con 1.446 almacenes; 6 establecimientos para mercado incluyendo la plaza de Cisneros; 100 hoteles y hospedajes; 639 cafés; 92 restaurantes; 17 salas de cine para 13.317 espectadores; 4.284 oficinas; 14 terminales de transporte interdepartamentales, 6 del Valle de Aburrá, 9 de ganado y 33 nacionales; 42 establecimientos de enseñanza para 14.100 alumnos. Medellín en cifras. En: El Colombiano. Medellín. 7, mayo, 1969, p. 23.

<sup>91</sup>Se completa remodelación en el centro de la ciudad. En: El Colombiano, Medellín (5, Feb. 1969), p.5.



Municipal para desarrollar un modelo de crecimiento más organizado basado en el Plan Piloto elaborado en los años cincuenta por Paul Wiener y José Luis Sert, el proceso de transformación desordenado continuó avanzando impulsado por las construcciones de edificios cercanos al Parque de Berrío como el Edificio Coltejer (1967), los cuales difícilmente cumplieron con las especificaciones técnicas relacionadas con la protección del patrimonio histórico. A todo lo anterior, se sumaron los problemas subsecuentes a un crecimiento urbano no planificado, situación evidenciada en el deterioro de área del centro por el incremento de los espacios destinados al comercio, el caos vehicular generado por la presencia de aproximadamente 20.000 automotores (buses, taxis, carro particular y camiones de carga) y el éxodo de instituciones y entidades hacia la zona de El Poblado.<sup>92</sup>

Grandes establecimientos comerciales y supermercados ya habían aparecido en la ciudad como Sears (cerca al Estadio), almacenes Ley, Caravana y Tía, para hacerle competencia a los almacenes “muy elegantes” ubicados en el recientemente inaugurado Pasaje Junín y otros más tradicionales cercanos al centro de la ciudad, localizados en la carrera Carabobo y Sucre. Complementaron el conglomerado urbano, el número creciente de industrias<sup>93</sup>, los bancos nacionales y extranjeros que sumaban 17 (para 1970 se contabilizaron 20), la Bolsa de Valores creada en 1961 y los centros educativos de enseñanza superior como la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Medellín, la Escuela de Administración y Finanzas (EAF, luego EAFIT), la Universidad

---

<sup>92</sup> Según Jorge Orlando Melo, esta situación se agravó aún más con la construcción de la Avenida Oriental, que aumentó el número de vehículos hacia el ya congestionado centro de la ciudad y con la apertura de las dos vías paralelas al río, que disminuyó el área verde destinada para esta zona. MELO, Jorge Orlando. Colombia es un tema: Espacio e historia de Medellín [en línea] [Consultado 13 de Enero. 2012]. Disponible en Internet: <http://www.jorgeorlandomelo.com/espaciomedellin.htm>

<sup>93</sup> La diversidad de industrias existentes en Medellín dan cuenta de un proceso de industrialización solo comparable con el sucedido en Bogotá. Para el año de 1975, se encontraban una buena diversidad de establecimientos industriales en la ciudad: 98 dedicados a la producción de alimentos (panaderías, trilladoras, reposterías, procesadoras de alimentos, restaurantes); 7 industrias de bebidas; 1 fábrica tabacalera; 99 plantas para la producción de telas, insumos y calceterías; 165 establecimientos para la fabricación de prendas de vestir y accesorios; 53 dedicadas a la producción de artículos de cuero, incluyendo calzado; 73 madereras e industrias para la fabricación de muebles y accesorios; 11 fábricas para la producción de papel; 49 imprentas y editoriales; 53 establecimientos para producción de sustancias químicas industriales y otros productos químicos; 2 refinerías de petróleo y fabricación de productos derivados; 10 fábricas de productos de caucho; 27 industrias de productos plásticos; 4 fábricas de vidrio; 58 establecimientos para el procesamiento de productos minerales no metálicos (ladrilleras, tejares, baldosas, cemento); 8 industrias básicas de hierro y acero; 4 factorías básicas de metales no ferrosos; 113 manufacturas para la fabricación de productos metálicos, incluyendo maquinaria no eléctrica; 65 establecimientos para construcción de maquinaria y accesorios eléctricos; 29 industrias de construcción de material de transporte (carrocerías y accesorios); 10 establecimientos para la fabricación de equipo profesional y científico (instrumentos de medida y óptica); 32 establecimientos entre los cuales se incluyen joyerías, instrumentos de música, artículos de deporte, entre otros. DANE. Anuario Estadístico de Medellín (diferentes años: 1960-1970) y DANE. Medellín en cifras: Ciudad tricentenaria. Bogotá: DANE, 1976, pp. 174-182

Autónoma Latinoamericana, el Instituto Tecnológico Pascual Bravo, el Colegio Mayor de Antioquia, el Instituto Politécnico Colombiano, la Academia Superior de Artes, entre otros.

La vida política “democrática” volvió a resurgir con la caída del dictador Rojas Pinilla y el Plebiscito de 1957, donde las mujeres tuvieron la oportunidad de definir junto con los hombres, el rumbo de las nuevas instituciones democráticas que rigieron el destino del país durante las décadas siguientes. En medio de un panorama caracterizado por el creciente sectarismo entre los seguidores de los partidos tradicionales, los dirigentes del partido conservador y liberal firmaron un acuerdo para aliviar la tensión generada por las luchas en el campo, mediante el cual cobró vida el Frente Nacional.

Durante los primeros años de vigencia de esta alianza política, la vida política nacional se vio frecuentemente agitada por la movilización de grupos sindicalistas y de estudiantes, quienes en un pacto “firmado” sin palabras y papeles, se unieron para reclamar los derechos de una ingente masa de trabajadores, que buscaba alcanzar mejores condiciones salariales y también el reconocimiento de una seguridad social. El inconformismo reinante en varios sectores de la sociedad, también hizo eco en el seno del ejercicio político, generándose voces de oposición contra el Frente Nacional por considerarlo un mecanismo excluyente que favorecía el monopolio del poder concentrado alternadamente entre el partido liberal y el partido conservador. Así, dos movimientos alternativos hicieron su aparición en el escenario político para combatir el pacto bipartidista y rechazar abiertamente las candidaturas oficialistas: entre 1957 y 1963 apareció el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) bajo la dirección de Alfonso López Michelsen, y en 1961 se conformó oficialmente la Alianza Nacional Popular (ANAPO), como una forma de reivindicar el accionar político del general Rojas Pinilla.<sup>94</sup>

El panorama político contrastó con el ambiente de optimismo económico generado por el desarrollo industrial sucedido entre 1958 y 1967, momento en el cual se configuró con

---

<sup>94</sup> De este ambiente de tensión también participaron los campesinos, organizados para reclamar lo que había sido negado durante tantos años, una verdadera reforma agraria donde se reconociera no solamente la posesión legal de sus tierras, sino también el acceso a créditos y a la construcción de vías de transporte para la eficiente comercialización de sus productos. Este panorama social y político se recrudeció aún más con el inicio de los bombardeos contra las llamadas “repúblicas independientes” en el gobierno de Guillermo León Valencia (1962-1966), hecho que se convirtió en el pretexto ideal para la organización de las autodefensas campesinas que dieron origen histórico a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército Nacional de Liberación (ELN). CAMACHO, Álvaro. Los años sesenta: una memoria personal. En: Revista de Estudios Sociales. Agosto, 2009, no.33, p. 72

mayor fuerza un “modelo de desarrollo hacia adentro” y un proceso de diversificación sin igual, que modificó tanto la producción en los sectores tradicionales (alimentos, textiles, editoriales, confecciones), como las industrias recientemente conformadas (papel, maquinaria, equipos de transporte, química y productos metálicos).

Pero este proceso de dinamización y crecimiento industrial no hubiera sido posible sin la concurrencia de algunos factores de índole económico y político, entre los cuales se incluyeron la transformación de las políticas gubernamentales que crearon las corporaciones financieras crediticias y los fondos de fomento (Fondo de Inversión en 1961 y Fondo de Inversiones Privadas en 1963), para transferir capital de riesgo hacia la industria; la sustitución de las importaciones, especialmente de insumos industriales, hecho provocado por el desabastecimiento de productos europeos y americanos después de la Segunda Guerra; el crecimiento de la demanda interna de bienes manufacturados, debido al aumento de un proletariado convertido en un sector demandante; la creación de nuevas industrias y la modernización de las ya existentes, gracias a la inversión en maquinaria y la implementación de técnicas extranjeras, que aminoraron los costos de producción y permitieron obtener mejores niveles de productividad.<sup>95</sup> A todo lo anterior se sumaron las medidas proteccionistas del gobierno central que prohibieron desde 1952 la importación de textiles producidos en Colombia.<sup>96</sup>

Este elevado índice de crecimiento industrial se debió, en gran parte, al aumento en la producción textil especialmente entre 1958 y 1963, cuando pasó de 751.629.400 millones a 861.366.400 millones de pesos. Aunque este crecimiento no fue sostenido entre el período de 1963 y 1967, la industria antioqueña continuó su ritmo de expansión gracias a la mayor demanda de sus productos, incrementada por el aumento en la capacidad de consumo generalizada con la consolidación del sector industrial y el terciario, la ampliación del mercado interno, la intensa publicidad de las telas y el mejoramiento en la calidad de sus productos.<sup>97</sup>

---

<sup>95</sup> MAYOR MORA, Alberto. Historia de la industria colombiana, 1930-1968. En: Tirado, Álvaro (dir.). Nueva Historia de Colombia. Vol. V. Bogotá: Editorial Planeta, 1986, p.352 y OCAMPO, José Antonio. Colombia en la era clásica del "desarrollo hacia adentro: 1930-1974. OCAMPO, José Antonio y CÁRDENAS, Enrique (comp.) Industrialización y Estado en la América Latina: La leyenda negra de la posguerra. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003, pp. 39-41

<sup>96</sup> Prohibida la importación de textiles. En: El Colombiano. Medellín. 11, noviembre, 1952, p. 9.

<sup>97</sup> LONDOÑO YEPES, Carlos. Origen y desarrollo de la industria textil en Colombia y Antioquia. Medellín: Centro de Investigaciones Económica Universidad de Antioquia, 1983, p. 47

Los logros tecnológicos y productivos alcanzados en este campo permitieron obtener notables resultados: entre 1959 y 1960 la industria textil consiguió autoabastecerse de algodón debido, en gran medida, al fomento agrícola y la investigación agronómica realizada por el Instituto de Fomento Algodonero (IFA); la consolidación de los grandes conglomerados de industrias<sup>98</sup> y los notables avances tecnológicos alcanzados con la incorporación del telar sin lanzadera, que aumentó extraordinariamente el nivel de productividad de tejidos planos. También, como parte del proceso de diversificación y expansión de la capacidad productiva, Colnylon, Enka de Colombia y Polímeros Colombianos lograron la producción de fibras de poliéster y nylon-6 entre 1959 y 1966. El sector lanero, por su parte, incorporó las plantas de lavado y de fabricación de lana peinada (tops), un subproducto necesario para la fabricación de tejidos de lana o tejidos elaborados con sintéticos en Vicuña, Indulana, Hilanderías Medellín, Omnes y Lanera del Pacífico.<sup>99</sup>

La diversificación en el consumo de telas y la tecnificación alcanzada por las industrias textiles más importantes del país, permitió la producción de nuevas fibras sintéticas como el poliéster y los vinilos, y la generalización del procedimiento industrial llamado sanforizado que evitaba el encogimiento de las telas de algodón desde la primera lavada. Estos logros se sumaron a los alcanzados a finales de la década del cuarenta, cuando la crisis de importación de ropas generada por la Segunda Guerra Mundial, sirvió de aliciente para que la industria textilera iniciara un proceso de ascenso hacia la consolidación de un mercado interno. Es así como Sedalana se convirtió en la industria líder en la transformación de textiles de rayón, Celanese Colombiana empezó a comercializar el acetato para evitar las arrugas en las telas, Dupont creó la fibra sintética

---

<sup>98</sup> Dos ejemplos de industrias textiles permiten observar este proceso: entre finales de la década del treinta y principios, Fabricato adquirió la antigua Fábrica de Bello (1939) y Paños Santafé (1942). En el caso de Coltejer, se abrieron tres nuevas plantas en 1957 (Doña María, Coltehilos y Planta de Acabados). Por otra parte, tempranamente en la década del cuarenta inició la construcción de un gran conglomerado mediante la absorción de Rosellón (1942) y Sedeco (1944). Coltehilos fue el resultado de la absorción de FATESA en 1959 y la fabricación de telares fue posible con la fundación en 1961 de la empresa metalmetálica FURESA. Para ese mismo año, la fábrica Textiles de Rionegro inició labores. Finalmente, este proceso de ampliación se consolidó con la compra de Polímeros Colombianos (1964) en sociedad con la United Merchants, y la adquisición del 50% de Fundiciones Técnicas, FUTEK (1966). Véase: MAYOR MORA, Op. Cit., Alberto, p. 354) y Coltejer: el primer nombre en textiles [en línea]. Bogotá: Revista Dinero, 2004 [Consultado 14 de Enero. 2012]. Disponible en Internet: <http://www.dinero.com/edicion-impresa/especial-comercial/articulo/coltejer-primer-nombre-textiles/24808>

<sup>99</sup> PÓVEDA, Gabriel. Historia económica de Colombia en el siglo XX. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2005, pp. 490-493

“orlón” con la cual se produjo la “lana sintética”.<sup>100</sup> A su vez, las dos empresas más emblemáticas de Antioquia en este ramo, Coltejer y Fabricato, comenzaron la fabricación de telas como la popelina excelsa, libertad tebilizado, sinfonía, tela escocesa, tela ensueño, fantasía suiza, embrujo, dril, gloria (Fabricato), canciller popelinas, tegrón y galicia (Coltejer), elaboradas con base en el rayón y el acetato fabricados por Celanese de Colombia y el orlón de Dupont, fibras que garantizaban en los tejidos una textura caracterizada por su resistencia a los productos químicos, su adaptación a los diferentes climas, la suavidad, la comodidad, el fácil lavado y, sobre todo, estaban al alcance de las mujeres de estratos medios y bajos, quienes procuraron imitar a un bajo costo las tendencias de la moda exhibidas en figurines y secciones de modas publicadas en la prensa.

El perfeccionamiento de las técnicas para el tratamiento de nuevas fibras textiles como el nylon y su producción dentro de la industria nacional, asimismo fueron un aliciente para el desarrollo de una industria nacional enfocada en la producción de vestidos de baño y ropa interior, una situación que contrastó con la tendencia vigente en años anteriores de importar o contrabandear estas prendas.<sup>101</sup>

Dentro de este panorama tuvo lugar la fundación formal mediante escritura pública del 20 de noviembre de 1956, de la Sociedad Jiménez Aristizabal & Cia. Confecciones Leonisa de Medellín, una empresa constituida por los hermanos Urrea Urrea que logró consolidarse en el mercado local y posteriormente en Centroamérica y el Caribe, gracias a su ingenio en la elaboración de ropa interior femenina como el brasier 1000 “punta de diamante” (1962) y el brasier 1001 tipo corsé.<sup>102</sup> Completaron esta lista de industrias de

---

<sup>100</sup> ProyectoD.com. Historia del diseño de VESTUARIO en Colombia en el siglo XX [en línea] [Consultado 24 de Enero. 2012] <http://www.proyectod.com/finalizacion/historia/3hismod50s.html>

<sup>101</sup> Era común que los almacenes se convirtieran en los distribuidores de las marcas estadounidense como Warner's y Exquisite Form. En el caso de los almacenes Tania, La Feria de Londres y el Almacén Juvenil, la estrategia para mercadear los sostenes y fajas consistió en ofrecer precios más económicos o vender uno por el precio de dos. En el caso del producto Exquisite Form, se presentaron demostraciones prácticas realizadas por consejeras contratadas por la firma comercializadora de esta prenda íntima.

<sup>102</sup> La fecha de fundación de Leonisa fue el resultado de un experimento desarrollado dentro del Almacén Volga ubicado en Armenia (Quindío) para producir ropa interior femenina por imitación. Hacia 1955, los hermanos Joaquín y Julio Ernesto Urrea decidieron trasladar el taller al barrio Prado de Medellín debido a las dificultades en el suministro de energía. Véase: MOLINA, Luis Fernando. Un empresario sin fronteras. Joaquín Urrea Urrea: vida y obra de un gran empresario con compromiso social. Medellín: Corporación Urrea Arbeláez, 2011, pp. 33-34

ropa interior de Medellín Pepalfa y Confecciones Ligia, esta última encargada de producir alrededor de 24 estilos de sostenes.

Desde la figura del concesionario, el principal referente fue Manufacturas Vanidad S.A. fundada por Óscar Solórzano Duque y Jesús Restrepo L. en 1943, una empresa que desde 1951 adquirió la licencia de la firma americana The Warner Brothers Company, para la fabricación de la ropa interior femenina que abasteció a una gran parte del mercado nacional e internacional en el ramo de la corsetería y la ropa íntima.<sup>103</sup> Bajo este sistema de contrato, también se destacó la fábrica de Tejidos de Punto Sport fundada en Cali en 1933 por Juan Pablo Lozano, que logró acceder a la producción de marcas famosas como las medias “Kayser” y los vestidos de baño y ropa sport “Catalina”, promocionados mediante una serie de desfiles de modas programados en 1963 como el “Florida Fashion Fiesta”; los desfiles presentados en el salón dorado del Club Unión y el Club El Rodeo; el té-canasta realizado en el Club Medellín; el desfile por las principales calles de la ciudad y la presentación en el Teatro Junín.<sup>104</sup>

Las nuevas fibras sintéticas producidas y ofrecidas en el mercado por las grandes industrias nacionales del país, estuvieron acompañadas por una intensa campaña publicitaria realizada a través de la radio, la prensa y los desfiles de modas, para presentar al público las bondades y cualidades de las telas nacionales frente a las extranjeras, fomentando así el creciente consumo interno de estos productos, especialmente entre las mujeres y, en menor medida los hombres, quienes tímidamente comenzaron a ser objeto de interés para la industria textilera y de confección de trajes.

Bogotá, Medellín y Cali se encontraron entre los epicentros urbanos para el desarrollo de una fuerte dinámica relacionada con el mundo de la moda. Periódicos y revistas de variedades hicieron eco de las últimas novedades en el vestuario y accesorios, al exhibir en sus páginas de las secciones sociales, los desfiles de modas organizados por las mujeres de la alta sociedad para financiar obras de beneficencia,<sup>105</sup> en torno a los cuales

---

<sup>103</sup> Manufacturas Vanidad' progreso y perfección. En: El Colombiano. Medellín. 25, abril, 1962, p. 11.

<sup>104</sup> Una industria para embellecer a las mujeres de Colombia. En: Cromos, Bogotá, Enero 15, 1966. no. 2520, p. 28; Fábrica de Tejidos Sport, presenta a las seis modelos del Florida Fashion Fiesta (anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 12, noviembre, 1963, p.16 y Fábrica de Tejidos de Punto Sport Ltda. Catalina. En: El Colombiano. Medellín. 13, diciembre, 1963, p. 21

<sup>105</sup> Estos eventos fueron realizados en los almacenes y clubes más importantes de las ciudades (el Club Medellín, el Club El Rodeo, el Club Unión, el Hotel Nutibara en Medellín, el Salón Rojo del Hotel Tequendama,

también se congregaron periodistas, diseñadores, estilistas, políticos e importantes personajes de la industria textil, para deleitarse al son de los ritmos musicales interpretados por las orquestas, con los diseños exhibidos en los cuerpos deslumbrantes de las reinas de belleza, las modelos profesionales procedentes en gran parte del extranjero, y las mujeres jóvenes de la alta sociedad, quienes se atrevieron a vencer los tabúes tradicionales vigentes en la sociedad para debutar al mejor estilo de las “maniqués”.

El interés demostrado día a día con la realización de este tipo de eventos, fue un importante aliciente para la promoción de nuevas creaciones por parte de las fábricas textiles y de la creciente industria de confecciones, que desde años atrás vinieron realizando una importante campaña para promocionar la calidad de sus productos en el mercado local y en el mercado internacional. Dentro de esta onda mercantil, Sedalana desarrolló en 1963 una gira promocional de la nueva línea “Telinda” en Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga y Barranquilla, donde la modelo María Cristina Álvarez exhibió trajes diseñados con sedas, estampados, linos, yakares, dacrón algodón y dracón lana. Asimismo, como una forma de consolidarse dentro del mercado de telas, Sedalana adoptó la política comercial de exhibir tres diseños exclusivos de sus mejores telas, en asocio con el servicio de asesoría brindado a sus clientes en los principales almacenes y distribuidores del país.<sup>106</sup>

Medellín no fue ajena a este creciente caudal de desfiles organizados por las grandes casas de modas y fábricas, como “La Fiesta de la Seductora Elegancia” organizada por la firma nacional Celanese Colombiana S.A., un espectáculo de gran aceptación a nivel nacional entre las damas de las altas esferas sociales y representantes del mundo profesional y artístico. En este evento participaron modelos profesionales, quienes exhibieron trajes diseñados con telas a base de rayón y acetato, para promocionar las ventajas de estas fibras sintéticas en el mundo de la moda, especialmente, en la

---

el Club Los Lagartos en Bogotá, los salones del Hotel Intercontinental y el Hotel Aristi en Cali), y contaron con el patrocinio de las industrias textiles nacionales y las grandes marcas internacionales de maquillaje y coloración del cabello como Max Factor, Helena Rubinstein y L'Oreal.

<sup>106</sup>Presentación de "Telinda" de Sedalana. En: El Colombiano, Medellín. 15, octubre, 1963, p. 16

elaboración de diseños originales de alta costura internacional y nacional realizados por Michel Ferón, Carven, Modas Bussac y “Miño” de Santiago.<sup>107</sup>

Para la realización de estos desfiles no sólo se contó con el patrocinio de las principales industrias textiles y los sectores más cercanos al mundo de la moda, sino también de otras empresas e instituciones que vieron la oportunidad de promocionar sus compañías a través del apoyo económico de estos espectáculos. La Asociación de Dirigentes de Mercadeo y Ventas Diriventas, en la fiesta de navidad celebrada en el Club El Rodeo en 1963, compaginó un desfile de trajes sport y de fiesta de las marcas Catalina y Mc Gregor (elaborados con telas producidas por Sedalana, Coltejer, Fabricato, Tejicóndor y Pantex), con la presentación de las últimas tendencias en peinados realizados por la estilista Martha Márquez, miembro de la junta directiva del Club Artístico de Peinados de Colombia y patrocinada por la Casa L'Oreal de París y Helena Rubinstein.<sup>108</sup> Asimismo, a finales de la década del sesenta las compañías Avianca, Sam, Aerocóndor y el Hotel Bolívar, aportaron recursos para la realización del desfile en los salones del Club Medellín organizado por el Comité Femenino de la Cámara Junior de Medellín, con el fin de recaudar fondos para los aguinaldos de los hijos de los reclusos de La Ladera y el Buen Pastor.

Este importante dinamismo de la industria textil evidenciado en los primeros años de la década del sesenta, contrastó con los logros alcanzados finalizando el periodo. La situación se hizo palpable cuando el presidente de Coltejer, Rodrigo Uribe, declaró que los costos de producción habían aumentado considerablemente, en gran medida, debido al incremento en los precios del algodón. Aunque las fábricas lograron asimilar estos costos gracias al aumento en la productividad, la situación se hizo más compleja ante la imposibilidad de absorber este reajuste, representado en 30 millones de pesos para las tres primeras empresas de esta índole que funcionaban en el país (no se especifican). Por tal razón, la única solución visible consistía en el reajuste ejecutado por el gobierno de un 12% en los precios de las telas.<sup>109</sup>

---

<sup>107</sup>En Medellín será presentada la "Fiesta de la Seductora Elegancia. En: El Colombiano, Medellín. 1, noviembre, 1960, p. 13, y Seis modelos presentando hermoso desfile de Celanese. En: El Colombiano, Medellín. 16, noviembre, 1960, p.12

<sup>108</sup>Esta noche tendrá Diriventas su elegante desfile de peinados. En: El Colombiano, Medellín. 13, diciembre, 1963, p. 21

<sup>109</sup>Telas baratas". En: El Colombiano, Medellín. 16, diciembre, 1967, p. 6



El dilema originado en torno a la sostenibilidad de la venta de telas baratas o el aumento en los costos finales de este producto para el consumidor, no fue un obstáculo para continuar con la promoción de las telas en los diferentes espectáculos de modas organizados por la alta sociedad y en los almacenes más reconocidos del país. Coltejer, por ejemplo, hizo presencia en los salones del Club El Rodeo con la presentación de las nuevas telas que marcaron la pauta de la moda en Colombia para 1969.<sup>110</sup> Un espectáculo de mayores dimensiones también fue posible con el patrocinio de Enka de Colombia, el cual fue realizado en el salón de Espejos del Hotel Nutibara de Medellín, el salón Rojo del Hotel Tequendama de Bogotá y el Hotel Intercontinental de Cali, para presentar oficialmente la colección de treinta modelos confeccionados a base de Diolen Loft, una nueva línea europea de fibra que estaba generando furor en Francia, Italia y Londres, por su elegancia, textura fina, adaptabilidad al clima y fácil planchado.<sup>111</sup>

### 3.2 DE TIRANOS Y DE MODAS

Decenas de nuevas fibras que inundaron el mercado colombiano debido al auge de la industria textilera, permitieron la consolidación de un sector comercial especializado en la venta de los nuevos diseños de moda masculina y femenina, generándose consecuentemente un cambio de importantes dimensiones en la promoción de las nuevas tendencias de vestuario y accesorios en el país.

Aun en la década del sesenta, el espectáculo de la moda nacional fue en gran medida el resultado del aporte extranjero, promocionado por la prensa colombiana en sus secciones dedicadas a la moda y a la mujer. Así, no era extraño encontrar en las páginas de los principales periódicos y revistas especializadas en temas femeninos, numerosos artículos escritos en palabras y expresiones ajenas al contexto nacional, que mostraban las últimas tendencias de la moda promovidas en los centros de alta costura como Londres, París, Italia y Nueva York. En el caso de *Cromos*, por ejemplo, el conocimiento de las

---

<sup>110</sup>Desfile de modas de Coltejer". En: El Colombiano, Medellín. 23, diciembre, 1968, p. 20

<sup>111</sup>Diolen Loft sello de elegancia europea lanzado por Enka en Colombia. En: Nosotras, Medellín. Octubre, 1971. no. 117, pp. 6 y 10

novedades más importantes del mundo de la moda, fue posible mediante el servicio especial de corresponsales, quienes estuvieron encargados de promocionar las últimas tendencias estacionales definidas por renombradas casas y diseñadores como Christian Dior, Pierre Balmain, Pierre Cardin, Balenciaga, Yves Saint Laurent, entre otros. Siguiendo esta orientación, periódicos locales como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*, tuvieron acceso a la información relacionada con la alta costura a través de su suscripción con agencias internacionales de noticias que suministraban información sobre las tendencias en el vestuario y accesorios internacionales.

Era claro que aún para la década del sesenta, las leyes y edictos fijados por los grandes centros de la alta costura mundial como París, tuvieron un amplio reconocimiento por parte de los modistos y diseñadores nacionales que intentaban conservar su “soberanía” nacional mediante la adaptación de los dictados de la moda, teniendo siempre presente factores como la disponibilidad de las telas, la silueta femenina, los colores y el clima en el cual se desarrollaron sus clientas, las “elegantes tropicales”. Con este objetivo, diseñadores de origen extranjero como Beatriz Jencso, Michel Ferón, David E. Lohman, migraron hacia Colombia después de la Segunda Guerra Mundial, para inaugurar sus casas de modas y boutiques exclusivas para las mujeres de los estratos sociales más altos de la sociedad capitalina, epicentro principal y referente de la moda en el país.

Beatriz Jencso<sup>112</sup> reconocida en el mundo de la moda nacional como la precursora de la costura colombiana al comenzar a exhibir sus diseños en los desfiles de 1948, fue también considerada una “verdadera traductora” de las creaciones parisienses al hallar una fórmula adecuada para adaptar las modas de alta costura foránea a las necesidades de las colombianas. Inspirada en los estilos lanzados por Marc Bohan de la Casa Dior o Balmain, para 1961 ya había inaugurado una serie de cuatro desfiles anuales regidos bajo

---

<sup>112</sup>La diseñadora Beatriz Jencso llegó a Bogotá con su esposo alemán a mediados de la década del cuarenta procedente de Praga (Checoslovaquia), donde era la dueña del salón de modas Vionet. Una vez establecida en Colombia, trabajó en la lujosa casa de pieles Alexander hasta que organizó su propio taller. La amplia aceptación de sus diseños, permitió el crecimiento de su pequeño taller en una fábrica de confecciones en 1959. No obstante, su interés estuvo más centrado en la elaboración de diseños sobre medidas, razón por la cual dejó el ramo de la confección para abrir una casa de modas en donde comenzó a exhibir los modelos propios o elegidos por su clientela. Inspirada en las últimas novedades del mundo de la moda en París, constantemente procuró renovar sus colecciones cuando las temporadas terminaban -tal como sucedía en Europa y Estados Unidos-, a través de la venta de sus diseños a precios más económicos. Modas. En: Cromos, Bogotá. Octubre 29, 1962, pp. 44-45

la norma de la practicidad, siempre teniendo presente las temporadas vigentes en Europa y Estados Unidos.<sup>113</sup>

Por el lado masculino se incluyeron las colecciones de Michel Ferón, inspiradas en las tendencias cosmopolitas de Japón, la India, París, Roma, Valparaíso y Nueva York, caracterizadas por el gran colorido y por el uso de una línea sencilla y estilizada que procuraba moldear “suavemente” el cuerpo femenino. Bautizadas con nombres de películas y de personajes famosos de pintores, las creaciones de Ferón se clasificaron entre los extremos de lo clásico y lo audaz: en el caso de los sastres sus componentes formaban una unidad dentro del corte a través del uso de faldas más bien estrechas y chaquetas cortas y rectas; los abrigos y vestidos marcaban la forma del cuerpo sin ceñirlo; los trajes de cóctel diseñados con telas francesas e italianas eran semianchos, gracias al uso de pliegues que disimulaban la amplitud de la falda.<sup>114</sup>

Otro diseñador foráneo perteneciente a la nueva camada de creadores en la moda nacional fue el estadounidense David E. Lohman, quien después de especializarse en París en Alta Costura, decidió migrar hacia Colombia atraído por las recomendaciones de sus amigos para trabajar junto con Helena Frinzi (antes diseñadora perteneciente a la casa de Michel Ferón), en la elaboración de abrigos, trajes de cóctel, sastres, batas, calzado y sombreros. La característica primordial de sus colecciones radicó en la promoción de cierto tipo de vestimenta, en la cual se conjugaron los dictados de la moda con el toque personal, especialmente en la utilización de accesorios para resaltar la elegancia. Así, sus diseños adoptaron las formas del vestuario usadas en muchos países por las dueñas de casa en ocasiones especiales o visitas: para las comidas de confianza los slacks “vestidores” y las faldas largas de paño, pana, o cualquier otro material mate, combinadas con delicadas blusas de organdí, muselina, shantung. Para los matrimonios,

---

<sup>113</sup> Cromos para ellas. La nueva colección de Beatriz. En: Cromos, Bogotá. Marzo 13, 1961. no. 2279, pp. 31-32 y Cromos para ellas. Beatriz Jencso: moda nacional. En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, pp. 46-47

<sup>114</sup> Desde 1955, el modisto francés Michel Ferón llegó a Colombia para trabajar en una fábrica de confecciones. Sin embargo, pronto comprendió que su destino se encontraba en el diseño de trajes femeninos y canceló su contrato con esta firma de vestuario. Desde el primer momento que abrió su taller, puso sus conocimientos adquiridos en la Escuela de Bellas Artes de París, en Ginebra y en la casa de Nina Ricci, para la creación de diseños que tuvieron amplia aceptación entre las mujeres pertenecientes a la alta sociedad. Líneas francesas para las colombianas”. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 5, 1962. no. 2362, pp. 38-39; Cromos para ellas. Michel Ferón. Influencia cosmopolita. En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, pp. 48-49; Cromos para ellas. Características de la nueva moda: Audacia y colorido. En: Cromos, Bogotá. Octubre 17, 1960. no. 2260, pp. 47-49

el complemento ideal de las pieles o abrigos de raso fueron los vestidos de encaje, raso, organdí, terciopelo y paño, diseñados algunos de manga larga y otros sin mangas y con escote. Para los vestidos de cóctel eligió las telas ricas en bordados en piedra, sin drapeados ni arandelas, y un poco ablusados tanto en el frente como en la espalda. Para la calle prefirió los abrigos de corte clásico que llevaban una línea recta y sobria con doble abotonadura, mangas  $\frac{3}{4}$  y cuellos breves, mientras que los vestidos sastres se caracterizaron por sus variados diseños, en los cuales tuvo cierta preferencia por las chaquetas cortas más o menos cuadradas, faldas lisas sin pliegues con respuntes a lo largo de la tela.<sup>115</sup>

Dejando de lado las tendencias europeas promovidas por la alta costura, en el contexto nacional también fueron promocionadas las tendencias norteamericanas a través de los desfiles de modas, considerados eventos de gran envergadura donde participaban importantes figuras femeninas representantes de la belleza del país del norte. En noviembre de 1963, llegó al país el espectáculo conocido con el nombre de “Florida Fashion Fiesta”, patrocinado por importantes industrias estadounidenses que operaban en la Florida, como Sodney Plaza, Schirie Hotels, Adrian Tal, Burdine's Catalina, General Devebopiment Corporation, Revlon, el Estado de la Florida y las Cámaras de Comercio de las ciudades representadas. Seis reinas de belleza procedentes de varias ciudades del estado de la Florida, modelaron desde trajes de baño hasta elegantes vestidos de soirée (trajes de noche). Estos últimos fueron creados por Burdine's Department Store de Miami y estuvieron acompañados con novedosas pieles diseñadas por Adrian Thal de Miami Beach.<sup>116</sup>

En medio de este desfile de creadores extranjeros, el mundo de la moda en Colombia dejó de rotularse con los adjetivos negativos de “tirana”, “superficial”, “dictadora” y “corruptora” del género femenino, para comenzar a perfilarse como una actividad económica y artística tendiente a profesionalizarse, tal y como sucedió en Estados Unidos, Italia, Francia o Inglaterra, donde gozaba de un gran prestigio y reconocimiento

---

<sup>115</sup>La alta costura en manos de un joven. En: Cromos, Bogotá. Agosto 10, 1964. no. 2450, p. 44

<sup>116</sup> El “Florida Fashion Fiesta” fue producido por John B. Cooke, la codirectora del Miami Spring Vi Walker y la coordinadora de modas de Miami Shoes Carolyn Felmster. Este evento tuvo amplia trascendencia a nivel internacional y nacional al recorrer República Dominicana, Panamá, Colombia (Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla) y Venezuela (Caracas y Maracaibo) Seis reinas de belleza de Florida harán desfile de modas en Medellín. En: El Colombiano, Medellín. 17, octubre, 1963, p. 16 y Promoción mundial de las telas del país podrían patrocinar las industrias. En: El Colombiano, Medellín. 13, noviembre, 1963, p.17

entre los diferentes estratos sociales. De esta forma, Colombia dio sus primeros pasos hacia el inicio de una fase “moderna artística”, tal como lo señaló Gilles Lipovetsky, donde el modisto o el diseñador tras siglos de limitar su profesión al diseño y copia de ciertos patrones básicos en los vestidos, adquirió el nuevo estatus de “artista moderno” que jugaba con las texturas, las líneas y las formas, con el fin de crear trajes como expresión máxima de su creatividad y también exclusividad.<sup>117</sup>

Producto de esta dinámica generada dentro del universo de la moda fue la creación de la Asociación de la Alta Costura Colombiana en 1960, un esfuerzo realizado por iniciativa del industrial Efraín Giraldo, con el objeto de agrupar a los más renombrados modistos y modistas del país para fomentar de una forma más organizada la alta costura nacional, buscando el reconocimiento del diseñador como una figura digna socialmente gracias a sus conocimientos técnicos y artísticos, y servir de apoyo en la defensa de sus intereses económicos. Por esta razón, entre sus proyectos se incluyeron la fundación de una academia de alta costura para la capacitación de las futuras generaciones de diseñadores, la creación de un moderno taller de corte y confección, y la promoción de concursos, revistas y exposiciones destinados a fomentar la moda nacional. Pero más allá de estos propósitos, la Asociación de la Alta Costura Colombiana fue el resultado de los intereses de una industria textil en crecimiento que procuró, mediante su apoyo directo o indirecto hacia este tipo de iniciativas, crear conciencia del valor de los productos nacionales (insumos) en la confección de vestuario.

El ánimo infundido para fomentar la alta costura en Colombia a través de esta asociación, rindió sus primeros frutos con la presentación de la primera colección de vestidos y accesorios realizada en el salón Rojo del Hotel Tequendama el 7 de noviembre de 1960. Elegantes abrigos elaborados en paño, trajes de coctel en encaje francés o drapeados con faldas abombadas, trajes de calle estilo sastre con una amplia chaqueta y falda recta, fueron algunos de los diseños creados por Armando Barragán, Bárbara de Serrano, Casa Flaminio, Creaciones Cyr, Elisa de Sanclemente, Julia de Arana, Leonor Troya de Sánchez, Margarita de Bigot, Octavio y Carmenza Valderrama; Víctor y Gregorio Paredes

---

<sup>117</sup> No obstante, para Lipovetsky este hecho no significó una total independencia del modisto o diseñador, pues en el momento de desarrollar sus creaciones, su capacidad creativa se vio limitada por las costumbres de la época y la satisfacción de los gustos estéticos y personales de su clientela. LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 88-89

y Julia Montgomery, quienes pretendieron realizar un recordatorio de la elegancia promocionada en las décadas anteriores por las casas de alta costura europeas.<sup>118</sup>

Los nuevos aires que se respiraron después de la fundación de la primera asociación de modistos en Colombia, igualmente fueron un gran aliciente para continuar desarrollando actividades relacionadas con el fomento de una alta costura nacional que estuviera a la vanguardia de las casas internacionales de la moda. Dentro de esta dinámica de difusión, se incluyó la primera promoción de moda colombiana con miras a los mercados exteriores, realizada durante la Feria Internacional celebrada en Bogotá en mayo, en la cual se hizo la presentación de la Casa de la Elegancia Colombiana y de las primeras colecciones internacionales basadas en motivos colombianos (Museo del Oro, las orquídeas, la leyenda del Dorado, entre otros).<sup>119</sup> Desde el campo de la formación en el diseño y elaboración de patrones para las confecciones, el diseñador Arturo Tejada Cano fundó en Bogotá una escuela bautizada con su mismo nombre, que sentó un precedente muy importante en la transición de la confección artesanal hacia la producción industrial.<sup>120</sup>

---

<sup>118</sup>Cromos para ellas. La alta costura: Una nueva industria nacional. En: Cromos, Bogotá. Agosto 15, 1960. no. 2251, p. 53 y Cromos para ellas. Hacia una costura nacional. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 12, 1960. no. 2268, pp. 40-43

<sup>119</sup>Como antecedente importante de estos proyectos, se citó la exposición en España realizada hace algunos años y las presentaciones del comité francés de la elegancia en Suramérica iniciadas con Luz Marina Zuluaga en 1957". Estas colecciones posteriormente fueron exhibidas en desfiles organizados en algunos países suramericanos y en París. Los modistos crean para 1961. En: El Colombiano, Medellín. 30, enero, 1961, p. 12

<sup>120</sup> Arturo Tejada Cano realizó estudios en el "Chic School of Fashion Desing" en Nueva York. Los conocimientos adquiridos sumados a su experiencia, le permitieron introducir en Colombia hacia 1948 los principios de fabricación en serie, especialmente en la tecnología del patronaje. Esto permitió su reconocimiento no sólo en el campo de la industria de confecciones como asesor y consultor, sino también en la enseñanza de la técnica de diseño y patronaje para las futuras generaciones. Su hijo, Arturo Tejada Tejada siguió los pasos de su padre y se convirtió en el depositario de su legado como director de la Escuela de Diseño & Mercadeo Arturo Tejada Cano en Bogotá y Medellín. Página oficial Escuela de Diseño Arturo Tejada [en línea] [Consultado 23 de enero, 2012]. Disponible en Internet: <http://www.arturotejada.com.co/index.php/sobre-nosotros/>

### 3.2.1 Y el espectáculo continuó en las calles

La moda promocionada por la “alta costura” nacional como una adaptación a las tendencias exhibidas en los grandes centros de la moda mundial, paulatinamente llegó desde Bogotá a las calles de Medellín para convertirse en las prendas exhibidas por las ciudadinas en la cotidianidad, quienes estuvieron ansiosas de conocer las últimas tendencias en el vestuario lucidas por los modelos, cantantes y grandes actores del mundo del espectáculo hollywoodense y europeo.

Para la década del sesenta, las ciudades más importantes del país gozaron de un amplio repertorio de almacenes definidos con el adjetivo “elegante”, que destacaba su preeminencia sobre otro tipo de almacenes encargados de vender a precios más económicos las prendas de vestir confeccionadas en grandes cantidades por las industrias nacionales. En el caso de Medellín, aunque los niveles de crecimiento urbano alcanzados hicieron del centro de la ciudad un lugar caracterizado por el caos vehicular y la construcción acelerada de edificios, lo anterior no fue un obstáculo para que este espacio conservara su liderazgo como zona comercial ideal para establecer un almacén de prestigio. Así, en el panorama citadino estos establecimientos se ubicaron estratégicamente entre las carreras 54 y 47 y entre las calles 49 y 53, específicamente en las calles y carreras de nombres reconocidos por los ciudadanos, como Junín (carrera 49), Ayacucho (calle 49), Bolívar (carrera 51), Sucre (carrera 47), Colombia (calle 50), Cundinamarca, Cúcuta (carrera 54), Maracaibo (calle 53), Palacé (carrera 50), Boyacá (calle 51).<sup>121</sup>

Las estrategias utilizadas por los almacenes para atraer nueva clientela y promocionar sus productos fueron variadas, destacándose la financiación mediante el sistema de club y el crédito por cooperativas; las realizaciones y las liquidaciones de mercancía. Como una forma de presentar las últimas tendencias de la moda, algunos de estos almacenes

---

<sup>121</sup> Cada uno de estos almacenes se enfocaron en un sector del mercado de modas: las modas femeninas se pudieron encontrar en el Almacén Norka, Almacén Sandra, Almacén Lalinde, Almacén Moyra, Bel-Fashions, La Feria de Londres, Casa de Modas Bouquet, Almacén Jaime Gómez B., Boutique Feminella, Almacén Rafael Arango R., Almacén Modelos, Almacén Ana María, Almacén Valher, Almacén Lesur, Modas Orquídea, Modas Libia. El calzado femenino tuvo como puntos de venta el tradicional almacén Sarafior, Calzado Perfecto, Calzado Tonsy, Calzado Miami, Calzado Emir, Calzado Pacífico, Calzado Rubhy, Calzado Van-Lu, Calzado Schaparelli, Calzado Moda Itálica.

también recurrieron a la estrategia de organizar eventos o desfiles dentro de sus establecimientos, en los cuales se reunieron los miembros más prestantes de la sociedad en el rol de protagonista o espectador. El almacén Xócimos con motivo de la apertura del cuarto piso destinado a la exhibición de artículos para la mujer, presentó un desfile de modas con “elegantes damitas” de la sociedad en 1966. Casa Christian, uno de los almacenes más reconocidos en la ciudad por la calidad de sus trajes, ofreció otro desfile con “gran derroche de lujo y refinamiento”, en donde las modelos lucieron gran variedad de vestidos según la ocasión (gala, coctel, calle, sport). El almacén Ana María de propiedad de la argentina doña Blanca Martínez de Zuluaga, reconocida por su figuración en varios eventos como modelo profesional y diseñadora, presentó su última colección de modelos de dos piezas (blusa y slacks anchos o falda con blusa), trajes deportivos, vestidos con estampados hasta más arriba de las rodillas.<sup>122</sup>

Los almacenes por departamento -modelo adoptado desde Estados Unidos-, tampoco se quedaron atrás en la promoción de sus prendas de vestir destinadas para un público más amplio y sin distinción de género o edad (caballeros, damas, jóvenes y niños). Dentro de esta gama de establecimientos se destacó el almacén de origen norteamericano Sears, el cual desde su fecha de fundación en 1956, comenzó a ser reconocido por la presentación de sus colecciones exclusivas de *prêt-à-porter* en desfiles organizados dentro de su local ubicado en la calle Colombia con la 66. Cada final de año, el almacén Sears organizaba la presentación de las últimas tendencias de temporada para navidad y vacaciones con modelos reconocidas dentro de la sociedad como las señoritas Vilma Kolhgruber, Olga Pumarejo, Mercedes Baquero, Vicky, Gloria, Zoé o las niñas Julia, Cremencia y Clara Victoria.<sup>123</sup>

Con un panorama comercial apropiado para la promoción de las últimas tendencias de la moda, no era extraño encontrar en las calles de Medellín mujeres exhibiendo los modelos de temporada, como si estuvieran deambulando por las avenidas de los centros de alta

---

<sup>122</sup>Bellas damitas de la ciudad colaboran hoy en Xócimos". En: Nosotras, Medellín. Julio, 1966. no. 60, p. 66; Casa Christian inauguró los elegantes salones de Alta Costura. En: El Colombiano, Medellín.15, diciembre, 1967, p. 17; Fotografías de desfile de modas en Almacén. En: El Colombiano, Medellín.15, febrero, 1969, p. 17

<sup>123</sup>Desfile de modas navideñas hoy jueves a las 7:00 p.m. En: El Colombiano, Medellín. 21, noviembre, 1960, p.13; Muy elegante estuvo el desfile de modas de SEARS. En: El Colombiano, Medellín.1, diciembre, 1968, p. 17; Hoy 5:30 en Sears Sensacional desfile de modas colección *prêt-à-porter*. En: El Colombiano, Medellín. 3, diciembre, 1970, p. 7



costura mundial. A principios de la década, la elegancia no residió en los cortes rebuscados o complicados, sino en la “construcción del traje”, en los pliegues o panales, en las filas de pespuntos, hábilmente dispuestos para realizar los materiales; en la originalidad de los botones; en los colores, desde el negro y el blanco o castaño, que siempre fueron los preferidos por las mujeres elegantes, hasta los marrones de la temporada o los más ardientes, como el azul chino o toda la gama de rojos. Corpiños de extrema sencillez, faldas ampliadas abajo por medio de pliegues profundos, blusas-túnicas o el sastre suéter, tuvieron bastante acogida entre las mujeres.

La versión moderna de las “abuelas” de 1920 se impuso entre las mujeres, con las faldas acampadas y plisadas tapando un poco la rodilla, talles bajos y vestidos sin mangas, que pretendieron resaltar una silueta más juvenil y ligera para las múltiples ocupaciones de las “mujeres modernas” sin dejar de lado la elegancia. Respecto a la cintura, algunos de los grandes diseñadores la hicieron desaparecer, pero la mayoría favoreció la línea un poco debajo de la cintura natural. En cuanto al estilo de peinado, se impuso la tendencia vigente en París de lucir el cabello corto con una línea curva para enmarcar el rostro.

Aún entre las ciudadinas, especialmente de estratos altos y medios, subsistió la idea de vestirse según el momento y el lugar del día: mañana, tarde y noche, se convirtieron en los adjetivos calificativos de los vestidos, así como las palabras sport, vacacional, coctel, playa. Trajes para todas las ocasiones se promocionaron, especialmente, los indicados para fiestas y eventos como matrimonios, cocteles y reuniones sociales, que fueron elaborados con finas sedas, chiffon, raso o terciopelo y se adornaron con encajes, crespones y drapeados. Las faldas eran semientalladas y variaron en su altura, sin sobrepasar más allá de las rodillas. El estilo imperio continuó vigente, con modelos en túnicas que iban hasta la altura del pecho, otorgándole mayor preeminencia a la exhibición de los hombros y el escote. Otras en cambio lucieron cuellos altos en la parte de adelante, mientras la línea de la espalda quedaba descubierta. Irónicamente, en una ciudad sin estaciones, los abrigos todavía fueron catalogados como prendas indispensables dentro del ropero femenino, símbolo de elegancia y distinción de la mujer. Sin embargo, la imagen representativa de los abrigos amplios y largos quedó atrás, para imponerse un estilo diseñado con pana o terciopelo, cuya línea se caracterizada porque

era semientallado, sin cuello y con mangas estrechas. También sobresalieron los chaquetones cortos que llegaban más abajo de la cadera.

Algunos modelos fueron inspirados en el ícono representativo de la moda y elegancia femenina del momento, Jacqueline Kennedy, quien se destacó por la sobriedad y sencillez de las formas de su vestuario diseñado por el parisino Oleg Cassini. Los trajes se caracterizaron por una cintura ajustada y faldas hasta la rodilla, con escotes poco profundos y redondos. Algunos de los modelos informales consistieron en talegos sin mangas o faldas acompañadas con un jersey. Para eventos más formales se destacaron trajes de tres piezas confeccionados en la misma tela, con chaquetas a la altura del talle, grandes botones en hileras, mangas tres cuartos semianchas y cuello redondo estilo chino.

Con bastante resonancia entre las mujeres jóvenes ciudadinas, llegó la moda colegiala para imponer un estilo caracterizado por la sencillez de las formas y la libertad de movimiento. Dentro de esta tendencia, las faldas plisadas hasta la rodilla se destacaron porque tuvieron la ventaja de encubrir las caderas en quienes sobresalieron excesivamente. Una camisa de colores sólidos o suéter que debía hacer juego con la chaqueta a la altura de talle confeccionada en tweed o franela, completaba el conjunto. Entre las mujeres trabajadoras, especialmente en el sector de servicios y comercio, el eterno traje sastre fue la prenda predilecta al simbolizar la elegancia y la buena presentación. Las diferentes variedades de diseños sobresalieron por el uso de faldas rectas ajustadas o en línea A, acompañadas de blusas y chaquetas ceñidas al cuerpo hasta la altura de la cadera, adornadas con botones grandes y pespuntos. También se destacó el uso de conjuntos compuestos por una falda recta y camisa estilo saco, sin cuello, con mangas  $\frac{3}{4}$ , abotonado a un costado o en la parte trasera

Para las vacaciones y el hogar, los diseños se caracterizaron por el uso de telas lavables, la comodidad de sus formas, los colores alegres y los estampados florales. Los modelos náuticos elaborados en algodón estuvieron compuestos por un blusón, una falda y una chaqueta roja o azul. Las faldas pantalón y los pantalones entubados a rayas o de un solo color, igualmente, fueron usados con jerseys ajustados al cuerpo o camisas con mangas ranglan (empiezan en el cuello y cubren los hombros) o manga sisa. Entre las mujeres

más atrevidas en desafiar los cánones morales y religiosos, fueron comunes los pantaloncitos muy arriba de la rodilla con blusas semiajustadas y un cinturón para destacar aún más los atributos femeninos. Complementaron el ajuar, el tenis elaborado con tela y suela de goma, junto con los zapaticos estilo bailarina con puntas redondeadas.

El estilo casual procedente de Estados Unidos asimismo sobresalió, imponiendo las siluetas delgadas estilo chanel. De esta tendencia hicieron parte los vestidos ajustados con cinturones, sin mangas y con cuellos que terminaban en puntas muy largas; los trajes sin corte en la cintura y con un borde alrededor del cuello. Prendas separadas ampliaron el guardarropa, jumper en tweed acompañado de blusa de cuello subido en nylon elástico, faldas en tweed o franela acompañadas de suéter para salir de la ciudad y el campo

No siempre estas tendencias de la moda estuvieron al alcance de muchas mujeres, quienes con pocos recursos económicos aspiraban a vestirse según las últimas tendencias de la moda. Pero tampoco en este caso tuvo aplicación el dilema de comer o estar a la moda, porque este problema fue resuelto mediante la labor realizada por un grupo de costureras o modistas habilidosas para copiar y adaptar los estilos de vestuario promocionados en los figurines o en los patrones difundidos en los periódicos y revistas, como “Cosiendo en el hogar” de *El Colombiano*, y “Patrones de París” de Ediciones Montsouri publicado en *El Obrero Católico* y *Cromos*.

Si el interés radicó en aprender a diseñar sus propios trajes, las mujeres medellinenses tuvieron varias opciones: las becas, las academias de aprendizaje o los cursos por correspondencia. Dentro del primer medio disponible se incluyó la campaña publicitaria “La yarda mágica” de Fabricato, que pretendió promocionar la compra de sus telas a través de la rifa de becas para realizar cursos de modistería o la dotación de equipos completos para la costura en el hogar. El aprendizaje de las técnicas como segunda opción fue posible en la “Academia de Corte Americano” ubicada sobre la calle Ayacucho por San Félix, en la cual se ofrecieron cursos sobre el sistema de corte y costura americano impartidos por una profesora graduada en el exterior, garantizando a sus estudiantes el aprendizaje de la confección de trajes de alta costura en tan solo cuatro meses. Igualmente, la diseñadora de Pepalfa Alicia Ángel Restrepo dictó clases de alta costura en forma ocasional en la Casa Ufemi y en el Centro Colombo Americano con la

profesora Marichita Gallejones de R. En cuanto a la tercera posibilidad, la Universidad Popular Sudamericana de Buenos Aires promocionó la adecuada utilización del tiempo libre en el hogar, mediante la compra de un curso de corte y confección por correspondencia, que incluyó gratuitamente un equipo de costura, un corte para vestido y un corte para blusa.

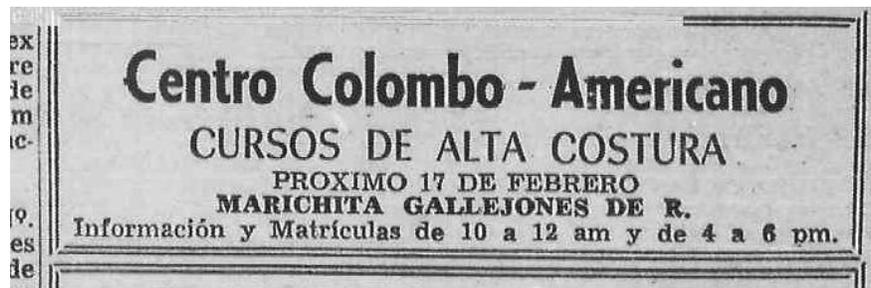
A mediados de la década, como expresión de los renovados pensamientos e ideas que inspiraron en los jóvenes un espíritu de rebeldía y de crítica a la sociedad tradicional, apareció un nuevo concepto de ropa juvenil producto de la fuerte influencia norteamericana, la cual se catalogó con el adjetivo “experimental” porque pretendió dejar atrás la elegancia y distinción de años anteriores, signos aparentes del poder y ostentación ambicionado dentro de la sociedad tradicional capitalista. Las telas sintéticas y los accesorios elaborados en materiales plásticos como vinilos (gafas, botas de caña alta y cinturones anchos), fueron creados con estampados y colores fuertes. Poco a poco, el alto de las faldas fue subiendo por encima de las rodillas, hasta convertirse en las llamativas minifaldas que estuvieron en boga en Europa y Estados Unidos.<sup>124</sup> Los vestidos en forma de talego por encima de la rodilla, con una cintura y busto poco acentuado, también fueron apetecidos por las mujeres que desearon expresar su espíritu juvenil y descomplicado. Asimismo, la línea Op Art impuso en las telas diseños geométricos en blanco y negro que generaban ilusiones ópticas.



Ilustración 1

Anuncio de la Academia de Corte Americana en *El Colombiano*. Medellín, 28, enero, 1962, p.

<sup>124</sup> Blog Historia de la moda [en línea]. [Consultado 10 de enero, 2012]. Disponible en Internet: <http://historiadela modacolombia.blogspot.com/>



**Ilustración 2**

Anuncio de cursos de Alta Costura en el Centro Colombo-Americano en *El Colombiano*. Medellín, 16, febrero, 1966, p. 16

Dentro de esta tendencia, asimismo, se promocionó con mayor fuerza el vestuario de tipo sport indicado más para realizar actividades alejadas del trabajo y de las fiestas (salidas de campo y las vacaciones), que para desarrollar ejercicios físicos. Dentro de esta dinámica, la marca Mc Gregor lanzó al mercado una línea femenina diseñada con telas y materiales nacionales, caracterizada por su comodidad para usarla en diferentes espacios y actividades como la calle, los deportes, la casa o el tiempo de descanso vacacional. Los adelantos en el segmento de la ropa femenina tipo sport fueron un aliciente para la realización de diferentes desfiles en clubes y almacenes, entre los cuales se incluyó un desfile realizado en el Club Unión de Medellín con el patrocinio de Dupont y confecciones Colibrí, Ralko, Perugia, London, Rombay, Zephyr, Pat Primo, Wrangler, Lady Mc Gregor, en el cual se presentaron las últimas tendencias en telas y confecciones colombianas, especialmente, en el diseño de slacks y faldas, vestidos sport y suéteres cerrados.<sup>125</sup>

Bajo el espectro de la comodidad, la publicidad y los almacenes de vestuario también promovieron con mayor fuerza los jeans, sin importar la procedencia social y el género sexual de los consumidores. Rápidamente, este segmento del mercado fue abastecido por las industrias de confecciones existentes en el país. La importante demanda de este tipo de prendas, permitió que los jeans marca "Lee" y "Wranglers" dejaran de ser un artículo de lujo entre quienes pudieron solventar el alto precio de su importación, para inundar el mercado con precios económicos en los más de cien almacenes diseminados

---

<sup>125</sup>Desfile de modas en el Club Unión. En: *El Colombiano*, Medellín. 24, noviembre, 1964, p. 18

en el país (Bogotá, Cartagena, Barranquilla, Cúcuta, Santa Marta, Ipiales, Manizales, Pereira, Armenia, Medellín, entre otros) y en los doscientos municipios donde se distribuyeron estas prendas.<sup>126</sup> En el campo de las confecciones también la ciudad de Cali se destacó por la existencia de industrias textiles dedicadas a la confección de ropa informal. En 1961 Luis Funes fundó Oxofcron, una industria fabricante de prendas “ready to wear” como faldas plisadas, ropa de verano, vestidos de viaje, slacks y blusas confeccionadas con fibras poliéstericas. Bajo el lema de la “exclusividad”, pretendió confeccionar sobre pedido y en series reducidas, para reservar la exclusividad de sus diseños a los clientes de los principales almacenes de “artículos de lujo” del país. Adicionalmente, su estrategia de mercadeo incluyó la consulta de las mejores revistas de moda internacionales para el diseño de los trajes y el cambio de los modelos cada cuatro meses, según indicaba la costumbre norteamericana y europea.<sup>127</sup>

Esta creciente tendencia unisex en la moda permitió la paulatina eliminación de los conceptos negativos relacionados con el uso de los pantalones femeninos, tal como se hizo evidente en el pasado en las declaraciones de monseñor Miguel Ángel Builes, quien consideró este tipo de moda una “dulce tiranía” que pervertía y paganizaba a las mujeres al ponerlas en contra de las costumbres humanas y de las santas escrituras.<sup>128</sup> Pronto comenzaron a aparecer dentro del panorama ciudadano, mujeres poco temerosas a ser juzgadas por vestir los pantalones, los leotardos elásticos y los jeans en su cotidianidad. La variedad era tal que aparecieron modelos destinados para diferentes actividades y espacios. Este fue el caso de los jeans y slacks Wrangler confeccionados con telas Coltejer, que fueron diseñados en diferentes estilos y colores llamativos (amarillos, azules, verdes, rosados): el “mini jean” que dejó al descubierto gran parte de las piernas; el “playa jean”, una prenda de largo hasta la rodilla; el jean “kini” que iba hasta el tobillo y, la “bermuda jean”, un poco más arriba de la rodilla.

Para finales de la década del sesenta, en el escenario musical hicieron su aparición los intérpretes de la llamada “Nueva Ola” en Colombia, quienes encontraron en las letras de

---

<sup>126</sup> Este es el caso de Confecciones El Roble de Bucaramanga, industria que producía anualmente 10.000 prendas diarias con telas exclusivamente nacionales, entre la camisería y pantalones para hombres, y los shorts y jeans para las mujeres. Confecciones El Roble. En: El Colombiano, Medellín. 3, noviembre, 1961, p. 11

<sup>127</sup> “Las reinas de Belleza les han dado a estos trajes su fama y esplendor OXFOCRON”. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 20, 1965. no.2519, pp. 46-47

<sup>128</sup> BUILES, Miguel Ángel. Cartas pastorales: 1924-1939. Medellín: Bedout, 1958, pp. 89-90

los poetas nadaístas Jota Mario, Pablus Gallinazo, Gonzalo Arango y Elmo, las mejores canciones que immortalizaron una tendencia ligada a la pasión y mística de la juventud del momento, ansiosa por romper con el orden moral preestablecido y los antiguos esquemas sociales de la tradición, el conformismo y el apego a la familia. Ritmos que conjugaron el twist, el rock and roll, el estilo musical de los Beatles o Elvis Presley y la ferviente crítica al orden establecido, junto con el deseo de paz y amor, fueron el punto de inicio de una generación de cantantes y conjuntos musicales de la tendencia go-gó y ye-yé.<sup>129</sup>

Bajo este panorama, la moda y la música ya se habían conjugado para reinventar las tendencias en el vestuario, fundamentalmente en los trajes juveniles. Aunque las minifaldas eran una prenda común en las calles colombianas desde principios de la década, la moda go-gó y ye-yé trajo consigo diseños más amplios que permitieron los movimientos frenéticos surgidos al son de “Los Zapatos de Pom Pom”. Los “minivestidos” igualmente hicieron parte de los mejores ajuares lucidos en las discotecas por mujeres jóvenes, destacándose por su altura mínima, las mangas largas y holgadas, los cuellos angulosos, y los estampados de flores y cuadros en colores llamativos. Todo lo anterior se complementó mediante un estilo de cabello corto con apariencia despeinado, y con las botas plásticas hasta las rodillas o los zapatos de “abuelita”, acompañados de leotardos ajustados. En el caso de los hombres, aunque su indumentaria no fue tan llamativa en el uso de colores y formas, sus ídolos del momento como The Beatles, inspiraron entre sus seguidores al mejor estilo de la tendencia mod o teddy boy, el uso de cabelleras abundantes y pantalones, chaquetas estilo americanas con tres botones entalladas, botas de cuero, jersey cuello de cisne.

Vientos de cambio también aparecieron producto del movimiento hippie procedente de Estados Unidos y que fueron retomadas por gran parte de Europa y el sur del continente americano. La música rock comenzó a ser parte del panorama musical juvenil y con esto llegaron las influencias de este movimiento con una notable cantidad de proyectos musicales, conciertos al aire libre, happenings y recitales de poesía organizados en las diferentes ciudades del país. Dentro de esta gama de expresiones artísticas cercanas a la búsqueda de la paz mundial, el amor libre y el cuidado de la naturaleza, se organizaron el

---

<sup>129</sup> Algunos de los representantes de esta tendencia musical fueron Lyda Zamora, Maryluz, Harold, Billy Pontony, Oscar Golden, “Los Yetis” de Medellín, Los Speakers, Los Flippers, los Young Beats, Los Demonios de Cali, Los Beatniks, Los Caminantes y otras agrupaciones que imitaron esta tendencia musical.

Festival de la Vida el Parque Nacional de Bogotá en 1970 y el Festival de Ancón en 1971.<sup>130</sup>



Ilustración 3

Anuncio pantalones unisexo Wrangler en *El Colombiano*. Medellín, 6, diciembre, 1967, p. 20

<sup>130</sup> Ante la mirada atónita de las autoridades religiosas católicas y su cuerpo secular, que lo señalaron como un espectáculo contra la moral y las buenas costumbres, el Festival de Ancón fue resultado de la labor desarrollada por Gonzalo Caro “Carolo” y sus compañeros, en el cual se congregó entre el 18 y 20 de julio en el sector de La Tablaza (Caldas) a una gran cantidad de jóvenes, quienes estaban deseosos de escuchar los nuevos ritmos extranjeros interpretados por agrupaciones locales como Riders, Los Mosters, Conspiración del Zodiaco, La Banda Universal del Amor, Terrón de Sueños, Los Flippers, Galaxia y Gran Sociedad del Estado, Los Laser, Free Stone, Columnas de Fuego. GARCÍA, Juan José. Ancón 71, el festival hippie del amor y la paz [en línea] [Consultado 24 de Enero, 2012] . Disponible en Internet: [http://www.elcolombiano.com/proyectos/Ancon2005/notas/ancon71\\_historia.htm](http://www.elcolombiano.com/proyectos/Ancon2005/notas/ancon71_historia.htm); GARCÍA, Juan José. La prensa, testigo de Ancón [en línea] [Consultado 24 de Enero, 2012]. Disponible en Internet: <http://www.elcolombiano.com/proyectos/Ancon2005/notas/prensa.htm>



La moda no fue ajena a estas expresiones en boga entre los jóvenes de la época, quienes encontraron en el vestuario la mejor forma de sentar la diferencia con respecto a los adultos y ejercer una especie de “culto” hacia la juventud. Con o sin interés por demostrar su posición frente al mundo y la sociedad, a finales de la década del sesenta las calles de Medellín se vieron inundadas de trajes influenciados por la tendencia hippie, diseñados preferentemente con materiales naturales como la seda, la lana y el algodón. Los pantalones bota campana y las blusas anchas hasta las caderas, comenzaron a ser utilizados sin distinción de géneros. Las cabelleras largas sin grandes artificios fueron también la constante entre los ciudadanos, principalmente entre las mujeres. Paulatinamente, los diseños psicodélicos influenciados por los efectos de los alucinógenos que generaron una explosión de colores y formas, dieron paso a las tendencias étnicas y naturales con la profusión de los colores neutros, caqui, arena, azul grisáceo, oliva. Aunque existió una aparente tendencia hacia la uniformidad, el espíritu individualista impulsado por la generación de hippies sobrevivió en los guardarropas de las personas que escogieron sus piezas de vestir de acuerdo a su personalidad. De esta forma, la uniformidad y el espíritu individual comenzaron a convivir en un pacto sellado en la moda, sin enfrentamientos y en una total libertad.

### **3.3 LAS MUJERES EN EL CONTEXTO NACIONAL**

A partir de la década del cincuenta, en Colombia comenzaron a generarse importantes cambios en las relaciones entre hombres y mujeres, fundamentalmente en el campo económico, al incorporarse un buen número mujeres casadas en las diferentes industrias, oficinas y almacenes, quienes sujetas a la necesidad de asegurar los recursos económicos para sus familias, asumieron con mayor responsabilidad, madurez y disciplina su labor como empleadas asalariadas. Así, la figura de la mujer trabajadora sufrió una transformación al pasar de ser una joven soltera dedicada al trabajo productivo para sostener a su familia, a una mujer casada enfrentada al cumplimiento de una doble jornada en el trabajo y en el hogar como madre de familia y esposa.<sup>131</sup>

---

<sup>131</sup> REYES, Catalina y SAAVEDRA, María Claudia. Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX: Formas de asociación y participación sindical. Medellín: Escuela Nacional Sindical, 2005, p. 95

Estas circunstancias que florecieron desde varios años atrás como muestra del creciente cambio en las formas de pensamiento con respecto a las relaciones entre los dos sexos, empezaron a tener eco dentro de un sector representativo de la sociedad, generando importantes debates relacionados con el estatus político de la mujer y su capacidad de decisión en diferentes ámbitos, su profesionalización, y los nuevos roles que asumió como mujer trabajadora y profesional. No obstante, aún faltaba un amplio camino por recorrer en la defensa de sus derechos, en la medida que debieron enfrentar una cultura general anclada en los antiguos preceptos morales y religiosos cimentados en un orden patriarcal y, paradójicamente, en un tipo de mujer caracterizado por la defensa acérrima del orden tradicional.

Ya en las décadas anteriores, estas transformaciones se revelaron en el mundo laboral, en gran medida, al encontrarse ligados a la industrialización y su creciente demanda de nuevos empleos, especialmente entre las mujeres, por su habilidad manual para desarrollar tareas importantes en las industrias de textiles, alimentos y de cigarrillos. Luz Gabriela Arango señaló que en 1966 la región bogotana ostentó el 30% del empleo femenino en el sector industrial, frente a un 25% que se localizó en la región antioqueña, un 15% en el Valle del Cauca y un 9% en el Atlántico. El grueso de esta población femenina trabajadora se concentró en el sector de las confecciones, aunque en la región bogotana también fue significativa su participación en la industria de alimentos.

El amplio camino allanado en la industria por parte de las mujeres, no obstante, en la década del sesenta presentó una notable reducción en su participación en los sectores de textiles, alimentos, bebidas y tabaco, a diferencia de la industria de la confección que mantuvo una alta proporción de empleadas: entre 1945 y 1966, la industria de alimentos registró un descenso de un 40% en 1945 a un 29% en 1966; la industria de bebidas pasó de 30% al 11%; tabaco, del 83% al 49%, y textiles, del 51% al 36%. La razón principal de esta caída obedeció, en gran parte, a la incorporación de los métodos de ingeniería estándar conocidos como taylorismo, que propiciaron la creciente masculinización de muchos procesos industriales y, paradójicamente, a las políticas de bienestar social fomentadas por las grandes empresas y el Estado entre 1950 y finales de 1960, que

pretendieron fortalecer el modelo de familia obrera centrado en el trabajo desarrollado por las mujeres en el hogar.<sup>132</sup>

Hacia 1970 el censo industrial realizado por el DANE mostró un total de 347.159 personas económicamente activas, entre las cuales se contabilizaron 95.351 mujeres (28%) laborando en el sector secundario, principalmente en la industria de alimentos y bebidas (13.788), textiles (21.037) y confecciones (20.830). En los departamentos que tuvieron un mayor desarrollo industrial como Antioquia, Valle del Cauca y Atlántico, así como el distrito especial de Bogotá, el nivel de ocupación femenina estuvo en el rango entre 26% y 32%, constituyendo todavía una minoría para la época pese a los avances en el reconocimiento de sus derechos económicos y civiles. Específicamente, la tendencia continuó presentando un predominio de las actividades industriales relacionadas con el sector de textiles y de confecciones: en Antioquia, los frentes principales de ocupación con respecto a las plazas masculinas fueron las confecciones con un 75%, la fabricación de productos químicos con un 37%, la industria de productos alimenticios con un 31% y, siguiendo una tendencia hacia el descenso estuvo la industria textilera con un 24%. En el Valle del Cauca, los principales frentes fueron el sector de textiles con un 46.5%, seguido de la fabricación de productos químicos con 37.4%, imprenta y editoriales con 29%, y la fabricación de productos alimenticios con 22%. En Bogotá, a diferencia de las otras regiones del país, una buena cantidad de mujeres se emplearon en gran variedad de actividades industriales. De esta forma, encabezando la lista se encontraron las confecciones con un 76.4%, seguido por la industria textilera con 58.4%, la fabricación de productos químicos con 47%, la producción de equipos profesionales y científicos con 40.3%, la fabricación de productos plásticos con un 40%, la industria de alimentos y bebidas con 33%, la construcción de maquinaria, aparatos y suministros eléctricos con 32% y las imprentas y editoriales un 27%. En el caso del departamento del Atlántico, las pocas plazas ocupadas por ellas - 9.044 frente a un 19.306 de los hombres-, mostraron su predominio en el sector de textiles y la fabricación de productos de barro con un 81% y 78%, respectivamente. Asimismo, un 53% de mujeres se ocuparon en el sector de la

---

<sup>132</sup> ARANGO, Luz Gabriela. El proletariado femenino entre los años 50 y 70. En: VELÁSQUEZ, Magdala (ed.). Las mujeres en la historia de Colombia. Bogotá: Norma, 1995, pp. 508-509

fabricación de productos de caucho, seguido por un 46% en la fabricación de productos de plástico y un 45% en la industria textilera.<sup>133</sup>

Pero las expectativas enfocadas en una industria boyante como fuente generadora de empleo femenino, comenzaron a ser eliminadas ante el proceso de masculinización generado por la exigencia de personal calificado para trabajar en las industrias más tecnificadas. Paulatinamente, esta situación se hizo común debido a la consolidación del sector terciario, producida por la creciente incorporación del país dentro de la dinámica mundial comercial y la implementación de nuevos adelantos tecnológicos en diferentes áreas de servicios, como servicios públicos, financieros, comerciales, comunicaciones, medios de transporte, servicios educativos y de salud. En este contexto, para 1964 se constató a través de las cifras de distribución de la población empleada, el creciente repunte de las mujeres en las actividades administrativas relacionadas con el comercio y los servicios -representado en un 18.3% frente a un 7.2% de los hombres- y las actividades de oficina con un 36%, mientras que las actividades fabriles fueron desarrolladas en su gran mayoría por el sexo masculino, hasta alcanzar un 42% con respecto al 10.2% de las mujeres. En cuanto a las actividades propiamente profesionales y técnicas, nuevamente las mujeres presentaron un repunte del 10.6% con respecto al 3.7% de los hombres.

No obstante, estas cifras tan halagadoras no pudieron ocultar una cruda realidad para el sexo femenino, especialmente para aquellas mujeres pertenecientes a los estratos más bajos de la población, quienes tuvieron pocas opciones en el mercado laboral, hasta el punto que un 32,1% tuvieron que emplearse como trabajadoras domésticas y un 18.3% desarrollaron por cuenta propia actividades empresariales de pequeño y mediano alcance como las artesanías.<sup>134</sup> Asimismo, se pudo comprobar que los cargos administrativos, directivos y de supervisión, fueron controlados por los hombres y que la mayoría de las actividades económicas desarrolladas por ellas no requirieron niveles altos de estudio más allá de la secundaria para las actividades comerciales y de oficina. En el caso de los sectores donde las mujeres participaron en mayor número (artesanías y servicio doméstico), solo exigieron el nivel de enseñanza primaria. Únicamente la categoría

---

<sup>133</sup> DANE. III censo industrial 1970. Bogotá: DANE, 1976, pp. 72-85

<sup>134</sup> CASTRO, Beatriz (comp.), La sociedad colombiana: Cifras y tendencias. Cali: Universidad del Valle, 2009, p. 254)

correspondiente a los profesionales técnicos se caracterizó por alcanzar el nivel universitario, aunque en un porcentaje mínimo. En este último ramo, Virginia Gutiérrez de Pineda señaló que su gran participación se explicaba porque incluía a los maestros, una ocupación que no constituyó un avance significativo para las mujeres, en la medida que desde tiempos coloniales este oficio, caracterizado por los bajos salarios y horarios exhaustivos de trabajo, fue considerado como una prolongación de la “tarea de socialización asignada a la madre.”<sup>135</sup>

Estas nuevas circunstancias reflejadas en el ámbito nacional también florecieron en Medellín, una ciudad que presentó un notable crecimiento económico en la década del sesenta, propiciado por el desarrollo de la industria y del sector terciario. Como consecuencia de esta situación, en el periodo de 1938 a 1964 se evidenció en los censos de 1938, 1951 y 1964, una buena cantidad de población económicamente activa. En el caso específico de las mujeres, las cifras estadísticas mostraron su progresivo aumento como sujetos activos dentro de la economía, especialmente en el periodo comprendido entre 1951 y 1964, cuando alcanzó casi a duplicarse al pasar de 36.921 a 66.780 mujeres empleadas. Sin embargo, porcentualmente este crecimiento no fue tan significativo al compararse con el registrado por los hombres, presentando incluso un retroceso significativo en el peso de la población económicamente activa, hecho que pudo ser debido al progresivo dominio masculino en los sectores de textiles y bebidas, los cuales fueron ocupados anteriormente por una buena cantidad de mujeres.

Desde décadas anteriores, la ciudad ya había experimentado la creciente movilización de mujeres, la gran mayoría procedentes del campo, para trabajar como obreras en las industrias que comenzaban a florecer como consecuencia de la dinamización de la economía de mercado en el mundo y también debido al crecimiento en los niveles de consumo en el país.<sup>136</sup>

---

<sup>135</sup> GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Dinámica del status-rol femenino. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, p.347

<sup>136</sup> Magdala Velásquez señaló que si bien ya se habían logrado notables avances en materia constitucional al afirmarse la libertad del individuo para realizar cualquier oficio o trabajo, la realidad para las mujeres fue bastante diferente durante gran parte del siglo XX. Entre las mujeres de estratos altos, el trabajo era “prohibido” porque ella actuaba como un objeto importante para lucir el estatus económico del marido (el estatus *connubi* como señala T. Veblen), el cual se reflejaba en el vestuario, las joyas, la buena alimentación y los momentos de ocio que les permitieron realizar actividades recreativas o de caridad social. Aunque las mujeres de clase media también buscaron imitar el estilo de vida de las clases altas, la crisis de 1930 fue el

Según el DANE, la participación de la mujer en la industria reportó entre 1965 y 1974 una cifra cercana al 25.37%, distribuida en gran medida en los siguientes sectores industriales: los sectores que tradicionalmente habían empleado mujeres como la industria textil y la industria de alimentos reportaron un 31,8% y un 32,9%, respectivamente. Al igual que el panorama vislumbrado en el resto del país, el porcentaje de mujeres empleadas se concentró principalmente en la rama del vestido y la confección, un sector que paulatinamente absorbió un alto porcentaje de ellas: de un total de 7901 personas empleadas, 6393 mujeres ocuparon las vacantes en esta industria (76,4%).<sup>137</sup> Un repunte importante también se destacó en otros sectores industriales, que empezaron a crecer como consecuencia de la demanda externa e interna generada por los hábitos de consumo y los cambios en los niveles del mercado de bienes. Los porcentajes más altos se concentraron en la industria del cuero, en la cual se reportó un 43% de mujeres obreras, seguido por la industria de productos químicos 40,8% y la industria de fabricación de vidrio 40,2%. En menor proporción apareció la industria del calzado (exceptuado el de caucho) 29,4%; plásticos 27%, caucho 24,3% y las imprentas y editoriales 24,1%. (Véase gráfico de barras)

**Cuadro 2 Población económicamente activa según censos, 1938 1964<sup>138</sup>**

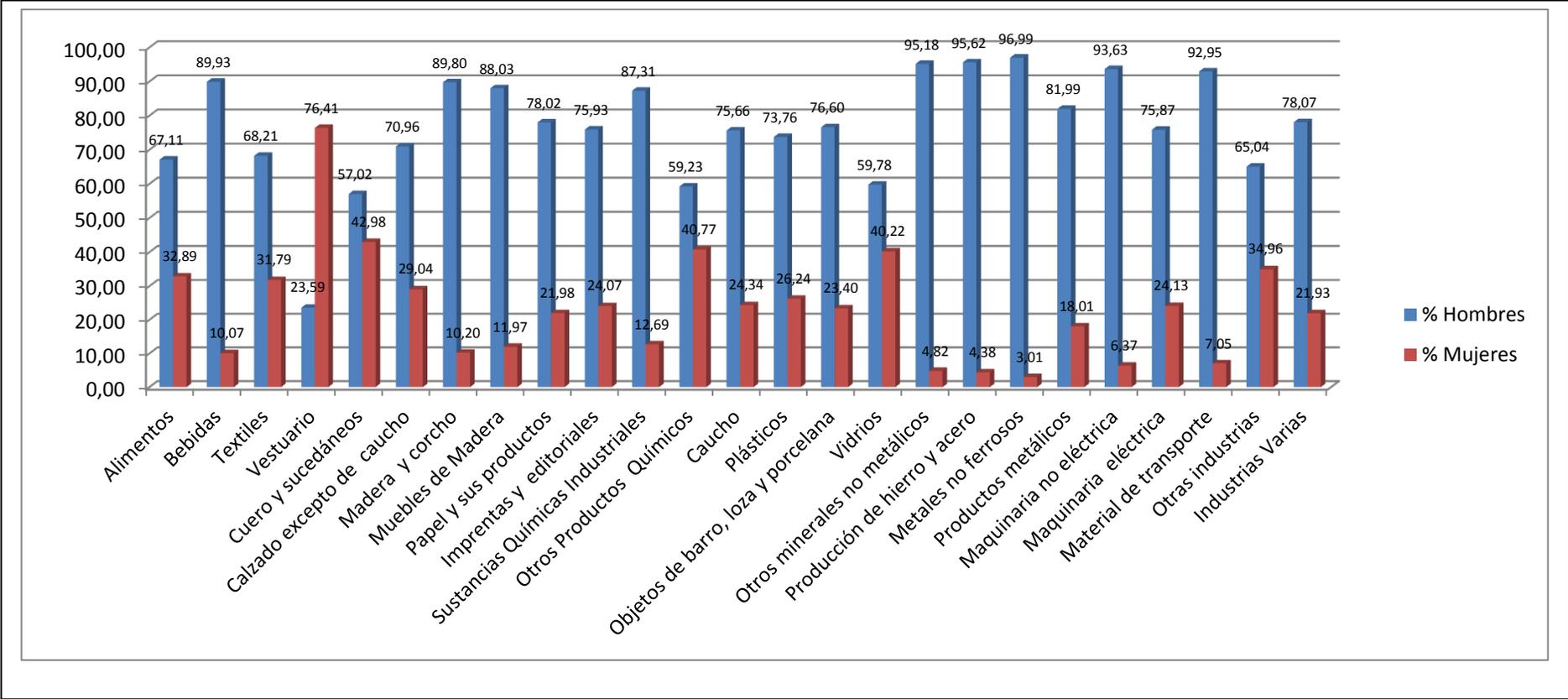
CENSOS	POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA				
	TOTAL	HOMBRES	HOMBRES %	MUJERES	MUJERES %
1938	64550	38394	59	26156	41
1951	126786	89865	71	36921	29
1964	218033	151253	69	66780	31

aliciente principal para vincularse en el mundo laboral como secretarias, ayudantes de contabilidad, vendedoras, entre otros. VELÁSQUEZ, Magdala. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985, p. 95

<sup>137</sup> DANE, Op. Cit., p. 194

<sup>138</sup> DANE. Medellín en cifras. Ciudad tricentenaria: 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 56

Gráfico 1 Actividades económicas por sexos en Medellín<sup>139</sup>



<sup>139</sup> DANE. Medellín en cifras: Ciudad Tricentenario, 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 194

No obstante, este panorama laboral para las mujeres comenzó a cambiar en el periodo comprendido entre 1945 y 1966, cuando a pesar del notable crecimiento del empleo fabril anual cercano a un 44%, sólo un 2% correspondió a la participación femenina. En el caso específico de los grandes sectores tradicionalmente ligados al empleo de mujeres (textiles y alimentos), las cifras revelaron con mayor fuerza este notable descenso al pasar de un 89% de obreras en 1945 a un 70% en 1966.<sup>140</sup>

Con el tiempo las mujeres fueron cediendo espacios en la industria, principalmente de textiles y alimentos, para ingresar con mayor fuerza en el sector de servicios que brindaba múltiples posibilidades de crecer profesionalmente y de ganar un salario mejor. A todo lo anterior, se sumó la oportunidad de desarrollar y explotar sus cualidades netamente femeninas, como la dedicación, la gentileza, la sonrisa y las relaciones sociales, valoradas altamente por las actividades enfocadas en la prestación de cualquier tipo de servicio o en el comercio. No obstante, en el trasfondo del asunto se halló la idea latente de la incorporación de las mujeres en actividades que no representaron necesariamente al abandono de sus hogares, y la asignación de espacios laborales aptos para su “naturaleza”, que no competían directamente con los puestos de trabajo asignados a los hombres.<sup>141</sup>

Hacia 1970 este proceso de transformación en la capacidad productiva femenina se hizo evidente en el comercio, al alcanzar el porcentaje representativo de 31,4% correspondiente a 5.571 empleadas. La diversidad de actividades comerciales existentes permitió su desempeño en diferentes áreas comerciales, registrando la mayor cantidad de personal en la venta de prendas de vestir y calzado, seguido del sector de la distribución de automóviles, motos, bicicletas, accesorios y repuestos, representado en un 42,6%. Al analizarse específicamente las agrupaciones independientes, fue posible detectar que el sector dedicado a la venta de mercancías como productos alimenticios, bebidas y tabaco; textiles, exceptuando confecciones; prendas de vestir y accesorios; drogas y preparados

---

<sup>140</sup> ARANGO, Op. Cit., pp. 506-507

<sup>141</sup> RESTREPO SANÍN, Juliana. Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962. Tesis de Magíster en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2011, p. 68



de tocador y otros (joyería, relojerías, artículos ópticos), incorporó un 73% del personal femenino.<sup>142</sup>

Aunque el panorama económico se vislumbró bastante halagador para las mujeres, en comparación con épocas anteriores cuando sus responsabilidades estuvieron relegadas al ambiente doméstico y a la educación de los hijos, la década del sesenta no se distinguió como un periodo de cambios radicales en materia de las representaciones relacionadas con el papel que debió cumplir en la sociedad.

Si bien en el ámbito jurídico ya se habían realizado reformas sustanciales para el reconocimiento de algunos derechos de las mujeres,<sup>143</sup> todavía existieron una serie de obstáculos que impidieron desarrollar cabalmente su inserción en el ambiente público como persona económicamente activa: entre los sectores tradicionales aun persistió la idea que mostraba a las mujeres en un mundo exterior plagado de corrupción, así como el pensamiento que relacionaba su actividad laboral con el olvido de su papel más importante asignado “naturalmente” como ama y señora del hogar. De esta forma, bajo este tipo de concepciones acerca del papel que debieron cumplir en la sociedad, el destino de la mayoría se limitó al estrecho espacio privado de los hogares.

Estas representaciones acerca de la mujer fueron una constante en la década –aun cuando se hicieron debates con respecto a su vigencia- y llegaron a constituirse en una limitación para poner en la práctica las leyes destinadas a la protección de sus derechos. Incluso, frente a esta discordante situación vivida entre las leyes y la realidad, la mayoría de mujeres trabajadoras no intentaron hacer valer sus derechos laborales a través de los sindicatos. Las razones de su ausencia radicarón en dos aspectos. Por una parte, las representaciones vigentes en la sociedad pasaron su cuenta de factura por su

---

<sup>142</sup> DANE, Op. Cit., p. 167

<sup>143</sup> La ley 28 de 1932 ya había sentado un buen precedente en este sentido al consagrar la libre administración y disposición de los bienes pertenecientes a cada uno de los cónyuges, eliminando consecuentemente la autorización marital para que la mujer administrara los recursos económicos y contratara libremente sin la autorización legal de su esposo. En 1950, el Código Sustantivo de Trabajo mediante los artículos 236 a 246, estipuló la licencia de maternidad remunerada por ocho semanas. Más adelante, se aprobó dentro de la normatividad laboral el principio que consagró igual remuneración sin distinciones de sexo (1962) y la aprobación del derecho de lactancia durante los 6 primeros meses de vida (1967). No obstante, en cuanto al reconocimiento del principio de igualdad en la remuneración tanto para hombres como mujeres, Catalina Reyes y María Claudia Saavedra señalaron que solo fue objeto de reglamentación en 1981, cuando se determinaron medidas para eliminar la discriminación laboral, se proporcionó igualdad de oportunidades para la capacitación, se permitió la libre elección de la profesión y el empleo y se promovió la seguridad social y la protección a la maternidad”. VELÁSQUEZ, Op. Cit., p. 96 y REYES Y SAAVEDRA, Op. Cit., pp. 77-78

incorporación al mundo laboral desde décadas anteriores y, a su rol de mujer trabajadora, también se agregó el de ama de casa y esposa, motivo por el cual no disponía de tiempo suficiente para realizar activamente un papel dentro de los sindicatos. Por otro lado, en el caso de Antioquia fue una constante la existencia de una cultura política que desconocía su liderazgo sindical y los derechos políticos, económicos y laborales de ellas. En cuanto a sus aspiraciones ideológicas relacionadas con su propio género, las pocas mujeres que participaron de estas organizaciones no se hicieron sentir, porque no entendieron sus objetivos como propios y separados de los intereses de los hombres. De esta forma, no fue extraño que las pocas sindicalistas se limitaran a realizar tareas mecánicas, organizativas y logísticas de poca valoración entre los hombres.<sup>144</sup>

Aunque el mutismo de la sociedad con respecto a los derechos de la mujer fue una constante en la década, no se puede dejar de lado la aparición de pequeños grupos de individuos que involucraron tanto hombres como mujeres, quienes desde años anteriores comenzaron a reivindicar el cumplimiento de una serie de prerrogativas negadas bajo el influjo de las representaciones tradicionales. Para Virginia Gutiérrez de Pineda, este proceso lento y conflictivo requirió de dos circunstancias interrelacionadas: la primera hizo referencia a un tipo de mujer y hombre “especial” que empezaron a crear conciencia del estatus-rol adscrito al sexo femenino y de los condicionantes culturales que lo respaldaban. El segundo, producto de las presiones externas constituidas por los avances tecnológicos y los cambios de una economía ruralizada de subsistencia hacia una economía capitalista desarrollada en los centros urbanos, incidió en el paulatino ingreso de las mujeres en la educación profesional para poder competir en el campo laboral y asegurar mejores ingresos.<sup>145</sup>

Si bien las concepciones y representaciones de la mujer estuvieron arraigadas dentro de un sector muy ligado a los pensamientos expuestos por la Iglesia, las estadísticas sobre su nivel educativo comenzaron a revelar algunos cambios mínimos: en los censos de 1938 y 1951 se registraron 49% mujeres alfabetas, mientras que en 1964 se presentó un leve aumento del 51%.<sup>146</sup> Cabe resaltar que las cifras correspondientes a la variable de

---

<sup>144</sup> REYES Y SAAVEDRA, Op. Cit., pp. 112-113

<sup>145</sup> GUTIÉRREZ DE PINEDA, Op. Cit., pp. 333-363

<sup>146</sup> OCHOA NÚÑEZ, Hernando y LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer en el sistema educativo. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena (dir.). La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 71-122

alfabetización se relacionaron con el grado de urbanización presente en las cuatro ciudades de mayor crecimiento económico como Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla, donde la oferta educativa privada y pública de primaria y secundaria era mayor, además de las notables ventajas en la disponibilidad de planteles y personal calificado como docente. Así mismo, esta situación fue una respuesta a la mayor exigencia por parte de la población urbana, que en aras de una mejor calidad de vida y de un mercado laboral cada vez más exigente, comenzó a ejercer una mayor presión por el mejoramiento en el nivel educativo.

En el estudio sobre la mujer en el sistema educativo realizado por Hernando Ochoa y Magdalena León de Leal, se afirmó que a finales de la década del sesenta se lograron en los niveles de primaria y secundaria cifras cercanas a las registradas por los hombres, fundamentalmente en las zonas urbanas de los departamentos de Antioquia, Valle, Atlántico, Caldas, Cundinamarca y el Distrito Especial de Bogotá.<sup>147</sup> Sin embargo, señalaron que las cifras registradas en la enseñanza secundaria femenina eran bajas con respecto a la culminación del proceso y en la calidad de las asignaturas impartidas (costura, bordado, culinaria y puericultura), un último obstáculo que comenzó a superarse gracias a la entrada en vigencia del decreto 3157 de 1968, el cual suprimió la Sección Educativa Femenina en donde se impartieron modalidades de enseñanza de carácter femenino (Educación Secundaria Femenina, Educación Doméstica, Escuela de Orientación Rural y Escuela Hogar, Escuelas de Bacteriología, Delineantes de Arquitectura, Traductoras, Cerámica, Jardines Infantiles, Comercio, Enfermería Rural) y el decreto 080 de 1974, mediante el cual se buscó que la diversificación del bachillerato a través de los Institutos de Enseñanza Media no tuviera en cuenta el sexo, sino las

---

<sup>147</sup> Como antecedentes importantes en la historia de la educación femenina se destacaron el decreto 1874 de 1932 que permitió el ingreso al bachillerato y el 227 de 1933 que otorgó el derecho a las mujeres de obtener el título de bachilleres para poder acceder a la enseñanza universitaria. No obstante, la realidad distaba mucho de la normatividad, en cuanto la enseñanza no cumplió con los estándares de calidad en comparación con la educación impartida a los hombres. Además, no existió un plan de acción para resolver el acceso a los centros educativos de la mayoría de la población perteneciente a los estratos más pobres. Por otra parte, la enseñanza normalista se fortaleció aún más con el fin de preparar a las nuevas generaciones de docentes destinados para las escuelas primarias. Un hecho significativo fue la reforma a la Constitución en 1936, mediante la cual se reconocieron algunos derechos como el acceso a la educación profesional, el establecimiento del patrimonio de familia inembargable y la conservación de su nacionalidad en caso de contraer matrimonio con un extranjero. HERRERA C., Martha Cecilia. Historia de la educación en Colombia la República Liberal y la modernización de la educación: 1930-1946 [en línea]. [Consultado 05 de mayo, 2012]. Disponible en Internet: [http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce26\\_06ensa.pdf](http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce26_06ensa.pdf) y MONTROYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. *En: Opinión Jurídica*, Medellín. Julio-Diciembre, 2009. vol. 8, no. 16, pp. 137-148

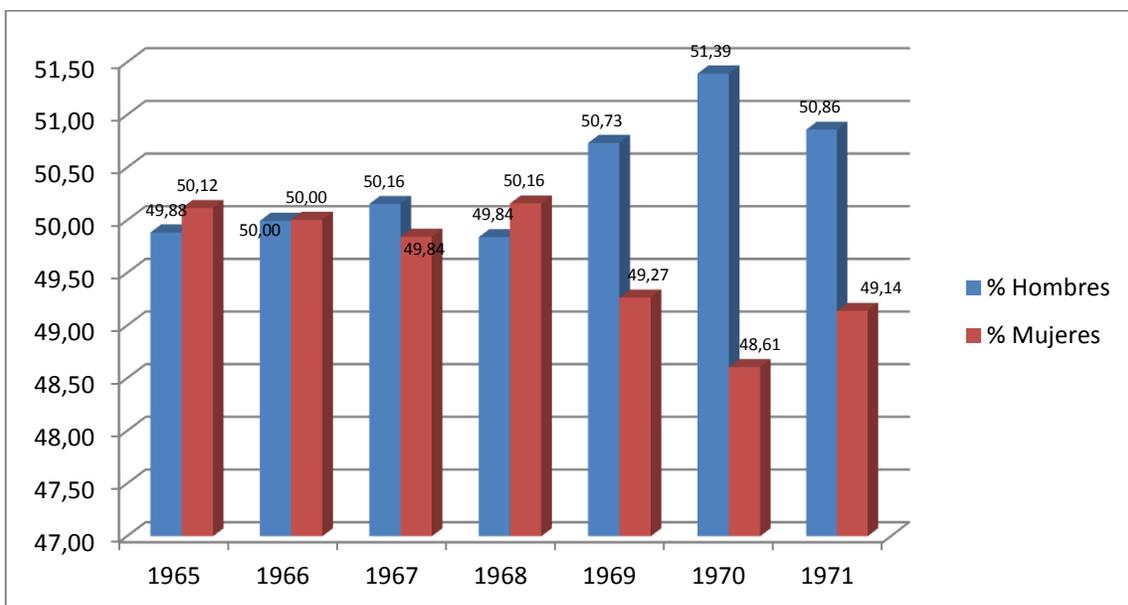
habilidades individuales. La mayor concentración se registró en la modalidad de educación media normalista, que presentó un alto rendimiento interno debido a las pocas opciones laborales que tuvieron las mujeres en los otros sectores de la economía. Asimismo, la enseñanza comercial también presentó una notable preferencia por parte de las mujeres: para 1967 existían 527 establecimientos educativos en esta modalidad, entre los cuales se contabilizaron 329 exclusivamente femeninos y 169 mixtos.<sup>148</sup>

En el caso específico de Medellín, la década del sesenta fue significativa para las mujeres al presentarse una leve aproximación en la distribución porcentual relacionada con el acceso a la educación básica primaria y la educación básica secundaria. Al revisarse las cifras relacionadas con el número de estudiantes que ingresaron a la enseñanza primaria en la zona urbana y rural de la ciudad, se pudo constatar que entre 1965 y 1971 la distancia entre ambos sexos presentó una ligera tendencia hacia la disminución, hasta el punto de mantenerse en promedio entre el 48% y 51% en las zonas urbanas. En las zonas rurales de la ciudad, las faenas diarias exigidas al sexo masculino y su temprano ingreso a la vida laboral en el campo, pudieron incidir en las cifras que evidenciaron una notable superioridad de ellas, especialmente entre 1967 y 1971, cuando el número de estudiantes matriculadas en los centros escolares pasó de un 56% a un 66.44%.

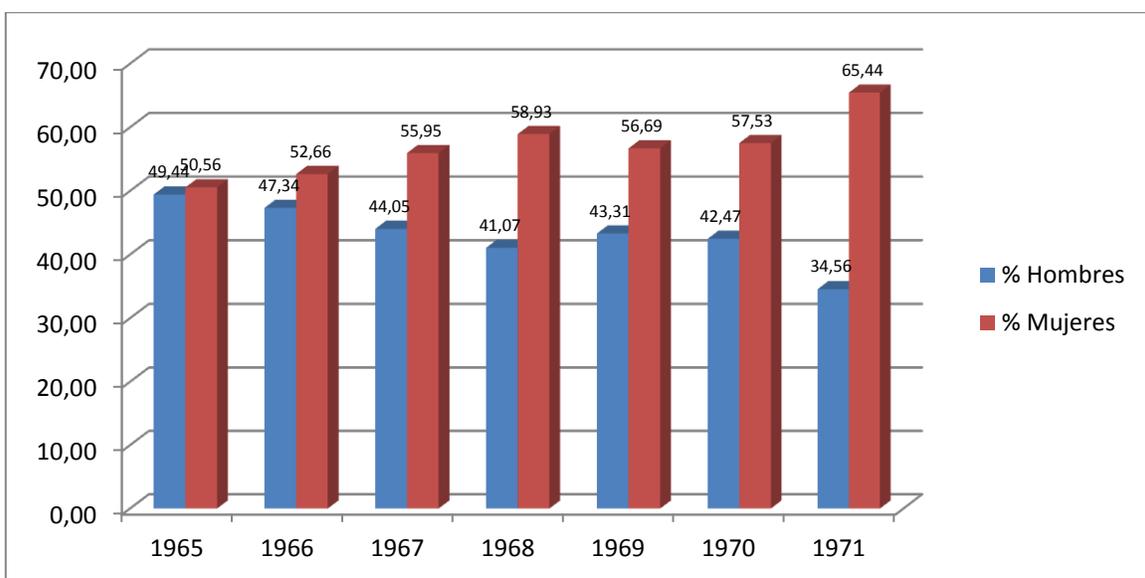
---

<sup>148</sup> DE VIZCAYA Delina G. La legislación referente a la educación. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 256-271

**Gráfico 2 Porcentaje de estudiantes matriculados en primaria: Zona urbana (1965-1971)<sup>149</sup>**



**Gráfico 3 Porcentaje de estudiantes matriculados en primaria: Zona rural (1965-1971)<sup>150</sup>**

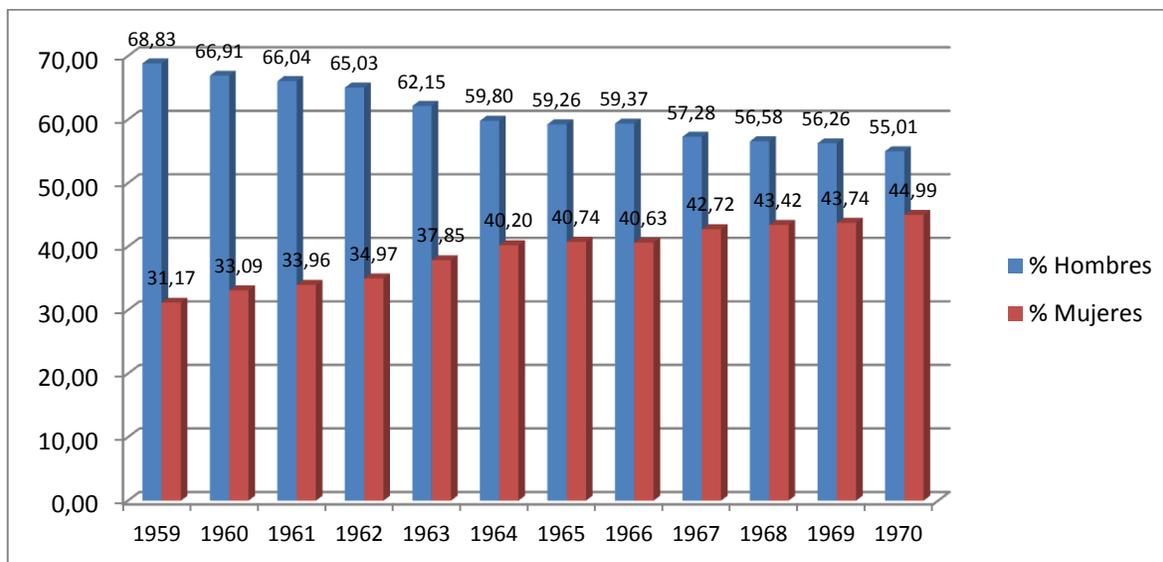


<sup>149</sup> DANE. Medellín en cifras. Ciudad Tricentenario: 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 83

<sup>150</sup> IBID. p. 83

Un proceso similar se percibió en la enseñanza secundaria para las mujeres. La tendencia creciente se reflejó especialmente después de 1964, cuando el porcentaje de mujeres matriculadas logró superar el 40%, manteniéndose en una constante alza hasta principios de la década del setenta cuando registró un 45%. Ni los pensamientos catastróficos del discurso conservador, fundamentados en las doctrinas naturalistas que señalaron la inconveniencia y peligrosidad de la educación femenina al promover la promiscuidad entre los sexos (Pío XI y Monseñor Miguel Ángel Builes); ni el temor latente que declaró la ruina moral y la destrucción del hogar; ni la pérdida de su esencia femenina por “imitar” el papel desempeñado por los hombres; ni los pensamientos expuestos por una parte de la élite intelectual que desestimó sus capacidades intelectuales frente a las actividades realizadas por los hombres,<sup>151</sup> fueron obstáculos para que un número creciente de ellas, principalmente perteneciente a los estratos medios, iniciaran el camino hacia la profesionalización y la construcción de un proyecto de vida más allá del hogar y la familia.

**Gráfico 4 La enseñanza secundaria en Medellín entre 1959-1970<sup>152</sup>**



<sup>151</sup> VELÁSQUEZ, Op. Cit., p. 81

<sup>152</sup> DANE. Medellín en cifras: Ciudad Tricentenario, 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 90

El creciente interés en cualificar sus conocimientos y aptitudes laborales por parte del sexo femenino en el nivel técnico, se reflejó en el censo de 1964: de un total de 285.526 personas con enseñanza técnica, 216.559 correspondió a mujeres que se especializaron en Enfermería, Enseñanza Normalista y Comercio. Este último se constituyó en un campo de gran proyección en el sector educativo, para hacer frente a la creciente demanda del mercado laboral que necesitaba personas con conocimientos en mecanografía, taquigrafía, tabulación, mecanografía, contabilidad, inglés. Para cubrir las expectativas de un buen número de estudiantes, la Escuela Remington desde 1915 dictaba cursos para preparar las futuras trabajadoras en el sector de servicios. De esta forma, entre 1952 y 1970, un buen número de inmigrantes procedentes de las diferentes subregiones de Antioquia escogieron esta institución como una opción de capacitación asequible económicamente. De ellos, cerca de la mitad de los estudiantes matriculados eran mujeres, la mayoría procedentes de Rionegro, Fredonia, Santa Fe de Antioquia, Frontino, Santa Rosa de Osos, Yolombó y Santo Domingo. No obstante, desvirtuando la idea tradicional que concibió este campo dominado exclusivamente por el sexo femenino, las cifras revelaron otra realidad: en el total de estudiantes matriculados, los hombres alcanzaron cifras superiores o muy cercanas a la cantidad de estudiantes mujeres, hecho que posiblemente reveló una tendencia notable hacia la diversificación de carreras técnicas en materia de sexos y el cambio aparente en las representaciones en este sentido.<sup>153</sup>

Más allá del notable progreso en esta materia, la tendencia mostró una realidad bastante compleja para las mujeres: si bien desde hacía tres décadas ya habían logrado un avance en el ingreso a la educación superior,<sup>154</sup> la gran mayoría no tuvieron los medios

---

<sup>153</sup> RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim. Migración y cambio social en Medellín y el valle de Aburrá: 1920-1970. En: GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA SOCIAL. Proyecto migración social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970: Informe de actividades. Medellín: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, 2011, p. 21

<sup>154</sup> Desde años anteriores, algunas mujeres procedentes de los estratos medios y altos, habían tenido la posibilidad de culminar sus estudios secundarios y continuar sus estudios universitarios, como fue el caso del ingreso de la primera mujer a la Facultad de Odontología de la Universidad de Antioquia en 1932, la apertura del ingreso oficial a la Universidad Nacional en 1936, la fundación de la sección femenina en la Universidad Javeriana donde se impartieron licenciaturas en derecho, filosofía y letras, enfermería, bacteriología, comercio y artes decorativas. Desde 1928 se fundó el Instituto Nacional Pedagógico en Bogotá y desde 1945 se crearon los Colegios Mayores de Cultura Femenina en cinco ciudades, que buscaron enriquecer las alternativas educativas al ofrecer carreras universitarias de ciencias, artes y estudios sociales sin exigir la terminación de los estudios secundarios. En el caso de Medellín, pese a la oposición conservadora y clerical, en 1936 se inauguró el Instituto Central Femenino, el cual a nivel de la enseñanza secundaria tuvo su contraparte en la Escuela Nacional de Señoritas. VELÁSQUEZ, 1986, TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia

económicos o el apoyo familiar para continuarlos, viéndose obligadas a sustituir sus aspiraciones profesionales con este tipo de enseñanza, un poco más enfocada a las demandas del momento en el área comercial y en el campo de las relaciones humanas.<sup>155</sup>

**Cuadro 3 Rango de edad y sexo de los estudiantes Subregiones Antioquia en la Escuela Remington, 1952-1970<sup>156</sup>**

Subregión	Municipio	Número de estudiantes		
		Hombres	Mujeres	Total
Nordeste	Santo Domingo	26	39	<b>65</b>
	Yolombó	47	44	<b>91</b>
Norte	San Pedro de los Milagros	31	25	<b>56</b>
	Santa Rosa de Osos	93	71	<b>164</b>
Occidente	Frontino	52	61	<b>113</b>
	Santa Fe de Antioquia	40	51	<b>91</b>
Oriente	Marinilla	33	17	<b>50</b>
	Rionegro	87	88	<b>175</b>
Suroeste	Fredonia	85	80	<b>165</b>
	Támesis	68	55	<b>123</b>
<b>Total</b>		<b>562</b>	<b>531</b>	<b>1093</b>

Otras, quizás un buen número de la población femenina, se prepararon para continuar con su tarea de esposas dentro de un aparente clima de modernización, a partir de los conocimientos impartidos en los colegios -en su mayoría religiosos- y en algunas academias de glamour, que transmitieron las nuevas teorías de la ciencia del hogar enfocadas en la definición de una mujer “preparada” no solo para las labores del hogar y la familia, sino también para ser una consejera del esposo y una buena administradora de los recursos económicos.

Quienes sí pudieron incorporarse a la enseñanza profesional impartida en las universidades, comenzaron a representar una minoría en creciente alza durante el curso

---

de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta, 1986 p.28, NHC, Jaime Jaramillo Uribe, 1986, p. 104, NHC Vol IV, Ochoa y León, 1977, p. 81

<sup>155</sup> OCHOA NÚÑEZ y LEÓN DE LEAL, Op. Cit., p. 93

<sup>156</sup> RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim. Migración y cambio social en Medellín y el valle de Aburrá: 1920-1970. En: GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA SOCIAL. Proyecto migración social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970: Informe de actividades. Medellín: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, 2011, p. 21



de la década. Para 1960 se matricularon 3.623 mujeres que representaron un 16% de la matrícula total, mientras que en 1970 el número de estudiantes llegó a septuplicarse hasta alcanzar 26.419 (26%), concentrándose en las áreas de la educación, ciencias exactas y naturales, humanidades y bellas artes. En cuanto al número de graduadas, entre 1938 y 1965 se presentó un crecimiento exponencial pasando de 6 graduadas en 1938 a 515 en 1960 y 915 en 1965, un fenómeno generado en gran parte por el grado de urbanización y modernización en las ciudades.<sup>157</sup>

Medellín como un centro urbano producto del fenómeno de la industrialización, no fue ajena a este proceso de incorporación de las mujeres en la educación superior, pese a ser una ciudad en donde existía un importante arraigo de las creencias cimentadas en la religión católica. No obstante, aun cuando desde años anteriores las universidades de reconocida trayectoria como la Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional, la Universidad de Medellín y la Universidad Pontificia Bolivariana, habían abierto sus puertas para este grupo poblacional, todavía ellas continuaron representando un porcentaje mínimo en la mayoría de las facultades. En las carreras tradicionalmente desarrolladas por los hombres y que tuvieron una mayor proyección dentro del mercado laboral o que otorgaban reconocimiento o estatus social (derecho, medicina, ingenierías, economía, veterinaria, administración, arquitectura, zootecnia, contaduría), las mujeres continuaron siendo minoría y sólo alcanzaron un tímido repunte en las carreras como odontología y química farmacéutica, al presentar un promedio de 35% de alumnas matriculadas. En el caso del derecho, el promedio osciló entre un 23% y un 35% de estudiantes, correspondiendo en gran parte a mujeres matriculadas en las universidades recientemente fundadas como la Universidad de Medellín (1950) y la Universidad Autónoma Latinoamericana (1966).

Aún existía en las diferentes universidades cierto recelo y rechazo con respecto a la incorporación del sexo femenino en las carreras tradicionalmente asumidas por los hombres, debido en parte, porque comenzaron a constituirse en una fuerza de trabajo que podía competir en habilidades, conocimientos y técnicas a la par con los hombres. A todo lo anterior, también se agregó la escasez de cupos en las universidades estatales, la vigencia del matrimonio precoz, su temprano compromiso como madre y la existencia de

---

<sup>157</sup> IBID, p. 97

valoraciones culturales que vieron con cierto negativismo su ingreso en las universidades. Por estas razones, no fue extraño encontrar en las estadísticas poblacionales un buen número de mujeres matriculadas en profesiones de poca proyección económica y centradas en la prolongación de los valores enfocados en su feminidad y destreza manual, como el servicio social (enfermería, educación, bibliotecología, orientación familiar, sociología); el aprendizaje de técnicas especializadas al servicio de otras áreas del saber importantes (bacteriología, delineante de arquitectura, nutrición y dietética, radiología, fisioterapia, instrumentación) o en carreras que requirieron ciertos dotes estéticos o narrativos (arte y decorado, humanidades, periodismo, publicidad).

Esta situación también se reflejó en el número de estudiantes matriculadas en los centros educativos como la Universidad Femenina - posteriormente transformada en el Colegio Mayor de Antioquia-, la Universidad Pontificia Bolivariana, la Academia Superior de Artes y el Instituto Cultural de Arte y Decoración, lugares donde se ofrecieron carreras especialmente “diseñadas” para las mujeres (humanidades, arte y decoración, delineante de arquitectura, servicio social, bacteriología, publicidad, orientación familiar), con lo cual se conservó ese carácter diferenciador entre los sexos con respecto a las áreas del conocimiento.<sup>158</sup>

Para Virginia Gutiérrez de Pineda, la conquista de un nuevo estatus-rol definido a partir de su ingreso a un nivel educativo más alto en comparación con épocas anteriores, estuvo marcada por dos tendencias que acompañaron el sexo femenino en este periodo. Signada bajo una tendencia liberalizadora y moderna, apareció un tipo de mujer situada en un estatus-rol más activo y apropiado para la vida pública, en el cual se reconoció su labor como individuo y se dejó atrás su valoración a partir de las diferencias sexuales. De aparición reciente y reducida a la esfera de las elites socioculturales incorporadas a la actividad productora de la administración, este grupo se caracterizó por alcanzar niveles superiores de escolaridad y lograr una ubicación más alta dentro de la jerarquía familiar, lo cual consecuentemente les permitió desarrollar un rol más activo en las decisiones en el hogar. No obstante, la conquista de una nueva posición en el nivel de escolaridad no siempre estuvo marcada por una mujer activa en el desempeño de su rol. La sujeción a los mismos condicionamientos del pasado, supeditados a un rol que aparentemente

---

<sup>158</sup> Véase cuadros estadísticos con datos obtenidos de los Anuarios Estadísticos de Medellín correspondientes a los años de 1960, 1965 y 1967

mostraba un avance en esta materia, solo significó la continuación de un “bajo estatus” asociado a niveles mínimos de escolaridad, trabajos exhaustivos, largos horarios y limitadas prestaciones sociales. Dentro de esta categoría, la figura más importante fue la maestra, quien a pesar de hallarse en la “cúspide intelectual” de este grupo, representaba la “versión maternal diferida” entregada al oficio sagrado de la enseñanza.<sup>159</sup>

Pero no sólo en el campo de la educación subsistieron los vestigios de aquellas representaciones que, por muchos siglos, limitaron el papel de la mujer al ámbito doméstico. El reconocimiento de sus derechos políticos por parte del Estado igualmente fue un proceso lento, caracterizado por las grandes contradicciones generadas a partir de las discusiones relacionadas con su capacidad intelectual y el nivel de racionalidad para tomar decisiones de gran trascendencia en el ámbito público. En el caso del orden jurídico-político, todavía se mantuvo una contradicción al permitir la vinculación de ellas en ciertas tareas del Estado como funcionarias públicas (acto legislativo 1 de 1936), pero negando su participación como ciudadana en el ejercicio de elegir y ser elegida. Una razón para justificar esta discrepancia radicó en el papel del Estado dentro de la democracia liberal, el cual limitó sus funciones en el ámbito privado o doméstico al ejercicio de la protección de la familia como núcleo esencial de la sociedad, dejando al libre albedrío el reconocimiento de los derechos de cada uno de sus miembros. Otra posible explicación para la restricción de los derechos políticos estuvo relacionada con el concepto liberal de la ciudadanía, que concibió las capacidades y necesidades de los individuos independientemente de su condición social y política, con lo cual se defendió una igualdad homogénea formal, pero con substanciales diferencias en la práctica.<sup>160</sup>

En conformidad con este principio, las leyes estatales aceptaron una realidad imbuida por una concepción patriarcal de ciudadanía, donde las mujeres debieron identificarse con los ideales promovidos por los hombres. Una buena parte de la clase política, influenciada por una visión androcéntrica, señaló que la cosa política era un asunto de hombres y consideró que la obra de la mujer en la sociedad solo se debía limitar al ejercicio del “gobierno” en el hogar, el centro o la célula de la sociedad sobre la cual se construirían los cimientos para la formación de las generaciones futuras de ciudadanos. Por este motivo, los cambios generados en gran parte de Europa y en Estados Unidos con respecto a la

---

<sup>159</sup> GUTIÉRREZ DE PINEDA, Op. Cit., pp. 334-335

<sup>160</sup> MONTOYA RUIZ, Op. Cit., 140

concesión de la ciudadanía femenina, no tuvieron un rápido efecto en Colombia. Sólo la presión ejercida por el movimiento social llamado Unión de Ciudadanas de Colombia, en conjunto con los “debates” realizados por importantes figuras de la política y del mundo intelectual en la prensa, las plazas públicas y hasta el Congreso, hicieron posible la consecución de este derecho político, específicamente durante la dictadura de Rojas Pinilla en 1954. Sin embargo, debido a la restricción generada por la dictadura en las acciones democráticas de esta índole, el ejercicio pleno del sufragio femenino solo fue posible hasta el plebiscito de 1957 que legitimó el pacto bipartidista del Frente Nacional.<sup>161</sup>

De esta forma, la licencia constitucional para el ejercicio de los derechos políticos de la mujer en la práctica reveló una realidad bastante diferente y llena de contradicciones, que pusieron en tela de juicio su efectividad como ley basada en los principios de igualdad y libertad democrática. En este sentido, el mismo acto de otorgar la ciudadanía femenina fue una simple acción formal que consistió en el reconocimiento de los derechos y deberes políticos exigidos a los Estados inscritos bajo la dinámica democrática, un ejercicio reduccionista que limitó el papel de la mujer al acto de sufragar durante las contiendas electorales, como una masa informe pero útil para aumentar el caudal electoral de los partidos políticos (la mitad del potencial electoral estaba en manos de las mujeres), desconociendo los avances logrados en el comportamiento político femenino debido a su creciente participación dentro del sistema educativo y su incorporación como mano de obra productiva.<sup>162</sup>

Recién estrenado el derecho político de elegir y ser elegida, era claro que la participación de la mujer en los asuntos políticos estuvo reducida a ciertos momentos claves como las campañas políticas y las elecciones, momentos en los cuales su papel se restringió a participar a través del sufragio o el apoyo absoluto a los familiares que desarrollaron alguna actividad política. Una razón de su marginamiento en el mundo político se asoció a la reciente incorporación legal como sujeto de derechos políticos, una acción que requirió

---

<sup>161</sup> En Latinoamérica, el primer país en otorgar el derecho a sufragar fue Uruguay en 1927, seguido por Ecuador en 1929, Brasil en 1932, Cuba en 1934 y El Salvador en 1939. Las dos décadas siguientes fueron significativas por el aumento considerable de países que concedieron este derecho político, como República Dominicana en 1942; Guatemala y Panamá en 1945; Argentina, Venezuela y México en 1947; Chile y Costa Rica en 1949; Haití en 1950; Bolivia en 1952; Honduras, Nicaragua y Perú en 1955. Los países más atrasados en esta materia fueron Colombia en 1957 y Paraguay en 1961.

<sup>162</sup>IBID. p. 142

de un ejercicio de concientización y formalización de su ciudadanía mediante el proceso de cedulación impulsado por los partidos políticos y las asociaciones políticas femeninas.

Esto se hizo evidente en tres situaciones claves: el proceso de cedulación, las elecciones y la participación en las corporaciones públicas. En el primer caso, aunque el Estado colombiano había reconocido formalmente la ciudadanía mediante la sanción de la Ley 39 de 1961 que obligaba a los ciudadanos colombianos a expedir la cédula de ciudadanía para participar en los actos políticos, civiles, administrativos y judiciales, en la práctica este proceso tuvo poca importancia para el sexo femenino, paradójicamente entre las mujeres de los estratos más altos y las jóvenes, quienes miraron con cierta apatía y renuencia el trámite de su cédula.<sup>163</sup> Con respecto al segundo aspecto, la participación electoral de las mujeres en las contiendas realizadas en la década del sesenta fue escasa, en comparación con el estimado oficial que señalaba una cantidad cercana a la mitad del censo electoral. En este sentido, *Cromos* denunció que desde principios de la década existía aproximadamente un déficit de 887.000 cédulas debido, en gran parte, a la falta de conocimiento y la reticencia por parte de ellas para formalizar su condición de ciudadanas. En el momento de las elecciones esta apatía se reflejó en el creciente abstencionismo femenino, el cual marcó para 1965 alrededor de un millón de mujeres que no pudieron votar por falta de cédula.<sup>164</sup> Finalmente, la participación femenina en las corporaciones públicas también fue otro problema por resolver. Aun cuando el Estado ya había dado luz verde en los años anteriores, el índice de participación en los departamentos solo osciló entre el 8% y 1%, registrándose el índice más alto en el Chocó con un 9%.<sup>165</sup>

No obstante, quizás el factor más importante para justificar su apatía se halló en las representaciones e ideales tradicionales que relegaron el papel de las mujeres al ambiente doméstico, al prevalecer la idea androcéntrica que las consideraba seres fáciles de dominar debido a la debilidad natural de su carácter. Así, por sus cualidades naturales centradas en la ternura y la feminidad, la labor más importante de ellas estuvo centrada en el cuidado y educación de los hijos en los valores e ideales necesarios para la

---

<sup>163</sup>Las ciudadanas. La mujer se prepara a influir en los destinos de la patria. En: *Cromos*, Bogotá. Diciembre 11, 1961. no. 2318, pp.38-40

<sup>164</sup>La mujer y los destinos nacionales. En: *El Colombiano*, Medellín. 16, diciembre, 1965, p. 3

<sup>165</sup>En el país hay más mujeres para que conste que tienen que cedularse 887.000 que faltan. En: *Cromos*, Bogotá. Diciembre 17, 1962. no. 2368, pp. 26-27

construcción de una nación. Por lo tanto, el ejercicio de la política no era aceptable, entre otras razones, porque era incompatible con la maternidad y las tareas domésticas. Además, existía la creencia de generar un efecto endurecedor en el carácter afable de la mujer, al realizar actividades que no fueron “diseñadas” para su naturaleza.

Pese al papel pasivo ejercido por la mayoría de las ciudadanas colombianas en el mundo de la política, no se puede desconocer el activismo ejercido por algunas mujeres en dos ámbitos relacionados directamente con este campo. Por una parte, la mujer dentro del proceso electoral paulatinamente se fue convirtiendo en “objeto de elección”, aun enfrentando las críticas de algunos líderes políticos e incluso intelectuales, quienes no vieron con buenos ojos esta nueva faceta femenina. De esta forma, empezaron a formar parte de las corporaciones legislativas en todos los niveles, principalmente en el ámbito nacional, cuando ambos partidos contribuyeron significativamente con una cuota política femenina que actuaba como vocero de diversos grupos sociales, sin limitar su función a la defensa de sus derechos.<sup>166</sup>

Por fuera de las corporaciones públicas, las mujeres también tuvieron cabida dentro de los partidos políticos, aunque de forma minoritaria al conformar las organizaciones políticas femeninas como la Unión de Ciudadanas de Colombia y la asociación feminista Unión de Mujeres Liberales Independientes, que buscaron apoyar los programas políticos impulsados en cada movimiento y canalizar los intereses de cada dirigente en el ascenso dentro de su carrera política. No obstante, su papel dentro de las campañas estuvo restringido, en la mayoría de las ocasiones, a realizar trabajos mecánicos de menor importancia, siendo pocas las mujeres que se destacaron en tener la vocería como Bertha Hernández de Ospina, vicepresidenta del Directorio Nacional Conservador.

Aun así, este creciente dinamismo en la política fomentado por las mujeres pertenecientes a las clases altas y medias de las diferentes regiones del país, en gran medida, estuvo confinado a los designios y acciones realizadas por los hombres, quienes manejaron al dedillo el intríngulis de la política. Por esta razón, no era extraño que las mujeres más destacadas en su liderazgo político, tuvieran en común los nexos de clase y de familia con

---

<sup>166</sup> DE LEWIN, Patricia P. y ROTH LISBERGER, Dora. Participación política de las mujeres. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 58-59

la clase dirigente de cada partido, un elemento necesario para obtener el reconocimiento y el respaldo suficiente dentro de las poblaciones donde desarrollaba su accionar político.

Más allá de esta situación, afortunada para unas cuantas privilegiadas, muchas ingresaron a las lides políticas solo por un sentimiento de solidaridad derivado de su cercanía con un miembro de la familia, quien activamente participaba de las campañas y reuniones propias del directorio político.<sup>167</sup> Nuevamente, los siglos de representaciones que justificaron su sometimiento al varón recayeron encima de sus derechos políticos, para incidir en su forma de actuar dentro de la política como figura secundaria, extendiéndose en este campo su papel realizado en el hogar como apoyo incondicional al hombre.

El panorama político, un tanto difuso para la situación de la mujer en Colombia, solo fue el reflejo de una década caracterizada por la coexistencia de unas representaciones tradicionales y otras más actualizadas, acordes con las nuevas demandas del mundo moderno que, en algunas ocasiones, pretendieron conciliar y negociar las condiciones para el desarrollo de los intereses personales de ellas y la responsabilidad delegada como figura clave dentro de la familia. La realidad reveló, entonces, una situación donde los ideales sobre la liberación femenina modelados a partir de los pensamientos traídos del exterior, entraron en una confrontación simbólica con las representaciones tradicionales relacionadas con la figura femenina.

Del anterior contexto se desprendió un panorama poco halagador para las mujeres del común, caracterizado por las desventajas que tuvieron que enfrentar en el campo laboral, profesional y personal. No en vano, en la prensa se denunciaron los bajos niveles de salarios, la poca importancia de su participación en cualquier actividad del plano público y privado, las múltiples presiones generadas por diferentes miembros de la sociedad, especialmente líderes intelectuales, políticos y religiosos, para estimular el retorno de las mujeres al hogar mediante un mito que concibió la técnica del trabajo doméstico como un ejercicio creativo propio de un “ingeniero” (la mujer), quien se encargaba de dirigir y controlar una serie de operaciones para conservar la armonía y el orden en el hogar.

---

<sup>167</sup>IBID. pp. 44 y 50

#### 4. EL ESTATUS DE LA MUJER EN LA PRENSA: LA ARTICULACIÓN ENTRE REPRESENTACIONES Y CONTEXTO SOCIAL

Cuando la década del sesenta apenas comenzaba, ya la prensa había recorrido un largo camino que reveló el tránsito de una concepción anclada en los ideales que defendían su uso como un medio para construir nación y educar las masas, hacia una mentalidad rentística basada en una racionalidad regida por una dinámica consumista y hedonista.<sup>168</sup> No en vano, se integraron nuevos recursos tecnológicos que disminuyeron los costos de impresión, permitieron ampliar el número de tiradas y proporcionaron un nuevo aspecto a la diagramación para reforzar el mensaje mediático. En esto último, se incluyeron diferentes tonalidades y tipos de letra, elementos icónicos (grabados, ilustraciones, fotografías, caricaturas o figuras con letras); elementos ornamentales (letras capitales, plecas, filetes, corondeles y recuadros) y espacios en blanco (interlineado, zonas de separación entre piezas informativas, sangrías, etc.), para hacer más amena y atractiva su compra entre un público cada vez más alfabetizado y numeroso.

Bajo esta mirada imbuida por el espíritu de consumo, los grandes diarios intentaron atraer este creciente grupo de lectores conformado por un público femenino, aparentemente alejado de los apasionamientos políticos y del mundo de los negocios, mediante el recurso mediático de las Women's pages o secciones femeninas ubicadas, casi siempre, en las últimas páginas del periódico, con las cuales se estableció la separación dentro de su diagramación entre el mundo privado propio de las mujeres y el mundo público consagrado a los hombres. De esta forma, los directores de los diarios más importantes como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*, buscaron explorar en estas páginas un universo construido tradicionalmente dentro de unas representaciones que consagraron el papel de la mujer al ámbito doméstico y familiar, a través de la publicación de temas relacionados con la belleza, la moda, las relaciones interpersonales, el cuidado del hogar, las recetas, las dietas, los remedios para curar enfermedades, los patrones para confeccionar vestidos, entre otros.

---

<sup>168</sup> URIBE DE H., María Teresa y ÁLVAREZ, Jesús María. Cien años de prensa en Colombia: 1840-1940, 2ª ed. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002, pp. X-XI



En el caso de la prensa enfocada en el mundo femenino, específicamente en la revista *Cromos*, la clave de su estrategia mediática también se halló en su diagramación, pero destacando ciertos rasgos característicos como la destinación de grandes espacios para la publicidad de productos de belleza y de moda, y la publicación de artículos con titulares sugestivos y en diferentes tonalidades, acompañados de un gran número de imágenes coloridas de diversos lugares, los cuales fueron convertidos en los escenarios ideales donde las mujeres aparecieron desarrollando un sinnúmero de actividades propias del espacio íntimo y del espacio exterior (fiestas, lugares de recreación y entretenimiento, casas, restaurantes, calle, zonas vacacionales). Ecos de una realidad que hicieron evidente el cruce del límite entre el mundo privado y el mundo público, fueron sinónimos de un proceso de compaginación entre la tradición y la modernidad, el cual estuvo mediado por la negociación entre las diferentes representaciones tradicionales de las mujeres, y las imágenes de más reciente propagación, que mostraron la transformación de su papel en la sociedad a partir del ejercicio de nuevos roles.

Más allá de los recursos tecnológicos utilizados en la diagramación, la diferencia sustancial entre la prensa consagrada a las mujeres y las secciones femeninas de los periódicos de corte tradicional, se encontraba en la publicación de artículos sobre la liberación femenina y sus alcances en los aspectos profesional, laboral y la vida hogareña, y las opiniones relacionadas con las actividades profesionales y los campos de acción, en combinación con los elementos relacionados con una visión tradicional acerca de la mujer (las tendencias de la moda, los grandes íconos femeninos, las novelas, las secciones de belleza y las recomendaciones de expertos sobre las relaciones interpersonales). Asimismo, con el fin de elevar su estatus dentro del mundo periodístico y quizás consciente de la necesidad de “educar” o informar a sus lectoras cada vez más alfabetizadas en los asuntos de mayor “trascendencia”, la prensa propiamente femenina paulatinamente comenzó a incorporar un sinnúmero de artículos periodísticos relacionados con temas políticos, económicos y sociales relacionados generalmente con el mundo femenino. De esta forma, se reprodujo un discurso diferente para cada uno de los espacios imaginarios destinados tradicionalmente para hombres y mujeres: lo público y lo privado.

Dentro de los elementos comunes de las secciones femeninas de los periódicos y las revistas destinadas específicamente para la mujer, se destacaron la influencia de los modelos extranjeros procedentes de Estados Unidos y Europa, gracias al recurso de los corresponsales extranjeros de las agencias internacionales de noticias, quienes se encargaron de promocionar los diferentes roles tradicionales asignados a las mujeres, pero en esta ocasión, influenciados por el creciente interés de las industrias de la belleza y la moda de aumentar sus ganancias a través de la labor desarrollada por las mujeres como consumidoras. En menor medida, algunas mujeres pertenecientes a los estratos altos o medios de la sociedad, tuvieron la posibilidad de dirigir las secciones femeninas pero supeditadas a la escritura de temas “apropiados” para el público femenino como la belleza, la moda, el hogar y el cuidado de la familia. En el caso de las columnas de opinión, solo unas cuantas como Beatriz de Vieco, Vilma Caballero o Fanny Buitrago, sentaron su posición con respecto a la situación femenina en artículos de opinión, caracterizados algunos por una visión centrada en la defensa de una mujer moderna configurada a partir de los valores tradicionales, o en críticas un tanto controversiales que defendieron radicalmente la liberación de sus congéneres en todos los aspectos.

Adicionalmente, las revistas y las secciones femeninas se caracterizaron por utilizar un lenguaje directo, a menudo dirigiéndose a sus lectoras de forma cercana y personalizada a través del uso de la primera persona del singular, tal como si estuvieran estableciendo un diálogo “real” entre el columnista y la lectora, con el fin de sembrar la suficiente seguridad y confianza entre aquellas mujeres que se hallaban en un mar de dudas y conflictos personales derivados de su misma condición de “débiles emocionales”. Por esta razón, no era raro encontrar secciones destinadas a la solución de inquietudes y problemas femeninos, en las cuales se empleaba el recurso de las cartas como una manera de canalizar sentimientos e incertidumbres de diversa índole. La cuestión radicaba en que el anonimato garantizaba el ocultamiento de los secretos más íntimos de su personalidad, evitando el señalamiento de una sociedad que aún no estaba preparada para explorar los nuevos mundos, un tanto diferentes a los tradicionalmente establecidos dentro del universo femenino.

Una mirada a una de las revistas femeninas más importantes en la historia de la prensa en Colombia como *Cromos*, permite comprender las imágenes divergentes entre la

imagen tradicional de la mujer y las nuevas perspectivas sobre su rol, así como la forma en que se intentó conciliar ambas posiciones. Como un reflejo de la redefinición feminista de la identidad y del papel de la mujer en la década del sesenta, los espacios destinados a la publicidad que estaban dominados, en gran parte, por los productos de belleza femeninos y de vestuario, promocionaron su propia versión comercial de la mujer liberal, mediante la imagen sesgada bajo la perspectiva masculina de una mujer narcisista, sensual y consciente de su belleza física, quien alcanzaba su seguridad, posición social y el amor de un hombre, a través del realce de su belleza física con los medios artificiales (el maquillaje, las cremas, los productos de higiene personal, entre otros).<sup>169</sup>

En contraposición de la imagen de “mujer narcisista” como prolongación de los ideales masculinos en la figura femenina, también apareció tímidamente su versión opuesta encarnada en las mujeres profesionales y trabajadoras, quienes lideraron un movimiento casi siempre silencioso en cuanto a su condición de sujetos activos de la sociedad. Igualmente, en esta modalidad se incluyeron los testimonios y columnas centrados en la promoción de los temas feministas relacionados con la liberación de la mujer que estaban en boga en los países más desarrollados de Europa y en Estados Unidos, además de otros temas ligados al movimiento feminista como la educación femenina y las implicaciones de la transformación de su condición civil y política. No obstante, nuevamente esta figura relacionada con la “liberación femenina” se difuminó en una nebulosa de funciones asignadas a sus roles que conciliaron las dos versiones femeninas, en la medida que se destacaron simultáneamente los ideales de mujeres profesionales junto con los prototipos tradicionales de mujer madre y de esposa dulce, afectuosa y femenina. No en vano se publicaron junto con los artículos críticos sobre la situación de la mujer, secciones dedicadas al cuidado del hogar y la familia, en donde se exploraron temas un tanto “superficiales”: la nutrición, la salud, la limpieza personal y general, tips y recetas de cocina, los patrones de costura, consejos matrimoniales, entre otros.

Esta tendencia general notable en la prensa mostró la pretensión de conservar el status-quo de la mujer frente a su desempeño en los roles tradicionalmente asignados por la sociedad, lo cual fue considerado dentro del estudio de Mieke Ceulemans como una

---

<sup>169</sup> CEULEMANS, Mieke y otros. Imagen, papel y condición de la mujer en los medios de comunicación [en línea]. París: Organización de las Naciones de las Unidas, 1980. [Consultado 5 de Mayo, 2012]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001343/134358so.pdf>

forma de control social que mantuvo la ignorancia de las nuevas realidades sociales. Así, no era raro encontrar un buen número de imágenes y textos relacionados con mujeres profesionales y empleadas realizando a la par labores en el hogar y en la familia, como parte de una estrategia que pretendía hacer más aceptable su incursión en las esferas masculinas, mediante el realce de una feminidad definida a partir de su rol de mujer-madre y mujer-esposa.<sup>170</sup> En el caso concreto del discurso de la moda, las imágenes predominantes exhibieron mujeres que debieron preocuparse por el realce de sus cualidades femeninas como la feminidad, la elegancia y la belleza física, en pos de un objetivo centrado en la conquista de un hombre o en el dominio de estas cualidades para alcanzar sus metas principales en el campo profesional o laboral.

Retomando la crítica de Luisa Pasellini, quien dirigió su posición al carácter mixtificador de la prensa femenina, es posible señalar que estas publicaciones periódicas se encargaron de mostrar dos caras de la moneda, o más bien, dos formas de actuar con respecto a la mujer. Por una parte, mediante la presentación de mecanismos de evasión como las novelas y algunos artículos relacionados con la moda y la belleza femenina, se prolongó la representación de la mujer “ideal” en acciones tradicionales referidas a ser una esposa y madre caracterizada por su pasividad, disponibilidad, belleza y encanto en función de conservar el interés de su esposo. Desde una mirada más positiva, la otra cara de la moneda se encontró en la continua “interacción con las rebeliones reales de las mujeres”, una opción que hizo parte del programa de liberalización en marcha propuesto en los países más desarrollados como Estados Unidos y Europa. Es en este punto, cuando la prensa comenzó a ficcionalizar la realidad de muchas mujeres del común, para mostrar y legitimar las nuevas formas de ser mujer, alejadas de los viejos estereotipos y roles asignados tradicionalmente.<sup>171</sup> De esta forma, se construyeron mujeres de carne y hueso, quienes superaron diferentes obstáculos con éxito, demostrando con esta actitud ser competentes más allá de los límites y tareas impuestas por la sociedad.

Adoptando una posición más radical, Benoit consideró que la combinación de la nueva conciencia femenina con la imagen de la mujer tradicional, fue solo un reflejo de la ambivalencia de sus lectoras con respecto a las representaciones relacionadas con ellas,

---

<sup>170</sup> IBID. pp. 41-42

<sup>171</sup> PASSERINI, Luisa. “Sociedad de consumo y cultura de masas”. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, p. 409

en cuanto que la aparente liberación se situó dentro de la relación marido-mujer, aun cuando se presentaran simultáneamente otras opciones con respecto a su papel en los ámbitos privado y público de la sociedad: “La verdadera naturaleza de la mujer sigue siendo la sumisión al hombre, su objetivo real el matrimonio y la realización femenina de la maternidad”.<sup>172</sup> A pesar de los intentos de modernizar la imagen femenina, principalmente apropiándose de los objetivos de corte feminista relativos a la sexualidad, la perspectiva fundamental no cambió dentro de este medio de comunicación, ratificándose los papeles tradicionales de esposa y madre para las mujeres aún en plena década del sesenta.

Una posición similar fue expuesta por Juana Gallego en su libro *Mujeres de papel*, un estudio en el cual se analizaron los intereses subyacentes que aparecieron en la prensa moderna en España. Como argumento central de la obra, señaló que la prensa femenina hizo eco de las cuestiones de proyección privada, reforzando en su discurso el sistema que determinó los espacios, actitudes y comportamientos fijados por la sociedad según su sexo para cada miembro. Aunque, simultáneamente se introdujeron transformaciones relacionadas con la definición de nuevos roles sociales, en realidad, estos cambios estuvieron integrados perfectamente al sistema de representaciones tradicional, favoreciendo su reproducción y perpetuidad bajo unas circunstancias sociales y políticas diferentes a las que favorecieron su nacimiento. De esta forma, el discurso propuesto en la prensa femenina, aun cuando estuvo influenciado por esquemas e imaginarios de corte más “moderno”, en el fondo, reafirmó los papeles tradicionales asignados a cada sujeto, afianzando los valores y la transmisión de pautas de comportamiento en donde lo femenino estaba en oposición a lo masculino, y lo masculino existió sin ser opuesto a nada y bajo un estatus de “género universal”.<sup>173</sup>

---

<sup>172</sup> CEULEMANS, Op. Cit., pp. 53-54

<sup>173</sup> GALLEGO, Juana. *Mujeres de papel*. De ¡Hola! a Vogue: la prensa femenina en la actualidad. Barcelona: Icaria Editorial, 1990, pp. 35 y 49

#### 4.1 EL DESPERTAR FEMENINO: LA MUJER MODERNA

La progresiva consolidación de la industria en Medellín y el consecuente afianzamiento de la ciudad como principal centro urbano y comercial de Antioquia, tuvo repercusiones importantes en el cambio de las rutinas cotidianas, en la utilización del tiempo y en la irrupción de costumbres auspiciadas por las nuevas representaciones que comenzaron a circular en la cotidianidad de sus pobladores. La tradición, entonces, comenzó a desfigurarse ante la aparición de una percepción de vida más acorde con los tiempos modernos, donde pulularon las fábricas y una masa creciente de obreros; los medios de transporte mecánico como el bus y avión; las personas que deambulaban por las calles; las zonas comerciales y los espacios destinados para la diversión, la recreación y el deporte.

Las mujeres no fueron ajenas a este proceso al asumir nuevos roles que difirieron sustancialmente del oficio tradicional desarrollado en el hogar como madres y esposas. El mejoramiento en el nivel educativo evidenciado en su creciente incorporación a la enseñanza técnica o universitaria; el desarrollo de actividades literarias y periodísticas; su participación en obras de caridad y beneficencia; la práctica de actividades deportivas; el empleo en oficinas, almacenes y fábricas; su ocupación en cargos de importancia en el sector privado y comercial, fueron factores que permitieron a las mujeres de diferentes sectores sociales desplegar sus capacidades intelectuales y asumir comportamientos y actitudes que riñeron con el ideal cristiano femenino predominante en la sociedad local.

Como reflejo de este incipiente cambio en la situación de la mujer, la mujer moderna se consolidó como una figura contrapuesta a la mujer virginal protectora del hogar, en cuanto era poseedora de una fuerte identidad, a veces contradictoria, y de un espíritu activo para hacerle frente a un mundo dominado todavía por el sexo masculino. Para el sacerdote español José Miguel Miranda Arraiza, responsable de la sesión “Consúlteme su caso” publicada en *Cromos*, este prototipo de mujer fue producto de la expansión femenina en contraste con su encerramiento y “esclavitud” fomentado por el hombre durante tantos

siglos.<sup>174</sup> Para ella, la calle no representaba un espacio vedado; llena de un espíritu audaz y templado para infringir las normas morales, acudía a lugares (teatros, cines, oficinas, parques públicos, restaurantes, clubes, almacenes, fábricas), donde podía divertirse, trabajar o interactuar con amigos de ambos sexos. La mujer moderna estaba encargada de una posición de gran responsabilidad y ante la mirada inaudita de algunas personas, se preparó para ocupar cargos públicos y privados que exigieron un gran nivel de responsabilidad.

Y aunque las comparaciones son odiosas, fue común en este discurso establecer un paralelo entre la vida de la mujer del pasado con la mujer del presente, desde una óptica crítica que resaltó la construcción de sus vidas en pos de los ideales del Otro, su máxima competencia: el hombre. Si en el pasado las mujeres solo pensaban través de los hombres porque se creía que carecían de cierta dosis de racionalidad, en la década del sesenta la mujer moderna se configuró como un prototipo de mujer poseedora de una voluntad suficiente para intentar romper con una tradición basada en los principios patriarcales, independiente, trabajadora, segura de sí misma y deseosa de llevar una existencia paralela al hombre.

Con un tono triunfalista, Sonia Osorio en un artículo relacionado con el nuevo papel de la mujer, destacó que este prototipo de mujer estaba reaccionando con fuerza y valentía frente al ideal de “mujercita romántica e inútil”, al despertar de su ancestral letargo que la tenía subordinada a los hombres, para romper los eslabones e invertir los papeles entre los géneros. La mujer preparada, entonces, encarnada en las figuras femeninas como Esmeralda Arboleda de Uribe, Gloria Valencia de Castaño, Haydee Anzola Linares, Cecilia Cardinal de Martín, Elvira Prieto de Saint-Malo, Elvira Mendoza, Consuelo de Montejo,<sup>175</sup> constituyeron una elite dotada por la naturaleza de cualidades excepcionales,

---

<sup>174</sup> MIRANDA ARRAIZA, José Miguel. Consúlteme su caso. En: Cromos, Bogotá. Junio 16, 1969. no. 2689, p.

64

<sup>175</sup> Esmeralda Arboleda de Uribe, reconocida como la primera senadora en el país y líder del proyecto sobre la capacidad civil de las mujeres, también ocupó cargos de alto nivel en el ministerio de comunicaciones y la coordinación de organización femenina del partido Liberal. Igualmente, se desempeñó como directora del programa "Controversia" y colaboró en la creación de los "Clubes de Transformación" para apoyar el movimiento que estudiaría las soluciones jurídicas y administrativas para restablecer a la mujer su pleno derecho de ciudadanía. Haydee Anzola Linares fue magistrada del Tribunal Superior de Bogotá e inspectora nacional del Trabajo. El Departamento de Estado norteamericano la nombró delegada en un seminario en Hawaii sobre organización política y comunal. Después fue invitada por el gobierno de EEUU para participar en las convenciones sobre sindicalismo, organizaciones femeninas y funcionamiento de la ONU. Cecilia Cardinal de Martín, una de las primeras mujeres que estudió medicina, se convirtió en especialista en

un fenómeno muy similar al sucedido con ciertas castas de toros y vacas, quienes fueron capaces de incursionar en el mundo exterior con una actitud arrolladora ante la vida, comparable con la capacidad invasiva de una "plaga de langosta". Sin caer en feminismos recalcitrantes, Osorio recalzó que este prototipo de mujer hacía referencia a un ser individual que había logrado superar su estado tradicional, para afrontar con una actitud de igualdad frente al hombre las nuevas realizaciones, claro está, sin olvidar su papel de esposa y madre.<sup>176</sup>

Dejando de lado los temores ocultos acerca de la nueva condición de la mujer como una imitación del estilo de vida de los hombres, Danielle Hunebelle desde una posición más abierta y controvertida, consideró la libertad de la mujer desde una visión positiva al reconocer que esta "heroína" había incursionado con inteligencia en el mundo exterior, dejando de lado su papel de esposa y madre, para organizar su existencia a su gusto y alcanzar grandes éxitos en su carrera. Su autonomía e independencia le permitió ser la dueña de sí misma y elegir según sus intereses, afrontando con responsabilidad las consecuencias de sus actos. De esta percepción se desprendió una imagen de mujer, a la mejor imitación del estilo norteamericano y europeo, apta para desempeñar diferentes posiciones sin depender absolutamente del hombre. Una mujer interesada en la literatura, la política, el deporte, los viajes, la organización de negocios, quien tenía las puertas abiertas del éxito al igual que los hombres, en campos antes vedados como la jurisprudencia, la diplomacia, la ingeniería, la medicina, el periodismo, entre otras profesiones. Y una vez abiertas las posibilidades para crecer intelectualmente, consecuentemente, este prototipo femenino pudo disponer de muchos más elementos

---

ginecología y obstetricia en EEUU. Ella fue considerada la mayor autoridad femenina en planificación de la familia y control de la natalidad, hasta el punto de dirigir una clínica de planeación familiar en el Barrio Quiroga, donde dictó cursos sobre educación sexual y métodos anticonceptivos a mujeres de bajos recursos. También fue profesora asistente en el Departamento de Medicina Preventiva de la Universidad Nacional. Gloria Valencia de Castaño fue una famosa figura del mundo de la radio y la televisión (Radio Televisora Nacional y las emisoras H.J.C.K. y Unión Radio). Elvira Prieto de Saint-Malo se destacó por ser pionera en el campo industrial de Colombia, al fundar en Barranquilla la industria "Polvos Flores de Niza". Elvira Mendoza se desempeñó junto con Inés de Montaña, Gloria Pachón, Lucy Nieto de Samper y Flor Romero de Nohra, en el periodismo como reportera y directora de redacción en Venezuela del diario "Últimas Noticias". También asumió la dirección de la revista *Diners* y *Páginas*, esta última una revista dedicada a la mujer moderna donde se exploraron temas científicos, artísticos y políticos, dejando de lado los temas convencionales femeninos. Consuelo de Montejo, catalogada como una mujer habilidosa para los negocios, dirigió la gerencia de la compañía fundada por ella llamada Publicidad Técnica. Cuando entró la licitación de la televisión en Colombia, su compañía obtuvo la concesión del Canal 9 "Tele-Tigre".

<sup>176</sup>OSORIO, Sonia. Mujeres, mujeres, mujeres. En: Cromos, Bogotá. Julio 11, 1966. no. 2545, pp. 57-59 y 61



para juzgar las acciones del sexo masculino con respecto a las actividades desarrolladas tradicionalmente por éste.

Pero ¿en cuáles factores radicó esta transformación de una mujer antes sumisa frente a la presencia de un hombre, hacia una mujer segura de sí misma y comprometida con sus proyectos e ideales, aparentemente trasgresora del orden tradicional defendido abiertamente por los sectores tradicionales encabezados por la máxima institución, la Iglesia?

Para Vilma Caballero era evidente que la transformación de las actividades típicamente femeninas propias del ámbito doméstico, fue debido al desarrollo de una tecnología que derivó en la creación de aparatos domésticos que aliviaron su “carga pesada en el hogar” y, consecuentemente, les permitió disponer de un tiempo mayor para desarrollar otras actividades diferentes destinadas a la educación y a su desempeño en posiciones tradicionalmente dominadas por el hombre. Con este hecho se demostró que era errónea la percepción tradicional de la “Dulcinea de Cervantes” como fuente de inspiración del hombre, con una debilidad natural y sin ningún valor como sujeto independiente, al convertirse en “material productivo y de riquezas” en fábricas, laboratorios, talleres y oficinas.<sup>177</sup>

Los medios de comunicación y el cine también contribuyeron a la creación y generalización de este nuevo prototipo de mujer. Dentro de la gama de posibilidades para su reproducción se encontraron las revistas femeninas, en las cuales se publicaron las novelas literarias que cumplieron con su cometido de explorar una mujer en diferentes situaciones de la vida, algo impensable en el pasado por las limitaciones impuestas en el mundo social. La escritora argentina Amanda Román así lo hizo, desplegando en el personaje de la publicista Clara Olmedo, las cualidades y personalidad de un prototipo de mujer atractiva y segura de sí misma, consciente de sus atributos físicos como medio para conseguir algo, profesional, racional y calculadora para enfrentar a sus opositores e imponerse en los cargos importantes dentro de una empresa. Su dilema ante la vida se encontraba entre sus sueños y proyectos como profesional, específicamente en el cargo de directora de una agencia de publicidad, y la posibilidad de amar sin caer en

---

<sup>177</sup>Temas en relieve. La mujer en el siglo veinte. En: Cromos, Bogotá. Marzo 4, 1968. no. 2625, p. 7

romanticismos que significarían la pérdida de su independencia. De esta forma, dispuesta a conseguir su ascenso profesional, hizo uso de sus encantos y artimañas para convertirse en la propietaria de su propio negocio.<sup>178</sup>

Como parte de un fenómeno posterior al cambio efectuado dentro de la literatura, aparecieron películas como “Gatita con zarpas” protagonizada por Ann-Margret, donde se dejó de lado la aureola de mujer educada según los ideales tradicionales, para retratarse una especie de chica vampiresa, voluptuosa y con la sangre fría necesaria para alcanzar sus objetivos. Desde un plano centrado en las cualidades y debilidades de las mujeres, la película “La aventura” de Antonioni intentó retratar los caracteres femeninos propios del mundo moderno, opuestos al ideal del “eterno femenino” explorado en las novelas y en los folletines difundidos desde mediados del siglo XIX. Así, frente a una mujer con una concepción de la vida y del amor simple y plana, se contrapuso las figuras femeninas que encarnaron la angustia, el tedio, la indiferencia, la superficialidad y la honestidad. Todo para mostrar la evolución de una "mujer-adorno" o de "mujer-destinada-al-amor" siempre en función del hombre, hacia una mujer autónoma y capaz de decidir libremente sobre sus propias acciones, aún frente al amor.<sup>179</sup>

La mujer moderna representó, en gran medida, la superación de los tabúes que durante tantos siglos definieron su ser y una esencia sujeta a los designios del sexo masculino. En esta medida, se puede afirmar que el comienzo de su realización como ser individual estuvo sujeto a su ingreso paulatino al mundo exterior, mediante la negativa parcial de los principios de la sociedad tradicionalista y patriarcal. Para ella, la calle no representó un espacio vedado; llena de un espíritu audaz y templado para infringir las normas morales, acudía a diferentes lugares donde podía divertirse, trabajar o interactuar con amigos de ambos sexos. Por esta razón, este prototipo de mujer se caracterizó por alternar un ritmo de vida agitado y dinámico, con breves espacios de vida apacible y dedicada a acciones antes impensables dentro de los roles tradicionales impuestos en la sociedad, entre los cuales estaban disfrutar de actividades al aire libre, ver las carreras de autos, leer o simplemente descansar en un lugar destinado para la recreación.

---

<sup>178</sup>ROMÁN, Amanda. Una mujer independiente. *En*: Cromos, Bogotá. Agosto 3, 1964. no. 2449, p. 48-63

<sup>179</sup>Pregunte a Soledad. *En*: Cromos, Bogotá. Octubre 2, 1961. no. 2308, p. 57)

Y si la vida moderna exigió para este modelo de mujer una actitud dinámica y vigorosa para realizar las múltiples actividades desarrolladas en su cotidianidad, esto desembocó en la necesidad de mantenerse activa y saludable el mayor tiempo posible sin mostrar aparentes signos de debilidad y cansancio. Ante la posibilidad de desarrollar enfermedades frecuentemente asociadas con el nivel de vida propio del mundo moderno como las afecciones de origen nervioso (ansiedad, estrés, depresión) y las derivadas de las acciones realizadas en su cotidianidad que generaban molestias en sus ojos y afectaban su belleza (leer, ver televisión y las actividades al aire libre), la mujer moderna beneficiándose de los adelantos en la medicina y en la dietética moderna – técnicas que supieron explotar este nuevo nicho de mercado -, integró dentro de su dieta diaria el consumo de vitaminas y suplementos alimenticios necesarios para resistir las condiciones del mundo exterior y evitar mostrarse débiles frente a su principal competidor e inquisidor, el hombre.

En todos los campos de su vida, sin importar si pertenecía el ámbito doméstico o laboral, la mujer debía mostrarse segura de sí misma. Y para descubrir hasta qué punto cumplía con esos parámetros, la prensa femenina ideó una serie de test que pretendieron cuestionar a las mujeres sobre asuntos de su vida cotidiana y la forma cómo asumían las dificultades, especialmente en los momentos donde debía relacionarse con otras personas: cómo se comportaba ante una situación "ridícula", la escogencia de un vestido, las ofensas, las discusiones en grupo, las relaciones interpersonales.<sup>180</sup>

La visión de la mujer moderna propagada en la prensa, implícitamente también cuestionó los tabúes corporales y las funciones biológicas propias de su naturaleza (el embarazo y la menstruación), considerados causas principales de su aislamiento social. En cuanto la mujer comenzó a asumir su cuerpo como su propia responsabilidad y la encarnación de su propio ser interior, reclamando ante la sociedad la posibilidad de usarlo según sus presupuestos, la posibilidad de ser madre estuvo supeditada a su aplazamiento mediante el uso de anticonceptivos (el DIU y las pastillas). La justificación de esta posición se halló en cinco factores relacionados con el aspecto individual y la trascendencia de su decisión en el desarrollo económico y social de la sociedad: garantizar el bienestar económico de

---

<sup>180</sup>Es usted una mujer segura?: Un test psicológico de Teresa Dorn. En: Cromos, Bogotá. Abril 13, 1964. no. 2433, p. 18)

sus hijos; la protección de su salud, su dignidad y su vida; conservar cierto equilibrio social y acrecentar el bienestar del individuo y de la sociedad, al afianzar los lazos conyugales socavados por los continuos embarazos.

Dentro de una sociedad marcada por los tabúes tradicionales que relacionaban la menstruación como fuente de impureza y temor, una especie de “enfermedad” que obligaba a las mujeres a limitar sus acciones dentro del ambiente doméstico (“incapacidad biológica”), evitando ejercicios y marginándose del mundo exterior por sus posibles efectos,<sup>181</sup> la mujer moderna tuvo que confrontar esta aparente “fragilidad natural” de una forma segura y radical. Dentro de esta dinámica, ella comenzó paulatinamente a abandonar este tipo de concepciones que limitaban su accionar, para adentrarse confiadamente en los espacios antes reservados para los hombres mediante el uso generalizado de las toallas higiénicas que le permitieron conservar la comodidad, la libertad de preocupación y seguridad, sin temor a mostrar una aparente incapacidad y debilidad para realizar ciertas actividades propias del mundo exterior. Así, la mujer moderna podía vivir y disfrutar de la vida en su totalidad, sin reparos de ninguna clase, porque ya no se encontraba atada a los designios de la naturaleza, controlándolos de forma segura a través de un artificio de la vida moderna: las toallas higiénicas.



**Ilustración 4**

Anuncio Toallas Kotex en *Cromos*, Bogotá. Junio 12, 1961. no. 2292, p. 19

<sup>181</sup>Prejuicios del sexo débil. *En*: *Cromos*, Bogotá. Noviembre 9, 1970, no. 2759, pp. 68-69

Pero no solo la comodidad y seguridad debió garantizarse para lograr la inserción completa de la mujer moderna en el ámbito público. También era necesario que este prototipo de mujer conservara las características inherentes a su ser dinámico como la manifestación de su alegría ante el mundo, una actitud posible mediante el uso de tónicos medicinales que buscaron controlar los cambios de humor generados por los dolores inherentes al calendario menstrual, signos evidentes de su antigua fragilidad frente a los hombres:

No pierda su alegría cuando llegue 'ESE' día. Ud. no tiene por qué resignarse a sufrir todas las molestias o dolores de "ciertos" días, cuando hay un producto como CARDUI -sedativo vegetal- que está proporcionando alivio a muchas mujeres. **Si se siente nerviosa o abatida, o con ciertos dolores inherentes del calendario de la mujer.... tome CARDUI.** CARDUI es el sedativo vegetal, que ha ayudado a dos generaciones. CARDUI es realmente un alivio a los dolores funcionales periódicos.<sup>182</sup>

Más allá de la preservación de la salud y la vigorosidad en el cuerpo de la mujer moderna, la incorporación de este tipo de prácticas significó la solución de una de sus preocupaciones mayores dentro del ser femenino: la belleza y la conservación de su atractivo físico. Una mujer llena de vida era sinónimo de una mujer hermosa; por lo tanto, debía mantenerse atractiva y joven para garantizar su éxito no solo en la vida profesional y laboral, sino también en el plano de las relaciones sentimentales o, simplemente, para conservar su poder de seducción frente a los hombres, una cuestión propia de su ego crucial para “superar a su adversario” y convertirse en “señora de su imperio”, tal como lo anunciaba Max Factor como parte de su campaña de maquillajes Bazazz en 1967.<sup>183</sup>

Sin embargo, el ambiente “inclemente” al que estuvo sometida debido a sus múltiples actividades realizadas a la intemperie, trajo consigo consecuencias negativas para su rostro y cuerpo. La clave estaba, entonces, en proteger la piel y conservar su aspecto juvenil sin invertir demasiado tiempo, una acción que redundó en la incorporación dentro

---

<sup>182</sup>Tónico Cardui (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 26, octubre, 1961, p. 17

<sup>183</sup>La era Bazazz invade al mundo. En: Cromos, Bogotá. Agosto, 21, 1967. no. 2600, p. 18

de su rutina cotidiana de una serie de métodos que combinaron los conocimientos en el campo de la dietética, cosmetología, medicina y estética (la hidroterapia, el descanso físico, las mascarillas, las dietas y el maquillaje). De esta forma, la mujer moderna se convirtió en una triunfadora en el campo de la belleza, al sobrepasar victoriosamente el límite de la edad para ser joven -concebido tradicionalmente hacia los treinta años- hasta alcanzar la edad de cincuenta años. Esto último no significó el final de su existencia como mujer, en cuanto su seguridad no solo residió en su belleza física y en los diferentes recursos para conservarla, sino en la evolución sobre el concepto de sí misma, aceptando sin temor y sin complejos este momento de su vida.<sup>184</sup>

El hecho de asumir su cuerpo como su propiedad, también se tradujo en su utilización en un medio para realzar su atractivo, imitando casi perfectamente los grandes íconos de la moda y del espectáculo. La mujer moderna no fue ajena al espectáculo de la moda y, por este motivo, siempre estuvo a la vanguardia de las últimas tendencias mundiales en este campo, una condición que bien supo explotar la publicidad de telas y vestuario femenino al resaltar como características inherentes de sus productos, las cualidades que identificaban este prototipo de mujer: versatilidad, audacia, espíritu moderno, elegancia, juventud y encanto: "Por mujeres así, (Sexytosas), FABRICATO hace lo que hace... La más rica y versátil colección de audaces, fabulosos y modernos estampados en algodón y poliéster. Estampados FABRICATO en popelinas, en etaminas, en piqués, en percales, en driles... en todo lo que la mujer de actualidad sueña para participar en el espectáculo de la moda mundial!".<sup>185</sup>

Para la "mujer moderna" la moda no fue el único fin de su vida ni un medio para obtener sus triunfos, ese "encanto irresistible" necesario para reafirmarse en ser individual dentro de un mundo dominado por los hombres. Ella encontró en la moda un baluarte para la autoafirmación de una feminidad diferente a las épocas anteriores, caracterizada por su proyección hacia el mundo exterior en actividades que le exigieron grandes dosis de dinamismo, movimiento e inversión de tiempo. Por lo tanto, frente a las trabas impuestas en el vestuario femenino en el pasado, supeditadas a una atmósfera restringida del ambiente doméstico, los diseños de la "mujer de hoy" se destacaron por la versatilidad en

---

<sup>184</sup> Ahora ya no importa la edad. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 3, 1962. No. 2353, pp. 38-39; Crema HINDS (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Febrero 1, 1960. no. 2247, p. 60

<sup>185</sup> Por mujeres así... estampados FABRICATO (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 26, 1969. no. 2686, p. 3

las formas y líneas, que buscaron amoldarse a su cuerpo de una forma cómoda y ligera para permitir su ágil desenvolvimiento en las diferentes actividades del día: "Como vivimos en la edad del «jet», la mayoría de las mujeres se han dado cuenta de la importancia que tiene la flexibilidad y rapidez de los cambios", señalaba una corresponsal de NEA para referirse a la necesidad de cambiar y adaptar el vestuario de una forma hábil, rápida y oportuna, superando la barrera del tiempo.<sup>186</sup> Esto último no significó que se olvidara de la elegancia y la exhibición de una silueta femenina atractiva para el sexo opuesto y su mismo ego, sin dejar de lado el ingenio y la creatividad para coordinar los colores y estilos según los estados de ánimo, la actividad desarrollada en el momento y el efecto que deseaba generar en los demás. La cuestión radicaba en adaptar el modelo de vestido deseado por ella, sin sufrir ninguna desfiguración con modelos extraños que afectaran su presencia ante los demás y su imagen interior.

En un periodo caracterizado por el comienzo de un vertiginoso tren de vida para las mujeres, cuatro tendencias del vestuario se convirtieron en los máximos representantes de su nuevo espíritu "emancipador" y autónomo: la falda corta, la ropa deportiva, el jean y el traje sastre. Su utilización en las diferentes facetas de la vida cotidiana femenina constituyó, no solo la posibilidad de adaptar libremente su cuerpo a las actividades al aire libre y a las nuevas ocupaciones laborales de la década, sino también a la realización de una forma de vida acorde con sus propios parámetros, sin depender de las decisiones impuestas por instituciones y personas ajenas a su individualidad.

Uno de los signos "objetivos" que mostró exteriormente la transformación en la condición de la mujer fue el jean, una prenda cuyo sentido de cambio no residió en la imitación del tipo adaptado a la figura masculina, sino en la utilización de gran diversidad de colores y formas adaptadas a la figura propiamente femenina. Desde el momento en que fue usado por primera vez por la mujer, ella se sintió dueña de su cuerpo al tener la libertad de movimiento necesaria para desenvolverse en las diferentes actividades. Adicionalmente, sintió la posibilidad de exhibir la forma de su cuerpo y atraer las miradas de otros sin tener que desnudarlo y exhibirlo a los demás. Pero los atributos de esta prenda sobresalieron con mayor fuerza cuando se comparó la situación presente con el pasado, mostrándose el jean como un símbolo de la juventud encargado de difundir la idea de un "descuido

---

<sup>186</sup>Peinados transformables para chicas versátiles. En: El Colombiano. Medellín. 16, diciembre, 1963, p. 18

aparente” en su figura, una percepción que estuvo por encima de la concepción clásica que mostraba a la mujer como un objeto representativo de clase y un “objeto sexual” que exhibía a través del vestido partes del cuerpo deseadas por el hombre: “La presa provoca al cazador (...), ya que ahora toma la iniciativa y se anticipa al ataque; los hombres se quejan de que ya no hay nada que adivinar en el cuerpo femenino (...). Al descubrirse, la mujer priva al varón de algunos de sus triunfos, se apodera de ellas y se reserva la decisión”.<sup>187</sup>

En medio del revuelo causado por la generalización del jean entre las mujeres, hizo su aparición la falda corta, quizás la prenda más representativa de este periodo al convertirse en el símbolo del espíritu emancipador de la mujer: su energía y dinamismo se visualizó a través de este atavío, que le dio mayor libertad para andar de prisa, correr y saltar, subir y bajar sin trabas a los autos y tranvías, practicar ejercicios físicos y sentarse cómodamente en lugares públicos. Símbolo de un período de transición en las valoraciones y representaciones vigentes en la sociedad, la minifalda fue considerada como un hito que rompió con los prejuicios religiosos impuestos por el puritanismo burgués y cristiano a la exhibición del cuerpo de la mujer. Así, esta prenda entró desafiando los cánones morales y religiosos que impusieron una estética femenina de acuerdo con el ideal cristiano promovido por la Iglesia Católica, para convertirse en el atuendo más representativo de las mujeres jóvenes, ansiosas por diferenciarse de sus madres quienes personificaron la vigencia de unos cánones tradicionales. Entre las mujeres adultas que sobrepasaron la edad de los cuarenta, significó la excusa perfecta para eliminar la “antipatía de sus vidas” generada por el deterioro progresivo de su silueta y el comienzo de una etapa de autocuidados mediada por dietas y tratamientos de belleza, destinados a devolver ese espíritu de alegría y lozanía propio de la juventud.

Odiada por los sectores más tradicionales de la sociedad que observaron con preocupación el deterioro de los valores morales, y aceptada por muchos, en su gran mayoría, pertenecientes al sexo masculino, el reinado de la falda corta sirvió para desafiar los cánones vigentes durante muchos siglos: la trasgresión de la normas sobre el vestuario, aunque solo hicieran parte de la expresión de una moda aparentemente pasajera y fugaz, generó un revuelo general que incidió indirectamente en las

---

<sup>187</sup>La mujer no nace, se hace. En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no.2299, pp. 38-41



representaciones acerca de la mujer. No en vano, la columnista Fanny Buitrago sintió con preocupación la reaparición de la falda larga en manos de unas cuantas pioneras de la moda, como símbolo de la regresión hacia el pasado en todos los sentidos: los valores, las concepciones sobre la mujer y su papel en la sociedad en sujeto dependiente del hombre:

No....! No podemos aceptar la falda larga con los ojos cerrados. Sería como ceder nuestro derecho al voto, dejar de fumar en público, acostarse cuarenta días después de un parto, decirle "amo y señor" al marido cuando regresa a la casa después de tres días de farra y aceptar otros hechos muchos peores. (...) Nos veríamos obligadas a fumar a escondidas y a comer jabón después de tomarnos el coctel. Santurriones y machistas terminarían por recluirnos en la casa –de donde solo se saldría para asistir a misa- y las puertas de profesiones y negocios se cerrarían para la mujer. La historia ya ha demostrado casos similares.<sup>188</sup>

Entonces, moda y belleza se conjugaron en respuesta a la definición del ser individual femenino por encima de los cánones tradicionales que la convirtieron durante tanto tiempo en un sujeto definido a partir de la visión de Otros, en un elemento adicional y dependiente de las decisiones de la sociedad y de los hombres más cercanos a su cotidianidad. Ya desde el campo de las ciencias sociales y la filosofía, Simone de Beauvoir (1908-1986) en su libro *El segundo sexo*<sup>189</sup> había negado la existencia de una condición natural que definía el comportamiento, la capacidad intelectual y los roles tradicionales para cada sexo. Con el planteamiento “No se nace mujer, se llega a serlo”, consideraba que las mujeres estaban subordinadas a los hombres gracias a la influencia ejercida por la civilización en conjunto (la educación, la sociedad, la religión), lo cual derivó en la elaboración de un producto intermedio entre el “macho” y el castrado calificado como femenino.<sup>190</sup>

---

<sup>188</sup> La claudicación de la falda. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 9, 1970. no. 2759, p. 67

<sup>189</sup> Para este caso se analizó en segundo volumen de su obra, en cuanto contiene en esencia un gran valor por los aportes teóricos necesarios para justificar el movimiento feminista a partir de la experiencia vivida por muchas mujeres en las diferentes etapas de sus vidas.

<sup>190</sup> BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970, p. 13

Sin olvidar el aspecto histórico y antropológico que explicaba las razones de la sujeción femenina en la sociedad occidental, Beauvoir planteaba que el punto de inicio para la separación tajante entre ambos sexos estaban en la infancia. A diferencia de la libertad e independencia del varón, la mujer tuvo desde el principio un conflicto entre su existencia autónoma y su “ser-otro”, porque le enseñaron que debía sublimarse a un objeto como la muñeca para agradar a los Otros, renunciando a su autonomía e independencia.<sup>191</sup> Esta transformación se hacía más evidente cuando llegaba a la etapa de la pubertad, momento en el cual se anunciaba un porvenir diferente para cada sexo: si para el joven varón significó la consolidación de su independencia y autonomía, para ella comenzaba a raíz de la menstruación la reafirmación de su impotencia física e inferioridad aprendida desde la infancia, una fuente de inseguridad que la llevó a convertirse en un objeto pasivo, en un “parásito” destinado a satisfacer y a realizarse pasivamente en el Otro, para asegurar su subsistencia y dignidad social. Al no existir estímulos intelectuales y profesionales en la familia y en la escuela, su trasegar en la etapa de la pubertad significó su renuncia a un pensamiento transformador, comenzando a acumular su energía para su destino ineludible: la familia, el esposo, los hijos.

El esclarecimiento de su ser a partir de la dimensión física representó en el fondo, el control sobre sí misma: manejo mi cuerpo y hago de éste la expresión de mi personalidad proyectada hacia el mundo. Esto se tradujo en la exploración y experimentación del erotismo y la sensualidad corporal, con el único interés de disfrutar del placer generado por las sensaciones, un aspecto negado por muchos años por la tradición que destinó su cuerpo a convertirse en una especie de “receptáculo” apropiado para procrear y propagar las nuevas generaciones de individuos. En cuanto fue dueña de su cuerpo, de sus sensaciones y de sus impulsos instintivos, pudo multiplicar sus experiencias sexuales sin tantos tabúes, abriéndose la posibilidad de elegir a sus compañeros sexuales según sus caprichos e intereses. Ahí fue donde residió el cambio fundamental de la mujer moderna, pues ya no fue elegida por Otros para hacer realidad sus designios y mandatos. De esta forma, se hizo un sujeto autónomo, capaz de elegir y de organizar su existencia según el

---

<sup>191</sup> Durante la infancia, la familia comenzó a transmitir en el hombre el orgullo de su virilidad representado a través de su pene, mientras que en las niñas se confirmó la tendencia de hacerse notar como una “cosa” pasiva, al fijarse con mayor fuerza su narcisismo en un objeto (la muñeca) que representaba el alter ego de la totalidad de su cuerpo. De esta forma, si en el niño el pene cumplió una función autónoma e independiente, la niña fue estimulada a enajenar su ser en algo inerte (la muñeca), aprendiendo que su función en el mundo se hallaba en mostrarse a los Otros como un ser pasivo. IBID. p. 25

gusto personal, descubriendo una nueva dimensión en el plano de las relaciones afectivas. Asimismo, tuvo la posibilidad de asumir las consecuencias de todos sus actos, confiando en un criterio creado a partir de las dificultades que había afrontado por sí misma.

Esta actitud hacia su cuerpo también significó la exploración de su lado erótico y sensual como un arma para alcanzar sus intereses, dejando a un lado aquellas cualidades morales atribuidas tradicionalmente a la mujer, cercanas a las virtudes representadas en la imagen de la Virgen María: humildad, sencillez, dulzura, generosidad, ternura, carácter maternal, castidad, pureza, obediencia.

Pero, ¿cuáles fueron las razones históricas para justificar la existencia de este ideal femenino? Hundiendo sus raíces en una tradición que se remontaba a más de 3000 años, el cristianismo había heredado la imagen de una mujer proclive al pecado, una Eva, más terrenal y más cercana al pecado por su debilidad,<sup>192</sup> en quien recayó en gran parte la culpa por la expulsión de la humanidad del paraíso terrenal al convencer a Adán de comer el fruto prohibido, hecho con el cual lo indujo a pecar. A todo lo anterior, se sumaba el hecho de considerarlas impuras debido al sangrado menstrual que podía corromper cualquier objeto que fuera tocado por la mujer.<sup>193</sup>

Posteriormente, los textos paulinos<sup>194</sup> se encargaron de transmitir esta tradición hebraica de tipo patriarcal y antropocéntrica, señalando que el varón era la imagen y gloria de Dios

---

<sup>192</sup> Según el Génesis Rabba, versión del siglo XII, un Midrás explicó la relación entre Adán y Lilith, señalando que ella fue la primera mujer sobre la faz la Tierra, creada de la misma forma que Adán, pero utilizando la inmundicia y los sedimentos. Lilith, no queriendo renunciar a su igualdad, pues argumentaba que fue creada de la misma forma que el hombre, discutía con su compañero acerca de la forma de realizar la unión carnal al considerar ofensiva la postura recostada que él exigía. Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza, Lilith pronunció el nombre mágico de Dios y se elevó por los aires para abandonar el paraíso terrenal y convertirse en la madre de una legión de demonios que atormenta la humanidad. No obstante, pese a tener como raíz común el judaísmo, el cristianismo no adoptó esta figura, quizás por considerarla demasiado altiva frente al hombre, al ser una mujer que gozaba sin ningún reparo de la unión carnal con el hombre, lo cual cual era considerado un sinónimo de la concupiscencia o pecado de la carne. BORNAY, Erika. Las hijas de Lilith. Madrid: Ediciones Cátedra, 1990, pp. 25-26

<sup>193</sup> La Biblia para el pueblo de Dios. 9 ed., Santafé de Bogotá, Sociedad Bíblica Católica Internacional, 1990. Génesis: 1, 26-28 y Génesis: 2, 18-23

<sup>194</sup> No obstante, al hacerse un análisis de los textos paulinos también se puede constatar que existen ciertos apartes donde el autor reconoce el papel de algunas mujeres como gestoras de reuniones en sus hogares o que participan como diaconisas o ministras en las asambleas cristianas. Por ejemplo, en la Carta dirigida a los Romanos, capítulo 16, San Pablo saluda a 26 personas de las cuales 7 corresponden a mujeres con una función o actividad en la iglesia. Sería erróneo catalogar expresamente a San Pablo de misógino, un concepto moderno que no tiene presente la realidad de una época donde el común denominador era una sociedad de

y, la mujer era la gloria del varón, razón por la cual debía estar sometida al hombre.<sup>195</sup> Por eso no fue raro que algunos de sus prohombres como Tertuliano o Juan Crisóstomo formularan su desprecio hacia las mujeres al considerarlas herederas de la naturaleza pecaminosa de Eva. Y, si la mujer hizo pecar al hombre y provocar su expulsión del paraíso, fue debido a su “naturaleza más impresionable” o a sus atributos que la caracterizaron como un ser débil de mente y de cuerpo, quien seguía sus propios impulsos olvidándose de su sentido del deber.<sup>196</sup>

No obstante, dentro del imaginario de la Iglesia la Eva-carnal y pecadora encontraría su contrapartida en la Virgen María, una figura idealizada de la mujer y un modelo a seguir por las mujeres, pecadoras en esencia pero con ansias de encubrir la falta heredada por su madre carnal en el principio de los tiempos. Para los padres de la Iglesia, sucesor de una tradición que se remontaba al siglo XII, la dicotomía entre María y Eva no constituyó una contradicción en cuanto María representaba la “no mujer”, una mujer “desexualizada”, quien fue engendrada sin pecado original y concibió sin la presencia de un hombre. La Eva, en cambio, era la madre de la mujer común, pecadora por su espíritu insaciable y desobediente ante los mandatos de Dios.

Como contraposición a la figura idealizada de la mujer en el cristianismo, en el personaje de Clara Olmedo se definió un tipo de mujer mundana y terrenal, la Eva terrenal y calculadora, que tenía claro los medios utilizados para alcanzar sus objetivos en el plano

---

tipo patriarcalista. Incluso, el discurso de San Pablo es contradictorio en algunos apartes con respecto a las mujeres y su sujeción al hombre, tal como se ve en 1 Corintios 11, 3-12: “Quiero que sepáis que la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo, Dios. El hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra a Cristo, que es su cabeza. Y la mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra al marido, que es su cabeza, exactamente igual que si se la hubiera rapado. (...) El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del hombre. Pues el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre. Por esto la mujer debe llevar en la cabeza una señal de sujeción por respeto a los ángeles. Pero entre cristianos debemos reconocer que la mujer depende del hombre y el hombre de la mujer. Porque así como la mujer procede del hombre, así también el hombre nace de la mujer; y todo viene de Dios”. San Pablo y las mujeres [en línea] [Consultado 24 de mayo, 2012. Disponible en Internet: <http://www.acogerycompartir.org/Archivo/2008/sanpablo/mujeres.pdf>

<sup>195</sup> Como en todas las demás iglesias cristianas, las mujeres en las reuniones que se callen, pues no les está permitido hablar; deben estar sometidas a sus maridos, como dice la ley. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues no está bien que la mujer hable en la asamblea” (1 Corintios, 14, 33-35); “Que las mujeres sean sumisas a sus maridos como si se tratara del Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él es el Salvador. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres lo deben estar a sus maridos en todo” (Efesios 5, 22-24); “La mujer se debe dejar instruir en silencio con toda sumisión. No tolero que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el marido; que esté callada, pues Adán fue formado el primero, luego Eva. Y no fue Adán el engañado, sino Eva la que se dejó engañar y cayó en el pecado” (1 Timoteo, 11-15)

<sup>196</sup> BOSCH, Esperanza y otros. Historia de la misoginia. Barcelona: Editorial Anthropos, 1999, pp. 19-20

profesional: sus encantos físicos fueron capaces de dominar y controlar a cualquier hombre, sin importar su procedencia social, edad o estrato económico: “Clara comentó sus nuevos planes de fundar una agencia de publicidad con su ayuda: «Su conciencia de mujer se rebelaba contra esta idea. Pero no debía escucharla. Si ella era mujer, era una mujer de negocios, y en los negocios, como en la guerra, todo estaba permitido (...) Clara pensó que un hombre en cuanto se enamoraba, quedaba indefenso y falto de personalidad ante una mujer»”.<sup>197</sup>

Desde el aspecto cómico, esta explosión del erotismo femenino igualmente se convirtió en tema de interés para los caricaturistas, quienes establecieron en sus personajes femeninos cualidades propias derivadas de las representaciones acerca de la mujer moderna: vanidosa, gustosa de exhibir sus encantos, autónoma, con un espíritu libre para explorar las relaciones libres, sin asumir un compromiso serio como el matrimonio. Una de estas historietas llamaba la atención por su contenido simbólico presente en sus imágenes y textos: en un primer momento subtítulo “El revés y el Derecho sobre...”, apareció una mujer vestida sensualmente con un letrero que decía “Quiero casarme”, una razón suficiente para ser abandonada por muchos hombres que la rodeaban anteriormente atraídos por su sensualidad y belleza física. Nuevamente, la misma mujer vestida sensualmente apareció en un segundo momento llamado “El Erotismo, el Sex-appeal y demás”, pero con un letrero que indicaba “NO quiero casarme”, un anzuelo suficientemente fuerte para atraer a los hombres que habían huido de ella cuando manifestó su interés en casarse.<sup>198</sup>

Aunque no se puede generalizar la trascendencia de este tipo de representaciones sobre la mujer en la sociedad, tampoco se debe desconocer que la explosión del erotismo femenino como una figura contrapuesta a los valores morales y tradicionales vigentes en la década del sesenta, comenzó a ser una realidad ampliamente difundida por los medios de comunicación y el cine, encargados de transmitir las formas y estilos de vida que estuvieron en boga en Europa y Estados Unidos, como consecuencia de la reafirmación de unos valores más hedonistas y cercanos a la reafirmación del ser individual. Así lo demostraron las imágenes publicitarias, llenas de mujeres voluptuosas y en actitud de

---

<sup>197</sup>Román, Amanda. Una mujer independiente. En: Cromos, Bogotá, Agosto 3, 1964. no. 2449, p. 54

<sup>198</sup>NO quiero casarme (Caricatura). En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no. 2597, p. 49

conquista, poco temerosas a mostrar sus cualidades como seres de carne y hueso con instintos a flor de piel, junto con un tipo de cine que exploraba el sexo sin tapujos, tal como lo hizo Michelangelo Antonioni. La moda, por su parte, mediante sus maniqués de profesión representados en Twiggy o las actrices del séptimo arte, también supo traducir esta nueva faceta del “desbordante sensualismo” en vestidos vistosos, coloridos, más arriba de la rodilla, con medias largas que generaron voluptuosidades y hasta cierto morbo en el hombre, ansioso de tener en sus manos una mujer con facciones de niña pero con una personalidad arrolladora y, hasta cierto punto, en franca rebeldía con el mundo tradicional de sus padres.

Ante la posibilidad de perder vigencia la imagen tradicional de la mujer en la cual se encarnó la representación del “eterno femenino”, voces de protesta sentaron su posición crítica en la prensa contra este nuevo prototipo femenino. El principal señalamiento estaba relacionado con su incursión en el mundo de los hombres, una situación inapropiada para quienes durante tantos siglos habían estado en el hogar bajo el cuidado de los hijos y de sus esposos. Las mujeres que dejaron atrás estas representaciones tradicionales para incursionar por necesidad o por un deseo de superación personal, tuvieron que enfrentarse a una crítica bastante fuerte contra los nuevos roles desempeñados en la sociedad: si ella abandonaba la posibilidad de formar una familia, no era motivada por la apertura de su ser hacia nuevos horizontes más allá de los límites de sus hogares. No, la respuesta era simple e hizo gala de una motivación de orden psicológico centrada en el poco control de sus emociones. Así, este prototipo de mujer se le acusaba de guardar en su interior cierto resentimiento y frustración contra los hombres debido a su fealdad y a su tendencia poco femenina. De esta forma, la única posibilidad de superar esta situación era “sanando” su ego herido sentimentalmente por el rechazo del sexo opuesto, mediante la adopción de actitudes y comportamientos varoniles que le permitieran competir a la par e incluso superar a su máximo rival: el mismo hombre. No en vano, muchas mujeres se vieron obligadas a aparentar su presunta ignorancia mediante el ocultamiento de algún pequeño éxito en el trabajo o en el estudio, en cuanto que las representaciones relacionadas con las “intelectuales” o “mujeres de cerebro”, las consideraban poco aptas para el matrimonio por las razones anteriormente expuestas.

Dentro de este tipo de representaciones quedó en evidencia la presunta necesidad de la mujer por imitar los comportamientos y actitudes masculinas, una acción que solo generaba un desequilibrio en su ser síquico. De ahí que también existiera la creencia de considerar como una generalidad que las mujeres sujetas a un ambiente de control severo envidiaban la libertad e independencia de los hombres

Un test psicológico usó este argumento para identificar mediante doce rasgos típicamente masculinos propios del plano físico, material y psicológico, a la mujer que sufría un sentimiento de inferioridad con respecto a los hombres. En el fondo, el test no solo pretendió señalar las características actitudinales de cada sexo, sino también la connotación negativa que se presentaba cuando la mujer intentaba invertir estos rasgos, con el fin de alcanzar cierto nivel de seguridad y confianza para enfrentarse a la vida pública.

En este sentido, si una mujer deseaba ser independiente era porque, además de ser joven, estaba gozando de escasa libertad familiar. El anhelo de realizar una carrera mostraba a una mujer ambiciosa, quien estaba insatisfecha por su situación actual. El deseo de ser valiente evidenció un complejo de inferioridad, exaltado aún más por las lecturas románticas, que incentivaron en ella la creencia de vivir experiencias heroicas para darle un sentido más grande a su vida. La libertad sentimental, aunque revelaba aparentemente la satisfacción y el conocimiento de sí misma, en el fondo era la confirmación de su desventaja con respecto a los hombres en la libertad para amar. La inteligencia fue incompatible con la feminidad de una mujer, porque esta última era un obstáculo para gozar plenamente de un cerebro racional. El deseo de imitar la vestimenta masculina, aunque exteriorizaba a una mujer poco frívola, amante del estilo deportivo, de las telas finas y el buen corte, en su interior señalaba una feminidad en desarrollo, insatisfecha consigo misma por no ser amada todavía. En cuanto al deseo de tener fuerza física, revelaba un tipo de mujer frágil y "suave", quien buscaba superar esta limitación con esta cualidad. El gusto por el dinero mostraba un ser materialista y en estado de confusión, una situación propiciada por un sentimiento derivado de su concepción de "víctima de la injusticia social". La pretensión hacia el dominio y la autoridad era el ejemplo de una mujer un "poco añorada" que quería imponerse a los demás y mandar sin tener capacidad para ello. El querer ocupar un trabajo importante evidenciaba una mujer

dotada de sentido de responsabilidad y aparentemente segura de sí misma, pero carente de una fuerza necesaria para cumplir a cabalidad con los objetivos trazados. La iniciativa amorosa era considerada una cualidad propia de una mujer decidida, voluntariosa, enérgica y con ideas claras, quien no soportaba esperar que un hombre tomara las decisiones.

En medio de este maremágnum de cualidades femeninas opacadas por su tendencia a imitar las actitudes y aptitudes varoniles, el deseo de alcanzar el equilibrio se destacó como una característica propia de una mujer modesta, conocedora de sus propios límites y siempre dispuesta a apreciar la fuerza moral y la solidez del carácter masculino, el cual fue considerado un soporte ante su imposibilidad para conseguirlo. De ahí se derivó su reconocimiento como “esposa ideal”, en cuanto veía en los hombres seres superiores que llenarían su soledad y sentimiento de inseguridad.<sup>199</sup>

Las alas que estaban adquiriendo el mal llamado sexo débil en los diferentes espacios de la vida política, social y profesional, generaron cierto desconcierto en muchos hombres que vieron la posibilidad de un cambio de roles, en el cual ellos ocuparían el espacio hogareño mientras las mujeres asumirían las funciones derivadas de su incursión en el mundo exterior. Al desempeñarse en diferentes posiciones sin depender de un hombre, también existía un temor hacia el incremento de sus actitudes intelectuales, en cuanto se creaba un complejo de superioridad en ella capaz de hacerla subestimar los valores positivos de un hombre. Ante la arrolladora y dominante personalidad de la mujer moderna, el sexo masculino podía desarrollar un comportamiento defensivo al sentirse cohibido en su accionar tradicional. Esto último repercutiría negativamente hasta el punto de verse obligado a visitar un consejero, para solucionar el problema del carácter impositivo de su pareja y la incapacidad para destinar su tiempo en el cultivo de un amor basado en el afecto.<sup>200</sup>

Aunque en los diferentes artículos fue común reconocer el papel activo de la mujer en el mundo público durante los últimos cincuenta años, así como la necesidad “urgente” de su intervención dinámica en las actividades de la vida moderna para alcanzar las metas de

---

<sup>199</sup> ¿Qué le envidia más a los hombres? Test. En: Cromos, Bogotá. Mayo 3, 1965. no. 2486, pp. 54-55

<sup>200</sup> CABALLERO, Vilma. Temas en relieve: La mujer en el siglo veinte. En: Cromos, Bogotá. Marzo 4, 1968. no. 2625, p. 7



bienestar colectivo, estas posiciones en esencia revelaron cierta ambigüedad y temor por la posición radical que podían adoptar las mujeres con respecto al papel tradicional y los valores morales cimentados en el cristianismo. De esta manera, se esperaba que asumiera una actitud reflexiva frente a las nuevas circunstancias, sin dejar de cumplir la “misión que por naturaleza les corresponde” y sin renunciar a su “legítimo derecho como “centro afectivo del hogar” y “espíritu modelador de la familia”.<sup>201</sup>

Nuevamente, la mujer debió enfrentarse a las representaciones sobre su naturaleza y posición en la sociedad derivadas de un sistema de creencias milenario que aún estaba vigente socialmente, pese a las circunstancias y actividades que exigieron responsabilidades y actitudes diferenciadas dentro de los roles tradicionalmente ejercidos por ella en el mundo privado. No en vano, aun en la década del sesenta el “determinismo biológico” defendido en épocas anteriores,<sup>202</sup> todavía era utilizado para explicar las diferencias biológicas, psicológicas e intelectuales entre ambos sexos.

Uno de los representantes de esta postura fue el español Gregorio Marañón (1887-1960),<sup>203</sup> quien afirmó que desde el punto de vista biológico, existían grandes diferencias entre los hombres y las mujeres con respecto a sus caracteres primarios y secundarios: mientras que la mujer era inferior psicológicamente gracias al ejercicio de la maternidad y la hipersensibilidad emocional derivada de su ciclo menstrual, en el hombre su sistema

---

<sup>201</sup> La mujer colombiana. En: El Colombiano. 2, diciembre, 1967, p. 3

<sup>202</sup> Desde el punto de vista fisiológico y biológico del llamado “determinismo biológico”, la debilidad de la mujer también se halló en su ciclo menstrual, convalidando las falsas creencias y los prejuicios que en el pasado habían segregado a las mujeres de la acción pública. Así, en el centro de la explicación estaba el papel desarrollado por el útero y sus flujos mensuales, a los cuales les atribuían el origen del temperamento débil y pasivo, la propensión a la emotividad, el llanto y la elevada sensibilidad de las mujeres. Para Platón era claro que el útero al ser un órgano hueco, necesitaba del semen masculino para suplir su insaciabilidad y evitar el mal femenino de la histeria generado por los espasmos y movimientos de este órgano. En su obra *La República*, propuso que era esencial para la formación de una ciudad ideal, la asignación de un papel útil a las mujeres como responsables de la educación de los futuros individuos. Pero para lograrlo, era necesario educarlas para compensar su “defecto innato” que limitaba su accionar a oficios y tareas poco importantes como el tejido y la cocina. Así, Platón antes que sentar un precedente desde la perspectiva feminista, planteó una posición que mostró a la mujer como un objetivo centrado en la ciudad y no en su desarrollo individual. Siglos después, más exactamente en plena época de la “revolución científica” originada en el siglo XVI, Fallopio retomaría los conceptos y contenidos de autores clásicos como Aristóteles y Galeno, para sustentar su planteamiento acerca de la acción del útero sobre el comportamiento femenino, el cual generaba una búsqueda afanosa de un hombre para satisfacer su deseo de procrear. GIULIA, Sissa, Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres, tomo 1, 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, pp. 107-108. BOSCH, Op. Cit., p. 44

<sup>203</sup> Entre sus ensayos se encuentran Tres ensayos sobre la vida sexual (desde 1926 comenzó la publicación de esta obra) y La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales, Santiago de Chile, Editorial Cultura, 1938

nervioso y endocrino tenía una constitución más estable que lo hacía menos sensible a los asedios afectivos y más apto para la creación mental.<sup>204</sup> De esta forma, señalaba justificándose en el génesis que el hombre nació para trabajar y la mujer para la vida del sexo, la maternidad y la actividad cotidiana. La incidencia de este pensamiento lo convirtió en la base para definir las actividades correspondientes a cada sexo, como si fuera una división del trabajo destinada por la naturaleza: el hombre estaba predestinado para la acción, porque fue dotado para trabajar físicamente y resistir la fatiga corporal. La mujer, en cambio, debía limitar su accionar hacia la procreación; la educación y la crianza de los hijos; el cumplimiento de una función afectiva hacia los hombres, y como ayuda material cuando comenzaba a adquirir un interés por los “asuntos varoniles”, una serie de actividades incompatibles con la vida laboral o el éxito en el mundo intelectual.<sup>205</sup>

De este tipo de creencias convalidadas por los hombres de la ciencia y los intelectuales, consecuentemente se derivó una visión negativa que, según Esperanza Bosch, generaron un “efecto empobrecedor” sobre las mujeres en los diferentes aspectos de su vida social y doméstica. Desde el aspecto religioso, no era extraño que sufriera una “dolorosa desconfianza” sobre su propia feminidad al catalogarla como poseedora de una naturaleza pecaminosa e incitadora de la maldad en los hombres, derivándose consecuentemente una tendencia hacia la represión de su placer sexual en pos de la reproducción de la especie, una “absoluta subordinación” hacia el hombre en los diferentes momentos de su vida sin importar su procedencia social y una restricción de sus actividades cotidianas hacia el plano doméstico.<sup>206</sup> Y, aunque se esperaba que los aportes en la biología contribuyeran a reabrir el debate relacionado con la mujer y su función en la sociedad, la realidad demostró una situación contraria a los principios científicos, en la medida que sus planteamientos solo justificaron con mayor fuerza las creencias antiguas que asimilaron a la mujer con un “animal inferior” al hombre, hecho

---

<sup>204</sup> Desde el punto de vista sexual, la realidad para ambos géneros se redujo a la aptitud que, por naturaleza, a cada uno le correspondía para propagar la especie: La mujer para alentar su ilusión de ser madre (aptitud concepcional y maternal), debía preparar una “emboscada de la paternidad” a través del uso de sus “señales sugestivas” naturales (la belleza y la gracia femenina), mediante las cuales pretendía despertar en el hombre su “aptitud fecundante”. MARAÑÓN, Gregorio. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931 1938, p. 267

<sup>205</sup> MARAÑÓN, Gregorio. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931, pp. 45 y

55

<sup>206</sup> BOSCH, Op. Cit., p. 12

derivado de su debilidad por su disposición biológica que generaba en ella cierta debilidad emocional, un comportamiento nervioso y poca inteligencia o capacidad de racionamiento.

Con un tono un tanto pesimista, la articulista Ofelia Wills señaló con preocupación la dificultad que existía entre las mujeres para asumir sus nuevas responsabilidades sociales, no obstante, haber alcanzado derechos que en el pasado fueron impensables; ocupar posiciones de alto rango en el gobierno, la política y las empresas, y conseguir la igualdad de condiciones frente a los hombres para capacitarse a nivel profesional.

Fundamentalmente, la crítica de Wills se concentró en el comportamiento asumido por hombres y mujeres frente a sus objetivos en la vida. En el caso de las mujeres, aunque tuvieron la misma capacidad intelectual con respecto al hombre, continuaban concentrando su atención en las metas relacionadas con el amor, tal como si estuvieran en las “épocas más románticas, pensando en el amor”. Adicionalmente, afirmó que pese a su exigencia por el mejoramiento en las condiciones laborales y su interés en la carrera política, aun sus intereses emocionales “invariablemente” eran el motor principal para anular su capacidad intelectual, hasta incidir parcial o totalmente en su realización laboral y profesional. Lo anterior fue sustentado al comparar la correspondencia enviada por ambos sexos a los periódicos y revistas del mundo: si los hombres escribían para preguntar sobre temas laborales o para encontrar soluciones concretas a los problemas específicos del amor sin entrar en rodeos, en el caso de las mujeres, sus intereses se centraron en la búsqueda de consejos para triunfar en el campo amoroso, la conquista de un hombre, la narración de un desengaño amoroso, la angustia de estar soltera a los treinta, el propósito de rehacer la vida a los cuarenta o la intención de mantener la esperanza de aliviar la soledad con un hombre en el declinar de sus vidas, finalizando casi siempre con una lista completa de sus atributos físicos y morales para atraer la atención de algún lector; un hombre por supuesto.<sup>207</sup>

Siguiendo esta misma línea crítica, el problema de las relaciones entre hombres y mujeres también fue planteado bajo la figura de la “Ley del Embudo”, en la cual se estableció que las grandes diferencias sociales y laborales existentes entre ambos sexos, fueron el resultado de ciertas pautas basadas en unos valores dominantes socialmente que

---

<sup>207</sup>WILLS, Ofelia. ¿Por qué las mujeres no gobiernan el mundo?. En: Cromos, Bogotá. Abril 27, 1969. no. 2909, pp. 40-41

catalogaron simbólicamente a la mujer como un ser “menos inteligente” y poco capacitado con respecto al hombre. Más allá de este pensamiento, la respuesta se halló en su forma de actuar en cuanto la aceptación de su situación de inferioridad se debió a las ventajas que representaba para ella esta posición. La mayoría de las mujeres querían parecerse “más mujer”, aceptarse como “objetos”, ser más frívolas, en lugar de convertirse en “sujetos” con responsabilidades. Al respecto, la columnista Beatriz de Vieco, señaló citando a la psiconalista norteamericana Clara Thompson, que este comportamiento se explicaba por la “persistente situación de desamparo económico” vivido por muchas mujeres, quienes no habían tenido la posibilidad de profesionalizarse y de ser independientes económicamente. De esta forma, el amor y la vida amorosa aceptada socialmente a través del matrimonio, adquirieron una gran importancia en la medida que pudieron garantizar su seguridad personal y su futuro económico. Esta inquietud se hizo aún mayor cuando se abrió la posibilidad del divorcio, una acción legal aceptada ampliamente en esta década en varios países, que precipitó en la mujer una mayor preocupación por mantenerse atractiva y seductora para conservar a sus parejas por un tiempo mayor.<sup>208</sup>

La relación latente entre mujer y amor, objeto de crítica en estos artículos periodísticos, solo fueron el reflejo de la existencia de un sistema de representaciones que exaltaban los roles tradicionales de la mujer, específicamente, en los aspectos relacionados con el ideal del eterno femenino que consagraba su papel en el hogar, la familia y el esposo. No en vano, las alabanzas y los elogios que aparecieron en los diferentes artículos periodísticos acerca del papel trascendental de la mujer moderna en la sociedad, en algunas ocasiones, se vieron opacadas por la insistencia en el dominio de las reacciones emocionales sobre su capacidad intelectual, y en la exaltación de las acciones domésticas destinadas tradicionalmente para ellas como funciones “nobilísimas” centradas en la maternidad, en el ser esposa y en el ser compañera del hombre en sus actividades.

Esta negación indirecta del estatus de la mujer moderna, asimismo se hizo evidente en la prensa a través de las novelas escritas al mejor estilo de folletines, en las cuales se insistió en la necesidad de llenar el vacío presente en la vida femenina por medio del amor encarnado en el “príncipe azul” y en las relaciones de parejas formalizadas

---

<sup>208</sup> DE VIECO, Beatriz. Las mujeres y el amor. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 24, 1969. no. 2712, p. 42

mediante el matrimonio. Incluso, la indomable Clara Olmedo quien en un principio se presentó como una mujer dominante y competitiva, al final sucumbió ante los encantos de David, un hombre exitoso capaz de enfrentarse a ella para demostrarle que debía cambiar su camino, errado dentro de las representaciones tradicionales, para comenzar su búsqueda como un ser individual que buscaba su realización femenina en el amor y no en el éxito profesional.

Las secciones de consejeros sentimentales, tan comunes en las revistas destinadas a un público femenino, constituyeron un termómetro para conocer el estado del conflicto entre las representaciones tradicionales y las representaciones que estaban haciendo eco de las nuevas circunstancias sociales. Muchas mujeres utilizaron este medio para “dialogar” con un consejero, aparentemente cercano a ellas, sobre los dilemas y conflictos que las aquejaban como mujeres en tránsito hacia unas formas de actuar y pensar en el mundo que contradijeron parcial o radicalmente los ideales tradicionales impuestos por la sociedad. Algunos de estos retratos mostraron a mujeres solteras y mujeres - madres de “hijas en edad de merecer”, quienes preguntaban ansiosamente acerca de la posibilidad de comprometerse con alguien, del desengaño sufrido por una relación de pareja y sus consecuencias, de los conflictos emocionales generados en las hijas solteras, de la frustración por no ser correspondida.

Como un paliativo que pretendía aliviar la confusión reinante en muchas mujeres, los consejos indicados en la sesión “Pregunte a Soledad” publicada en *Cromos*, se inclinaron hacia la defensa del camino de liberación que se vislumbraba en la década del sesenta. La base de su argumento se encontraba en el ejercicio comparativo entre dos tiempos, el pasado y el presente, con lo cual se intentaba ilustrar las ventajas de los cambios generados para ellas en aspectos trascendentales de su vida cotidiana y profesional: si la vida de las mujeres en el pasado estuvo supeditada a actuar como “parásitos sociales” que vivían únicamente del amor y “gastaban” su existencia para convertirse en “objetos atractivos” o en “objetos útiles” para el hombre, la vida de las mujeres del presente se caracterizó por el pleno derecho de asumir su existencia como sujetos pensantes y autónomos en sus decisiones y acciones.<sup>209</sup>

---

<sup>209</sup>Pregunte a Soledad. En: *Cromos*, Bogotá. Septiembre 5, 1960. no. 2255, p. 57

Frente al camino tradicional circunscrito al ideal del matrimonio y la familia, los consejeros responsables de estas secciones concientizaron a las mujeres sobre su papel en la sociedad, siendo parte de su labor pedagógica la enseñanza de nuevas alternativas para sus vidas como el trabajo y su profesionalización a través de la educación superior, acciones con las cuales escaparían de las fronteras impuestas por el medio social y renovarían sus objetivos y metas para convertirse en personas capaces de ejercer sus derechos y asumir mayores responsabilidades en la sociedad.

En esta posición, un tanto revolucionaria para la época, fue evidente la influencia notable de una mujer intelectual como Simone de Beauvoir, quien planteó la necesidad de realizar una serie de reformas en las instituciones tradicionales, cimentadas en el concepto de igualdad de oportunidades y en la eliminación de los “tapujos morales”, con el fin de modificar la condición económica de la mujer y construir las bases para la generación de una mujer-sujeto diferente a la mujer-objeto centrada en la satisfacción del Otro (el hombre). Si bien ya se habían dado los primeros pasos en este camino, para Beauvoir era claro que estas transformaciones debían acompañarse de un cambio en el estatus de la mujer, un hecho posible solo a través de una educación desde la infancia que garantizara las mismas licencias, oportunidades y estudios destinados a los hombres, pero sin hallarse dentro de una estructura fundamentada en el universo masculino. Solo así se lograría que las mujeres profesionales y con cierta independencia económica, superaran el “sueño del Hombre” como deseo narcisista del culto de su yo a través de la valoración y reconocimiento del Otro.<sup>210</sup>

A partir de esta posición, la renuncia de estos esquemas impuestos durante tanto tiempo conllevó necesariamente a la constante preocupación de la mujer en su reafirmación como individuo frente al peso de las representaciones sociales tradicionales. De ahí que se desprendera la imagen de un ser autónomo, capacitado para decidir por sí mismo y actuar sin encontrarse subordinado en su existencia a los designios de los Otros, representado en el hombre y en las mismas instituciones de gran trascendencia en el orden social.

---

<sup>210</sup> BEAUVOIR, Op. Cit., p. 474

Así, la única alternativa para la mujer ya no se encontraba en el hogar y en la realización de un matrimonio feliz, sino más bien en la búsqueda de nuevas experiencias que le permitieran sentirse útil y productiva, y que le posibilitaran alcanzar ciertas “gratificaciones adicionales” de una forma individual y sin depender del consentimiento de un hombre. Por esta razón, Beauvoir planteó un modelo de mujer que no temiera estar sola para defender frente a la cultura, el amor y la sociedad, su derecho a tener su propia personalidad y autonomía para decidir, superando consecuentemente esa antigua concepción que la mostraba angustiada ante la soledad, quien necesitaba apoyarse en sus parientes o esposo para tomar cualquier decisión: "...esclavas de su condición, anuladas en su personalidad, en la actualidad han sido relegadas a un segundo plano ante el surgimiento de nuevas figuras femeninas que adquieren cada vez un mayor deseo de declinar el papel subalterno al cual han sido «condenadas por la historia»".<sup>211</sup>

Si bien la mujer moderna aparentemente asumió una posición escéptica frente al amor, una negativa a creer en las relaciones de pareja tal como fueron concebidas en el pasado, esto no significó la renuncia a la posibilidad de amar y construir una relación basada en el respeto y la mutua admiración. No obstante, en esta ocasión su búsqueda estuvo mediada por un acercamiento hacia una concepción cercana a la libertad sexual y amorosa, sin ataduras y cadenas que sujetaran su independencia y autonomía, donde lo característico era la vivencia de múltiples experiencias en las cuales había un aparente enamoramiento y un sentimentalismo a flor de piel de efecto momentáneo, tal como se ilustró en la caricatura “La mujer casada. Una historia triste” (véase Ilustración 5)

El prototipo de mujer moderna no esperaba la llegada del hombre de su vida para experimentar el placer en ciertos momentos de su vida, especialmente en su juventud, sin involucrarse emocionalmente en un mar de afectos y sentimientos. No obstante, en el fondo de su ser mantenía el interés por establecer una relación sólida y duradera. La clave estaba en saber diferenciar entre el amor libre de toda responsabilidad propio de los años juveniles, y el amor basado en el afecto y estimación recíproca que se consolidaba mediante el matrimonio, un amor compartido entre dos seres que se necesitaban mutuamente y que construían un proyecto de vida juntos, respetando sus diferencias e intereses.

---

<sup>211</sup>Cromos para ellas: Elogio de la soledad. En: Cromos, Bogotá. Abril 24, 1961. no. 2285, pp. 40-42



Ilustración 5

La mujer casada y su historia triste (Caricatura) en *Cromos*, Bogotá. Septiembre 11, 1967. no. 2603, p. 55



En conjunto, para la mujer moderna la vida matrimonial representó desprenderse de los prejuicios, convencionalismos, falso orgullo y respeto, que se hallaban fundamentados en unas representaciones ancladas en la tradición androcéntrica, para convertirse y actuar como un ser adulto y libre que pensaba de forma diferente a la antigua “dulce esclava que espera en el hogar”. Sus notables alcances en los diferentes campos de la vida social y económica, posibles gracias a su creciente autonomía e independencia como individuo, se reflejaron en su vida íntima mediante una actitud más abierta y despojada de las imposiciones tradicionales: ella no quería ser considerada como “objeto” de placer masculino, lo cual abrió el espacio para expresar su insatisfacción y las dificultades presentadas dentro del matrimonio mediante las discusiones francas y respetuosas entre ambas partes.<sup>212</sup>

Liberada, en un comienzo parcialmente, de las ataduras de la tradición y anhelante de “sensaciones extrañas”, su concepción acerca del amor se opuso al romanticismo expuesto en numerosas obras literarias y periodísticas. De esto derivó la negación de un amor romántico, abnegado y sufrido y, por ende, el rechazo al matrimonio impuesto por la familia o la sociedad, así como la idea de casarse para no sentirse insignificantes. La vida dentro del matrimonio no significó para ella renunciar pasivamente a sus propias ideas hasta el punto de convertir a su esposo en una especie de ídolo. Para la mujer moderna, la unión de pareja significó la “continúa lucha” en donde cada uno expresaba su punto de vista y defendía su derecho a la intimidad, como bien lo anticipó John Stuart Mill<sup>213</sup> un siglo antes, cuando definió esta institución como una opción motivada por el deseo libre de querer convivir con una pareja, pero olvidándose del concepto tradicional que supuso el dominio del hombre sobre la mujer. Si bien existía una división de poderes en donde cada miembro tenía el poder absoluto, esta unión no podía ser preestablecida por la ley,

---

<sup>212</sup>El deber conyugal 1964. *En*: Cromos, Bogotá. Marzo 16, 1964. no. 2449, pp. 52-53

<sup>213</sup>En un primer momento, John Stuart Mill escribió “Primeros ensayos sobre el matrimonio y el divorcio” publicado en 1832; posteriormente, a raíz de la muerte de su esposa e interlocutora Harriet Taylor, publicó el ensayo escrito por ella “La emancipación de la mujer” (1851) como un homenaje póstumo a su figura y sus ideas que sembraron muchas inquietudes en Mill sobre la condición de la mujer a lo largo de tantos años. En la etapa final de su vida, cuando ya había adquirido cierta madurez en sus pensamientos y estaba despojado de los requerimientos morales que obstaculizaban la expresión de su opinión acerca del estatus de la mujer, Mill publicó en 1869 su ensayo más reconocido titulado “El sometimiento de la mujer”, resultado de las diferentes discusiones y comentarios realizados con su fuente de inspiración y compañera Harriet. Finalmente, es importante señalar que en el libro “Consideraciones sobre un gobierno representativo”, también defendió la idea del derecho de las mujeres para obtener el sufragio, un aspecto importante que influirá en el movimiento sufragista norteamericano del siglo XIX. MILL, John. El sometimiento de la mujer (1869). Citado en MILL, John y TAYLOR, Harriet. Ensayos sobre la igualdad de los sexos. Madrid: Machado Libros, 2000, p. 150

sino que debía aparecer en forma natural y teniendo presente las capacidades y aptitudes individuales. A la división de deberes y de funciones, señalaba Mill, seguía naturalmente la división de derechos, hecho posible solo por el consentimiento mutuo o apartado de la ley.<sup>214</sup>

Dentro de este planteamiento era claro que la mujer asumía un papel activo, consecuente con los parámetros que se estaban imponiendo en la sociedad moderna. La trascendencia de esta posición, incluso, se hizo extensiva hacia la definición de su papel como madre. Ya no era la naturaleza que definía su destino ineludible para procrear y prolongar la especie. En la década del sesenta, la mujer moderna se mostró en la prensa como un sujeto que tuvo la posibilidad de decidir si deseaba ser madre. Y cuando llegaban los hijos a su hogar, ella procuró evitar los excesos en el cuidado, porque sabía que la sobreprotección podía generar un comportamiento dependiente en ellos, limitando su formación como seres independientes en el futuro.

La “mujer moderna” sabía que la felicidad en el plano amoroso era frágil y, por esta razón, para ella fue preferible negar la férrea moral con el fin de empezar a vivir plenamente el presente según sus intereses y sus gustos. De esta forma, sus relaciones amorosas ya no se definieron como un hecho perpetuo, según la antigua tradición que establecía la necesidad de conservar la unidad familiar sin importar las malas relaciones entre cónyuges, en cuanto su corazón siempre estaba dispuesto a abrirse hacia los “brazos de un nuevo amor”. Bajo esta concepción, la posibilidad del divorcio se estableció como un arma efectiva para alcanzar su tranquilidad después de un matrimonio fracasado y emocionalmente desgastante, superando una “moral deformada” que consideraba la resignación como una actitud aceptada por Dios y un complejo de inferioridad generalizado en las mujeres, que las llevaba a sentirse inseguras e incapaces para

---

<sup>214</sup> Paradójicamente, en su primer ensayo Mill consideraba que la mujer no debía trabajar por dos razones: influenciado por la doctrina utilitarista de Bentham, afirmaba que no era conveniente sobrecargar el mercado de trabajo con un doble número de competidores. Por otra parte, pensaba que solo estaba capacitada para desarrollar las actividades relacionadas con las bellas artes basadas en la belleza, la delicadeza y el gusto. No obstante y quizás influenciado por Harriet Taylor, quien defendía el empleo de la mujer en cualquier profesión porque contribuía a aumentar los ingresos en el hogar y permitía elevar su nivel de “sierva” a “compañera”, en su último ensayo afirmó que la mujer podía ejercer cualquier labor desarrollada por el hombre siempre y cuando estuviera capacitada para hacerlo. No obstante, sin dejar de lado la visión victoriana que vio con cierto recelo la incursión femenina en la vida laboral, Mill no estaba muy convencido de esta posibilidad porque era factible el abandono del sostenimiento de la familia por parte del marido.

enfrentar sus vidas sin un hombre. Así, la mujer moderna segura de sus cualidades como profesional y sujeto, se liberó de la sumisión del hombre para empezar una nueva vida.<sup>215</sup>

La presencia de un discurso en la prensa que promovió las representaciones de una mujer abierta al mundo y liberada de las ataduras impuestas socialmente a su personalidad, no puede declararse como la prueba irrefutable de una transición radical en el rol femenino. Aun la realidad mostraba una mujer que se hallaba en un dilema entre el rol tradicional circunscrito al hogar y la familia, y las nuevas perspectivas que venían propagándose desde las décadas anteriores en los medios de comunicación y en el cine, donde había aflorado un universo cargado de nuevas ocupaciones e intereses enfocados desde la óptica personal y su reafirmación como individuo. Ante esta situación, la mujer en la vida moderna debía encontrar un equilibrio entre sus aspiraciones personales y los deberes del hogar y la maternidad. Esto significó salvar los obstáculos más críticos para sentirse libre y feliz, como renunciar a la belleza sin importar la edad y la situación; el confinamiento en el hogar luego del matrimonio, anulando la posibilidad de permanecer económicamente independiente (condición importante para el éxito y la buena marcha de todos en el matrimonio), la renuncia al amor debido a la rutina de las obligaciones hogareñas, y el sacrificio abnegado de la madre hacia sus hijos, negando la posibilidad como madre moderna de ayudarlos a ser independientes.<sup>216</sup> Aunque parecía una solución mágica y superficial, en el fondo reconoció la capacidad racional que tenía la mujer para superar las barreras que aparentemente marcaron la diferencia entre ambos mundos, logrando conciliar sus metas y objetivos como mujer profesional y mujer-madre-esposa. Así lo definió la etnóloga, arqueóloga, escritora, directora de la France Press y periodista polonesa Ana Kipper, quien emigró a Colombia durante la II Guerra Mundial:

No creo que las conquistas logradas por el movimiento feminista le hayan quitado feminidad a la mujer. La que va a depositar su papelete en la urna, en día de elecciones, la que ocupa un cargo directivo en una empresa, la que trabaja al lado de los compañeros varones en un comercio, en una oficina, en un ministerio, no por ello dejan de ser mujeres, ni dejan de aplicarse polvos y colorettes. Y no por ello deja de casarse o tener hijos.<sup>217</sup>

---

<sup>215</sup>Problemas que nos agitan: El divorcio es para quienes lo necesitan. En: Cromos, Bogotá. Octubre 4, 1965. no. 2508, pp. 10-12

<sup>216</sup>Las renunciaciones peligrosas. En: Cromos, Bogotá. Junio 20, 1960. no. 2243, pp. 54-55

<sup>217</sup>Qué es feminismo? Qué es feminidad?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 14, 1963. no. 2409, pp. 21-22

## 4.2 LA MUJER TRABAJADORA: EL PRECIO DE SU CONQUISTA

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la mujer ya había allanado el camino más importante para trabajar en las industrias y en las diferentes actividades del sector terciario, situación que coincidió con la etapa de desarrollo económico vivido por los países industrializados desde 1960. De esta forma, las personas que dieron por sentado la vuelta de las mujeres al hogar, fueron sorprendidos entre las décadas de 1950 y 1960 por el ingreso en mayor cantidad de mujeres jóvenes y casadas al mundo laboral, quienes ocuparon más de la mitad de los empleos creados, especialmente en el sector terciario, con el anhelo de tener su propia entrada económica para satisfacer no solo sus hábitos de consumo, sino también para aumentar los ingresos económicos en sus hogares.<sup>218</sup>

Paulatinamente, el discurso ideológico en contra del trabajo femenino defendido por las instituciones tradicionales, fue cediendo espacio para aceptar su participación como sujeto económico, pero sin dejar de insistir en el papel central que debía cumplir en el hogar y advirtiendo que su ingreso al mundo exterior podía alejarlas de las “sanas costumbres”, los valores morales y el cuidado de la familia. En el caso de las mujeres casadas, venciendo una serie de obstáculos ligados no solamente a las connotaciones morales que recayeron sobre ella sino también al lazo afectivo que las ligaba a sus hijos, lograron ingresar en mayor número a la vida laboral debido, en gran parte, a la prohibición del trabajo infantil, la aparición de instituciones públicas y privadas encargadas de sustituir los cuidados maternos, y al ingreso tardío de las jóvenes en el mercado laboral, como producto de las nuevas posibilidades que se abrieron para alcanzar un nivel educativo acorde con las exigencias del momento.

Rosa Capel resaltó como procesos significativos derivados de la inserción de la mujer en la actividad económica, la imparable pérdida de personal femenino en la agricultura y el servicio doméstico; el acceso a profesiones y puestos superiores, aunque no equiparables en salario y cantidad de personal empleado con respecto a los hombres, y la creciente tendencia hacia el descenso de mujeres empleadas en el sector manufacturero y su

---

<sup>218</sup> CAPEL, Rosa María. *Mujer y trabajo en el siglo XX*. Madrid: Arco/Libros, 1999, p.47

incremento notable en el sector terciario. Este último aspecto estuvo ligado a la expansión del sector terciario desde finales de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en la actividad comercial, generado por el creciente intercambio de bienes de consumo a raíz del aumento en la capacidad adquisitiva de las personas; la creciente diferenciación en la estructura orgánica de las empresas que llevó a la creación de nuevos puestos de trabajo; los incentivos financieros y la flexibilización en el horario laboral; la promoción de programas para integrar a la mujer en sectores no tradicionales o con gran demanda y, el proceso de burocratización que experimentaron los servicios estatales. Igualmente, estas transformaciones estuvieron acompañadas por procesos liderados desde el ámbito estatal, que hicieron posible la anulación de leyes estatales que obstaculizaban el ingreso de las mujeres en ciertas profesiones altamente cualificadas o dominadas ampliamente por los hombres, así como el compromiso cada vez mayor por parte de los Estados para adoptar los convenios que garantizaban la igualdad salarial.<sup>219</sup>

En el caso de la OIT, también se dieron avances importantes en el aspecto laboral a través de sus diferentes convenios<sup>220</sup> que buscaron conminar a los Estados para la definición de políticas claras sobre el trabajo femenino. Así, dentro de esta dinámica se promovió la expedición de normas estatales que ampliaron el campo de acción de las asalariadas en las industrias y el sector agrícola; el reconocimiento de la licencia de maternidad correspondiente a doce semanas; el derecho de lactar a los hijos dentro de la jornada laboral; la potestad para las mujeres trabajadoras embarazadas de recibir prestaciones en dinero y servicios médicos; la ilegalidad en el despido de mujeres gestantes empleadas dentro del sector público y privado; la aprobación de la licencia de maternidad con un monto similar al salario devengado y la prohibición de la jornada

---

<sup>219</sup> El paso más importante en esta materia fue la Carta Internacional de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas firmada en 1945, en la cual se reafirmó el principio básico de la igualdad entre ambos sexos como un compromiso prioritario de los Estados adscritos a este organismo. Una vez definido este parámetro general, se establecieron acuerdos para eliminar las diferentes formas de discriminación sexual en el plano económico, teniendo presente lo establecido en la Convención de 1958 sobre la discriminación en el empleo y la profesión.

<sup>220</sup> Entre finales de la década del cincuenta y la década del sesenta, la OIT firmó algunos acuerdos como la Convención no. 100 sobre la igualdad en la remuneración en 1951, que fue la base para la promulgación en 1952 del Convenio no. 103 sobre la protección de la maternidad, junto con la Recomendación no. 95 relacionada con la protección a la maternidad; Convenio no. 111 sobre la discriminación (empleo y ocupación) y la Recomendación no. 111 de 1958 que hablaba acerca de la discriminación (empleo y ocupación); el Convenio no. 122 sobre la política del empleo y la Recomendación no. 122 relacionada con la política del empleo. OIT, Empoderamiento de las mujeres: ¡90 años de la OIT en acción! [en línea] [Consultado 25 de mayo, 2012]. Disponible en Internet: [http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---gender/documents/publication/wcms\\_106521.pdf](http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---gender/documents/publication/wcms_106521.pdf)

nocturna, las horas extra y las actividades consideradas peligrosas para las futuras madres.<sup>221</sup>

Estas transformaciones generadas en el ámbito mundial, también tuvieron efecto en el contexto nacional y local, en cuanto las condiciones económicas generadas a raíz del proceso de industrialización iniciado unas décadas atrás y la creciente incorporación del mercado colombiano a la economía mundial, se convirtieron en los motores que impulsaron el paulatino ingreso de la mujer a la vida laboral, en un primer momento, en el sector secundario y posteriormente en el sector de servicios.<sup>222</sup> Poco a poco, el modelo de mujer activa procedente principalmente de Estados Unidos, comenzó a ser parte de la cotidianidad de la ciudad, incluso contra las visiones negativas que vieron en este prototipo femenino la muestra fehaciente de la destrucción de la familia y del hogar por su larga permanencia en el trabajo. De esta forma, cuando comenzó la década del sesenta no era extraño observar en las mañanas un contingente de mujeres que se preparaban para trabajar rutinariamente, como parte de una dinámica económica que procuraba emplear una mano de obra más obediente y con un carisma suficiente para desarrollar las labores encomendadas en su lugar de trabajo, esta vez no en el campo de la producción industrial sino en las áreas de las relaciones humanas, la conservación de los documentos de oficina y el apoyo a las acciones realizadas por la gerencia.

Dentro de las representaciones que comenzaron a circular en el discurso de la moda en torno a la figura de la mujer trabajadora, se destacaron las cualidades de una mujer con un estilo de vida un tanto diferente al prototipo tradicional, quien incursionaba en un mundo donde podía desarrollar múltiples actividades que le permitieron desarrollar sus aptitudes y conocimientos. La posibilidad de explorar nuevas alternativas ajenas al ambiente tradicional hogareño, también hicieron posible la creación de una conciencia de sí misma como sujeto, de un ser más independiente de las decisiones de otras personas

---

<sup>221</sup> GOYES MORENO, Isabel. *Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2011, pp. 56-58

<sup>222</sup> No obstante, debe señalarse que aun en la década del sesenta el sector de la educación concentraba una gran cantidad de mujeres, quienes vieron en la docencia una alternativa a la vida matrimonial y hogareña, que no reñía con las representaciones tradicionales en torno a la figura femenina, al encarnar la abnegación, el sacrificio, el olvido de sí misma, cierto "espíritu ascético". Estas cualidades se complementaron con un imprescindible altruismo en materia económica, sustentado con el argumento de un "apostolado" por los bajos salarios y el alto grado de responsabilidades que debía asumir. *Las colombianas y la educación*. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 20, 1961. no. 2315, pp. 40-41

cercanas a su círculo familiar, quien disfrutaba de la posibilidad de explorar sus inquietudes e intereses particulares sin preocupaciones.

Contra la posición tradicional que criticaba su ingreso en el mundo laboral por considerarlo ajeno a sus cualidades naturales femeninas y a su delicadeza, la mujer trabajadora procuró conservar su feminidad, elegancia y belleza para ajustarse exitosamente a su labor como profesional y empleada. La moda no fue ajena a las nuevas exigencias femeninas y comenzó a incluir en su discurso las tendencias y recomendaciones para el uso de un vestuario y accesorios apropiados dentro el espacio laboral, especialmente en la oficina, con lo cual se procuraba conservar ese aire femenino sin sacrificar su comodidad y la posibilidad de movilizarse ágilmente para cumplir eficientemente con sus labores: “Se debe prestar consideración tanto a la comodidad como al estilo, cuando se elige la ropa para usar en la oficina. Usted no puede ser eficiente en su trabajo cuando está estrangulada por un cuello subido o apretada en la cintura, que apenas puede respirar”.<sup>223</sup>

Conservar la belleza a toda consta fue la máxima consagrada dentro de este discurso, aun cuando el prototipo de mujer trabajadora tuviera una rutina caracterizada por la mínima disponibilidad de tiempo. Si el signo de la prisa era una constante en sus vidas, esto no fue el acabose en materia de belleza o el olvido de los rituales destinados a conservar su atractivo, pues ante todo ellas debían mantenerse bien presentadas, siempre elegantes, adecuadamente maquilladas, peinadas y con un rostro agradable, si querían conservar su empleo. El olvido o descuido de su presencia podía generar su despido y el fracaso en su vida laboral.

Para cumplir con la obligación de ser bellas en un mundo agitado, se procuró implementar en su diario acontecer unas rutinas y recursos adaptados a su mínima disponibilidad de tiempo, las cuales se basaron en el principio general del reconocimiento de los defectos sin temores, que tenía como fin generar en ellas la conciencia suficiente de su existencia física para corregir los rasgos negativos de su figura. Ante todo, el conocimiento de sí misma, sus cualidades físicas y sus “puntos clave” fueron la exigencia primordial para

---

<sup>223</sup>Noticiero de las modas. En: El Colombiano. Medellín. 14, enero, 1963, p. 17

tener éxito en esta materia, especialmente, en el uso de métodos que permitieran resaltar esas zonas con el mínimo esfuerzo y dedicación.<sup>224</sup>

Además del rostro y del cuerpo, partes donde se conjugaron íntimamente el vestuario adecuado y los tratamientos estéticos y cosmetológicos, la rutina de belleza también se hizo extensiva hacia el cuidado de las manos, una de las principales herramientas utilizadas por la mujer trabajadora para desempeñarse cabalmente en su oficio, especialmente, en la oficina y en el almacén. Aunque aparentemente las manos tuvieran un papel secundario, era necesario conservar su aspecto immaculado, su tersura y delicadeza ante los demás, como si se tratara de una persona dedicada al ocio. Mostrar un indicio de descuido, significaba poner en evidencia su incapacidad para enfrentarse a una nueva realidad supeditada a la organización de su tiempo sin descuidar su belleza.

Ante el ritmo acelerado de vida, la mujer trabajadora tenía que conservar su capacidad de trabajo, ese dinamismo necesario para desempeñarse exitosamente en su empleo, negando la posibilidad de sentirse débil y frágil en los diferentes momentos de su vida donde la aquejaban los trastornos propios de su naturaleza. Solo así pudo demostrar su capacidad para afrontar los nuevos retos que surgieron al tener acceso a un mundo anteriormente ajeno al universo femenino, en el cual se incluyeron una serie de responsabilidades que exigieron un mayor desgaste físico y mental. Para remediar estos problemas, además de los tratamientos vitamínicos como Fosfogen, compuesto de fósforo orgánico natural vitaminizado,<sup>225</sup> también aparecieron los baños relajantes y una serie de especialistas o tratamientos psiquiátricos y psicológicos, útiles para enfrentar a las enfermedades mentales derivadas de la falta de autoestima producida por el descuido físico, que debilitaban su percepción sobre sí misma hasta el punto de convertirlas en mujeres inseguras frente a otras mujeres de su misma condición, quienes sí destinaban un momento en su apretada agenda para cuidar su figura: "En una época en que más que nunca se rinde homenaje a la juventud, la mujer se ve obligada a trabajar para ganarse la vida, y debe luchar contra los estragos de la edad para salvaguardar su empleo".<sup>226</sup>

---

<sup>224</sup>No hay por qué ser fea. En: Cromos, Bogotá. Junio 25, 1962. no. 2343, p. 39

<sup>225</sup>FOSFOGEN UN PRODUCTO CON PRESTIGIO PROPIO (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 6, febrero, 1964, p. 7

<sup>226</sup>Contra la depresión cuidados estéticos. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 13, 1961. no. 2314, p. 36



### Ilustración 6

Anuncio de crema de manos Hinds, relacionado con las mujeres trabajadora en *El Colombiano*. Medellín, 13, noviembre, 1961, p. 16



Pero no sólo este prototipo de mujer estuvo obligada a conservar su belleza y mantener un estilo de vestuario adaptado a la moda, sin perder de vista su personalidad y actividad laboral. Para poder ingresar al agitado y exigente mundo laboral, la mujer trabajadora debía especializarse y realizar una serie de cursos que certificaran sus conocimientos en los campos más apetecidos en ese momento, especialmente en el área comercial y de oficina como contabilidad, inglés comercial, periodismo, técnicas de secretariado bilingüe, mecanografía, técnicas de oficina, relaciones públicas, ejecutiva de ventas, entre otros, ofrecidos por escuelas fundadas en la ciudad.<sup>227</sup>

La competencia fue ardua para aquellas que decidieron desafiar los roles tradicionales mediante su incursión en el mundo laboral. Por esta razón, debieron prepararse

<sup>227</sup> Estas instituciones generalmente fueron creadas por personas relacionadas con el área comercial y también con egresados del Columbus School, las academias de aprendizaje a distancia como Hemphill School y la Universidad Femenina de Buenos Aires.

adecuadamente para hacer frente a los exigentes requisitos y el creciente número de mujeres quienes ingresaron desde muy jóvenes al mundo laboral, tal vez afanadas en aumentar los ingresos de su hogar o también con miras a asumir una responsabilidad económica sin depender de las decisiones de otros. En un aviso publicado en *El Colombiano*, la situación económica de las secretarias y la marcada competencia en este campo se constituyeron en los mejores motivos para ingresar al curso de “Capacitación de Secretarias” dictado por Pepe Betancur en la Cámara de Comercio, quien se valió del lema “los sueldos buenos son para las secretarias buenas. Las menos preparadas tienen sueldos inferiores”, para garantizar a las futuras matriculadas “todos los conocimientos necesarios para el perfecto manejo de una oficina”.<sup>228</sup>

LA MUJER INCONFORME. La que gana poco, la que quiere prepararse para buenos puestos y ganar mejores sueldos, tome HOY uno de estos cursos modernos, por correspondencia. UNIVERSIDAD FEMENINA (Bs As, Argentina) PAGANDO SOLAMENTE \$ 60 MENSUALES. -Relaciones Públicas -Ejecutiva de Ventas - Periodismo y Fotonovela -Delineante Arquitectura -Secretariado -Decoración - Dibujo Decorativo. Para más informes, envíe este aviso a Medellín señalando el curso que desea seguir, Anuncio Curso por correspondencia. En: *El Colombiano*. Medellín, 14, enero, 1968, p. 16

Las relaciones entre hombres y mujeres que tradicionalmente se habían establecido según las actitudes y cualidades naturales, no solo se hicieron evidentes en los anuncios que prometieron mejores ingresos y una mayor preparación en la vida profesional. Los diferentes artículos publicados en la prensa, de la misma manera, mostraron la prevalencia de los roles tradicionales, aun cuando el discurso marcara una posición aparentemente abierta con respecto al ingreso de las mujeres en la vida laboral. Así, el tipo de tarea laboral desarrollada por ellas estuvo circunscrita a la oficina, el almacén, la escuela, el salón de belleza, espacios que exigieron mecanizar y desarrollar procesos sencillos sin exigir grandes aptitudes intelectuales y analíticas.

---

<sup>228</sup>Curso de secretariado (Anuncio). *El Colombiano*. Medellín. 18, febrero, 1964, p. 16

Como sus áreas de especialización hicieron parte de la imagen corporativa que las compañías pretendieron proyectar al exterior, la mujer trabajadora también debió cumplir con una serie de requisitos esenciales relacionados, en gran parte, con las representaciones tradicionales que exaltaban su “eterno femenino”: la preservación de su feminidad en el vestir y en el actuar; el buen servicio, la amabilidad, el sacrificio, la delicadeza en el trato con los clientes. Por esta razón, la profesión por excelencia fue el secretariado, el cual dentro del mundo femenino contó con el mayor número de ocupación, por encima de otras profesiones como la enfermería, la modistería, la medicina, la odontología.<sup>229</sup>

Las relaciones entre mujer y secretariado simbolizaron, entonces, el ingreso exitoso de ellas en un mundo dominado antes por los hombres: los negocios. Este fue un motivo suficiente para afirmar que las secretarias se habían convertido en un artículo indispensable dentro de la vida intelectual, la economía, la ciencia, el manejo de los grandes intereses públicos, tal como si fueran una “pieza útil” de un engranaje determinado. De su adecuada o pésima labor desarrollada por ellas dentro de las compañías, se podía garantizar el éxito en el plano de las relaciones humanas dentro de una esfera tradicionalmente dominada por el hombre, al adicionarle el calor, la feminidad y la perspicacia suficiente para solucionar los problemas más importantes dentro de las empresas.

Como requisitos esenciales, las secretarias debieron poseer cualidades personales positivas y enfocadas en el buen trato hacia las otras personas: el carácter afable, la cortesía, la seguridad en sí misma y un comportamiento adecuado con la ética y la moral. Así mismo, debieron tener aptitudes encaminadas a mostrar su nivel de responsabilidad, inteligencia, compromiso, dedicación, conocimientos y asertividad, para desenvolverse adecuadamente dentro de su lugar de trabajo. De su iniciativa y capacidad de liderazgo frente a los problemas y retos de la empresa, la secretaria podía garantizar no solo su éxito en el campo laboral, sino también la satisfacción y cierto nivel de seguridad en su jefe. No en vano, esta actividad se identificó con una prolongación más del papel de la mujer en la familia, en cuanto ayudó sin asumir una posición de superioridad, a

---

<sup>229</sup>CHACÓN, Miriam. Las secretarias controlan minuto a minuto el mundo?. Cromos, Bogotá. Agosto 2, 1965. no. 2499, pp. 29-29

complementar la labor de los hombres dentro de una empresa, garantizando su éxito y prestigio: "El secretariado es una profesión femenina por excelencia, por lo cual quien la ejerce, debe analizar su significado, saber que no consiste en una fría colaboración de carácter mecánico (...), sino que sobre todo, es saber adaptarse con suma delicadeza a las mejores virtudes de su jefe, sin renunciar a la nota femenina en ninguno de sus detalles".<sup>230</sup>

Si el oficio de ser secretaria fue calificado como una profesión femenina por excelencia, la creciente preocupación por mejorar las cualidades de quienes ejercieron esta profesión siempre estuvo presente en este discurso, con el fin de potencializar su feminidad y elegancia en el trato con las personas que necesitaban o dependían de su accionar, maximizando también sus aptitudes y habilidades necesarias para mejorar su eficiencia y asertividad. Una de las primeras exigencias se fundamentó en la ética profesional al considerar su vinculación como una vocación y no un ejercicio ocasional. Esto significó asumir una actitud abierta hacia el conocimiento de los aspectos más importantes de esta profesión, algo posible mediante un proceso de capacitación permanente. Frente a las diferentes situaciones afrontadas, ellas tuvieron que conservar un alto nivel de responsabilidad y buenos principios. En el comportamiento, debió asumir una conducta marcada por los valores morales, la seriedad y la dignidad, para evitar un concepto denigrante de una profesión que todavía generaba recelos en la sociedad, por las condiciones laborales que supeditaron su accionar a los intereses de hombres con mucho poder dentro del trabajo. La prevalencia de una mujer "ligera" en valores, así se hizo evidente en una acusación hecha por la revista femenina *Nosotras* contra Discos Fuentes al promocionar "Las secretarias", una canción compuesta por el barranquillero José Peñaranda que describió con un lenguaje picante las relaciones establecidas entre el jefe y la secretarias por fuera de los cánones morales, contemplando una mujer quien no tenía escrúpulos para salir con su jefe y valerse de sus encantos físicos para conquistarlo:

---

<sup>230</sup>Las secretarias controlan minuto a minuto el mundo?. En: Cromos, Bogotá. Agosto 2, 1965. no. 2499, pp. 29-29

Para una mujer ser ligera y enclenque moralmente, no necesita ser secretaria, ni emplearse en ningún oficio, bástele tan solo la inclinación y el deseo de ser liviana y le sobra campo de acción sin tratar de respaldar sus actuaciones con un empleo. (...) Por qué entonces considerar las oficinas como antros de perdición, como verdaderamente lo sugiere el compositor del mencionado disco? No se crea que con tal composición musical se desprestigia solamente la reputación de las damas secretarias, no señores, se pone en tela de juicio la seriedad y buena compostura de los patrones y gerentes y el prestigio moral de la empresa, oficina o casa comercial donde se emplean las damas que el señor peñaranda intentó lesionar o zaherir con sus sandeces.<sup>231</sup>

De las representaciones encargadas de denunciar el aparente peligro del ingreso femenino al mundo masculino, se derivaron una serie de normas básicas que buscaron controlar y mantener al límite la relación establecida con el jefe, la persona con la cual permanecía por más tiempo. Si bien entre ambos debió existir un clima de confianza, de mutuo respeto y sincera amistad, esto no significó la trasgresión de esas fronteras más allá del plano laboral, para comenzar a allanar el espacio privado y personal, principalmente cuando la secretaria se encontraba subordinada a las decisiones de un jefe que podía extralimitarse en el trato con su subalterna. Con cierto tono de alarma y preocupación, un columnista de *El Colombiano* alertaba acerca de este tipo de relaciones en el campo laboral que podían terminar en triángulos amorosos. Dentro de estos términos, mostraba a una secretaria débil y fácilmente manipulada por las artimañas de su jefe, quien se excusaba en la incomprensión de su esposa para lograr la confianza de su subalterna. Ante esta situación, se aconsejaba a la secretaria conservar una conducta intachable, regida por los principios morales que le permitirían realizar su oficio sin trastornar las buenas relaciones laborales.<sup>232</sup>

Aunque estas cualidades éticas y morales se hicieron extensivas para todas las secretarias, no era desconocida la existencia de unas diferencias sociales, generacionales, físicas e intelectuales dentro de este nutrido grupo de mujeres que ingresaron en esta profesión. De una forma un tanto irónica, Enrique Aguirre López mostró los diferentes prototipos de secretarias que se podían hallar en el ámbito de las oficinas, recalcando insistentemente en sus cualidades negativas que las relacionaban

---

<sup>231</sup>Injusticias con las secretarias. *En*: Nosotras, Medellín. Mayo, 1965. no.5, pp. 3-4

<sup>232</sup>¡Esa es usted!: Preocúpese de sus propios asuntos. *En*: El Colombiano. Medellín. 6, enero, 1964, p. 13

con seres opuestos al eterno femenino y lejanos a las representaciones tradicionales que definieron su rol en el ámbito hogareño. En su clasificación, solo fueron dignas de reconocimiento la categoría conformada por las viudas sin ningún sostenimiento económico o las mujeres casadas abandonadas o con un marido “holgazán”, quienes se identificaron por su cumplimiento, seriedad y competencia en el trabajo. Caso contrario ocurrió con las mujeres sin ningún compromiso en el plano sentimental, caracterizadas por su deseo aferrado de matrimonio, secretarias con “ciertos privilegios oligárquicos”, quienes al graduarse en comercio e idiomas gozaban de un buen salario y destinaban gran parte de su tiempo a los acontecimientos sociales, las tendencias de la moda y los chismes. Entre el grupo de solteras también sobresalieron las mujeres “mandonas o ejecutivas”, que terminaban por imponer su voluntad y gustos personales en la oficina gracias a la confianza depositada por su jefe. Ni siquiera las “secretarias de la edad de oro o la edad madura” se salvaron de su crítica, al describirlas como seres con cualidades opuestas a la belleza física (pelo teñido, expresión fría, labios enjutos y manos flácidas), las cuales disfrutaban de placeres tan singulares como el cigarrillo, los hombres jóvenes y el reconocimiento público del título de “señoritas”. Tampoco salieron bien libradas las “señoritas de muy buena familia”, caracterizadas por vestirse de sport y por su gran número de compromisos sociales, hecho que demostraba su poco interés en formar un hogar y su deseo de mantener un estilo de vida independiente. En el otro extremo estaban las “niñas de hogares subdesarrollados”, consideradas seres amables que se maquillaban para conseguir un “príncipe azul”, quien las liberaría de sus responsabilidades económicas.<sup>233</sup>

Aunque la mujer trabajadora irrumpió en un mundo lleno de contrastes y contradicciones, donde coexistieron simultáneamente una serie de valores y representaciones basados en la tradición, junto con unas representaciones ancladas en el principio moderno que permitieron su exploración como individuo, las perspectivas y opiniones expresadas en la prensa acerca de su reciente conquista revelaron, en principio, una postura favorable y positiva frente a los nuevos roles que desempeñaba no solo en la sociedad, sino también dentro del círculo íntimo y privado propio de su hogar.

---

<sup>233</sup>Nuestras queridas secretarias. En: Cromos, Bogotá. Marzo 18, 1963. no. 2379, p. 41

Un tema sobresaliente dentro de estos planteamientos estuvo ligado a la transformación de la mentalidad de la mujer y sus relaciones establecidas con los hombres. Desde una visión positiva, el trabajo femenino fue considerado como la única fuerza capaz de sacar a la mujer de su cotidianidad tradicional y de exigirle otras responsabilidades, sin soportar las imposiciones del sexo masculino, lo cual se tradujo en la modificación de los arquetipos tradicionales de la imagen del esposo-amor, para abrirle la posibilidad de un intercambio de roles y espacios en el ambiente no solo laboral, sino también doméstico. Más allá de esta posición, la vida laboral al ser catalogada como una “magnífica escuela de lucidez”, le proporcionaría la madurez y la racionalidad suficiente para emprender nuevos proyectos como individuo independiente.<sup>234</sup>

El hecho de tener acceso a un salario de forma independiente, a su vez permitió a las mujeres sentir la satisfacción de ver realizados sus deseos de igualdad, de afirmar sus posibilidades intelectuales, físicas o artísticas y, de alcanzar la seguridad útil para permitir su participación eficaz en la vida común. De esta forma, el trabajo transformaba su visión de sí mismas, destruyendo consecuentemente dos imágenes: la madre reducida a una simple dependencia, encerrada dentro de la impotencia y la pasividad ante las dificultades, quien solo podía afrontarlas adecuadamente por intermedio del esposo. Por otra parte, la vida laboral femenina contribuyó a descartar paulatinamente la imagen clásica del hombre superior, el origen aparente de su inseguridad y su debilidad frente a los retos impuestos en el mundo exterior en los ámbitos profesional y laboral. Esto último conllevó a la construcción de un nuevo tipo de relaciones mediadas por la igualdad y la conciencia entre ambos sexos.<sup>235</sup>

La nueva dimensión alcanzada sobre sí misma como mujer trabajadora e independiente, en esencia, transformó las relaciones en el hogar y la mentalidad de aquellos que la rodeaban, modificando los arquetipos tradicionales de la imagen del “amor”. Simultáneamente, esta situación abrió la posibilidad de un intercambio de roles y espacios en el ambiente doméstico, donde el hombre se consagraba al hogar y la familia, mientras las mujeres trabajadoras aseguraban su éxito profesional al consagrarse a su trabajo de forma independiente y sin desarrollar necesariamente el doble papel de esposa y madre.

---

<sup>234</sup> SALOMÓN. Mujeres Vs. Hombres. En: Cromos, Bogotá. Agosto 14, 1961. no. 2301, pp. 38-40

<sup>235</sup> La mujer en el trabajo. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 4, 1961. no. 2304, p. 39-41

No obstante, este proceso de integración en el mundo laboral no fue tan sencillo y exigió la reconciliación entre el trabajo y la maternidad. Si la mujer asumió el reto de tener nuevas responsabilidades lejanas al ambiente doméstico y familiar, esto no se tradujo necesariamente en evitar sumar una nueva tarea a su rutina diaria, sino en intentar realizar una repartición de responsabilidades con su pareja en el hogar para hacer su vida más fácil y ligera. Más allá de la dimensión privada, en el plano social implicó el cumplimiento de dos puntos esenciales para obtener mayores éxitos en su vida. En primera instancia, significó el mejoramiento de las condiciones de trabajo a raíz del establecimiento de una red completa y adaptada de asistencia maternal y una formación profesional acorde con los requerimientos del momento. Por otra parte, simbolizó la eliminación de algunos prejuicios sociales que hicieron parte de unas representaciones ancladas en una tradición androcéntrica que la relacionaron con un ser proclive a la coquetería.

Con respecto a los mitos sobre la “mujer en el hogar” y la “mujer trabajadora-igual-al-hombre”, su vigencia en el medio social fue cuestionada gracias a la eliminación paulatina de una serie de ideas preconcebidas sobre el trabajo femenino como una actividad contraria al ejercicio de la maternidad. Basándose en los planteamientos de Maine Gregoire expuestos en la obra *El trabajo del hombre* de F. Paris, se defendió la acción realizada por la mujer trabajadora y madre, porque era un ser más fuerte y menos nervioso ante las múltiples ocupaciones en el hogar y el trabajo. Su cualidad esencial radicó en ser menos represiva frente a las acciones de sus hijos, con lo cual evitaba las rebeliones originadas por una excesiva atención maternal.<sup>236</sup>

Igualmente las ventajas fueron significativas para los hombres. Según algunos columnistas como Giuliana Ferri, el sexo masculino podía gozar de una pareja estable y amorosa gracias a que serían escogidos por sus cualidades físicas y morales, y no por el interés económico, el cual en el pasado había sido la tabla de salvación de muchas mujeres ansiosas por encontrar un respaldo económico para subsistir. De esta forma, el “futuro marido” estaría menos obligado a asumir el papel de redentor que tenía la misión

---

<sup>236</sup> IBID. pp. 39-41



de rescatar a la mujer de las "...garras de las ocupaciones extradomésticas, para restituírle el añorado lugar cerca del hogar".<sup>237</sup>

En cuanto a la incursión de la mujer en el mundo laboral, se vislumbró un nuevo orden de relaciones entre hombres y mujeres, que permitieron el nacimiento de una relación estrictamente profesional, basada en el respeto y el reconocimiento de las capacidades y aptitudes sin distinción de sexo. En el trabajo, esta transformación exigió una conducta acorde con las circunstancias, pero sin incurrir en la adopción de una actitud que imitara a los hombres. Para hacer frente a las representaciones tradicionales que juzgaban como un hecho negativo la incorporación de la mujer en el trabajo al sugerir el olvido de sus cualidades femeninas para comenzar a pensar y hablar como un hombre, las mujeres debieron conservar su feminidad a toda costa como una forma de distinguirse del sexo masculino en el área laboral: "... sabe que su verdadero valor está en la habilidad de pensar como una mujer sobre un asunto importante, y no como hombre".<sup>238</sup> La razón principal de esta exigencia radicó en los gustos y preferencias varoniles, en los cuales se mostró su interés en trabajar con mujeres femeninas porque sabían hablar, escuchar y no demostraban un sentimiento de superioridad que podía herir su orgullo. De esta forma, el espacio laboral se convirtió en una extensión más del hogar en donde se reprodujeron ciertos roles basados en las representaciones tradicionales.

Aún bajo este panorama dibujado en la prensa en forma halagadora y positiva para las mujeres trabajadoras, no se pudo negar una realidad donde debieron sortear un sinnúmero de obstáculos generados a partir de su trasgresión de los roles impuestos tradicionalmente por la sociedad, que consagraron su papel al ejercicio del cuidado del hogar y la familia. Si bien fue evidente la alta cantidad de mujeres que ingresaron a la vida laboral, las ocupaciones se limitaron a actividades que no requirieron una preparación universitaria sino más bien el ejercicio mecánico de actividades cotidianas como constar el teléfono, tomar apuntes, atender a las personas, organizar la agenda, entre otros. Pocas mujeres tuvieron la posibilidad de acceder a cargos directivos, especialmente en el sector público, donde todavía prevalecía la desconfianza para emplear a las mujeres aun cuando la dictadura de Rojas Pinilla había avalado su ingreso en cargos importantes.

---

<sup>237</sup>Terremoto entre tú y yo. *En*: Cromos, Bogotá. Octubre 30, 1961. no. 2312, pp. 34-35

<sup>238</sup>Varones en contra de las "mujeres de negocio". *En*: El Colombiano. Medellín. 7, diciembre, 1961, p. 2, sección 2

Caso contrario ocurrió en el sector privado, el cual fue más proclive a confiar este tipo de cargos a las mujeres, al desconocer parcialmente unas representaciones tradicionales que las consideraron poco aptas para desenvolverse adecuadamente en el campo laboral, debido a su naturaleza débil y dominada por las emociones.

Aunque el modelo de mujer trabajadora pretendió imponerse como un símbolo de la liberación femenina, esta imagen en la práctica se desdibujó ante la carga laboral y del hogar que debieron asumir, como parte del precio pagado por su ingreso al mundo exterior. Bien lo denunció unos años atrás Simone de Beauvoir en las páginas de su obra *El segundo sexo*, cuando señaló la dificultad de conciliar las responsabilidades laborales con las cargas impuestas en el hogar y los hijos.<sup>239</sup>

Con cierto escepticismo y quizás haciendo eco de la crítica de Beauvoir, algunos columnistas procedentes de otras latitudes expresaron su desencanto frente al rol de mujer trabajadora y las múltiples cargas que derivaron de su ingreso en este mundo. Ante las condiciones reales de las mujeres trabajadoras, Suzzane Blum se preguntó si realmente esta conquista permitió superar significativamente el papel desarrollado por ellas en el pasado, hasta el punto de calificar la liberación femenina como un mito producto de una mixtificación entre la realidad y los ideales propuestos por el movimiento feminista.<sup>240</sup> En esta misma línea de pensamiento, un columnista anónimo señaló que la mujer había ingresado en un mundo hecho por y para los hombres, una razón suficiente para justificar su fracaso en los diferentes aspectos de la vida, especialmente en el campo laboral y educativo. Aun cuando estuviera laborando, en el hogar estaban sujetas a la voluntad masculina y las acciones cotidianas relacionadas con el cuidado de la casa y la familia.

Al parecer para algunas mujeres esta liberación era una utopía y podía ser más perjudicial que benéfica para el sexo femenino, al librar a los hombres de la carga económica relacionada con el sostenimiento del hogar. En el centro del debate estaba la creciente preocupación por el “trastorno del orden natural”, reflejada en el hecho de la masculinización de la mujer y la feminización social y psicológica del hombre. En los hogares, esto se tradujo en una serie de conflictos derivados de la confusión de los roles

---

<sup>239</sup> BEAUVOIR, Op. Cit., p. 306

<sup>240</sup> ¿El trabajo libera a la mujer?. *En*: Cromos, Bogotá. Octubre 23, 1961. no. 2311, pp. 38-40

sexuales. Por una parte, si la mujer cada día asumía con mayor fuerza las funciones de jefe económico del hogar, consecuentemente el varón se convertía en un ser dependiente, irresponsable y pasivo frente a sus deberes como padre y esposo. Por otra parte, si el hombre pretendía conservar esa imagen de máxima autoridad en el hogar, las mujeres-trabajadoras más radicales verían el matrimonio como “algo insoportable” al no poder combinar su independencia y conducta con las imposiciones de su marido. De esto se derivaba el fracaso matrimonial y el divorcio.<sup>241</sup>

En una entrevista realizada por la revista *Cromos* a diferentes mujeres profesionales como Esmeralda de Uribe (abogada y única mujer en el Senado), Ofelia de Acosta (maestra), Beatriz de la Vega (psicóloga), Virginia de Pineda (antropóloga), cuando se indagó acerca de las repercusiones del trabajo femenino en el hogar, la mayoría de las entrevistadas señalaron que muchas mujeres alcanzaban este estatus por la necesidad imperiosa de sostener económicamente sus hogares, en gran parte, generada por la irresponsabilidad de los hombres. Ante este “sacrificio”, algunas de las entrevistadas aconsejaron continuar ejerciendo su misión en el hogar, especialmente en la formación de los hijos, sin dejar de lado sus obligaciones laborales. Para otras, en cambio, la conciliación entre ambas tareas fue inamisible por las dificultades que generarían en la crianza de los niños.<sup>242</sup>

Bajo estos planteamientos, era claro suponer que aunque el feminismo pretendiera la igualdad de las mujeres con respecto a los hombres en los diferentes aspectos de la vida, la realidad mostraba otra cara supeditada a unas estructuras sociales fundamentadas en la tradición, que dificultaron el acceso de las mujeres al mundo laboral o impusieron múltiples trabas a la maximización de su desempeño en este campo y la exploración de nuevas aptitudes y conocimientos necesarios para alcanzar nuevas posiciones laborales (salarios bajos, representaciones negativas, leyes contrarias a la igualdad).

Frente al modelo propuesto de mujer moderna, liberada de la responsabilidad del hogar e independiente de las decisiones de otras personas, se sobrepuso con mayor fuerza la figura de una mujer trabajadora que conciliaba sus intereses personales y económicos,

---

<sup>241</sup>Por qué los hombres odian las independientes. En: *Cromos*, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 47-48

<sup>242</sup>*Cromos* para ellas: En qué situación estamos las colombianas?. En: *Cromos*, Bogotá. Junio 6, 1960. no. 2241, pp. 46-50

con las virtudes propias de una mujer hogareña. Este prototipo de mujer, entonces, trabajaba fuera de casa, pero sin olvidar sus responsabilidades múltiples y extenuantes propias del ámbito doméstico. Lo anterior fue motivado principalmente porque para la mujer fue difícil desligarse de la carga impuesta por la sociedad, que había moldeado y definido un rol según los intereses de algunos sectores tradicionales defensores de las actitudes y pensamientos anclados en el pasado y basados en el predominio masculino en todas las facetas de la existencia humana.

Quizás el sector de la población femenina que tuvo mayores dificultades para acceder libremente a un trabajo en el mundo exterior fueron las mujeres casadas, quienes aún estaban sujetas a las trabas impuestas por una sociedad que vio con cierto recelo su ingreso en este campo. Uno de los principales problemas se halló en la vigencia de la potestad marital, una ley fundamentada en principios religiosos que se habían cimentado desde la antigüedad y que justificaban el dominio del hombre sobre la mujer en todos los aspectos de su vida, pese al reconocimiento de su libertad para heredar y manejar los bienes materiales que acabó con su incapacidad civil otorgada mediante la ley 28 de 1932.

Lo anterior se tradujo en una realidad poco beneficiosa para este prototipo de mujeres, en cuanto no debieron olvidar sus obligaciones con el hogar, aun cuando estuvieran vinculadas laboralmente. El sacerdote español José Miguel Miranda reconoció esta situación al afirmar que, si bien las mujeres no trabajaban en actividades en las cuales se exigía mayor riesgo y compromiso como en el caso de los hombres, esto no constituía en una suficiente justificación para la existencia de unas diferencias abismales con respecto a las funciones realizadas por cada uno en los hogares: mientras ellas continuaron con una “labor silenciosa” después de trabajar, ellos podían disponer de un tiempo libre para distraerse y compartir con los amigos después de la jornada laboral.<sup>243</sup>

De una forma tajante y escéptica, otros columnistas afirmaron que el trabajo no había aportado en nada a la autonomía de las mujeres, porque era un fenómeno común su ingreso al mundo laboral con el aval respectivo de sus esposos, siempre y cuando no olvidaran sus obligaciones caseras. Solo las mujeres casadas sin hijos o con hijos

---

<sup>243</sup>Consúlteme su caso. En: Cromos, Bogotá. Agosto 4, 1969. no. 2696, p. 60

grandes no les recriminaron parcialmente su condición de trabajar por fuera del hogar, revelándose así una cuestión de principios más que una necesidad derivada de las condiciones de vida. No obstante, aun cuando tuvieran la autorización de sus parejas, estas mujeres se enfrentaron al fantasma de la frustración generada en el hombre como producto de la reconversión de los roles caseros, un problema que podía derivar en el enfrentamiento, la separación y la irresponsabilidad masculina frente a los deberes económicos. Asimismo, otro impedimento radicó en el ejercicio de la maternidad y las ausencias prolongadas generadas por la necesidad de atender las responsabilidades contraídas en el hogar con los hijos y esposos.

Ni siquiera las mujeres solteras y jóvenes se salvaron de esta situación. Aunque en un principio gozaron de la posibilidad de acceder a este mundo libre de las decisiones de un hombre, la permanencia de unas representaciones tradicionales centradas en el ideal del matrimonio acabaron en gran parte con este logro, en la medida que muchas deseaban casarse creyeron encontrar una estabilidad emocional y económica.<sup>244</sup> Algunas mujeres jóvenes se enfrentaron a un dilema personal frente a los requisitos impuestos por sus futuras parejas en este sentido. Un caso ejemplar se pudo observar en “Violeta”, quien preguntaba en la sección “Pregunte a Soledad” publicada en *Cromos*, acerca de la conveniencia de seguir trabajando o de convertirse en un ama de casa, tal como lo había solicitado su futuro esposo.<sup>245</sup> En el caso de “Desconcertada”, una viuda de tres hijos que comenzaba a rehacer su vida al lado de otra pareja, su dilema se hallaba en el rechazo de su novio derivado de su sentimiento negativo hacia la mujer trabajadora.<sup>246</sup>

Al panorama anterior, un tanto sombrío para las mujeres trabajadoras, también se agregó el problema de la discriminación social que se evidenciaba en el alto número de hombres sobre las mujeres en la producción económica. En igual medida, la existencia de una legislación que, aunque hizo un reconocimiento de la condición biológica de la mujer al legalizar su jubilación a los 50 años; el descanso prenatal y posnatal; los descansos diarios para lactancia; la prohibición del despido de las mujeres embarazadas, entre otros, en el plano real careció del poder suficiente ante el desconocimiento de sus derechos por parte de las mujeres y las diferentes tácticas utilizadas por los jefes para eludir su

---

<sup>244</sup> ¿El trabajo libera a la mujer?. En: *Cromos*, Bogotá. Octubre 23, 1961. no. 2311, pp. 38-40

<sup>245</sup> Pregunte a Soledad. En: *Cromos*, Bogotá. Noviembre 7, 1960. no. 2263, p. 65

<sup>246</sup> Pregunte a Soledad. En: *Cromos*, Bogotá. Febrero 16, 1961. no. 2274, p. 54

cumplimiento. Para la columnista Ana de Karpf, este tipo de leyes que intentaron proteger los derechos de la mujer, en el fondo solo aliviaron las cargas económicas de los hombres en cuanto trasladaron su responsabilidad “natural” a un empleador. En este sentido, afirmó que los “enemigos” de la igualdad legal de las mujeres solo privilegiaron la “Protección a la paternidad” al imponer multas “irrisorias” para castigar la irresponsabilidad masculina, mientras ellas debieron dejar sus hogares para buscar un trabajo con el cual pudieran solventar los gastos de arriendo, educación, salud, servicios públicos. Ante esta situación, la única opción para alcanzar la mal llamada igualdad, se encontraba en la insistencia en una educación para la responsabilidad paternal y en la generación de una conciencia femenina que permitiera a las mujeres conocer y analizar las leyes a favor o en contra de sus intereses personales.<sup>247</sup>

El trasfondo de esta situación de discriminación reflejó una actitud generalizada, en gran parte, por la permanencia de unas representaciones ancladas en una tradición ancestral que estableció como rol supremo de la mujer su permanencia en el hogar y la persistencia del pensamiento que catalogó el trabajo como una posible causa de perversión y de pérdida de valores cristianos, contrario a la vocación natural de la mujer, porque implicaba el abandono de sus hogares para permanecer una gran parte de su tiempo en el exterior, un espacio nocivo para su debilidad del alma al hallarse expuesta a una gran cantidad de influencias relacionadas con la libertad sexual y la vida ilícita y pecaminosa.<sup>248</sup>

Ante la inevitable incursión en el mundo laboral, en algunos periódicos y revistas femeninas solo se aconsejó a las mujeres no caer en extremos radicales que las hicieran olvidar de una realidad marcada por la libertad doméstica, pero sujeta a la autoridad del esposo. La razón estaba en que si ella era capaz de subordinarse a los mandatos de un extraño llamado jefe, sería una contradicción no hacerlo en el hogar, máxime cuando la relación se hallaba ligada a un afecto y respeto, que hicieron más llevadera esta situación de control y dominio masculino. Sólo así, ella podía enfrentar valerosamente su nueva realidad, sin socavar el statu-quo sostenido durante tanto tiempo en la sociedad.

---

<sup>247</sup> Protección a la paternidad. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 29, 1969. no. 2704, p. 62

<sup>248</sup> BRONX, Humberto. La mujer y el trabajo. En: El Obrero Católico. Medellín. 17, agosto, 1963, p. 12

### 4.3 EL TRINOMIO MUJER-ESPOSA, MUJER AMA DE CASA, MUJER-MADRE: LA CONTINUACIÓN DE UNA TRADICIÓN

A pesar de la insistente promoción en la prensa, generalmente de tendencia liberal o independiente, de un prototipo de mujer que estuviera acorde con los requerimientos de una época centrada en la producción en serie, el consumo masivo y el auge creciente del sector especializado en los servicios, no era fácil desligarse de su representación antagónica, el prototipo de mujer que tradicionalmente había representado el ideal máximo dentro de la sociedad patriarcal centrado en las cualidades y virtudes de la Virgen María, una figura que se erigió triunfante en contraposición a la mujer material encarnada en la imagen de la Eva pecadora, caracterizada por su tendencia a la liviandad de su alma y al pecado. Por esta razón, aun cuando la justificación de este ideal femenino hundiera sus raíces en la antigüedad, todavía ejercía una gran influencia en las representaciones sociales vigentes en la década del sesenta, hasta el punto de considerarse el matrimonio como la alternativa más apropiada para las mujeres, al permitirle sobrellevar el peso de la connotación negativa de Eva pecadora y alcanzar la “purificación espiritual” necesaria para su salvación en el día del juicio final.<sup>249</sup>

¿Qué tipo de cualidades debió reunir la mujer para superar su antiguo estado de mujer-soltera y convertirse en una mujer-esposa? Ante todo, la posibilidad de casarse estuvo supeditada a una serie de requisitos morales y espirituales, que debieron conservarse y practicarse para acceder a una nueva etapa de vida, quizás la más importante según se concibió en la sociedad tradicional. Esto último se convirtió en un motivo suficiente para que la acción del cortejo fuera decisiva para su futuro; un paso en falso y la posibilidad de casarse se esfumaba para siempre. Para impedir cualquier contratiempo, la mujer casadera debió evitar cualquier comportamiento atípico que deshiciera su imagen de niña recatada y educada en los valores morales y cristianos. Así, durante las salidas con su pretendiente era importante no mostrar un interés excesivo en casarse, porque los hombres huirían al sentirse perseguidos por una mujer que asumía una actitud de “cazadora”, un comportamiento en contra de los cánones tradicionales relacionados con el

---

<sup>249</sup> GOYES, Op. Cit., p. 35

“eterno femenino”. Un factor clave en esta fase previa consistió en mantener una actitud dócil y un bajo perfil ante el hombre, con lo cual se conservarían las jerarquías naturales dentro del futuro hogar. Asimismo, la mujer “casadera” debió evitar asumir una actitud demasiado cariñosa o acostumbrar a pedir ayuda, en cuanto esta clase de comportamientos revelaron un carácter excesivamente dependiente o una conducta demasiado fácil e insinuante que despertaba dudas sobre su moralidad. Como regla general, también se resaltaron una serie de comportamientos acordes con los principios de la urbanidad y los valores morales, entre los cuales se incluyeron la llegada tarde a las citas, el preocuparse excesivamente por su arreglo personal, llamarlo constantemente durante el día, coquetear con otro hombre, vestirse inapropiadamente, ser muy afectuosa con él en público y conversar sobre temas superfluos durante largas horas.<sup>250</sup>

Dentro de los parámetros impuestos por la sociedad, el matrimonio se concibió como una alianza entre dos partes, el hombre y la mujer, para vencer el egoísmo, la búsqueda del placer individual y propiciar la ayuda mutua entre ambos cónyuges para el bien de ambos y de sus futuros descendientes. Como parte del proyecto divino, el enlace matrimonial significó el compromiso de los contrayentes para continuar con el proyecto creador de la especie humana, mediante el compromiso asumido por los cónyuges de procrear y educar a las futuras generaciones en los valores cristianos necesarios para asegurar la existencia futura de la institución más importante en la sociedad, la Iglesia. Por su parte, el proyecto burgués también hizo uso del argumento de la prolongación de la especie a través de este sacramento, para garantizar la suficiente mano de trabajo educada en principios éticos y morales, necesaria para la continuidad del esquema productivo propio del capitalismo.

El comienzo de la vida en pareja, aunque significó teóricamente la entrega mutua de la mujer y el hombre para comenzar a un proyecto de vida en común, en el fondo, exigió a ella el cumplimiento de mayores obligaciones para asegurar la existencia de un “matrimonio feliz”, así como un sinnúmero de cualidades morales y físicas para cumplir cabalmente con su papel de “esposa ideal”. De esta forma, el matrimonio al ser considerado la etapa más importante de la vida para muchas mujeres de la época,

---

<sup>250</sup> Cómo ahuyentar a los hombres y evitar compromisos, en 15 lecciones. En: Cromos, Bogotá. Enero 13, 1964. no. 2420, p. 57



requirió de cierto espíritu de sacrificio que procuró el olvido de su YO, para comenzar a pensar en un NOSOTROS, tal como si fuera una comunidad: nuestro dinero, nuestra casa, nuestro automóvil, nuestros amigos. Sin embargo, la aparente igualdad concebida se olvidaba en el momento de recordar la regla básica y fundamental para vivir en pareja: la entrega física y espiritual de la mujer al esposo, mientras que ellos debieron mantener la racionalidad para afrontar los asuntos económicos de una forma equilibrada y sensata, evitando caer en dependencias emocionales.

No en vano, un siglo antes John Stuart Mill en compañía de Harriet Taylor,<sup>251</sup> denunciaron el matrimonio como el producto de una imposición social y no una vocación natural de la mujer como esposa y madre, el cual estaba basado en un sistema de subordinación total del sexo más débil hacia el sexo más fuerte, el masculino. Con el fin de convalidar la vigencia de esta institución social, la naturaleza femenina fue creada “artificialmente” a través de la educación, para conservar la diferencia natural existente entre ambos sexos y desfigurar el auténtico ser femenino. Siguiendo esta tendencia, la sociedad se encargó de educar a las mujeres en asuntos superficiales, creando en ella un estado de dependencia total cimentado en la necesidad de garantizar su subsistencia. Esta aptitud trascendió hasta el punto de provocar en ella una negación completa de sí misma para obtener el afecto de su esposo o sus hijos. Y, aunque en la mujer existiera el deseo natural de merecer la consideración de las personas, queriendo sobresalir individualmente o aspirando a ser algo más que un “accesorio del varón”, la sociedad estableció como mecanismo de control una regla que solo permitía el goce de la consideración pública a través del reconocimiento de su marido o de sus parientes del sexo masculino.<sup>252</sup>

Estas acusaciones formuladas por Mill y Taylor en el pasado, tuvieron vigencia en la realidad local, pese a las diferencias sociales, espaciales, temporales y culturales que

---

<sup>251</sup> En el primer ensayo escrito bajo la influencia moral de la época victoriana, Mill concibió el matrimonio como un hecho creado por “personas sensuales” para “personas sensuales”, a través del cual el hombre buscaba contener su sensualidad hacia la mujer, mientras ella garantizaba una condición segura, porque de otra forma sería abandonada una vez agotado el gusto por ella (1832, pp.94-95). Desde una posición más radical, en la etapa de su madurez afirmó que el matrimonio era la única forma de “servidumbre real” reconocida por las leyes, en donde las mujeres eran “esclavas” al estar sujetas al amo por un sentimentalismo casi religioso. (1869, 235) Así, aunque se hablara de una supuesta “igualdad nominal” no era real porque el más fuerte, el hombre, podía exonerarse total o parcialmente de sus obligaciones (maltratar, despreciarla, buscar otras mujeres), mientras la mujer no podía realizarlo debido a la relación de poder existente entre ambos basada en el afecto y dependencia psicológica. MILL y TAYLOR, Op. Cit., p. 235

<sup>252</sup> IBID. p. 232

separaron ambos contextos. La razón se halló en la existencia de la Iglesia Católica como máxima institución representativa en el orden social, sobre la cual se cimentaron las bases del matrimonio.

Desde varios siglos atrás, los máximos representantes de la Iglesia Católica defendieron la idea de la existencia de una jerarquía dentro del matrimonio. Retomando la *Jerarquía del Amor* escrita por San Agustín, quien se fundamentó en los escritos paulinos, se comparaba la imagen de Cristo (autoridad) como cabeza de la Iglesia (obediencia), con la imagen del varón como jefe de la familia y cabeza de la mujer, que debía obedecerlo para conservar el bienestar de la familia y la sociedad.<sup>253</sup> En consecuencia, el matrimonio y la potestad marital se constituyeron en “leyes naturales” basadas en los principios divinos que se encontraban en las Sagradas Escrituras. Por esta razón, el arzobispo de Medellín Tulio Botero Salazar en carta enviada al periódico *El Obrero Católico*, fechada el 30 de mayo de 1961, consideró que el proyecto de ley contra la potestad marital se hallaba viciado porque la jerarquía en el hogar tenía un origen divino. Asimismo, recalcó que la mujer no podía competir con el hombre en cuanto su naturaleza no estaba dotada para ello, pues el hombre era superior fisiológicamente y síquicamente. Para el arzobispo, la insistencia en concederle libertades civiles a las mujeres, solo haría más propensa a la mujer a caer en el pecado al imitar los vicios propios de los hombres.<sup>254</sup>

Una posible explicación para la prevalencia de este tipo de pensamientos se encuentra en Pierre Bourdieu, quien en su libro *La dominación masculina*, afirmó que el mundo social funcionaba como una inmensa máquina simbólica que ratificaba la dominación masculina o la visión androcéntrica al hallarse fundamentada en los principios de una visión mítica del cuerpo biológico como realidad sexual. Coincidiendo con los planteamientos de John Stuart Mill, Bourdieu señaló que si bien esta visión androcéntrica era neutra porque parecía legitimada bajo el halo de lo natural, en realidad correspondió a categorías derivadas de un orden social, simbólico y cultural, donde la diferencia anatómica entre los órganos sexuales justificó la división sexual del trabajo.<sup>255</sup> En consecuencia, las significaciones y valoraciones legitimadoras del dominio del hombre sobre la mujer

---

<sup>253</sup>Orientación Pontificia: La mujer en la familia. En: El Obrero Católico. Medellín. 27, mayo, 1961, p. 4

<sup>254</sup>Doctrina de la Iglesia frente a la emancipación de la mujer. En: El Obrero Católico. Medellín. 17, junio, 1961, p. 5

<sup>255</sup>BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina, 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000, pp. 22-24

estuvieron sustentadas en esquemas conformados por categorías de clasificación opuestas entre lo positivo y lo negativo, el hombre y la mujer, a las cuales fueron asignadas una serie de prácticas, comportamientos, actividades y rutinas.

Para Bourdieu, estos esquemas objetivados y acordados previamente por un consenso práctico, funcionaron a través del tiempo como matrices de percepción de los pensamientos y de las acciones de todos los miembros de la sociedad. De una forma aparentemente natural, los dominados comenzaron a aplicar unas categorías construidas a partir del deseo del dominador (*libido dominantis*), correspondientes a imágenes y oficios desvalorizados, que provocaron en el dominado la renuncia para ejercer en primera persona el deseo de dominar (*libido dominandi*).<sup>256</sup> Con el tiempo, estas categorías alcanzaron una gran fuerza simbólica sin necesidad de la coacción física, gracias a la labor realizada por cuatro instituciones que establecieron dispositivos para controlar las posibles desviaciones de los esquemas: la Familia, la Iglesia, la Escuela y el Estado.<sup>257</sup>

En el caso de Medellín, estas categorías simbólicas reproducidas mediante la acción de la familia, la escuela y las leyes, partieron de una serie de esquemas influenciados por la Iglesia Católica, los cuales estaban en conexión directa con la imagen promocionada de la mujer-esposa, quien en sus acciones y forma de pensar debía procurar imitar a la Virgen María, la mujer inmaterial que era la figura fehaciente del amor incondicional, la ternura, la educación, la humildad, el recato, la honestidad, la humildad, la abnegación hacia los deberes domésticos, el cuidado de la familia, la obediencia hacia el esposo.<sup>258</sup>

---

<sup>256</sup> IBID. p. 102

<sup>257</sup> La familia impuso precozmente la división sexual del trabajo y de representación legítima de esa división. La Iglesia, como reproductora de una “visión pesimista de las mujeres y de la feminidad, inculcó explícitamente una “moral profamiliar” dominada por valores patriarcales, especialmente en el dogma de la inferioridad natural de las mujeres. Indirectamente, su influencia también tuvo efectos en la estructura histórica del inconsciente a través del simbolismo de los textos sagrados, de la liturgia e incluso del espacio y del tiempo religioso. La Escuela, pese a que se liberó parcialmente del poder de la Iglesia, continuó transmitiendo los presupuestos de la representación patriarcal reflejados en sus estructuras jerárquicas con connotaciones sexuales, la diferenciación explícita e implícitas de actividades, formas de ver el mundo, aptitudes, disciplinas. El Estado, por su parte, se encargó de ratificar las prescripciones del patriarcado privado en un “patriarcado público”, basándose en el principio de la tradición que estaba fundamentado en la supuesta división natural de los sexos, como se reflejó en sus instituciones públicas (el derecho de familia y el derecho civil) que reconocieron la incapacidad de la mujer para tomar decisiones en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana y política. IBID. pp. 107-110

<sup>258</sup> La mujer virtuosa. En: El Obrero Católico. Medellín. 28, Febrero, 1959, p.11

Aún en plena década del sesenta, estos argumentos centrados en la figura masculina como centro de la autoridad y del poder en el hogar, tuvieron suficiente validez en la sociedad, hasta el punto que la prensa catalogada de “avanzada” por su defensa de los derechos femeninos, en algunas ocasiones, insistió en la necesidad de conservar este orden jerárquico en el seno doméstico, aun cuando ellas asumieran otro tipo de responsabilidades como el trabajo y la profesionalización. Incluso, su intervención fue más allá al asumir el papel de un consejero sentimental, quien en forma de un recetario de cocina, recomendaba las actitudes y comportamientos más adecuados para conservar la felicidad en el plano matrimonial.

Dentro de estos esquemas, el solo hecho de casarse no garantizaba esa felicidad absoluta e infinita para la pareja. Este camino era arduo y exigía, en gran medida, un compromiso mayor por parte de la mujer para alcanzarla y conservarla. Así, la clave para tener un matrimonio feliz se concentró específicamente en tres enseñanzas esenciales, enfocadas en la satisfacción de las necesidades de los hombres como “fuente de satisfacción de ambos”.

Como requisito fundamental, la mujer debió asumir una actitud comprensiva, paciente y cariñosa hacia el hombre, quien paradójicamente dentro del matrimonio fue catalogado como un ser que actuaba de forma torpe y nerviosa debido a su creciente temor de decepcionar a su pareja. Caso contrario ocurrió con la mujer, quien aunque fue relacionada como un ser inmaduro y desequilibrado dentro de las representaciones tradicionales, en el discurso promocionado en la prensa se presentó como un ser equilibrado y sensato -aunque solo esta percepción estuviera limitada al dominio del hogar-, que debía comprender y aceptar las debilidades de su marido, evitando comentarlas a las demás personas para no herir su “orgullo de su cónyuge” generado por su vanidad y su dominante espíritu viril.

La segunda regla se concentró en las manifestaciones de afecto y respeto hacia el esposo, sin importar las circunstancias atravesadas en sus vidas. Esto exigió a la mujer-esposa el profundo estudio de los sentimientos de su cónyuge, para reconocer los diferentes estados emocionales que lo afectaban y aprender a manejarlos con tacto y cordura: si estaba triste necesitaba que ella lo alegrara; si se aburría debía distraerlo; si

deseaba conversar, escucharlo; si quería la soledad era mejor el silencio, sobre todo si era un hombre que “trabajaba con el cerebro”; si desfallecía, su deber era alentarlo; si era celoso, debía curarlo.<sup>259</sup>

Frente a los conflictos y desavenencias presentadas dentro de la relación, las habilidades comunicativas de la mujer fueron fundamentales para subsanarlos, sirviendo como “mediadora”, pero sin olvidar que las decisiones de su esposo también hicieron parte de sus planes. Si él cometía un error, esta habilidad también le permitió informarle su indisposición con amor, sin gritos ni malas palabras, procurando escoger el momento ideal para pensar y discutirlo juntos.

Como siempre se abogaba hacia un comportamiento donde las mujeres constantemente intentaban agradar a sus esposos, todas sus actividades y pensamientos debieron enfocarse en satisfacerlos plenamente, dejando de lado sus inquietudes y sus intereses particulares. Ante todo la esposa era quien debía conocerse a sí misma y las necesidades de su esposo, aunque esto no se hiciera extensivo y obligatorio de éste hacia su esposa. Si bien se defendió el ideario reciente que asimiló el principio de igualdad en las relaciones de pareja, especialmente en la ejecución de las tareas domésticas, en el fondo sutilmente se pretendió conservar los límites entre las actividades propiamente masculinas y femeninas destinadas en este ámbito. La mujer tenía que seguir los consejos de su marido y solicitar su afecto, siempre y cuando él tuviera la disposición y el ánimo para hacerlo. Si se consideraba una “buena esposa”, todos los días debía decirle que lo amaba; jamás se acostaba enojada; lo besaba todas las mañanas; hacía de su llegada al hogar la parte más importante del día, mostrándose fresca, gentil y alegre. Siempre, lo sorprendía con detalles y actitudes diferentes e inesperadas; se mostraba deseosa de compartir el “espíritu aventurero” de su marido, en lugar de tratar de satisfacerle compartiendo solo la vida hogareña; respetaba sus pertenencias privadas; compartía sus intereses haciendo amistades que pudieran agradarle a su esposo; conservaba un buen humor; estaba siempre a su lado y constantemente se hacía exámenes de conciencia para ver sus progresos como “buena esposa”.<sup>260</sup>

---

<sup>259</sup>Deberes de la mujer. En: El Colombiano. Medellín. 29, diciembre, 1968, p. 14

<sup>260</sup>El arte de ser buena esposa. En: Cromos, Bogotá. Abril 13, 1964. no. 2433, pp. 46-48); La esposa que nunca puede cansar al marido. En: El Colombiano. Medellín. 12, octubre, 1961, p. 2, sección 2

Desde un principio, ella debió hacerle entender a su esposo que hacía parte de sus alegrías y tristezas, porque esto garantizaba un constante aumento del amor en la pareja. También estaba en sus manos hacer un hogar grato y alegre, para evitar que él se alejara a través de excusas que justificaran sus llegadas tarde o que buscara otros amigos, cercanos al vicio y las malas costumbres. Por este motivo, insistentemente se exhortaba para sortear errores mínimos como el gasto en lujos extravagantes, molestar al marido en sus momentos de descanso, mirar por encima del hombro a sus antiguas amistades, aislarse de la vida pública de su esposo, entre otros.<sup>261</sup>

Este amor incondicional hacia su marido del mismo modo se tradujo en la necesidad de tratarlo como un “huésped de honor” que merecía la mayor consideración, especialmente en las mañanas cuando debía prepararle el desayuno y acompañarlo sin interrumpirlo, atendiéndolo de buen humor y procurando mantener una imagen impecable y acorde con los gustos del esposo. Tampoco podía caer en la mala costumbre de creer que lo único importante eran los hijos, dejando de lado los deseos del jefe de la casa. Este sentimiento prodigado a su esposo se hizo extensivo igualmente hacia sus parientes y amigos más cercanos, incluyendo la suegra, un personaje a quien debía alabar aunque representara un obstáculo en su relación.

La mujer como compañera sentimental del hombre, si bien ocupaba un papel secundario en el hogar, estaba obligada a brindarle la seguridad suficiente y un apoyo constante en sus decisiones con el fin que él alcanzara sus metas y objetivos, lo cual se traduciría en un triunfo personal para ella: “Piense que la felicidad de Ud. se debe al éxito que tenga con él”, recalca el sacerdote español José Miguel Miranda en la sección “Consúlteme su caso” publicada en *Cromos*.<sup>262</sup> Esta última regla, quizás la más importante dentro del matrimonio, concibió a la mujer como una fuente de inspiración poderosa y de influencia decisiva para los logros de su esposo. Por esta razón, ella debió prepararse adecuadamente para evitar convertirse en una piedra en el zapato, un “lastre” para su esposo que lo llevaría a estancarse en su trabajo, generando un sentimiento de frustración y desilusión en éste hasta convertirse en un factor negativo para la felicidad futura del hogar. De esta forma, no bastaba con cuidar los hijos, arreglar la casa,

---

<sup>261</sup>TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La esposa y su influencia. *En*: El Colombiano. Medellín. 27, enero, 1969, p. 23

<sup>262</sup>MIRANDA, José Miguel. Consúlteme su caso. *En*: Cromos, Bogotá. Marzo 24, 1969. no. 2677, p. 9

consentir al esposo y realizar los quehaceres propios del hogar. Ante todo, ella fue considerada como un estímulo constante en todas las actividades realizadas por éste en su carrera profesional y laboral, tratando de comprender los negocios de su mayor interés, pero sin caer en el error de convertirse en el “insoportable espécimen de la mujer suficiente y pedante”.

Más allá de las cualidades espirituales, físicas y morales de la mujer-esposa, el matrimonio significó para ella la continuación de su antiguo rol de mujer ama de casa, el cual fue realizado cuando aún era una mujer soltera y trabajadora. No obstante, en esta ocasión la mujer-esposa sobresalió por asumir mayores responsabilidades, en la medida que en sus hombros recayó la administración y el cuidado de todo el hogar. Esto último, tal como lo señaló Lipovetsky en *La Tercera Mujer*, fue el resultado de la implementación de un dispositivo de esencia moderna, que tuvo como objeto la racionalización de la vida doméstica en todos los ámbitos.<sup>263</sup>

Dentro de esta dinámica propia de la sociedad moderna, el gobierno del hogar estaba destinado a la mujer, una versión simple del gobierno desarrollado dentro del ámbito público por los hombres. Si bien esta división hundió sus raíces desde la antigüedad, su continuidad a través del tiempo garantizó conservar el statu-quo marcadamente androcéntrico y definido a partir de las características sexuales que delimitaron naturalmente los roles desarrollados por cada individuo en la sociedad.

Pero en esta ocasión, su labor estuvo condicionada a su dignificación como base fundamental para la formación de los futuros ciudadanos del Estado y para garantizar el desarrollo económico del país, en cuanto era la administradora de un “estado en miniatura”, la familia, considerada una prolongación en el ámbito privado del Estado colombiano.<sup>264</sup> De esta forma, como tecnócrata del hogar debió realizar un ejercicio

---

<sup>263</sup> LIPOVETSKY, Gilles. *La tercera mujer*. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, p. 197

<sup>264</sup> Michel Foucault dejó implícita su teoría de los micropoderes al retomar la propuesta de Guillaume de La Perrière, quien definió la existencia de diferentes formas de gobernar de acuerdo con las expresiones cotidianas, religiosas, pedagógicas, políticas. De esta forma, había un gobierno de casa, un gobierno de almas, un gobierno de niños, un gobierno de provincia, un gobierno de convento, un gobierno de familia. A partir de este planteamiento, Foucault afirmó que las relaciones de continuidad eran determinantes en el ejercicio de poder dentro del “Estado de gobierno”, en la medida que se establecieron relaciones entre lo privado (el individuo, la familia) y lo público (el Estado), logrando que se guardara cierta observancia y vigilancia entre ambas esferas a través de los mecanismos de control como la policía. Al respecto, determinó que para ejercer un buen gobierno debía mantener una relación bidireccional: una continuidad ascendente

racional para el bienestar de las personas que estaban a su cargo, el cual exigió el cumplimiento de una serie de normas que fueron estudiadas y aplicadas dentro de un plan que respondía a las circunstancias del espacio doméstico: en primer lugar era importante PREVER cualquier contingencia futura; ORGANIZAR todo lo relacionado con los servicios y accesorios de la casa. La anterior tarea también exigió MANDAR con autoridad, una condición indispensable que requirió energía y paciencia, así como un conocimiento exacto de la forma más apropiada de llevar a la práctica lo ordenado (tacto y diplomacia). Simultáneamente, ella necesitaba CONTROLAR si sus órdenes eran ejecutadas con precisión y COORDINAR las tareas del hogar con las horas y los trabajos de cada uno de los miembros de la familia, con el fin de evitar contratiempos y dificultades que pudieran afectar la tranquilidad y la buena marcha del hogar.<sup>265</sup>

Paulatinamente, esa mujer frágil e insegura se fue transformando en una figura de autoridad dentro del hogar, investida de una misión “utilitaria y productiva” que necesitó de su destreza, habilidad, conocimientos y confianza, para apoyar la labor desarrollada en el ámbito público por el hombre. Bajo esta visión, se esperaba de la mujer-esposa una persona laboriosa y comprometida con los deberes del hogar, no un “adorno” o un “juguete decorativo en la casa” que solo se limitaba a cuidar de su belleza sin hacer algo útil. Como centro del hogar, tenía la obligación de administrar de manera racional la casa mediante el ahorro, la protección y el cuidado de cada uno de los miembros de la familia, la conservación del orden y la higiene, la educación de los hijos, sin dejar de lado ese toque femenino de entrega, dulzura y abnegación que contrastaba con el carácter férreo y varonil impuesto por los hombres. Asimismo, en sus manos estaba la importante labor de servir de relacionista pública en el hogar, una acción que le permitió mantener el contacto con las demás personas, familiares, amigos y compañeros de trabajo de su esposo a través de la ejecución de tareas destinadas al servicio y atención de sus invitados. Con el cuidado de los pequeños detalles durante las reuniones caseras, la mujer-esposa

---

donde un buen gobernante (política) debía cuidarse asimismo (moral) y disponer de la familia (economía); una continuidad descendente donde el estado garantizara a través de la policía su poder sobre el individuo. En consecuencia, existen diferentes formas de gobierno que se entrelazan dentro de la sociedad y el Estado, siendo la forma más reconocida y particularmente estudiada la que aplica a la totalidad del Estado. Esto quiere decir que en la sociedad también el poder se expresa en las prácticas cotidianas y discursos, razón por la cual no puede ser localizado específicamente en una institución particular. FOUCAULT, Michel. Seguridad, territorio, población. México, Fondo de Cultura Económica, 2006

<sup>265</sup>La mujer en el hogar: El manejo de la casa. En: Fabricato al día, Medellín. Enero, 1960. no.8, p.19



aseguraba una buena imagen de su esposo ante las otras personas procedentes del ámbito exterior.

Como el hogar fue considerado un lugar de trabajo especialmente diseñado para las mujeres, este espacio requirió de cierta preparación y técnica con el fin de garantizar una apropiada administración y unas buenas relaciones humanas que le permitirían alcanzar resultados positivos en el hogar. Por este motivo, con el ánimo de conservar intacta esa figura de mujer esposa “ejemplar” o de “esposa ideal”, aún en un terreno un tanto desconocido para las capacidades y habilidades femeninas, se insistió en la necesidad de convertir a las esposas en mujeres a la altura de los requerimientos de sus maridos, procurando eliminar los posibles errores que podía cometer debido a la falta de preparación o de orientación adecuada para enfrentarse a esta exigente situación.

Lo anterior no se lograba totalmente con la buena voluntad que la mujer imprimía en sus actividades hogareñas. También fue necesario el acompañamiento de un grupo de profesionales, quienes se encargaron de impartir una serie de conocimientos técnicos y científicos apropiados para el área doméstica a través de cursos, capacitaciones, programas radiales y columnas publicadas en la prensa.<sup>266</sup> En este sentido, las actividades programadas por el Instituto Colombiano de Administración – INCOLDA-, una entidad de carácter privado encargada de la organización del primer curso llamado “La Gerencia en su casa”, estuvieron destinadas a orientar y capacitar a las señoras de ejecutivos que desearan “perfeccionarse” en el arte de la correcta administración del hogar, aprendiendo a desempeñarse con gracia, eficiencia, tacto y buen gusto “el grato papel de esposas del «hombre importante»». Para cumplir este objetivo, dentro de su programación se incluyeron los temas de "La psicología del hombre", desarrollado por el consultor suizo Denis Von Der Weid; "La organización en su casa" impartido por el experto en Organización y Métodos Octavio Freydell; "La organización del presupuesto hogareño" por Jorge Valencia, director de Mercomum y presidente de Diriventas; "Las relaciones laborales en su hogar" ofrecido por el asistente administrativo de INCOLDA,

---

<sup>266</sup> La llamada “ciencia del hogar” que desembocará en los movimientos relacionados con la racionalización del trabajo doméstico, fue producto de la implantación de un modelo estadounidense llamado “Domestic Science Movement” nacido antes de 1914, el cual se extendió por Europa en los años veinte a través de diversas asociaciones organizadoras de salones del hogar. Para Lipovetsky, la razón de su existencia se halló en la necesidad de convencer a las mujeres-ama de casa de que su papel en el hogar, especialmente en las tareas domésticas, podía ser una actividad creativa y estimulante que requería de sabiduría, inteligencia, sentido práctico y reflexión. LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 199

Santiago Peña Daza, y "Las relaciones humanas en la vida diaria" a cargo de José Roldán Castello, director del Instituto Colombiano de Capacitación Técnica.<sup>267</sup>

Desde el punto de vista económico, la administración eficiente y racional de los recursos del hogar fue definida en la prensa como una de las actividades más importantes desarrolladas por la mujer ama de casa, en cuanto en ella recayó el poder de elección de los diferentes productos comercializados en el mercado que serían consumidos en el hogar. Por esta razón, una buena educación en este aspecto podía permitirle adquirir el tacto y la destreza suficiente para rechazar o elegir los bienes más convenientes en la economía familiar, ante la abrumadora publicidad que promocionaba abiertamente sus falsas ventajas y cualidades. Como parte de un arte que "toda mujer debía poseer", Ruth Miller (corresponsal de NEA) recomendó atenerse a una serie de reglas generales que requirieron de un conocimiento práctico de las necesidades del hogar y de un poco de voluntad, para garantizar una compra que redundara en beneficios económicos y en el bienestar de todos sus integrantes. Antes de ser dominada por las emociones y el espíritu irracional de consumidora compulsiva, la mujer ama de casa debía controlar sus instintos y dejar sobresalir esa "cualidad innata" para comprar solo lo necesario y oportuno, ajustándose a un presupuesto previamente establecido y sin escatimar un estudio de la calidad, utilidad y durabilidad de los productos adquiridos en el mercado.<sup>268</sup>

Esta minuciosa tarea de la administración en el hogar demandó un riguroso programa de planificación, para evitar algún posible error que derivara en un desequilibrio de las finanzas familiares, una acción que podía perjudicar las buenas relaciones y la estabilidad en el ámbito doméstico. Si el hombre se encargaba del trabajo pesado que requería de la fuerza y de su lógica racional suficiente para garantizar el sustento económico de la familia, la mujer ama de casa debió observar una conducta racional, vestigio del espíritu burgués promocionado en el siglo XIX, para maximizar los recursos del hogar siempre con la intención de brindar el bienestar suficiente para cada uno de sus miembros. De esta forma, estaba obligada a conocer con exactitud los ingresos y establecer un presupuesto general a corto o mediano plazo, que se ajustara a los gastos familiares y a las fluctuaciones de los precios en el mercado. Pero su labor no terminaba allí para ella.

---

<sup>267</sup>Cómo gerenciar un Hogar..?. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 8, 1965. no.2513, pp. 18-20

<sup>268</sup>Para ellas. La mujer en el hogar: El manejo de la casa. En: Fabricato al día, Medellín. Febrero, 1960. no. 9, p. 17

Como parte de su política económica fomentada en pro del bienestar del hogar, también se recomendaba buscar nuevos métodos para mejorar los ingresos familiares, bien fuera desempeñando un empleo fuera del hogar, eso sí, sin descuidar los deberes hogareños, o mediante el establecimiento de un negocio casero que aseguraría unas entradas económicas extra en el hogar.

Sus dotes y cualidades para manejar los recursos del hogar no fueron las únicas habilidades desarrolladas por la mujer ama de casa. Ante todo, ella debió sobresalir por sus cualidades innatas para realizar las múltiples tareas del hogar en forma hacendosa, ordenada, sin perder la serenidad e imprimiéndole cierta complacencia y sabiduría para obtener la satisfacción del “deber cumplido”, un sentimiento que se convirtió en el “verdadero premio” de su obra realizada en el hogar. Para empezar, el principal requisito exigió una correcta planificación de su tiempo mediante una agenda acorde con el horario de los demás miembros del hogar, que comenzaba desde las tempranas horas de la mañana.<sup>269</sup> Así, un 50% estaba destinado en el cuidado de sus hijos, un 10% en el cuidado de su esposo, un 30% en la realización de los oficios domésticos. Para que el trabajo doméstico no llegara a ser una tarea abrumadora, hasta el punto de generar enfermedades nerviosas como consecuencia del malestar que generaba su práctica cotidiana, la mujer ama de casa tuvo en sus manos una serie de consejos importantes para reducir el tiempo destinado al hogar, maximizando los resultados de una forma conveniente y siempre guiadas por la máxima: “No haga de los oficios domésticos la meta de su vida, sino un medio para vivir con a usted y a los suyos les gusta”. En primera instancia, la planificación del tiempo y su perfecta ejecución de las labores, condicionaron los resultados favorables que se podían obtener en este sentido. De ahí que ser práctica era esencial no solo para realizar con rapidez el aseo de la casa, sino también para establecer un plan semanal de comidas. Esto último exigió hacer de la cocina un centro racional para manejar los recursos económicos y un lugar digno para propiciar la imaginación y creatividad, en cuanto estaba obligada a maximizar las cantidades de

---

<sup>269</sup>Lipovetsky resaltó que durante siglos las mujeres alternaron las labores domésticas en el interior del hogar, con actividades desarrolladas en el exterior, especialmente entre las clases populares. Sin embargo, en el siglo XIX comenzó a construirse un “modelo normativo” fundamentado en el estereotipo del “ángel del hogar” promocionado en principio entre la clase burguesa, pero que tuvo amplia aceptación en las otras capas sociales. Así nació una nueva cultura que ubicaba en un pedestal las tareas femeninas, idealizando a su vez a la esposa-madre-ama de casa, quien se dedicaba completamente al cuidado de los hijos y la felicidad de la familia, una labor que fue vista por una buena parte de la sociedad como una especie de sacerdocio. LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 191

alimentos, pero sin sacrificar los gustos personales de la familia. Por este motivo, un buen libro de recetas se convirtió en el arma ideal para evitar caer en la monotonía alimenticia y sorprender a sus comensales con deliciosos platos.

La mujer-ama de casa no solo se limitó a las labores domésticas de limpieza y elaboración de comidas. La “ciencia del hogar” igualmente exigió una serie de conocimientos médicos y nutricionales para garantizar la salud y el desarrollo equilibrado de los miembros del hogar. Esto implicó realizar una labor de vigilancia y control de la alimentación para evitar trastornos y enfermedades alimenticias, mediante un régimen equilibrado de comidas que respetara el orden de horario de comidas y las porciones de alimentos recomendadas por los nutricionistas. Asimismo, en el campo de la medicina debió preocuparse por la salud de sus hijos a través del control del peso y la estatura, el cumplimiento estricto de los esquemas de vacunación y la observación de los consejos médicos cuando fuera impuesto un plan de medicación. Como parte del esquema de salud hogareño, su accionar también redundó en su beneficio personal (hacer ejercicio, cuidarse su dentadura, vigilar con regularidad los fenómenos fisiológicos propios de su sexo, cuidar su salud psíquica), en la medida que garantizaba el perfecto funcionamiento del hogar al evitar su ausencia prolongada por una enfermedad.<sup>270</sup>

Pese a los aparentes vientos de cambios que se comenzaron a promocionar en la prensa destinada a un público femenino, la realidad de muchas mujeres amas de casa reveló un mundo limitado hacia el cumplimiento de los deseos ajenos, en pos del bienestar de los Otros representado en los hijos y en el esposo, dejando al margen su realización personal como individuo autónomo. Frente a la generalización de los principios de la sociedad individualista moderna, fundamentados en el deseo y la búsqueda de la realización individual, la mujer ama de casa se constituyó a partir de una acción enfocada en los demás, un “ser exquisito” y dependiente que buscaba su felicidad “*fuera de sí misma*”.<sup>271</sup> Entre los numerosos consejos y recomendaciones publicados en las secciones femeninas, la complacencia del Otro y el abandono de sí misma fueron parte de la regla general reguladora en las relaciones de pareja. En el terreno práctico, esto se tradujo en una especie de sometimiento “voluntarioso” de la mujer hacia su esposo, para evitar las

---

<sup>270</sup>Es Ud. una mujer completa? Test. En: Cromos, Bogotá. Marzo 31, 1969. no. 2678, pp. 24-26

<sup>271</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 193

dificultades generadas por el cambio de su humor que podían alterar la tranquilidad del hogar. Esto último, implicó para ella asumir con una voluntad casi virtuosa y un espíritu de sacrificio las tareas domésticas más simples y complejas, intentando complacer a su esposo en todas sus necesidades:

1. Cuando empieza a ponerse una camisa limpia y descubre que le falta un botón (esto es casi seguro que hará ponerse furioso a un hombre); 2. Cuando descubre que se ha terminado algún producto hogareño como la pasta de (Los esposos suponen que cualquier idiota debe ser capaz de mantener una reserva completa de estos productos necesarios para todos los días del año); 3. Cuando encuentra un hoyo en su calcetín; 4. Cuando tiene que detenerse para mover todo lo que le obstaculiza el camino, antes de que pueda guardar el automóvil (Una de las primeras cosas que debe enseñarle a los hijos por el "bien de la armonía familiar", es no dejar juguetes regados); 5. Cuando se pide más de una vez que haga un quehacer; 6. Cuando le corrige los hechos mientras él cuenta sus historias; 7. Cuando su esposa le tira todas sus posesiones, por muy usadas que estén o que no hayan utilizado durante mucho tiempo, sin pedirle permiso con anticipación (Es un procedimiento largo y desmoralizador, pero lo que hay que hacer es dejar que sus cosas se amontonen hasta que decida por fin hacer algo por sí mismo)<sup>272</sup>

Asimismo, este espíritu voluntarioso necesitó de su abnegación y ternura en el cuidado de los niños, una labor que exigió no solo el cuidado de su higiene personal y la alimentación, sino también su actuación como guía y vigilante en los asuntos personales y escolares de sus hijos, aun cuando ellos tuvieran la madurez suficiente para ser independientes. Incluso, esta labor trascendió a un plano metafísico y espiritual, en la medida que debió preocuparse por los asuntos relacionados con su tendencia religiosa, procurando dirigir sus ideas en el sentido deseado por la sociedad.

Ante esta avalancha de obligaciones destinadas hacia el bienestar de los Otros, el discurso de la moda discretamente y quizás bajo la influencia de las ideas emancipadoras que promovieron un cambio en el estatus político y social de la mujer, intentó reivindicar su poder como dueña de sí misma a través de las rutinas de belleza que correspondieron

---

<sup>272</sup>MILLETT, Ruth. Cosas que Irritan a su Esposo. En: El Colombiano. Medellín. 25, enero, 1968, p. 16

a un 10% de su agenda doméstica.<sup>273</sup> Pese al limitado tiempo disponible, la mujer ama de casa y esposa debió ser eficiente en el programa diario de belleza casero, una acción que se facilitó mediante un examen consciente de sus cualidades físicas, intentando averiguar la última impresión que dejó en su esposo, máxime cuando la competencia femenina fuera del hogar era fuerte debido a la creciente incursión de mujeres jóvenes y solteras dentro del ambiente laboral masculino.<sup>274</sup>

Bajo este panorama, era claro que estas prácticas rutinarias de belleza constituyeron una “retórica sacrificial” enfocada en las normas individualistas del bienestar y la seducción destinadas a los roles tradicionales femeninos. Paradójicamente, esta estrategia aunque pretendió reivindicar el ser femenino frente al dominio masculino, su derecho inherente a ser una mujer femenina, en el fondo estuvo destinado a reafirmar su papel hacia la complacencia de los deseos e intereses de los Otros.<sup>275</sup>

La tarea “agobiante” del hogar, aún bajo los presupuestos anteriores que intentaron hacerle un espacio para el cuidado de sí misma y la expresión de sus intereses individuales, siguió siendo una constante que se prolongará más allá de la década del sesenta. Y esto se evidenció con mayor fuerza en la prensa destinada al público femenino, donde solo se publicaron unas cuantas columnas que cuestionaron las labores domésticas impuestas al rol femenino. Dos aspectos esenciales sobresalieron para criticar la condición tradicional de la mujer. En primer lugar, la continuación de la actividad doméstica aún en los días de descanso y la poca colaboración de los esposos, fueron factores que generaron un sentimiento de infelicidad e insatisfacción en ellas. Se argumentaba que si el esposo tenía derecho a disfrutar del fin de semana realizando una actividad deportiva, olvidándose de sus responsabilidades domésticas, la esposa también debería tener derecho a disponer de este tiempo para realizar sus actividades preferidas. Como parte del reconocimiento de la igualdad en el ámbito doméstico, en este sentido, se promocionó tímidamente un nuevo estatus de mujer ama de casa quien tuvo la potestad para adiestrar y habituar a su esposo e hijos en las actividades caseras, con la esperanza de enseñar lo difícil y ardua que era su labor en este espacio. En caso de fracasar en este

---

<sup>273</sup>Disponga de tiempo para su arreglo. En: El Colombiano. Medellín, 13, febrero, 1968, p. 16

<sup>274</sup>Cromos para ellas: Operación Belleza. En: Cromos, Bogotá. Marzo 6, 1961. no. 2278, pp. 41-43

<sup>275</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 194

intento, la solución era sencilla para las mujeres con recursos económicos: la contratación de una empleada destinada al cuidado de los niños y la organización de la casa.<sup>276</sup>

Siguiendo esta línea crítica, el segundo aspecto estuvo relacionado con la relevancia de la actividad doméstica en su vida, especialmente, cuando se llegaba a la etapa de la madurez, un momento en el cual ella se preguntaba si era necesario seguir luchando hasta el final por sus objetivos individuales o conservar su prestigio de ama de casa ante la sociedad. Ante el paso inexorable de los años, los cuestionamientos se centraron en la sensación de invertir los mejores años de sus vidas en actividades que solo servían para llenar una nota necrológica en la cual se hacía alusión a sus “excepcionales dotes como administradoras del hogar”. Era necesario, entonces, replantear el estado de esta situación para construir un nuevo prototipo de mujer ama de casa, contrario a la imagen del ama de casa tradicional, quien mantenía con “dignidad sus obras”; una mujer-ama de casa que, sin abandonar los oficios domésticos y el cuidado de los hijos en cierto momento de su vida, intentara en su madurez –cuando la “naturaleza la deja físicamente libre”-, explorar otras actividades destinadas a alimentar su espíritu y realizar sus ambiciones personales.<sup>277</sup>

Dentro de este panorama, quedó claro que aún en plena sociedad moderna influenciada por la cultura de masas, la mujer continuaba relegada al espacio privado del hogar como su lugar de realización personal, posponiendo sus sueños y metas en aras del bienestar de los Otros representado en su familia. Este fenómeno bien se evidenció en la prensa destinada para un público femenino en donde, como lo señaló Passerini, el desarrollo de la cultura de masas y las formas de emancipación de las mujeres coexistieron con la permanencia de antiguas formas de feminidad, potenciadas y reconstruidas en los medios de comunicación. Así, la realización individual de la mujer se limitó a un segundo plano como consumidoras potenciales, sin dejar de lado su rol tradicional enfocado en la administración doméstica y la crianza de los niños, representaciones que fueron

---

<sup>276</sup>La industria acaba con el servicio doméstico remunerado. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 15, 1969. no. 2702, p. 41

<sup>277</sup>Sacrificios femeninos que valen y que no valen la pena. En: Cromos, Bogotá. Enero 19, 1970. no. 2717, pp. 24-25

reelaboradas a partir de los discursos médico y científico promocionados por la “industria cultural” del entretenimiento y la publicidad.<sup>278</sup>

Paralelamente con las imágenes de mujer-esposa y mujer ama de casa, coexistió el prototipo de la mujer-madre, en quien se encarnó la figura idealizada de la mujer inmaterial representada en la Virgen María, en la cual se reflejaron las cualidades de una mujer en su máxima expresión como madre, hasta el punto de abandonar sus ambiciones personales:

La madre tiene su centro y su cetro en el hogar. Defenderlo es defenderla. Y como el hogar requiere, esencialmente, calor de mujer, dulzura de feminidad, todo lo que exalte y defienda la feminidad de la mujer, defenderá el hogar, defenderá a la madre. (...) Todo el milagro del hogar está en manos de la mujer: está en vuestras manos. El hogar en un milagro femenino.<sup>279</sup>

Aunque el culto hacia la Madre de Dios tuvo sus orígenes en el siglo XIX cuando el papa Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, en pleno siglo XX esta visión mariana aún tenía influencia en la exaltación simbólica de la imagen de la mujer-madre, como la personificación más cercana del papel definido para las mujeres en las representaciones tradicionales. No obstante, en esta ocasión la figura de la mujer-madre se vio reforzada con los planteamientos propuestos dentro del discurso psicológico y médico, que reivindicaron el papel fundamental de la mujer en el seno del hogar como figura esencial en la formación física y mental de las futuras generaciones, en la medida que su configuración anatómica predispuso su cuerpo y su mente para desempeñarse en el rol de procrear y asumir las tareas derivadas de esta acción (garantizar la salud, la alimentación, la higiene, entre otros). Esta designación del ser madre como un hecho natural y genuino de las mujeres, consecuentemente produjo la negación de su ser individual y la oposición hacia su realización personal en otro tipo de actividades

---

<sup>278</sup> LOZANO ESTIVALIS, María. La maternidad en escena: Mujeres, reproducción y representación cultural. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, pp. 213-215

<sup>279</sup> JUNCO, Alfonso. Defensa del hogar. En: El Obrero Católico. Medellín, 22, mayo, 1965, pp. 6-7)



desarrolladas fuera del hogar, hasta el punto que su reconocimiento y adquisición de un estatus social estuvo en función de los Otros.

Bajo estos planteamientos cimentados en los conocimientos científicos, la mujer-madre promocionada abiertamente en la prensa, discretamente significó el reconocimiento a los discursos legitimadores de un sistema basado en una posición androcéntrica, centrado en la preservación del dominio del hombre sobre los aspectos más importantes de la sociedad. Así, la sobrevivencia de esta construcción simbólica de la mujer aún en pleno siglo XX, garantizó la conservación de un orden heredado de una tradición fundamentada en la figura masculina, diluyendo consecuentemente la figura de la mujer como individuo y ser autónomo en la imagen de la mujer-madre.<sup>280</sup>

Simultáneamente, la representación de la mujer-madre basada en el modelo androcéntrico, determinó la visión acerca de una sexualidad regida por el principio de la castidad y la función reproductora, conservando su cualidad más reconocible centrada en su feminidad y en la exaltación de sus valores morales. Ya desde tiempos pasados, la mujer-madre se había proclamado como la figura contraria a la imagen de Eva pecadora, quien en sus manos tuvo el meritorio objetivo de sacrificarse y consagrarse al cuidado de la especie humana, con el fin de preservarla de las influencias negativas. De esta forma, el prototipo de mujer-madre se configuró sobre unos valores y cualidades lejanos a su ser individual y cercanas a la imagen de compañera, hermana, hija, madre, siempre definida en relación con los Otros y contraria a la figura que la comparaba con un instrumento de placer y un ser propenso a la voluptuosidad de la carne. Por ende, la sexualidad como una parte fundamental de la expresión de su ser femenino, quedó limitada a la expiación de una culpa pasada a través de la figura de la maternidad, ensalzada hasta el extremo para justificar su papel en el seno del hogar.

A raíz de la existencia de esta dicotomía, la mujer aún en plena década del sesenta estuvo sujeta en sus decisiones y acciones al quehacer como madre, una situación que abrió lugar a la discusión de dos aspectos claves definidos por las nuevas circunstancias sociales y económicas en que se desarrolló ella: el control de la natalidad y el ingreso de la mujer-madre a las actividades laborales.

---

<sup>280</sup> LOZANO ESTIVALIS, Op. Cit., p. 126

La reciente aparición de la pastilla anticonceptiva y la popularización de la planificación familiar como parte de la política estatal que intentaba controlar el crecimiento natural de la población en Europa y Estados Unidos, paulatinamente se convirtió en una realidad en Colombia debido a la creciente preocupación por la explosión demográfica y los consecuentes problemas en la salud pública y la economía nacional. Es, por este motivo, que en la década del sesenta se realizaron notables avances en esta materia, como la creación en 1965 de la Asociación Probienestar de la Familia Colombiana (Profamilia) y el impulso de los programas estatales enfocados en la salud materno-infantil, la salud reproductiva y la planificación familiar inscritos en el Plan Nacional de Salud de 1968-1977.<sup>281</sup>

Ante el creciente impulso en materia del control de la natalidad por parte del Estado, las críticas no se hicieron esperar en los sectores conservadores de la sociedad, influenciados notablemente por las teorías defendidas abiertamente por la Iglesia Católica, que consideraba la aceptación de los hijos como un “regalo de Dios” y un “lote de su felicidad” dentro del matrimonio. Su posición radical frente al uso de los anticonceptivos, se concentró esencialmente en negar la trascendencia de dos argumentos utilizados para justificar su uso: el alivio de la tragedia individual encarnado en la pobreza; la gran cantidad de hijos que provocaría un desequilibrio social sin precedentes y, la utilización del pretexto del problema económico como una forma de evadir las dificultades derivadas del “querer hacer del placer la «ley de la vida»”.

Para canalizar la creciente preocupación sobre el número de hijos, la jerarquía católica defendió su posición rígida con respecto a los métodos anticonceptivos artificiales, al señalar que existían otros métodos “naturales” (la continencia total) que no interferían en el desarrollo del ciclo reproductivo femenino y, por lo tanto, no estaban en contra del

---

<sup>281</sup> Estos programas fueron estructurados a partir de los estudios realizados por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) en el ámbito mundial; las investigaciones hechas por ASCOFAME en Colombia; los lineamientos sobre población auspiciados por la ONU en 1967 y las recomendaciones realizadas en la Reunión de Ministros de la Salud en Punta del Este-Uruguay en 1968. Como consecuencia de esto, la década del setenta iniciará con la creación del Consejo Nacional de Población en 1970, una entidad adscrita al Departamento Nacional de Planeación, que para 1973 se llamará Consejo de Población y Medio Ambiente. Este organismo estatal se creó con la finalidad de reducir la morbilidad y la mortalidad materno-infantil, así como la promoción del bienestar de la población mediante la planificación familiar. HERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Mario y OBREGÓN TORRES, Diana. La Organización Panamericana de la Salud y el Estado Colombiano: Cien años de historia, 1902-2002. Bogotá: OPS, 2002. [en línea]. [Consultado: 20 de septiembre de 2012] Disponible en internet: [http://www.col.ops-oms.org/centenario/libro/OPSestado100\\_print.htm#\\_27](http://www.col.ops-oms.org/centenario/libro/OPSestado100_print.htm#_27)

principio de la propagación de la especie como ley universal de origen divino. Siguiendo esta línea moral, el cuerpo médico de tendencia conservadora argumentó que la implementación de los métodos anticonceptivos artificiales, podían generar efectos negativos contra la salud y la moral de las mujeres.<sup>282</sup>

En el fondo del asunto, estas posiciones en contra de los métodos anticonceptivos artificiales, intentaron restablecer el orden “natural” vigente durante varios siglos, una jerarquía donde la mujer ocupaba nuevamente el espacio del hogar y la familia. La razón se halló en el creciente número de parejas divorciadas por la ausencia de hijos, una “limitación violenta y fraudulenta de la natalidad”, señalada como la principal causa del olvido de los valores morales entre los cónyuges, al faltarles el sacrificio necesario para controlar el hábito “terrible” de las pasiones. De esta forma, se podían controlar los instintos primarios al evitarse ciertos comportamientos que atentaban contra el vínculo matrimonial (la infidelidad, la poligamia, la desunión y el adulterio) y la concepción tradicional de mujer. Esta última dejaba de ser un “juguete de placer a la altura de las paganas”, para convertirse en la “reina honorable y fecunda”.<sup>283</sup>

Aunque insistentemente la Iglesia y los sectores sociales conservadores defendieron su posición, la realidad mostraba para las mujeres un conflicto entre sus aspiraciones personales y las representaciones tradicionales que limitaron su accionar a las funciones reproductivas y el cuidado de los hijos en el hogar. En este sentido, no era extraño encontrar el aumento en el número de abortos inducidos entre las estadísticas hospitalarias, así como la creciente tendencia hacia la aceptación en el uso de tabletas anticonceptivas revelado a través de las encuestas y estudios realizados por las facultades de medicina. Todo lo anterior estuvo acompañado de un número cada vez mayor de mujeres que visitaban las instituciones oficiales y privadas, buscando una asesoría relacionada con la planificación familiar, un fenómeno precipitado en gran medida por la desfiguración de la imagen paterna que intervenía en la vida familiar en forma discontinúa o periférica, dejando la responsabilidad de la crianza a las mujeres.<sup>284</sup>

---

<sup>282</sup>Los médicos de Antioquia en defensa de la moral femenina. En: El Obrero Católico. Medellín. 3, octubre, 1965, p. 10

<sup>283</sup>Se justifica el control de natalidad?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 11, 1965. no. 2509, pp. 10-11

<sup>284</sup>La mujer se derrumba físicamente bajo el peso de embarazos sin pausa. En: Cromos, Bogotá. Febrero 25, 1967. no. 2575, pp. 6-7

Un ejemplo de esta situación contraproducente fue “Isabel”, esposa y madre de cinco hijos, quien se hallaba en la dicotomía entre el uso de anticonceptivos y la posibilidad de utilizar los métodos naturales recomendados por la Iglesia, de dudosa efectividad por su limitado margen de protección. Ella, aunque cuestionara su eficacia, no deseaba trasgredir los mandatos morales y prefirió asumir una actitud de resignación ante la posibilidad de un nuevo hijo, justificando su posición en la creencia popular que afirmaba: “cada hijo traía el pan en sus brazos”.<sup>285</sup>

Para una mujer aspirante a un grado profesional, casada y con tres hijos, la posición de la Iglesia frente a la procreación situó a las mujeres católicas en un escenario “imposible”, hasta el punto que su doctrina sobre el control de natalidad podía generar problemas matrimoniales. Para ella era claro que la defensa del método natural como el único válido dentro del matrimonio cristiano, era el causante de muchos sinsabores en la vida conyugal, el cual le quitaba al matrimonio la alegría y la espontaneidad en los encuentros sexuales al existir la posibilidad de procrear un nuevo ser humano, como consecuencia de la alta tasa de fracasos derivados de este método. Si bien argumentaba que las parejas podían superar la dificultad de traer una nueva vida al mundo, esta situación en el futuro planteaba “problemas insolubles a la pareja”, porque ambos se mantenían en un estado de constante tensión e inseguridad, de rabia y resentimiento contra los hijos no deseados. Adicionalmente, afirmó que la práctica de este método en la pareja generaba unas relaciones “desfiguradas” y “antinaturales”, donde a la mujer se le otorgaba literalmente el puesto de “policía del lecho conyugal”, convirtiendo al marido en una especie de “adivino” de las señales positivas y negativas del ciclo menstrual.

Más allá de esta posición centrada en la realidad de la vida matrimonial, sus planteamientos llegaron a cuestionar filosóficamente la viabilidad de su ley natural, en la medida que vinculaba naturalmente el sexo y la naturaleza ideal del acto, es decir, lo que era el sexo como acto biológico y lo que debería ser una relación amorosa entre dos seres humanos. En este punto, para ella era claro que la doctrina de la Iglesia simplemente adoptaba estos dos significados en conjunto, sin separarlos, olvidándose que el deseo de amar no necesariamente estaba ligado al deseo de procrear: “No se trata apenas de un asunto de “controlar las pasiones. (...) Me parece que la posición de la

---

<sup>285</sup>Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 19, 1960. no. 2269, p. 57

Iglesia descansa sobre una pobre definición de la "naturaleza" de las relaciones en sí. Como mujer no puede confiarle su destino al azar biológico. Como mujer que está tratando de crear un feliz equilibrio de trabajo y familia, no puede convertirse en una "máquina productora de bebés".<sup>286</sup>



**PROBLEMA CONYUGAL**  
De fácil solución para vivir sin preocupaciones !

El Conception Days INDICATOR, único aparato de precisión importado de SUIZA, calcula los días fértiles o no de cada mes, aún en casos irregulares sin necesidad de contacto. Basado en el método más seguro, más científico, más natural. Aprobado por las autoridades religiosas.

**VENTAS EN BOGOTA: DROGUERIA MEDICA**  
Carrera 13 N° 20-08. Apartado Aéreo N° 51-03.  
Despachos por correo a cualquier parte del país.  
Pida folleto informativo y con gusto lo enviaremos.

Ilustración 7

Anuncio anticonceptivo en *Cromos*, Bogotá. Marzo 23, 1964. no. 2430, p. 33

<sup>286</sup>Una madre católica dice: Por qué creo necesario el control de la natalidad. *En: Cromos*, Bogotá. Julio 20, 1964. no. 2447, pp. 30-32

Este debate abierto entre el uso de los cuerpos femeninos como elementos destinados al placer individual o instrumentos de la procreación humana, trascendió el plano de la sexualidad para definir su papel de madre “buena” o madre “mala”, frente a las nuevas ocupaciones y responsabilidades que debieron asumir como mujeres trabajadoras y mujeres profesionales. Las críticas generadas en este asunto pronto se hicieron sentir en la prensa, especialmente entre los sectores tradicionales que, bajo los parámetros de la Iglesia, promocionaron abiertamente una concepción de la mujer ligada al espacio hogareño, quien limitaba su rol al cuidado, educación y protección de la familia.

La principal contradicción al orden natural impuesto por Dios y magnificado en la figura de la Virgen María se halló en la imagen de la “mujer moderna”, en la cual se encarnaron los valores y actitudes negativas propias de una “mala mujer”, un modelo que aparentemente comenzó a dominar como producto de su ingreso en el mundo público. En este sentido, las miradas recayeron principalmente en la categoría de las jóvenes esposas, quienes aparentemente fueron criadas en una época de transición caracterizada por las crecientes contradicciones relacionadas con el rol femenino, en gran parte, producto de los “vientos de cambio” procedentes de otras latitudes que defendieron un nuevo modelo de mujer, constituido a partir de la defensa de la igualdad y su autonomía.

Pero ¿cuáles actitudes dominaron este prototipo de mujeres para catalogarlas como seres de naturaleza pecaminosa y corrompida? Frente a las actividades que debieron realizar las mujeres en la década del sesenta en el campo laboral o educativo, la crítica se dirigió específicamente a la permanencia en su ser de un espíritu hedonista, en el cual se exaltaba su cuerpo a través de la belleza física y la moda, como una forma de satisfacer su ego ante las miradas complacientes de los hombres. Otra característica propia de las mujeres modernas hizo alusión a su creciente materialismo, quizás fomentado por la influencia de la sociedad de consumo que centró su interés publicitario en ellas como figuras importantes en el consumo de bienes, en cuanto tuvieron la posibilidad de ganar y manejar sus ingresos según sus intereses, sin estar sujetas a las decisiones ajenas.

Su incorporación en el mundo laboral y la educación superior, también significó para este prototipo femenino su alejamiento de una vida cercada por el mundo doméstico, en la medida que permaneció gran parte de su tiempo fuera del hogar, realizando diferentes

actividades lejanas a las que dignificaron su condición de mujer virtuosa en el pasado (la maternidad, la educación de los hijos, el cuidado de su esposo). Esta nueva condición, no solo afectaba a la familia por el abandono de su máxima figura, sino también por las implicaciones negativas que podían afectar su comportamiento, en gran medida, generalizadas gracias a la debilidad de su carácter que la hicieron propensa a las libertades y “bajeza de pasiones” procedente de un mundo dominado por el hombre.

Paradójicamente, algunas mujeres defendieron abiertamente el antiguo modelo basado en la imagen simbólica de la Virgen María, en la cual se resaltaron las cualidades inherentes a toda mujer cristiana, que esperaban fueran preservadas en nombre de Dios y de la sociedad aun frente al embate de las tendencias modernas. La negación de un presente cercado por el creciente dinamismo de la mujer en el mundo exterior y el peso de las representaciones sociales tradicionales, también se hicieron evidentes cuando afirmaron la imposibilidad de hacer una tabla rasa del pasado que significaría el olvido de las normas y tradiciones que durante siglos constituyeron las bases de la familia y la sociedad.

La creciente insistencia en la preservación de las cualidades de una mujer cristiana, también encontraron contradictores entre un sector de la sociedad que, sin caer en pensamientos extremos ni radicales, profesaron abiertamente la exploración de un nuevo prototipo de mujer definido a partir del reconocimiento social de su ser individual, más allá de los modelos tradicionales que limitaron su accionar a ciertas actividades destinadas al ámbito doméstico y hogareño, y a los intereses encaminados a la preservación de un mundo regido por los hombres. En este punto, la defensa se centró en el intento por reconstruir, a partir del desprestigio de ciertas bases sociales que no se acomodaban a unas circunstancias diferentes al pasado, unas relaciones humanas fundamentadas en el principio de la igualdad y la reciprocidad entre los sexos. En el caso específico de la madre, las representaciones tradicionales centradas en su rol desempeñado en el hogar, revelaron abiertamente los prejuicios y tabúes que impidieron durante siglos su realización personal, al socavar su espíritu a la aprobación y aceptación de los Otros representados en la familia y en la misma sociedad. Tal posición no implicó el abandono de su rol de esposa o miembro de la familia, sino más bien la posibilidad de desarrollar un papel conforme al contexto “moderno”, como sujeto responsable de sus actos y sin dependencia

de ninguna índole hacia otra persona (sicológica o material). Contrario a la posición crítica acerca de la “mujer moderna”, esto conllevó un ejercicio de responsabilidad y de conciencia alejada de esa imagen tradicional cercana al universo de la frivolidad y la superficialidad. Solo así, la “mujer moderna” entraría segura de sí misma a un mundo ajeno que durante tantos siglos había sido negado.<sup>287</sup>

#### **4.4 EL NUEVO ESTATUS DE LA MUJER SOLTERA Y DIVORCIADA**

Frente a las figuras representativas femeninas que conformaron el trinomio de mujer-esposa, mujer-madre, mujer ama de casa, sigilosamente aparecieron en la prensa imágenes de mujeres que optaron por un tipo de vida diferente al matrimonio, gracias a la generalización de ciertas tendencias ideológicas, sociales, políticas y económicas derivadas de la creciente industrialización en las principales ciudades del país y del paulatino proceso de apertura económica de Colombia hacia los mercados internacionales.

Uno de estos prototipos femeninos era la mujer-soltera, considerada tradicionalmente como una víctima de las circunstancias que impidieron su realización como mujer (las enfermedades, las exigencias de un ideal muy alto, la dificultad para encontrar un hombre adecuado, los defectos temporales y la educación). Así, su figura encarnó la resignación y la entrega absoluta a la Providencia de Dios, en cuanto su vocación universal le asignó el papel de entregarse abnegadamente por medio de su labor afectiva a las personas cercanas (amigos, familia, sociedad), una actitud que aunque significó el olvido de su felicidad y de sus intereses personales, fue merecedora de un reconocimiento social por encima del rol desempeñado por la mujer-esposa y mujer-madre, quienes encauzaban todo su amor y afecto hacia un fin más egoísta: el cuidado de la familia.

Si bien el estatus de la mujer-soltera tradicional tuvo un fin loable por su excelsa labor de sacrificio y trabajo abnegado en la familia y la sociedad, en el fondo mostró una realidad

---

<sup>287</sup>Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Junio 12, 1961. no. 2292, p. 49



caracterizada por el temor constante a la influencia negativa derivada de su condición, en cuanto fue una mujer que no estaba sujeta a la protección y dominio de un hombre como esposo. Ante la avalancha de posibilidades que podía descubrir gracias a su condición de mujer libre, la mejor alternativa para protegerla de las posibles tentaciones en su vida, consistió en la entrega de sus servicios y protección a las personas cercanas a su círculo social, sacrificando sus intereses personales en pos de la realización de Otros.<sup>288</sup>

Aún frente a las nuevas tendencias que proclamaron abiertamente un espíritu más libertario y moderno con respecto a las condiciones y opciones de vida para las mujeres, el ideal tradicional de mujer-soltera se conservó como signo de la prevalencia de las representaciones antiquísimas sobre el sexo femenino, ante las pocas alternativas que pudieron explorar en el ámbito profesional y laboral para realizarse como persona individual y ante la presión social que mostraba el matrimonio como la etapa más importante de sus vidas. Por esta razón, este prototipo femenino debió afrontar el señalamiento de los hombres y de otras personas de la sociedad, quienes con notable preocupación observaron que ellas conservaban su estatus de no casadas, algo que estaba en contra del orden establecido en la sociedad.

Socialmente se estableció el momento ideal para casarse cuando la mujer pasaba de la niñez a la adolescencia, la llamada “juventud dorada”, considerada una etapa donde la jovencita iniciaba su vida de adulta y podía asumir nuevas responsabilidades relacionadas con el cuidado de un hogar. Paradójicamente, este periodo coincidió con la explosión del temor constante a la soltería, en gran parte, propiciado por la presión familiar de la madre y las personas más cercanas, quienes continuamente le expresaban la importancia de encontrar un “buen marido” en el menor tiempo posible para alcanzar su felicidad y asegurar su futuro económico lejos de su familia paterna.

En estas circunstancias, para las mujeres que todavía no habían “superado” su estatus de solteras, la presión social significó un motivo para sentirse incómodas al ser objeto de señalamientos, especialmente por parte de los hombres, quienes sin ningún reparo ni discreción preguntaban acerca de los motivos personales para conservar su estatus de mujer-soltera. Así se hizo evidente en el siguiente artículo publicado en *El Colombiano*, en

---

<sup>288</sup>TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La mujer soltera y su destino. *En*: *El Colombiano*. Medellín. 15, enero, 1968, p. 21

el cual se denunció la tendencia generalizada entre los hombres de cuestionar esta condición: "A ninguna mujer le gusta que le pregunten por qué no se ha casado, así se trate de la más bonita. No lo hagan. Es verdaderamente insultante y fuera de lugar. Toda soltera se sentirá ofendida con justa razón".<sup>289</sup>

Pero ante una época marcada por las nuevas tendencias sociales, procedentes de los modelos extranjeros de Estados Unidos y Europa que se propagaron a través de los medios de comunicación y el cine, las jóvenes tuvieron la posibilidad de explorar otras alternativas diferentes al matrimonio, al menos en los años juveniles, sin sentirse relegadas en un segundo plano por su condición civil. De esta forma, múltiples opciones surgieron como una forma de reivindicar su condición de mujer en cuanto ser individual y único, capaz de realizar sus sueños e ideales sin necesidad de afrontar una condición impuesta socialmente a través del tiempo. En contraposición a la mujer-esposa, que relegaba sus intereses personales para cumplir con las múltiples responsabilidades asumidas en el hogar, la mujer soltera tuvo la posibilidad de disfrutar de cierta libertad - aunque restringida en esta etapa - para desarrollar una carrera apasionante; un trabajo interesante que le proporcionara cierta independencia económica o practicar una actividad de su interés (el arte, la lectura; la práctica de un deporte; la posibilidad de viajar; la vida social).

Contrario a la presión social que estableció la juventud como el momento más oportuno para comenzar la búsqueda de un posible candidato, un sector de la sociedad influenciado por unas ideas un tanto liberales, comenzó a exhortar a las jovencitas para disfrutar de esa etapa de sus vidas, sin precipitarse en decisiones radicales que podían socavar su libertad e independencia. Con este tipo de recomendaciones, entonces, se cuestionó el deseo de los padres de ver a sus hijas felizmente casadas en un corto plazo, resaltando los efectos negativos que conllevaría esa búsqueda derivada de la obligación de cambiar su estatus civil: en el plano de las relaciones interpersonales, se destacó la aparición de múltiples dificultades para entablar una relación de amistad con el sexo opuesto, en cuanto la muchacha se olvidaba de su espontaneidad al hallarse más

---

<sup>289</sup>La mujer, el hogar, la moda: El casarse no es cuestión personal. En: El Colombiano. Medellín. 17, noviembre, 1960, p. 7, sección 2

preocupada por buscar el candidato ideal para casarse. En el caso de las amigas, su obsesión podía llevarla a catalogarlas como posibles rivales de una lucha sin cuartel.

Y, aunque la cuestión esencial no radicó en negar el destino “natural” de la mujer como parte de una familia conformada por un esposo e hijos, si se esperaba una conducta femenina más abierta con respecto al pasado con el fin de reivindicar el concepto de la mujer-soltera frente a la imagen tradicional, que la relacionaba con un ser envuelto en una situación dolorosa e insoluble. A su vez, esto significó el rechazo de los términos despectivos que hicieron mofa de su estado civil (“solterona” o “quedada”), como parte de un espíritu moderno que comenzó a prevalecer en la sociedad y en el cual se dejaron atrás los antiguos cánones que moldearon las actitudes y la personalidad de cada individuo. En este sentido, quizás el logro más importante de la revalorización de las mujeres-solteras, fue la eliminación de la carga impuesta socialmente por la ausencia de otra persona en sus vidas (un esposo), lo cual permitió la exploración de su faceta más íntima como seres valiosos que llevaron con valentía, gallardía, sin amargura y complejos su condición de mujer-solitaria.<sup>290</sup>

Dentro de esta dinámica propia de la década del sesenta, también hizo su aparición con un gran ímpetu la mujer-divorciada, un prototipo femenino en el cual se evidenció la trasmutación de las representaciones tradicionales, hacía otras representaciones que fueron el signo característico de una época más cercana a las mujeres: la liberación femenina y el comienzo de la reivindicación de su ser individual, por encima de los roles asignados previamente por la sociedad.

En el pasado, la mujer-casada que asumía el estatus de mujer-divorciada, fue objeto de imágenes y estereotipos negativos que la relacionaron con el símbolo de la “tentación suelta”, en cuanto se creía que al liberarse del “yugo matrimonial” comenzaba a tener actitudes más abiertas, contrarias a las buenas costumbres y los valores morales. Por otra parte, se pensaba que su dimensión como mujer-madre cambiaba inevitablemente bajo esta condición, al convertirse en un ser abyecto y egoísta, capaz de abandonar a su familia e hijos para alcanzar su felicidad personal. Pero en una época influenciada por los modelos extranjeros que reclamaron los derechos y las garantías legales para el sexo

---

<sup>290</sup>Problemas de mujeres: ¿Teme ser "solterona"?. En: Cromos, Bogotá. Mayo 4, 1964. no. 2436, pp. 42-43

femenino, el panorama comenzó a cambiar para este prototipo de mujer ansiosa de tener un reconocimiento social positivo por su condición civil de divorciada.

De esta forma, quienes ya se habían casado encontraron nuevas posibilidades de explorar diferentes alternativas a su estado civil que se perduraba durante toda la vida. Y aunque los debates con respecto al divorcio fueron un punto álgido de discusión en el Congreso, la prensa y las calles de las principales ciudades del país, algunas mujeres por su cuenta decidieron arriesgarse para poner en tela de juicio el dominio de los esposos y su subordinación como mujer-esposa. La cuestión radicó en el reconocimiento legal y social de un concepto de matrimonio, entendido como una etapa de la vida que se podía interrumpir si las circunstancias así lo ameritaban, y no como un sacramento que “condenaba” a las mujeres a vivir a perpetuidad bajo una condición de subordinación, tal cual había sido planteado por los grandes jefes de la Iglesia León XIII y Pío X, para justificar su posición dentro del hogar: el varón como jefe de familia es cabeza de la mujer, quien debe estar sujeta a obedecer al compañero, pero no como sierva. De esta forma, ambas figuras representan a Cristo (autoridad) y la Iglesia (obediencia); Cristo es cabeza de su Iglesia y, por lo tanto, el varón es cabeza de la mujer.<sup>291</sup>

La periodista Ofelia de Wills, al respecto, desvirtuó la idea en la cual se afirmó que los matrimonios actuales eran más infelices por el hecho de divorciarse. Su posición basada en los hechos sucedidos en esta materia dentro del ámbito internacional, le permitieron aseverar que era un fenómeno de repercusiones mundiales propio de una época donde las mujeres habían cambiado su actitud frente a la vida y a la posibilidad de buscar su camino de la felicidad por fuera de este estado cuando así se requiriera. No obstante, según Wills esto no hubiera sido posible sin la transformación de los presupuestos que regían a la sociedad tradicional, que dejaron a un lado las connotaciones y estereotipos negativos acerca de esta condición, para comenzar a aceptarlo mediante el cambio de las leyes y las representaciones sobre el divorcio. De esta forma, el divorcio ya no fue concebido como el obstáculo a la felicidad perpetua del matrimonio, sino que fue considerado una alternativa necesaria ante las dificultades insalvables presentadas en la vida matrimonial.

---

<sup>291</sup>León XIII dio a conocer el 10 de febrero de 1880 la Encíclica “*Arcanum Divinae Sapientiae*” sobre la familia y el matrimonio cristiano. Más adelante, Pío XI publicó el 31 de diciembre de 1930 su posición acerca del matrimonio cristiano y las relaciones conyugales en la Encíclica “*Casti connubi*”.

Con estas palabras, la mujer comenzó a vislumbrarse como un actor activo para tomar sus propias decisiones, dejando de lado una actitud centrada en la resignación ante las dificultades en la unión conyugal. Esto significó la posibilidad de exigir que el matrimonio fuera una realidad basada en la igualdad, en el respeto y el reconocimiento de las aspiraciones personales femeninas, con lo cual se dejó sin piso los antiguos esquemas que limitaron su accionar y posición personal, en función de las decisiones de su cónyuge: "Ya no se conforma ella con ser la persona confinada a las cuatro paredes del hogar, que obedece órdenes de un hombre que sí tiene derecho a desarrollarse plenamente como ser humano".<sup>292</sup>

Dentro de esta dinámica existió una diferencia fundamental entre las mujeres-esposas antiguas y las mujeres-esposas modernas, con respecto a la visión de un matrimonio infeliz y dominado por el maltrato de sus cónyuges. En el caso de las mujeres-esposas modernas, su actitud frente a esta situación les permitió tomar una decisión sin tener en consideración la edad para hacerlo. Así, la mujer cuando llegaba a la edad madura y terminaba su tarea de cuidar y educar a los hijos, encontraba en esta opción la posibilidad de rehacer su vida con otra persona o de comenzar la vejez tranquilamente y sin preocupaciones en este sentido. Por otra parte, las mujeres-esposas modernas optaron por esta decisión para aclarar su situación civil en la sociedad, siendo movilizadas en gran medida por la adquisición de una conciencia que no solo se limitaba al reconocimiento de sus derechos, sino por una personalidad fortalecida para exigir su cumplimiento cuando una situación fuera intolerable en el matrimonio. Lo anterior no hubiera sido posible sin la educación y la entrada creciente de las mujeres en el mundo laboral, lo cual permitió disponer de sus propios recursos económicos para subsistir después de la separación de sus esposos.

Como parte de este último grupo se encontraba doña Julia Mancera de Camargo, líder desde varios años atrás de la campaña pro-divorcio que tuvo notables repercusiones dentro de la Comisión Primera del Senado, encargada de reglamentar el matrimonio civil en Colombia. Mancera de Camargo, siendo una mujer separada, quiso hacer un llamado de atención a la sociedad colombiana acerca de la necesidad de reglamentar el divorcio para solucionar los conflictos conyugales dentro de los límites de la ley, con lo cual se

---

<sup>292</sup> WILLS, Ofelia. Las mujeres ante el divorcio. En: Cromos, Bogotá. Febrero 2, 1970. no. 2719, p. 21

evitarían numerosas situaciones “inmorales” como el adulterio, el matrimonio en el extranjero de “dudosos efectos legales”, el abandono del hogar y el uxoricidio. Desde el punto de vista político, señaló que si Colombia era una sociedad democrática, debía garantizar esta posibilidad con el fin de fortalecer y dignificar la institución familiar dentro de un marco legal y no mediado por un “contrato vitalicio” que pretendía negar una realidad marcada por los problemas conyugales. Más allá de esta posición de orden moral y legal, Mancera pretendió concientizar a las mujeres y a la sociedad acerca de las secuelas traumáticas generadas dentro de un “matrimonio desgraciado”.<sup>293</sup>

Pese a los reclamos de un número cada vez mayor de mujeres como Julia Camargo de Mancera (divorciada) y otras que aún disfrutaban de las “mieles del matrimonio”, en la práctica su situación civil se mostró un tanto difusa en el momento de reclamar sus derechos cuando la unión marital fuera insostenible. Aunque en la prensa y en el Congreso se había iniciado una cruzada para el reconocimiento legal del divorcio, las posiciones en contra de este proyecto no se hicieron esperar, principalmente por parte de la Iglesia Católica y los sectores conservadores, que lo catalogaron como una ley en contra de las leyes divinas. La columnista Anna de Karpf, en una entrevista realizada a un miembro de la Iglesia Católica sin identificar, acusó a esta institución religiosa de coaccionar al parlamento y al gobierno cuando fueron propuestas las enmiendas sobre la condición legal de la mujer en Colombia. Para justificar su punto de vista, denunció la oposición del Cardenal Luis Concha Córdoba hacia este proyecto, o el pronunciamiento realizado por parte de la Jerarquía Católica que exhortaba al parlamento a rechazar el proyecto de matrimonio civil y divorcio presentado por el senador Iván López Botero en 1965.<sup>294</sup>

Desde esta posición crítica, el argumento principal para defender el divorcio se centró en la figura de la inferioridad femenina en el matrimonio o, en otras palabras, la llamada potestad marital que asignó un papel dominante del hombre sobre su pareja, quien fue catalogada legalmente “menor de edad”. Los fundamentos teóricos que sustentaron este tipo de mandatos legales estuvieron vinculados directamente con la posición de la

---

<sup>293</sup>Problemas que nos agitan: El divorcio es para quienes lo necesitan. En: Cromos, Bogotá. Octubre 4, 1965. no. 2508, pp. 10-12

<sup>294</sup>La inferioridad de la mujer en el matrimonio. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 7, 1966. no. 2562, pp. 5-7

Iglesia<sup>295</sup> y la vigencia del Concordato que, al contar con el aval de esta importante institución religiosa, fueron adoptados legalmente como un paradigma para justificar la subordinación de la mujer frente a las decisiones de su esposo. Esta relación de subordinación sustentada en esta figura legal, igualmente se hizo extensiva durante la separación al solicitarse el “depósito de la mujer”, un tipo de presupuesto legal que aunque era ideado para proteger a la mujer separada de la calumnia y la insidia social, en el fondo estaba fundamentado en el reconocimiento de su minoría de edad, en cuanto se consideraba “peligrosa” para la estabilidad del hogar al abolir el “deber de obediencia” de la mujer.<sup>296</sup>

Pese a los cuestionamientos expuestos por un sector de la sociedad que reclamaron el reconocimiento de los derechos femeninos como un hecho primordial dentro de un estado democrático, una buena cantidad de mujeres todavía estuvieron sujetas a las ideas promocionadas abiertamente por la Iglesia y los sectores conservadores, debido a su ignorancia en este materia o al temor de socavar un orden social establecido según las “leyes divinas”. En este sentido, algunos sectores femeninos consideraron que la legalización del divorcio sería contraproducente para la sociedad, en la medida que los tribunales no eran objetivos y conscientes al juzgar una demanda elaborada irresponsablemente para “dañar un hogar”. Otras, movilizadas desde una posición moral, argumentaron que la acción más correcta consistía en aceptar con resignación un matrimonio infeliz como parte del proyecto divino. Desde un punto de vista más práctico, cierto grupo de mujeres se sintieron incapaces de subsistir sin el apoyo económico de un hombre, mientras otras estimaron desde una posición más sentimental y dependiente, que sus maridos podían rehacer sus vidas al lado de otra persona, sintiéndose ellas incapaces de hacerlo por las connotaciones negativas que aún existían en la sociedad acerca de la mujer-divorciada.

---

<sup>295</sup> La Iglesia fundamentó su posición con respecto a la indisolubilidad del matrimonio en las palabras de Jesús, cuando le preguntaron algunos fariseos acerca de la legalidad de separarse un hombre de una mujer: “¿No habéis leído que el creador desde el principio los hizo macho y hembra, y que dijo: Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne? De tal manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre” (Mt, 19, 3-9). Más adelante, San Pablo ratificará esta posición al señalar: “A los casados les mando (es decir, no yo, sino el Señor) que la mujer no se separe del marido; y si se separa, que no se case o que se reconcilie con su marido; y que el marido no se divorcie de la mujer” (I Carta a los Corintios 7, 10-11)

<sup>296</sup> DE KARPFF, Anna. La inferioridad de la mujer en el matrimonio. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 7, 1966. no. 2562, pp. 5-7

Paradójicamente, los fundamentos teológicos sobre la potestad marital dejaron de tener un poco de relevancia en una nueva corriente surgida en la Iglesia, que intentaba conciliar las enseñanzas del cristianismo con las corrientes democráticas contemporáneas que reconocieron el principio de igualdad en los sexos. Esta posición se tradujo en la crítica a la interpretación literal de algunos pasajes de la Biblia (San Pablo, el Génesis) sin tener presente su contexto histórico, con los cuales se pretendió mantener los rasgos de subordinación de la mujer y la conservación del estatus-quo. Asimismo, en el campo práctico significó el reconocimiento del matrimonio como un sacramento indisoluble solo para los católicos y la aceptación de las uniones matrimoniales civiles, aún por encima de lo consagrado en el Derecho Canónico. De igual forma, la aprobación del Concilio Vaticano II de la “Declaración sobre la Libertad Religiosa” el 7 de diciembre de 1965, fue también un avance importante en esta materia, al separar los poderes civiles y religiosos mediante la negación al apoyo de los siete concordatos vigentes en el mundo (España, Italia, Portugal, Austria, Alemania, Santo Domingo y Colombia), una acción con la cual se oficializó la separación de los poderes civiles y religiosos, abriéndose las puertas hacia una legislación más acorde con los requerimientos de un mundo permeado por los idearios de igualdad social y sexual.<sup>297</sup>

La situación contradictoria evidenciada dentro de la misma Iglesia, hasta cierto punto mostró una realidad social que dejó sin piso la posición radical contra el divorcio promovida por el sector más conservador de esta institución, para comenzar a aceptar la existencia de un tipo de divorcio comparable con una “costumbre tolerable”, que intentaba hacerle contrapeso a los crecientes casos de adulterio, abandono del hogar, natalidad ilegítima, poligamia extralegal, irresponsabilidad paternal y uxoricidio, generados a raíz de una visión tradicional que pretendía mantener la indisolubilidad de este sacramento por encima de todo.

Como consecuencia de la presión ejercida por ciertos sectores de la sociedad en el reconocimiento de los derechos de la mujer, el Estado colombiano intentó subsanar esta situación mediante la expedición del Decreto 1260 de 1970, la cual abrió la posibilidad de llevar el apellido de soltera y de ser responsable individualmente de sus actos; la Ley 20

---

<sup>297</sup>DE KARPFF, Anna. La moral, el divorcio y la Iglesia moderna. En: Cromos, Bogotá. Julio 25, 1966. no. 2547, p. 13



de 1974 que separó la legislación civil de la religiosa, especialmente en los juicios de separación de cuerpos; la Ley 24 de 1974, que otorgó la igualdad jurídica de la mujer con respecto al varón y, el Decreto 2820 de 1974 que eliminó definitivamente la figura de la potestad marital y formalizó el principio de la igualdad para ambos sexos en el seno familiar. A pesar de los avances en esta materia, el Estado solo reconoció legalmente el divorcio civil a través de la expedición de la Ley 1a de 1976, con lo cual se hizo evidente la continuidad y el poder de las representaciones tradicionales en el ámbito gubernamental.<sup>298</sup>

#### 4.5 ACERCA DE LAS MANIQUÍES Y LAS REINAS

Frente a las imágenes de mujeres en la cotidianidad de sus hogares o realizando sus actividades laborales, dentro del rutilante mundo de la moda apareció un prototipo de mujer ajena a esta realidad, quien se desenvolvió con soltura y elegancia en el mundo social mediante la exhibición de su cuerpo, como si fuera el mejor medio para promocionar las recientes creaciones de los diseñadores, casas de moda, almacenes y las industrias de textiles. Ella era la modelo, mejor conocida en el mundo de la moda como el maniquí, considerado el “colaborador último” dentro de un proceso enfocado en la creación de una prenda única que resaltaba las tendencias del momento. El prototipo de la mujer-modelo encarnó una forma modernizada de mujer originaria de la industria de la moda, utilizada por los creadores o “magnates de la moda” para exhibir con soltura y elegancia sus últimas colecciones en los desfiles de modas, algo que no pudieron realizar las mujeres trabajadoras corrientes, al carecer del encanto y la belleza necesarios para convencer a un exigente público femenino que hizo de la moda el mejor artilugio para transformarse y realzar su personalidad.<sup>299</sup>

---

<sup>298</sup> GIRALDO GÓMEZ, Alicia. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. En: Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Medellín. Septiembre-Noviembre, 1987, vol. 38, no. 250. [en línea] [Consultado: 3 de agosto, 2012] Disponible en Internet: [http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11\\_306688912.pdf](http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11_306688912.pdf)

<sup>299</sup> ¿Las maniqués que observó Colette están muy lejos de las que reviven la "moda del charleston" en 1961?. En: Cromos, Bogotá. Julio 17, 1961. no. 2297, pp. 29-32

Esta característica única de la modelo, señaló Lipovetsky en su libro *La tercera mujer*, estuvo centrada en la emulación de su belleza para-la-moda y no para-el-deseo-masculino, una variante un poco revolucionaria para los cánones asignados a las mujeres comunes que exigieron sutilmente la conservación de la belleza física como una forma de satisfacer el deseo masculino. De esta forma, la mujer-modelo constituyó un “espectáculo” destinado a seducir a las mujeres como consumidoras de los vestidos ideados por los diseñadores en el mundo de la moda. ¿De qué otra forma se podía garantizar el dinamismo de un mercado creciente, sino se exhibían las bondades y cualidades superiores del producto final llamado “vestido”? ¿Quién sino ella para hacerlo con la gracia suficiente y envolver con su brillo individual el vestido, el cual de otra manera solo sería un elemento carente de vida?. Aunque la modelo hiciera parte de las figuras emblemáticas del rol estético femenino, su papel consistió en ser una figura mediadora entre las mujeres del común y los diseñadores que buscaban generar ciertas sensaciones un tanto “irracionales en ellas” para fomentar su espíritu de consumo. Ellas fueron las encargadas de afirmar unos criterios menos sujetos a las “fantasías masculinas”, una belleza más distanciada de las marcas tradicionales de la seducción femenina, un reconocimiento a la elección femenina en el mundo de la moda.<sup>300</sup>

Como producto de una industria originaria del mundo moderno,<sup>301</sup> la maniquí fue concebida mediante la conjunción de varios factores que incidieron para que su figura y labor comenzaran a ser reconocidos en un medio social altamente exigente. Dos de esos factores estuvieron relacionados con el declive de las estrellas de cine, un fenómeno posible tras la consolidación de una industria enfocada estrictamente en el mundo de la moda y las nuevas políticas de “personal management” de las agencias de modelos, encaminadas hacia la construcción de figuras destinadas para cumplir estrictamente con los requerimientos de los diseñadores. En esto último estaba el factor más importante, centrado en la inserción dentro de la cultura de los valores identificados con la belleza y el

---

<sup>300</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 165

<sup>301</sup> Aunque las modelos ya habían aparecido desde la segunda mitad del siglo XIX, la primera agencia de covers girls solo se abrió en New York en 1923 por iniciativa de John Powers. Sin embargo, durante casi un siglo la actividad de modelo se vio desvalorizada socialmente, por ser incapaz de representar socialmente las cualidades de una celebridad. Sólo después de la Segunda Guerra Mundial, la profesión empezó a convertirse en un ejemplo de vida para las jóvenes, en gran parte, generado por el auge creciente que había adquirido la industria de la moda en los grandes centros urbanos de Europa y Estados Unidos. IBID. p. 166

culto a la conservación de un cuerpo físico firme, estilizado y libre de la temible obesidad.<sup>302</sup>

Las dimensiones globales de este fenómeno relacionado con la aparición y consolidación de la mujer-modelo no se hicieron esperar en Colombia, especialmente en Bogotá y en Medellín, ciudades que concentraron el mayor número de empresas textiles, casas de diseñadores y almacenes de vestuario femenino. En respuesta a los nuevos requerimientos del mercado de la moda y la creciente industria del vestuario, paulatinamente las revistas y secciones femeninas hicieron evidente el desplazamiento de las estrellas de cine por mujeres-modelos que encarnaron una belleza propia de este contexto, hasta el punto de convertirse en las figuras femeninas que reflejaron los ideales estéticos vigentes, una situación quizás estimulada por el interés de generar una sensación de cercanía entre el público femenino, algo que pocas veces lograron producir las estrellas cinematográficas y del mundo del espectáculo al ser idealizadas hasta el extremo de lo inimaginable. De esta forma, la modelo fue adquiriendo un mayor reconocimiento como objeto-sujeto, en la medida que ella exhibió el producto de la moda (objeto), pero sin dejar de lado esas cualidades únicas, propias de su personalidad, lo cual se constituyó en el ingrediente principal para rodear sus acciones de un halo especial, por fuera de los límites de la cotidianidad de muchas mujeres y lo que, en últimas, sería el principal gancho para hacer más atractivo el vestido entre las consumidoras (sujeto).

Si la modelo comenzó a convertirse en la encarnación física de los ideales de belleza enmarcados por la creciente influencia de la moda en la sociedad, esto se tradujo en la restricción y en la superioridad de unas pocas mujeres sobre la gran masa femenina. Solo unas cuantas estuvieron dotadas por la naturaleza para hacerlo; solo unas pocas guardaron en sí mismas la posibilidad de conjugar ciertas cualidades físicas especiales (rostro armonioso; un cuerpo delgado y sin defectos estéticos; una estatura según la constitución física; una postura adecuada), con otras características relacionadas con el dominio de su cuerpo y la posesión de una personalidad arrolladora y única.

---

<sup>302</sup>IBID. p. 167

Fuera de sus encantos físicos potencializados a través de una estricta dieta alimenticia, un programa de ejercicio semanal y los cuidados estéticos para el rostro y el cuerpo, la mujer-modelo debió ser espontánea y fotogénica en su actividad, lo cual exigió un conocimiento de sí misma y de los ángulos más favorables de su cuerpo y cara, aunado con cierta dosis de creatividad para hacer de su cuerpo una excelente vitrina del producto exhibido: el vestido. Asimismo, la maniquí debió ser autónoma en el manejo de cada uno de los movimientos corporales, llegando a dominar su cuerpo con elegancia pero sin hacerlo sobresalir más allá de los detalles que se querían resaltar en las prendas.

Su actividad también requirió de una personalidad atrayente, porque la esencia de su trabajo estaba en el público. Así, cuando ella participaba en un desfile se transformaba y se mostraba siempre fresca, juvenil, segura de sí misma, desafiante, pero sin dejar de lado ese toque femenino que generaba cierta cercanía con los asistentes, especialmente entre las mujeres. Debió ser capaz de expresar sus emociones y sensaciones a través de la elegancia, la eurtmia, la armonía, la estilización y la finura de los movimientos femeninos. Como era considerada una mujer originaria de una época centrada en la moda, siempre estaba obligada a mantener un aire sofisticado, cosmopolita, a la vanguardia en las últimas creaciones de los grandes modistos en Europa y Estados Unidos. No en vano, algunas opiniones se enfocaron en este aspecto para criticar su trabajo y su accionar, hasta el punto de calificarlas con adjetivos relacionados con la superficialidad, la frivolidad y la vanidad de su personalidad.

En una época centrada por el dominio de la Iglesia Católica sobre las personas, especialmente entre las mujeres al ser catalogadas como un baluarte necesario para continuar su labor evangelizadora en los hogares, solo unas cuantas se arriesgaron para consagrarse en una actividad mal vista dentro de los sectores tradicionales de la sociedad. Quienes tuvieron el suficiente temple para “enfrentar” los posibles señalamientos negativos, quizás por su categoría y poder en el medio social, fueron las mujeres pertenecientes a la alta sociedad, poseedoras a su vez de un glamor casi innato que solo se podía garantizar mediante su origen social. Su prototipo correspondió a una mujer joven con la libertad suficiente gracias a su condición de mujer soltera, para realizar paralelamente otras actividades propias del sector terciario como relacionista pública.

Frente al incipiente mercado de la moda promovido con mayor fuerza en esta década, una situación posible debido a los adelantos tecnológicos alcanzados por la industria textil y la llegada de los diseñadores extranjeros en el campo nacional, las mujeres de los estratos sociales más altos hicieron parte del primer ramillete de maniqués que aparecieron como voluntarias para la exhibición de las últimas colecciones en trajes y accesorios. Solo su belleza, procedencia social y su glamour casi innato, fueron necesarios para abrirles las puertas de las pasarelas realizadas en los almacenes de vestidos y en los clubes sociales. Este fue el caso de la barranquillera Hilda Strauss Corissoz, quien logró un ascenso sin igual dentro del mundo de la moda, por su gran intuición en la imitación de las imágenes de los grandes íconos de la moda aparecidas en el cine.<sup>303</sup>

El crecimiento de la industria de la moda y el aumento consecuente en la demanda de este prototipo femenino destinado a la promoción de las últimas creaciones en los diferentes desfiles programados por las textileras y las fundaciones de beneficencia, hizo posible la adquisición de un estatus profesional para estas mujeres voluntarias, con el fin de evitar que desarrollaran esta actividad de forma circunstancial, la cual en el futuro sería desplazada por otras responsabilidades impuestas socialmente como el matrimonio y la conformación de una familia. También, esto permitió otorgarle a la profesión del modelaje el reconocimiento económico y social suficiente para justificar su entrega y compromiso, frente a las exigencias impuestas por los “magnates del mundo de la moda” y la presión social que en ellas recayó.

Los primeros en incentivar la profesionalización del modelaje fueron los extranjeros dedicados al mundo de la moda, como diseñadores y modistas de las grandes casas de París y New York. Un caso ejemplar fue la española María José de Gamboa, quien abrió su Escuela de Glamour en la capital con la intención de impartir un curso de seis meses para las mujeres de la alta sociedad, entre las cuales se encontraban las estudiantes del Gimnasio Femenino y las modelos de los almacenes. En Medellín, las “distinguidas damas” de la sociedad hicieron gala de lo aprendido con la profesora María José Isaza de Escobar en el tercer curso de la Escuela de Glamour, durante la demostración organizada por Almacenes Sears. El éxito alcanzado en este evento, junto con la buena acogida de

---

<sup>303</sup>Hilda Strauss Cortissoz: Modelo, presentadora, empresaria. [en línea] [Consultado en: 8 de agosto, 2012] Disponible en Internet: <http://www.colarte.com/colarte/conspintores.asp?idartista=12836>

este tipo de actividades encaminadas a la profesionalización de la mujer-modelo, permitieron proyectar la realización de un curso intensivo para cuarenta alumnas a final de año, momento en el cual las jovencitas de la alta sociedad disponían de tiempo libre para afinar su glamour natural.<sup>304</sup>

La finalidad de estos cursos radicó en impartir una serie de enseñanzas destinadas a mejorar su condición como prototipo de modelo, enfocándose principalmente en el glamour, una cualidad considerada una exigencia necesaria en el primigenio mundo de la moda en Colombia. Esta característica comprendió el cuidado de la silueta física según los mandatos de belleza corporal vigentes en el momento, lo que obligó a las futuras “modelos profesionales” a practicar una rutina de ejercicios claves para mantener su figura; el dominio de los movimientos de su cuerpo con el fin de crear un aura de sofisticación y elegancia, y la adquisición de los ademanes adecuados para garantizar una correcta inserción en un mundo caracterizado por la constante preocupación por la personalidad exhibida a través del cuerpo. De igual forma, se impartieron una serie de prácticas claves para garantizar su éxito en el exigente mundo social de la moda, como aprender a sentarse adecuadamente, encender y dar un encendedor, salir elegantemente de un carro, caminar por la calle, quitarse un abrigo, posar para una foto, tener un tono de voz adecuado, entre otros.<sup>305</sup>

Las veteranas en el mundo del modelaje, asimismo, contribuyeron con su experiencia y conocimientos para abrirles las puertas a algunas mujeres ansiosas por dedicarse profesionalmente en este campo. Una de ellas fue la exmodelo antioqueña María Consuelo Henao de Vargas, fundadora de la primera agencia de modelos colombiana “Modacol”, que pretendió responder a la creciente demanda en esta actividad aun inexplorada en el país. Por este motivo, no era extraño que la apertura de sus puertas en 1967 atrajera la atención de alrededor de 80 mujeres deseosas de aprender los conocimientos y técnicas más importantes del modelaje profesional, especialmente, en el campo de la publicidad donde se buscaba suplir una necesidad creciente de figuras femeninas agradables para promocionar los diferentes productos de belleza. Así, quienes

---

<sup>304</sup>Solemne graduación en la Escuela de Glamour de Sears. En: El Colombiano. Medellín. 2, diciembre, 1966, p. 17

<sup>305</sup>Una escuela para enseñar las Cocas Colas a ser... glamourosas, funciona en Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Octubre 22, 1962. no. 2360, pp. 40-45

se matricularon en los cursos impartidos dentro de la agencia, tuvieron la oportunidad de aprender a promocionarse no solo en el mundo de las pasarelas, sino también en los programas de televisión, cortos cinematográficos, ilustraciones de artículos y anuncios de diarios y revistas.<sup>306</sup>

Paulatinamente, una buena cantidad de mujeres que antes se presentaban esporádicamente en los desfiles de beneficencia y almacenes, se dedicaron enteramente a esta actividad como si fuera una profesión más dentro del común denominador. Al decidir profesionalizarse, comenzaron a ver en el modelaje una opción de vida y una forma de destacarse profesionalmente, accediendo al reconocimiento y cierto estilo de vida que, de otra forma, sería negada por su condición de mujer.<sup>307</sup> Por esta razón, dos variantes sobresalieron dentro de esta profesión: la modelo de pasarela y la modelo de publicidad. De esta forma, su campo de acción estuvo enfocado en segmentos ligados al mundo de la publicidad, el diseño y la televisión, que requirieron de mujeres no solo bellas y atractivas, sino con un talento especial para exhibir con mayor fuerza las bondades del producto promocionado. Ellas, como bien lo señaló Anne Higonnet, se convirtieron en los “bienes de consumo más prestigiosos”, objetos de adulación de muchas mujeres del común y de explotación comercial, quienes encerraron en su esencia la serenidad, la concentración, el profesionalismo, para ser en la pasarela o en el escenario fotográfico, el vehículo de los ideales de la moda que dominaban la apariencia física femenina.<sup>308</sup>

Ellas y solo ellas, conocieron la técnica que les permitió exhibir con elegancia y distinción el vestido promocionado, evitando sobresalir más allá de la cosa exhibida. Es aquí donde residió la diferencia esencial con la modelo voluntaria, en cuanto esta última era más tímida e insegura debido a su inexperiencia y limitado conocimiento de esta práctica. En cambio, la modelo profesional convertía su andar en toda una sinfonía corporal, gracias al dominio de sus movimientos realizados naturalmente, sin ademanes bruscos ni balanceos artificiosos de “mal gusto”. En el andar, la regla de oro para triunfar en las pasarelas estaba centrada en la sobriedad en los movimientos y la suave firmeza de los pasos. Para

---

<sup>306</sup>“Modocol”: Las Modelos se organizan. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 18, 1967. no. 2617, pp. 54-55

<sup>307</sup> Dentro del ramillete de figuras femeninas que decidieron dedicarse profesionalmente en la actividad del modelaje se encontraron: Lina Uribe, Patricia, Estrella Nieto, Hilda Strauss, Estrella Nieto. Para lograrlo, muchas tuvieron que desarrollar esta profesión, en un principio por fuera de su patria, debido a que fue más valorada en los grandes centros de la moda como Londres, París y Estados Unidos.

<sup>308</sup> HIGONNET, Anne, Mujeres, imágenes y representaciones. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, pp. 423-424

lograrlo, debía caminar con los pies derechos, siguiendo dos líneas paralelas con una separación de cuatro centímetros entre los pies, procurando no cruzar las puntas de los pies en forma de tijeras en sus pasos cortos. La cantidad de movimientos mecanizados que demostraron su control absoluto sobre sus extremidades, también se trasladó a su pecho, el cual debía mantenerse erguido sin esfuerzo, siempre recogiendo las caderas y el estómago. Igualmente, era importante que los brazos se movieran en forma suave y con soltura, para mostrar su seguridad y el dominio de todo su cuerpo.<sup>309</sup>

Muy cercana al mundo de las pasarelas estuvieron las reinas de belleza, otro prototipo idealizado de belleza femenina, producto de la imitación del modelo estadounidense que fue popularizado mediante la labor desarrollada por los medios de comunicación, los cuales hicieron un despliegue inusitado de los eventos y certámenes de belleza más importantes realizados en el país, en donde se contó con la presencia de ellas como figuras centrales.<sup>310</sup>

Las mujeres-reinas fue originarias de cierta remembranza de un espíritu romántico, en el cual se emuló con nostalgia el recuerdo de una mujer de una belleza sublime (rostro de corte clásico, piel delicada), pero conjugado con las cualidades estéticas dominantes en la década del sesenta, que rindieron culto a la silueta delgada y alta, bien tonificada y con líneas femeninas definidas y armoniosas en las partes corporales más sobresalientes (busto, cintura, cadera).

Pero no solo sus dotes físicas hicieron parte de su figura idealizada. También en ella se reunieron las cualidades femeninas más importantes como el garbo, el glamour, la elegancia, el porte, junto con el don para relacionarse hábilmente con otras personas de diferente condición social. Además, la mujer-reina era poseedora de una personalidad estructurada y segura de sí misma, cimentada en gran parte en las cualidades estéticas de su figura corporal, más que en sus capacidades intelectuales para ejercer una

---

<sup>309</sup>Notas sobre Glamour: Modo de caminar. En: El Colombiano. Medellín. 16, diciembre, 1965, p. 16

<sup>310</sup>Algunos modelos profesionales se iniciaron en el mundo de la moda participando en reinados de belleza. Por esta razón, ambas actividades se complementaban porque no existía un límite claro entre las actividades desarrolladas por la modelo y la reina. De hecho, estos dos prototipos de mujeres fueron objeto de crítica por parte de un sector de la sociedad asentada en los principios y valores religiosos, que calificaba como una algo inmoral la exhibición de sus cuerpos y su preocupación excesiva por el cuidado de la figura corporal. Debido a esta actitud frívola que aparentemente fue propia de la mujer-modelo y la mujer-reina, se consideraba que su belleza era frágil porque no se hallaba fundamentada en el cultivo de las virtudes espirituales de una mujer cristiana.



profesión. Por este motivo, especialmente en la prensa no fueron reconocidas por sus grandes dotes intelectuales y racionales característicos de los hombres, sino más bien por poseer una “inteligencia vivaz” e “intuitiva” que no disputaba con las cualidades propias del eterno femenino, una cualidad que ellas procuraron emular para convertirse en el centro de atracción de las masas.

Al igual que la mujer-modelo, la mayoría de las mujeres-reinas pertenecieron a los estratos más altos de la sociedad, situación que les permitió tener el tiempo suficiente para cuidar su belleza y garantizar los recursos necesarios destinados al cuidado del cuerpo y de su imagen pública. Sin lugar a dudas, esta cualidad fue muy característica de las reinas que participaron en los concursos de belleza de trascendencia nacional, como el Concurso Nacional de Belleza celebrado en Cartagena, la Feria de Manizales o la Feria de Cali, donde debieron invertir grandes cantidades de dinero para solventar su exigente rutina de belleza y pagar los gastos derivados de su participación en las diferentes actividades programadas en estos certámenes (vestuario, maquillaje, accesorios, comitiva acompañante).

¿Por qué este prototipo de mujer terminó convirtiéndose en la imagen por excelencia de una sociedad que se debatía entre la tradición y el espíritu moderno? La mujer-reina fue el resultado de la conjunción de una serie de valores deseables dentro de una sociedad, enmarcados en las tendencias tradicionales y en las modernas, que fueron propagadas principalmente a través de los medios de comunicación y el cine. Por un lado, en ella se encarnaron los valores cercanos al eterno femenino como la feminidad, la gracia y la elegancia, mientras en otro sentido reflejaron la voluptuosidad, la exaltación de la belleza física desde el rostro hasta la punta de los pies; la sensualidad propia de una época marcada por el hedonismo y el culto al cuerpo. Para compaginar dos mundos tan disímiles centrados en la exaltación de la belleza física y en las cualidades espirituales y morales, sus acciones y pensamientos estuvieron enmarcados en ambas direcciones, tal vez como una forma de conciliar ambas representaciones vigentes en la sociedad.

Aunque la mujer-reina reflejó ciertas características cercanas a la mujer-moderna, como su creciente interés en el triunfo personal y el cuidado de su silueta y rostro, sus pensamientos publicados en la prensa delataron los vestigios de una mujer cercana al

mundo de las representaciones tradicionales, deseosa de casarse y formar un hogar. Prueba de esto fueron sus declaraciones y entrevistas, en donde procuró conservar la imagen de mujer ajena o de reservada opinión, frente a los temas espinosos y relevantes como el divorcio y el ingreso de la mujer en la política.

Como las reinas fueron consideradas todo un “espectáculo” en movimiento, lo cual significó la puesta en escena de los ideales estéticos propios de una década altamente influenciada por las tendencias modernas, ellas también se convirtieron en las imágenes promocionales de las casas de modas, diseñadores, grandes empresas textiles, marcas de accesorios y productos de belleza. La razón estaba en su designación como un referente simbólico para la mujer del común, un poco más cercano que la mujer-modelo, al tener una vocación y personalidad enfocadas hacia su participación activa en los diferentes eventos sociales y de beneficencia. No en vano, con el fin de estimular el espíritu de consumo femenino que podía asegurar el mercado de los bienes producidos por las industrias en los hogares, la mujer-reina se mostró en los anuncios publicitarios como una mujer en su cotidianidad, capaz de realizar una elección concienzuda de los productos de acuerdo con sus intereses y gustos personales.

Más allá de su pretensión de servir como referente simbólico destinado a influenciar en la elección de los bienes de consumo entre las mujeres del común, la mujer-reina se convirtió en una figura mediadora por excelencia entre las clases menos favorecidas y las clases altas, una labor posible a través de su participación en las numerosas actividades destinadas a recoger fondos organizadas por la alta sociedad, las fundaciones creadas por particulares y órganos religiosos, y las empresas especializadas en diferentes ramos de la producción y servicios. De esta forma, su aura un tanto pretenciosa y orgullosa derivada de su papel de mujer-reina se desvaneció para convertirse en el reflejo de una mujer que hacía gala de un alta sensibilidad social, tal y como lo hicieron en el pasado las mujeres de la elite para impulsar y realizar las obras de beneficencia auspiciadas por la Iglesia y los particulares.

Ya desde niñas existía un interés inusitado por estimular estas virtudes de carácter humanitario en las futuras reinas. Por esta razón, como una forma de demostrar a los contradictores de los certámenes de belleza que el interés de estos eventos era lejano a

la simple exaltación de la belleza física y la frivolidad femenina, en las escuelas y barrios fueron realizados certámenes de belleza con el único fin de promover los valores cívicos y las cualidades propias de la persona cristiana.<sup>311</sup>

Este espíritu humanitario y caritativo cultivado desde la más tierna infancia, permitió ver en este prototipo un buen ejemplo de sacrificio hacia las clases populares. Por este motivo, aunque parecieron figuras un poco distantes por sus orígenes sociales y los numerosos eventos públicos donde se relacionaba con los personajes más importantes de la sociedad, la mujer-reina debió hacer uso de su carisma, gracia y su facilidad de expresión, para garantizar una cercanía con los estratos sociales más pobres, una labor que finalmente generó en ellas cierta satisfacción al cumplir con el mandato cristiano de la caridad.

En este contexto, la mujer-reina se convirtió en la figura mediadora entre los diferentes estratos sociales, durante la realización de los diferentes eventos sociales de carácter benéfico en donde participaba. Y, aunque su obra social pareció desprovista de un contenido político, como bien lo señaló Ingrid Bolívar,<sup>312</sup> su figura hasta cierto punto llegó a remplazar las acciones de los gobernantes, quienes no pudieron satisfacer las necesidades más básicas de los pobladores más pobres o desahuciados. Así, la mujer-reina dentro de las representaciones sociales lentamente se convirtió en una especie de “proveedora provisional” que ayudó a satisfacer momentáneamente algunas de las carencias más comunes de los ciudadanos desprotegidos. Es ahí, entonces, donde comenzaba a desarrollar su labor como figura intermediaria entre el pueblo y la clase alta dominante en el poder, en la medida que su accionar estuvo enfocado hacia la recolección de donaciones durante los eventos públicos donde se congregaban las personas más influyentes de la sociedad (desfiles, reuniones de beneficencia). Quién sino

---

<sup>311</sup> Lluvia de estrellas y derroche de elegancia, en la fiesta de anteanoche, en el Club Medellín. En: El Colombiano. Medellín. 8, diciembre, 1967, p. 17

<sup>312</sup> Para Ingrid Bolívar, aunque la acción realizada por las reinas careció de un contenido político explícito, no es posible negar el vínculo existente entre ellas y un tipo específico de comunidad política: la nación. La razón fundamental para afirmar esta posición se centró en la figura de la reina como una mujer exponente de un tipo de belleza particular e inscrita en el mundo natural, en la cual se identificaron los rasgos más característicos del país. De esta forma, las reinas fueron consideradas el “cuerpo de la patria” que encarnó a través de su belleza el paisaje y la naturaleza que debía ser admirada por los pobladores. BOLÍVAR, Ingrid. El reinado de belleza: Descubrir la política en lo “natural”. En: RUTTER- JENSEN, Chloe. Pasarela, pasarela: Escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza. Bogotá: Universidad Javeriana: 2005, p. 18 [en línea] [Consultado en: 12 de agosto, 2012] Disponible en Internet: <http://es.scribd.com/doc/7160420/Pas-Are-La>

ellas para poseer el imán suficiente destinado a atraer a las personas de uno y otro estrato social hacia una causa común, una “gran cruzada social” para apoyar a las clases menos favorecidas, tal y como lo resaltó Leonor Duplat Sanjúan soberana en el XI Concurso Nacional de la Belleza en una entrevista concedida a la *Prensa del Norte*.<sup>313</sup>

¿Cuáles aspectos se pudieron evidenciar en este proceso de cambio de los ideales estéticos en la mujer-modelo y mujer-reina? Quizás un proceso de reconocimiento de la belleza femenina física sin ese manto que lo catalogó con un halo de negatividad al ser considerada expresión máxima de la voluptuosidad femenina y del espíritu pecaminoso evocado a través de estos prototipos. Igualmente, significó la aceptación de unos valores propios del espíritu moderno, en principio dentro de las clases altas, centrado en el cuidado del cuerpo físico y el disfrute de un sentimiento placentero generado a partir de las sensaciones que producía su cuerpo en los demás.

#### **4.6 LA MUJER Y SU INCURSIÓN EN LA POLÍTICA**

Uno hecho trascendental dentro de la historia del siglo XX fue el proceso de incorporación de la mujer en un mundo político dominado tradicionalmente por los hombres, como consecuencia de las profundas reformas originadas después de la Segunda Guerra Mundial, que buscaron el reconocimiento y la igualdad entre los sexos, especialmente en el aspecto de los derechos civiles y políticos.

Colombia no fue ajena a esta dinámica generalizada con mayor fuerza desde principios del siglo XX en Europa y Estados Unidos. Esta situación trajo consigo la necesidad de sortear las dificultades generadas por la oposición de los sectores tradicionales que defendieron el sistema patriarcalista, sobre el cual se fundamentó el ordenamiento jurídico-político que marginó a la mujer de los espacios públicos al justificar la dominación del esposo sobre su cónyuge y, por ende, su permanencia en el espacio hogareño.

---

<sup>313</sup>Para la Reina de la Belleza es más importante el hogar que la política. *En*: El Colombiano. Medellín. 14, noviembre, 1963, pp. 1 y 22

Igualmente, fue necesario superar la concepción vigente dentro de la democracia liberal que marcó una diferencia entre el espacio público y privado, siendo considerado este último el lugar donde el Estado solo podía interferir para proteger la familia en asuntos relacionados con la economía y el bienestar general de sus miembros. Así, mientras en la esfera pública se constituyó un concepto de ciudadanía formal que concibió al individuo dentro de un contexto de libertad e igualdad homogénea, en el ámbito privado estas prebendas carecieron de validez al depender el orden de una autoridad regida bajo la ley inapelable del padre.<sup>314</sup>

Estas limitaciones democráticas fueron producto, como bien lo señaló María Emma Wills, de la imbricación entre los “arreglos políticos explícitos” (constituciones, códigos y leyes civiles) y las representaciones culturales<sup>315</sup> basadas en un orden patriarcal antiquísimo, el cual quizás por el predominio de la Iglesia como institución dominante en la sociedad, aseguró su existencia en Occidente sin grandes cambios en su interior a través del tiempo. No obstante, es importante aclarar que la ética y la religión judaica no solo fueron la única fuente para fomentar las prácticas misóginas en el cristianismo. Mientras la iglesia cristiana se iba expandiendo como religión oficial dentro del Imperio Romano, la realidad para las mujeres se tornó más oscura con respecto a su participación en los actos religiosos y en el plano doméstico, debido a la influencia decisiva que tuvieron los pensamientos de grandes filósofos de la Grecia Clásica como Aristóteles.

Herederero de los planteamientos filosóficos de Platón, Aristóteles señaló con respecto al proceso de creación de la vida en los seres humanos, que si bien el semen y el flujo menstrual se fabricaban a partir de un excedente alimenticio, la fase esencial de su transformación se debió al calor vital transmitido por cada individuo según su sexo. Para Aristóteles fue claro que si el calor era transmitido por el semen del varón (pnêuma), por lo tanto, el hombre se convertía en el vehículo de la generación de un ser al contener el principio del movimiento o forma vital. Como las mujeres fueron frías en su naturaleza, solo aportaban la materia para el desarrollo del individuo (principio de la materia).<sup>316</sup> De

---

<sup>314</sup> MONTROYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. *En: Opinión Jurídica*, Medellín. Julio-Diciembre, 2009, vol. 8, no. 16, pp. 139-140

<sup>315</sup> WILLS OBREGÓN, María Emma. *Inclusión sin representación: La irrupción política de las mujeres en Colombia, 1970-2000*. Bogotá: Editorial Norma, 2007, p. 43

<sup>316</sup> NUÑO DE LA ROSA, Laura. *Historia filosófica de la idea de forma orgánica del hilemorfismo aristotélico a la microanatomía celular*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 53-54 [en línea] [Consultado

esta forma, en el plano biológico existía una diferencia consistente en la habilidad para generar vida, cualidad propia del género masculino gracias a la eyaculación, o contener la “semilla” con la forma de macho, la antítesis de la anterior idea que era una cualidad propia de las mujeres.

Y siendo la causa del primer movimiento mejor y más divina por naturaleza, ya que ahí residen la definición y la forma de la materia, es preferible también que esté separado lo superior de lo inferior. Por eso, en todos los casos en que es posible y en la medida de lo posible, el macho está separado de la hembra. Pues para los seres que se generan, el principio del movimiento que es el macho, es mejor y más divino, mientras que la hembra es la materia. Pero el macho se une y se mezcla con la hembra para la función de la reproducción, pues ésta es común a ambos.<sup>317</sup>

A partir de estas características anatómicas femeninas, se derivó consecuentemente una serie de manifestaciones corporales que se catalogaron como pruebas de su naturaleza defectuosa, débil e incompleta: menos cantidad de músculos, poca firmeza en los tejidos, cerebro pequeño, ausencia de semen como si fuera un hombre estéril, debilidad térmica, proceso acelerado de envejecimiento, figura pequeña. Para Aristóteles, los sangrados menstruales fueron una prueba suficiente de la impotencia de la hembra, en cuanto su imposibilidad (*adynamia*) para cocer el esperma a partir del alimento elaborado como la sangre y el calor vital, generaba un residuo inacabado del esperma “crudo” en forma de sangre mensual.<sup>318</sup> Incluso su posición fue más extrema al considerar que la existencia de las mujeres se debió principalmente a la debilidad del padre, quien al carecer o tener limitada su fuerza creadora, sólo pudo formar un ser humano inacabado e imperfecto llamado mujer.

Esta división natural considerada perfecta y lógica por Aristóteles, tuvo sus repercusiones sobre la organización social de la polis, al establecer un orden de mayor a menor definido

---

en: 20 de agosto, 2012] Disponible en Internet:  
<http://www.gonzlezrecio.com/bionomos/textos/Publicaciones/LNuno/txt1.pdf>

<sup>317</sup> Citado en NUÑO DE LA ROSA, Op. Cit., p. 53

<sup>318</sup> SISSA, Giulia. Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, p. 94

para las acciones desarrolladas por cada sexo: el adentro-espacio doméstico (*oikos*), un lugar inferior y silencioso, era destinado a la mujer, gracias a su carácter débil y pasivo generado por la falta de habilidad para crear vida.. Para los hombres, en cambio, su habilidad para generar vida lo ubicó en el afuera-exterior como ciudadano participante de las decisiones tomadas en la asamblea organizada dentro de cada ciudad-estado o polis.

Para las futuras generaciones de Occidente, estos planteamientos ocuparon un lugar muy importante dentro de la teoría liberal aplicada en el ámbito político. No obstante, la creciente inconformidad de algunos sectores de la sociedad, comenzó a sentirse con mayor fuerza en Europa desde el siglo XIX. Como representante de una época marcada por el orden androcéntrico, John Stuart Mill consideró que aunque la subordinación social de la mujer era un hecho aislado en las instituciones sociales modernas, ésta se constituyó en el único vestigio de un mundo basado en pensamientos y costumbres tradicionales. De ahí desprendió la idea de la existencia de una discrepancia entre un hecho social –la sujeción de las mujeres- y la realidad como sinónimo de oposición al movimiento progresivo del mundo moderno. Por lo tanto, el principio de desigualdad entre ambos sexos era insostenible dentro de una sociedad democrática que había comenzado a sustituir el principio del más fuerte por la justa igualdad.<sup>319</sup>

En el contexto nacional del siglo XX, los planteamientos de Mill alcanzaron una mayor trascendencia, aun cuando las distancias temporales y espaciales fueran evidentes. Pese a la resistencia dentro de un sector de la sociedad integrado por intelectuales, políticos y jefes de la Iglesia Católica, algunas organizaciones políticas aisladas lideradas por mujeres de clase alta y media desde la década del treinta, comenzaron a realizar campañas que buscaban el reconocimiento de los derechos civiles y políticos de la mujer,<sup>320</sup> lo cual fue posible gracias a la confluencia de varios factores como la paulatina

---

<sup>319</sup> MILL y TAYLOR, Op. Cit., pp. 122-123

<sup>320</sup> Algunos de estos movimientos y agremiaciones que surgieron entre la década del treinta y cincuenta, fueron producto del interés en impulsar el reconocimiento de los derechos femeninos, como el IV Congreso Internacional Femenino de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas en 1930, presidido por Georgina Fletcher, impulsora del movimiento sufragista; la fundación de la Unión Femenina de Colombia en 1944; la organización por parte de la Alianza Femenina de Colombia de la Primera Conferencia Nacional de Mujeres en 1945; la publicación de las revistas *Agitación Femenina* (Tunja) y *Letras y Encajes* (Medellín), que hicieron campaña a favor del voto femenino, retomando los planteamientos de la Unión de Mujeres Americanas (UMA) y, la creación de la Unión de Ciudadanas de Colombia en Medellín en 1957. RAMÍREZ

incorporación de la mujer en la educación media vocacional y universitaria, su creciente ingreso en la vida laboral y las políticas y leyes promovidas durante la Hegemonía Liberal, que forzaron el debate acerca de las condiciones políticas y civiles de las mujeres.<sup>321</sup>

Paulatinamente, también los partidos políticos permitieron la participación femenina pero, en gran parte, motivados por su interés en aumentar el caudal de votos que podían favorecer sus resultados en las elecciones generales: “La mujer liberal encarna la paz. En las manos de la mujer liberal está la Paz! Con su votación asegura la tranquilidad y prosperidad de su familia. La mujer liberal debe atender al gran compromiso que tiene con la Patria y con su partido, VOTANDO en las elecciones del 18 DE MARZO por las LISTAS OFICIALES del partido”.<sup>322</sup> De esta forma, durante la década del sesenta una buena cantidad de mujeres sin importar su estado civil o edad, comenzaron a participar más activamente dentro de los partidos políticos<sup>323</sup> en los comandos y las diversas comisiones femeninas realizadas para cooperar en los debates electorales. En este último grupo se destacó la Unión de Ciudadanas de Colombia, una organización fundada en Medellín en 1957, en la cual se congregaron mujeres de diferentes tendencias políticas, con el ánimo de incentivar la participación del potencial electorado femenino durante las elecciones y lograr que los distintos partidos incluyeran en las listas el mayor número de mujeres.

Ya en la década del sesenta del siglo XX, cuando en el panorama político hicieron su aparición los movimientos feministas de segunda ola con las exigencias centradas en la necesidad de cambios en la esfera cultural, política y civil, sus prácticas y mensajes se convirtieron en un aliciente muy importante para renovar los reclamos de las mujeres, expandiendo las fronteras hacia el ámbito público, donde se comenzaron a promover

---

BROUCHOUD, María Fernanda. Mujeres, política y feminismo en Colombia: 1930-1957. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, p. 235

<sup>321</sup>La Ley 28 de 1932, que permitió la administración de los bienes en el caso de las mujeres; el Decreto 227 de 1933, en el cual se autorizó el bachillerato femenino; la Reforma Constitucional de 1936, donde se aprobó el acceso de las mujeres mayores en los empleos públicos, y la Reforma Constitucional de 1945, mediante la cual se concedió la ciudadanía femenina pero sin derecho al voto.

<sup>322</sup> Anuncio Partido Liberal. En: Cromos, Bogotá. Febrero 5, 1962. no. 2323, p. 4

<sup>323</sup> En los partidos políticos se estableció la inclusión de la mujer en sus organizaciones, aunque ésta participación fue limitada. En el caso del partido Liberal, lo anterior se consagró en los estatutos de 1963 y en la representación femenina en los Directorios Regionales y Municipales y en la Comisión Política Provisional. En el conservador se incluyó dentro de los Comités de Acción Política, la organización de los Comités Femeninos Conservadores, supeditadas bajo el control de los Directorios Departamentales y Municipales. La ANAPO permitió la colaboración femenina en los Comandos en sus diferentes niveles. DE LEWIN, Patricia P., y ROTHLSBERGER, Dora. Participación femenina en los partidos políticos. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, p. 45



debates públicos que cuestionaron la conservación de un statu-quo basado en el sistema patriarcal en los diferentes ámbitos de la vida pública y privada.<sup>324</sup>

No obstante, el entusiasmo generado entre las mujeres por su reciente adquisición del derecho a la ciudadanía en 1957, se fue opacando ante una realidad que mostraba el poco interés femenino para participar en las elecciones y cierta reticencia por parte de los partidos políticos, las corporaciones públicas y las organizaciones gremiales e independientes para permitir su ingreso y su activismo político. Diversos factores confluyeron para agudizar esta situación. Las múltiples responsabilidades derivadas de la incursión femenina en el mundo laboral y profesional, no significaron su liberación de las responsabilidades propias del cuidado del hogar y la familia, una razón suficiente para disponer de un tiempo muy limitado para participar activamente en este campo. A todo lo anterior se sumó la existencia de unas representaciones tradicionales que reprocharon su ingreso en la política al considerar que afectaba la estabilidad de los hogares hasta provocar su destrucción. La negligencia de las mujeres para inscribir y reclamar su cédula fue otra constante que opacó su ingreso en las lides políticas, una situación derivada de la falta de consciencia, del temor por las posibles represalias sociales y la creencia que catalogaba a las votaciones como un “asunto de varones”.<sup>325</sup>

Frente a la participación femenina en el mundo político en esta década, las opiniones estuvieron divididas como resultado de la coexistencia de dos representaciones que resaltaron, por una parte, los valores tradicionales heredados de un ideario anclado en el patriarcalismo y, por otro lado, de unas posiciones moderadas que vislumbraron positivamente las ventajas del papel que podía ejercer la mujer en este ámbito dominado por los hombres.

Algunos sectores conformados por intelectuales, políticos y jerarcas de la Iglesia, no vieron con buenos ojos esta situación, invocando razones que justificaban el dominio masculino en la sociedad: si la mujer vivía bajo la patria potestad del marido, no estaba bien que el legislador tratara de romper la “paz del hogar”, abriendo las puertas a constantes disgustos en el hogar, la aparición de un posible matriarcado, el olvido de sus responsabilidades en la formación y cuidado de la familia y la conversión de la mujer en

---

<sup>324</sup> WILLS OBREGÓN, Op. Cit., 151

<sup>325</sup> El voto femenino decidirá las elecciones. En: Cromos, Bogotá. Marzo 19, 1962. no. 2329, pp. 14-15

un ser con esencia masculina. Entre las causas psicológicas se argumentaba que su temperamento débil y sensible no podía soportar las discusiones y pleitos formados en este campo. Asimismo, otros sectores resaltaron que ellas eran fácilmente objeto de manipulación por parte de la Iglesia y los diferentes partidos políticos durante las elecciones.<sup>326</sup>

Desde una visión positiva, algunos sectores de la sociedad consideraron que el reconocimiento de sus derechos políticos, debía generar en ellas un hondo sentido de responsabilidad patriótica ante un periodo crucial en la historia y una actitud consciente y serena. De una forma romántica, algunos sectores de la política y una parte de la jerarquía de la Iglesia, reclamaron su papel como instrumento mediador y moderador en las lides políticas, lo cual exigió la conservación de un espíritu no violento, para garantizar el “enfriamiento” de las posiciones radicales propias de una época caracterizada por la turbulenta situación derivada de las contiendas políticas entre los partidos tradicionales. Sin dejar de lado el reconocimiento de su “influjo moderador y su sincero afán de “pacífica convivencia”, también se resaltó su importante papel desarrollado en los organismos políticos, los cuerpos representativos, las entidades educativas, cívicas y en algunos sectores de la dirección administrativa, que se beneficiarían con su renovada visión en la solución de los problemas y su sentido de consideración humana y social.<sup>327</sup>

En este sentido, jefes de la Iglesia Católica como el cardenal Luis Concha Córdoba y el expresidente Alberto Lleras Camargo, recalcaron que las mujeres tenían un compromiso ineludible, una misión “excepcional”, no solamente ante la patria sino también ante Dios, para asumir su papel como mediador en las contiendas electorales mediante el cual se buscaba propiciar un ambiente de transformación nacional.<sup>328</sup> De esta forma, durante el Frente Nacional se esperaba que la mujer desempeñara un papel activo y dinámico a través de su voto, un elemento clave para la “anhelada transformación” de la República: “No es posible concebir una actitud de indiferencia por parte de quienes está

---

<sup>326</sup> VELÁSQUEZ, Magdala. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985, p. 170

<sup>327</sup> La mujer y la vida nacional. En: El Colombiano. Medellín. 6, febrero, 1965, p. 3

<sup>328</sup> Los deberes de la mujer. En: El Colombiano. Medellín. 4, febrero, 1966, p. 3; El voto femenino decidirá las elecciones. En: Cromos, Bogotá. Marzo 19, 1962. no. 2329, pp. 14-15

interesada en la permanencia de la paz. Nuestras mujeres han asistido con angustia indecible a los padecimientos de la patria.<sup>329</sup>

No obstante, las opiniones que defendieron con bastante entusiasmo la participación de la mujer en la política, aún estaban lejos de promover la defensa absoluta de los derechos de la mujer o su participación activa en el campo político. Si la mujer ingresaba en un ámbito dominado por los hombres, su acción no podía socavar los intereses de este grupo hasta lograr su desplazamiento en los puestos de liderazgo político. Por tal razón, su participación se vio reducida al momento de las elecciones mediante el voto y sirviendo de acompañantes a los hombres durante las diferentes campañas electorales. Las restricciones, en este sentido, buscaban evitar la tendencia de imitar las actitudes masculinas, debido a que la pérdida de su esencia femenina podía aumentar la violencia y las pasiones generalizadas en la política.

Igualmente, estos planteamientos fueron una clara evidencia de las contradicciones existentes en la sociedad colombiana con respecto al papel de la mujer por fuera del ámbito privado. La preocupación principal con respecto a esta situación estuvo relacionada con la pérdida de su feminidad, al incursionar en un campo dominado y controlado por las acciones del hombre. Entre ciertos sectores de la sociedad influenciados por las representaciones tradicionales, su incursión en este ámbito estuvo íntimamente vinculada con el feminismo, un concepto contrapuesto al ideal femenino que designaba unas ocupaciones y actividades diferentes a su papel asignado naturalmente en el hogar y la familia. No obstante, entre las mujeres profesionales que habían desempeñado cargos públicos importantes en el país, la cuestión entre feminismo y feminidad no constituyó una dicotomía, en la medida que ambos conceptos se complementaron entre sí. Para ellas, el feminismo consistió en el despertar de la conciencia de la mujer como ser individual y sujeto de derecho en todos los aspectos de la vida social, lo cual no riñó con el conjunto de cualidades propiamente femeninas que eran inherentes a toda mujer y no estaban sujetas a la influencia externa derivada de su

---

<sup>329</sup>La mujer colombiana y su tiempo. En: El Colombiano. Medellín. 14, enero, 1966, p. 3

preparación intelectual, la capacidad civil o política y las actividades desarrolladas dentro y fuera del hogar.<sup>330</sup>

Si algunas mujeres asumieron una posición bastante positiva frente a su papel en la política, paradójicamente, otras mujeres de amplio reconocimiento social defendieron una posición más moderada, en la cual se reflejó la aceptación de los principios del patriarcado y una visión androcéntrica que reclamó este espacio de dominio exclusivo para los hombres. Algunas como Sofía Medina de López, inspirada en Augusto Comte, defendieron la posición adoptada por muchos sectores de la sociedad que consideraron a la mujer como un elemento de “orientación” en las más altas esferas del Estado”, llamada a proteger y defender los intereses individuales y sociales. Para Medina era claro que su papel estaba supeditado a ejercer un poder moderador, con lo cual se descartó la idea de asumir el liderazgo de las acciones políticas más importantes en el país.<sup>331</sup> Para Isabel Escobar de Restrepo, virreina de belleza de Antioquia y representante del Festival Nacional de la Canción, el papel de la mujer en la política sería “desastroso” debido a su “naturaleza apasionada e incontrolable”. Por lo tanto, frente al rumbo de los hechos que evidenciaron el ingreso cada vez mayor de las mujeres en este ámbito, solo recomendaba aplicar unas cuantas reglas de autodomínio en sus intervenciones políticas, para evitar una actitud enardecida e incontrolable.<sup>332</sup> Quizás la posición más radical en esta materia fue la adoptada por Bertha de Gómez Martínez, esposa de Fernando Gómez Martínez, quien consideraba que si Dios había asignado a la mujer el rol primordial de “guardiana” del hogar, debía aprovechar y utilizar toda su capacidad de comprensión en favor de los miembros de su familia. Para no contradecir el plan divino que buscaba el “perfeccionamiento” de su hogar, su papel en la política estaba destinado a ser una acción secundaria. Solo cuando ella tuviera un criterio bien formado y asumiera su papel con prudencia, tino e inteligencia, estaría en la capacidad de asumir su “misión suavizadora de

---

<sup>330</sup> María Correa Viuda de Aya, "Mujer de las Américas" y miembro activo de la Unión de Ciudadanos de Colombia; Elba María Quintana de Bermúdez, distinguida abogada y dueña de una oficina para ayudar exclusivamente a las mujeres, presidió la Comisión en el Consejo Nacional de Mujeres, Rosa Díaz de Zubieta, trabajadora en obras sociales en Huila, fundadora de radio-revista Lares, escritora de un libro de poesía, participante en el Congreso Internacional de Educación y mujer activa en política como miembro del partido liberal; Ana Kipper, etnóloga, arqueóloga, escritora y periodista polonesa, directora de la France Press, quien emigró a Colombia durante la II Guerra Mundial; Helena Páez de Tavera, joven madre de familia, graduada de derecho de la Universidad Javeriana y Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Qué es feminismo? Qué es feminidad?. En: Cromos, Bogotá. Enero 14, 1963. no. 2409, pp. 21-22

<sup>331</sup> La mujer y la Gran convención. En: El Colombiano. Medellín. 1, diciembre, 1965, p.5

<sup>332</sup> ESCOBAR DE RESTREPO, Isabel. Mujer y Reina. En: El Colombiano. Medellín. 14, diciembre, 1967, p. 16

las pasiones políticas en el hombre”, pero sin practicarla permanentemente con “ardor y con celos”, porque eso significaría el olvido de su función primordial en el hogar.<sup>333</sup>

---

<sup>333</sup>El papel primordial de la mujer está en el Hogar y en la Familia. En: El Colombiano. Medellín. 11, enero, 1964, pp. 4 y13

## 5. LA CONJUNCIÓN PERFECTA: LA MODA Y LA BELLEZA

Desde la antigüedad, el interés por encontrar los rasgos más característicos de una belleza definida a partir de una estética física centrada en la experimentación de la atracción entre los seres humanos, originó una serie de códigos de belleza propios de cada época histórica, en los cuales se privilegiaron ciertos rasgos estéticos en detrimento de otros.<sup>334</sup>

Dentro de este proceso histórico de constitución de la belleza física, la mujer apareció como el máximo representante de la encarnación de los valores físicos. Desde el Renacimiento, las sílfides femeninas fueron consideradas la dulce encarnación del anhelo estético de la sociedad moderna, un arquetipo definido a partir de la combinación de dos opuestos que se complementaron entre sí y que fortalecieron su estatus de una forma ideal aunque conservara su nivel de inferioridad en el ámbito social: la debilidad y la deslumbrante perfección de sus formas y su figura en contraposición al hombre. Con el paso del tiempo, el poder rutilante de la belleza femenina fue valorizándose aún más frente a la presencia del hombre, pero sin cambiar el orden definido por la tradición: el hombre se destacaba por su fuerza y habilidad para desarrollar sus actividades en la ciudad y el campo, y la mujer debió conservar su delicadeza y ternura con el fin de estar siempre dispuesta a recrear y acompañar al hombre cansado después de realizar sus labores en el mundo exterior.<sup>335</sup>

Frente a este fenómeno, Berman afirmó que este ánimo estetizante no fue posible concebirlo sin dejar de lado la percepción que consideraba el desarrollo de la subjetividad e individuación, como una maniobra impulsada por el género masculino para preservar los espacios que tradicionalmente habían sido asignados a cada sexo, estableciendo a través de una visión psicofisiológica la fragilidad e inferioridad femenina que definieron su rol de complementar al hombre en el hogar y limitarse al espacio simbólico de la belleza

---

<sup>334</sup> VIGARELLO, George. Historia de la belleza. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005, p. 10

<sup>335</sup> IBID. p. 30

femenina.<sup>336</sup> Dentro de esta misma variante, la escritora norteamericana Naomi Wolf en su libro *El Mito de la Belleza*, estimó que el creciente interés de la mujer por la belleza física, más allá de ser producto del afán de lucro impulsado por la industria cosmética para aumentar considerablemente sus ganancias económicas, correspondió a una reacción del género masculino como consecuencia de sus alcances logrados en el tema de los derechos. En este sentido, aunque las antiguas ideologías fundamentadas en gran parte en la religión y en la tradición habían perdido su capacidad para controlar a las mujeres, la “revancha estética” aparecida en plena edad moderna y fortalecida en el siglo XX, se tradujo en la posibilidad de controlar nuevamente al género femenino a través de la creación de una pérdida de confianza en sí mismas, una acción que llevó a las mujeres a centrar su interés en las “preocupaciones estético-narcisistas”, hasta el punto de conminarlas dentro de una “prisión estética”.<sup>337</sup>

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, esta tendencia que consagró un interés mayor hacia la belleza física como característica propia de la modernidad, significó el comienzo de la emancipación del concepto estético de la belleza que trascendió la dimensión moral fundamentada en el concepto platónico de la dualidad cuerpo y alma, para convertirse en una experiencia sensitiva y física. En este sentido, el teórico Gilles Lipovetsky aunque reconoció la importancia de este fenómeno en la historia, afirmó que el culto a la belleza física femenina abrió las puertas hacia un proceso de valorización y de dignificación social de la mujer más allá de los límites de una “lógica desigualitaria”, llegando a convertirse en un objeto de estudio y de reflexión específicos digno de ser interrogado, conceptualizado y valorado dentro del ámbito científico y filosófico. A su vez, esto sirvió de incentivo para la promoción social y simbólica de las mujeres, en cuanto adquirieron un estatus que valorizó su esencia mediante los homenajes y la notoriedad social.<sup>338</sup>

No obstante, el reconocimiento social y cultural de la belleza física femenina no fue democrático desde el principio, teniendo que esperar alrededor de cinco siglos para trascender del culto de unas clases sociales con una posición social y económica

---

<sup>336</sup> PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad. Bogotá: Universidad de los Andes, 1999, pp. 302-303

<sup>337</sup> WOLF, Naomi. El mito de la Belleza. Citado en: LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, p. 126

<sup>338</sup> LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, pp. 113-115

importante: la aristocracia y la burguesía. Paulatinamente, las puertas de las grandes mansiones de burgueses y miembros de la realeza se abrieron para convertir la “belleza física femenina” en una forma de percepción propia de la vida cotidiana, casi democrática y sin miramiento de concesiones estamentales, en donde los seres humanos comenzaron a asumir su calidad de sujetos.

Magnificada por muchos escritores y filósofos, vilipendiada por otros quienes la consideraron la encarnación de todas las pasiones y del espíritu hedonista que alejaba al hombre de su camino de salvación, en el siglo XX la exaltación de la belleza física comenzó a ser el centro de interés en las grandes casas de modas y de cosméticos, que asumieron el liderazgo en la promoción de los ideales y representaciones encargados de configurar una mujer ideal confeccionada a partir de sus atributos físicos, como parte del afán consumista que buscaba promocionar sus intereses económicos. En mutua consonancia, los medios de comunicación también impulsaron estos ideales, especialmente la prensa femenina, considerada por Lipovetsky la “piedra angular” para la promoción de las normas estéticas. Su papel decisivo permitió la llegada paulatina de los mensajes y representaciones relacionados con la belleza femenina a la vida cotidiana de cientos de mujeres, ansiosas por reproducir las famosas figuras de Hollywood poseedoras de cuerpos y rostros deslumbrantes, dignos de imitación por el gran atractivo que ejercieron entre los hombres: “Jamás civilización alguna produjo y difundió tantos discursos relativos a los cuidados de belleza; nunca las imágenes del bello sexo gozaron de tal proyección social. (...) En el estadio terminal del bello sexo, los consejos, las informaciones y las imágenes de la belleza han entrado en una lógica de producción-consumo-comunicación de masas”.<sup>339</sup>

La promoción de los ideales de la belleza entre un gran público, hizo necesaria la utilización de recursos estilísticos y retóricos que generaron entre las mujeres cierta confianza, en cuanto la prensa utilizó un lenguaje directo, sencillo y con un tono de reclamo o de consejera amiga, aparentemente conocedora de sus problemas y limitaciones como mujer. En el caso de la publicidad, su mensaje estuvo enfocado en la posibilidad de alcanzar el éxito en las relaciones interpersonales que le permitirían ser el centro de atracción social y de posibles parejas. Con el fin de hacer más contundente su

---

<sup>339</sup> IBID. p. 144



mensaje, las casas editoriales acompañaron estos discursos con una diagramación especialmente diseñada para este público, con imágenes de mujeres felices, mensajes sugestivos que prometieron devolver o afianzar la belleza natural y ayudas visuales en las cuales se explicaron cada uno de los procesos para mejorar las cualidades estéticas.

En consecuencia, la belleza física promocionada abiertamente durante este periodo, fue el resultado de una serie de dinámicas temporales configuradas a partir del desarrollo de la Gran Guerra, como la proclamación del individuo, la profesionalización de las actividades estéticas, el crecimiento y expansión de una industria cosmética y el fenómeno de individuación característico de las democracias modernas. Esto último, permitió el desplazamiento paulatino de las posiciones sostenidas abiertamente por la sociedad y la cultura con respecto a un sujeto, la mujer, sobre la cual recayeron gran parte de éstos mensajes al ser catalogada un “objeto de consumo” dentro de la sociedad burguesa. La lenta transformación de la dominación ejercida sobre las mujeres, especialmente en la incorporación como mano de obra en el sector industrial y de servicios, además de su paulatina incorporación dentro de la vida política y la creciente “liberalización” de los modelos tradicionales que señalaron abiertamente el dominio del hombre sobre sus acciones y pensamientos, generaron unas pautas sociales para la valorización de ciertos referentes enfocados en la silueta del cuerpo y sus formas de desplazamiento, junto con los signos tradicionales impulsados desde décadas atrás como el rostro y los indicadores de elegancia y glamour. De esta forma, la experiencia estética paulatinamente comenzó a volcarse estrictamente hacia el aspecto material y físico, teniendo como referente característico las sensaciones generadas en el observador a través del uso de los sentidos, especialmente la vista y el tacto.

La oposición reinante durante varios siglos entre belleza física y una belleza metafísica paulatinamente fue eliminada en el periodo moderno, inaugurándose un “estadio terminal de la belleza” donde se superaron las barreras conceptuales y espaciales que restringieron sus alcances en el ámbito social y cultural: los límites sociológicos al difundirse abiertamente las imágenes y las prácticas enfocadas estrictamente en el aspecto estético en los medios de comunicación, el cine y la publicidad; los límites de modos de producción, al convertirse en una creciente industria cosmética de miles de millones; los límites del imaginario al desprenderse la belleza física del halo fatal,

diabólico y de vicio propio del orden tradicional, gracias a la revalorización como objeto de estudio dentro de la edad moderna; los límites de edad al ampliarse las posibilidades más allá de la juventud; los límites naturales al “borrarse” las huellas del paso del tiempo y los defectos físicos con la cirugía estética, el ejercicio y los productos para el cuidado facial y corporal; los límites artísticos al ampliar los horizontes como objeto de alabanza propio de poetas y artistas hasta llegar a la prensa, el cine, la moda, la cosmética.<sup>340</sup>

Dentro del discurso promovido por los medios de comunicación como la prensa, la belleza fue considerada un tesoro y el máximo fin que una mujer debía alcanzar. Un tanto anclado en el tiempo, la definición de este concepto para la década del sesenta reveló con mayor fuerza el proceso de absorción de una tendencia que resaltaba una belleza sublime, encantadora y deslumbrante, la cual era posible de alcanzar a través de la consecución de una belleza física enmarcada en la armonía del cuerpo y el rostro: "La belleza, esa armonía y perfección que toda mujer aspira alcanzar, se consigue sabiendo sacar el mejor partido de las cualidades naturales que tiene cada una. Los rasgos de la cara, la forma de los ojos, el trazado de la nariz, la calidad de la piel son la materia prima sobre la que se actúa. Es estupendo contar con una base excelente, pero las manos del artista pueden lograr verdaderas obras de arte".<sup>341</sup>

La belleza única perfecta, de interminable referencia a los orígenes divinos y con un ligero toque sobrenatural que garantizaba una exclusividad absoluta y afortunada sobre la persona en quien recayó este atributo, poco a poco fue abriendo espacio para un tipo más global y asequible para la gran multitud y variedad de mujeres que buscaron ser parte de este grupo selecto de mujeres bellas y atractivas. Así, este concepto de belleza reclamó una supuesta “naturalidad”, entendida como la posibilidad de usar artificios y técnicas para mejorar su magnetismo. Esta naturalidad no residió en la posibilidad de ser la dueña de atributos físicos destinados inexorablemente por Dios, sino en una naturalidad enfocada en el lema “conócete a ti mismo” que consagró el autorreconocimiento de las cualidades naturales, para obtener los mejores resultados a través de los artificios.

---

<sup>340</sup> IBID. p. 120

<sup>341</sup> Juventud de la piel. Eterna juventud. En: Cromos, Bogotá. Febrero 21, 1965. no. 2525, Bogotá, p. 50

No creemos que haya duda acerca de que lo más bello que hay en la naturaleza es una mujer bella. De ahí el resonante buen éxito de los numerosos reinados de belleza, y la importancia que en ellos se da a las famosas medidas clásicas de busto, cintura, caderas, etc. Contemplar a una bella mujer es "delicia del ojo" para todo varón normal. (...) Pero hasta hace pocos años, la belleza era un don de que solo gozaban relativamente pocas mujeres. Hoy por el contrario puede decirse sin mucha exageración que toda mujer puede ser bella. Por distintos medios ellas han venido adquiriendo cada día más belleza. Esta es a nuestro parecer una conquista más trascendental que la conquista del voto femenino.<sup>342</sup>

Estos vientos de cambio destinados a ampliar las fronteras de la belleza femenina hicieron eco en las revistas más importantes de circulación internacional, hasta convertirse en la fuente principal para "alimentar" algunas secciones femeninas de los periódicos y revistas de la época que circularon en Medellín. Este fue el caso de la revista norteamericana *Hapers Bazaar* que publicó un artículo relacionado con la clasificación de las mujeres poseedoras de "extraordinarias bellezas", en el cual se hizo evidente la creciente democratización de la belleza femenina al seleccionar un grupo de bellezas tan disímiles como Jean Shrimpton, Julie Christie, Elizabeth Taylor, la duquesa de Windsor, Jacqueline Kennedy, Ursula Andress, Lady Churchill, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Indira Gandhi, Margot Fonteyn, María Callas, Brigitte Bardot, entre otras.

Pero, ¿cuáles fueron los criterios de selección para una labor aparentemente utópica debido a las diferentes cualidades que se resaltaron en cada una de estas figuras femeninas? Conservando los atributos corporales característicos de una mujer, también hicieron presencia otros factores aparentemente contradictorios: una mujer podía ser bella gracias a los atributos de su personalidad centrados en la expresión y el carácter, sin dejar de lado la maestría en el uso del maquillaje que permitió alcanzar la frescura natural. Incluso la edad y las imperfecciones con cierto "ángel" se incluyeron como atributos físicos, algo inadmisibles en los siglos anteriores. El resultado de esta conjugación de diferentes factores fueron los tipos de belleza tildados con adjetivos como atrevida, lozana, mágica, señorial y misteriosa, ejemplificados en las figuras del mundo del espectáculo y del *jet set* internacional: Jacqueline Kennedy, aunque no era una

---

<sup>342</sup>Toda mujer puede ser bella. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 13, 1965. no. 2518, pp. 64-65

representante fiel de la belleza clásica, la imitaba a la perfección gracias a sus facciones atractivas, mandíbula fuerte, boca amplia y ojos separados, complementados con la fuerza de su carácter que denotaba seguridad en su rostro. Ursula Andress, por su parte, era poseedora de una “tremenda y magnífica apariencia” gracias a su cuerpo bronceado y su cabello rubio, características que encarnaron los ideales más promocionados en el medio artístico: riqueza, confort y atractivo sexual. Traspasando la barrera de los años, Marlene Dietrich y Lady Churchill, representaron las mujeres maduras dueñas de los secretos del maquillaje y “reinas de la presentación personal” y el glamour, quienes revelaron en la experiencia de los años la posibilidad de conseguir el adecuado equilibrio entre una buena salud, la belleza y el equilibrio mental. Al otro extremo del límite de edad se incluyó Geraldine Chaplin, quien aunque no era “realmente bonita”, era propietaria de una apariencia melancólica y traviesa en su rostro que se convirtió en su auténtico atractivo.<sup>343</sup>

La variedad de tipos de belleza promocionados en los medios de comunicación masivos y en el cine, fueron el resultado de una creciente democratización de los ideales estéticos que pretendieron responder a las demandas de los individuos: las múltiples acciones realizadas en pro de su consecución, estuvieron enfocadas principalmente en la satisfacción del ego personal que redundaba en un sentimiento de seguridad y en un “estar bien”.<sup>344</sup> Esta intensa psicologización de los comportamientos individuales asociados cada vez más con la estética que promocionó la exploración de la personalidad, generó en consecuencia, un interés mayor por parte de las mujeres hacia el cuidado de su cuerpo, una autonomía y poder sobre si misma, algo que anteriormente había estado en manos del varón. Frente a la dejadez que se había sometido el cuerpo femenino, tradicionalmente considerado como causa principal de pecado, la lógica

---

<sup>343</sup>TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: De 21 a 81. Veredicto sobre belleza a todas las edades. En: El Colombiano. Medellín, 12, febrero, 1968, p. 18

<sup>344</sup>David Le Breton afirmaba que los orígenes del individuo se encontraban en el Renacimiento, cuando la burguesía comenzó a consolidarse como grupo social. En este sentido, este grupo convirtió el interés personal en el móvil de sus acciones, razón por la cual ya no estaba regido por las preocupaciones de la comunidad y el respeto a las tradiciones. Esta toma de conciencia, le proporcionó en los primeros momentos a los burgueses, un margen de acción casi ilimitado que les permitió dejar a un lado la idea de la providencia que definía su destino, para empezar a decidir sobre su propia vida y el sentido que podía adoptar dentro de la sociedad. La liberación de lo religioso llevó a la conciencia de la responsabilidad personal y pronto condujo al nacimiento de los principios democráticos y la liberación de lo político. LE BRETON, David. Antropología del cuerpo y modernidad. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 1995, p. 41

moderna propagó a través del discurso de la prensa y la publicidad un ideal que vislumbró su cuerpo como un objeto que era importante mientras se ejercitara constantemente.<sup>345</sup>

Esta tendencia hacia el autogobierno y dominio del cuerpo, aunque estuvo supeditada a la existencia de una lógica consumista que aparentemente generaba una homogeneidad en las prácticas y tendencias estéticas, paradójicamente, permitió al individuo cierto margen de elección entre una gran variedad de productos y prácticas estéticas y cosméticas, de acuerdo con las necesidades de su cuerpo y a su personalidad. De ahí la preocupación de las casas de belleza y de maquillaje por adaptarse a ciertos requerimientos de su clientela, con el fin de complacer sus gustos e intereses personales. Ante esta nueva “racionalización” basada en una lógica centrada en un ideal de esbeltez que promovió un proceso de homogenización de la apariencia en la era moderna, Lipovetsky señaló la posibilidad de escoger entre diferentes caminos heterogéneos para alcanzarlo, permitiéndole al individuo cierto margen de acción y de decisión sobre su cuerpo.<sup>346)</sup>

Bajo la era de la plena industrialización y la promoción de un consumo exacerbado, la tendencia hacia el dominio sobre sí mismo quedó expresada mediante el cuidado del cuerpo, una acción que hizo necesaria la corrección a través de las diferentes técnicas la obra de la naturaleza defectuosa, demostrándose así la capacidad del individuo para dominar lo que en el pasado fue imposible: el control sobre las leyes de la naturaleza. David Le Breton afirmó que esta representación se hizo más fuerte a finales de la década del sesenta, cuando fue reconocido el cuerpo físico como un territorio para explorar y modificar, dejándose atrás las concepciones represivas de antaño que lo dividieron tajantemente en un “dualismo” entre cuerpo y alma. De esta forma, estas representaciones del cuerpo siguieron con “fidelidad” el proceso de individuación cada vez más acelerado, caracterizado por la inversión de la esfera privada, la preocupación por el yo, la multiplicación de los modos de vida, la atomización de los sujetos y el creciente desconocimiento de las referencias y valores tradicionales. En este proceso de individuación, la persona adquirió una conciencia de sí misma dentro de la estructura social, siendo el cuerpo la frontera o la “huella más tangible” del sujeto que, en un primer momento, le permitió separarse de la “trama simbólica” y los “vínculos” comunitarios.

---

<sup>345</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 133

<sup>346</sup> IBID. p. 134

Cuando todas las relaciones sociales se hicieron precarias, el cuerpo se convirtió en el “refugio” y “valor último” de la persona, con el cual pudo tener certeza de su existencia como sujeto, de su alter ego en la sociedad. En pocas palabras, el cuerpo pasó de ser un objeto, para convertirse en un sujeto.<sup>347</sup>

Todo lo anterior tuvo amplias repercusiones, especialmente entre las mujeres, cuando un “voluntarismo reparador” y “constructivista”, abrió la posibilidad de ser artífice de su propia existencia, tras siglos de ostracismo que la alejaron de la sociedad al ser catalogada una extensión del hombre, sujeta a su voluntad y decisión.

Paradójicamente, la afirmación del yo personal tuvo su contrapartida en la complacencia del otro; en la búsqueda de su aceptación en el medio social en el que se desarrollaron las personas; en la apertura de la puerta del éxito social y la felicidad del individuo; en la salida de su anonimato hacia un medio social que reconocería su existencia. En el caso de las mujeres, después de muchos siglos de ser relegada en un segundo plano, alcanzar la belleza física significó la puerta de entrada para hacer frente a un universo que antes había sido dominado por los hombres: el trabajo y la vida social. Así, la clave para obtener los numerosos beneficios promovidos por el hecho de ser dueña de sí misma se encontraba en la armonía física, que garantizaba su seguridad entre un mar de relaciones entabladas en el ajetreo constante exigido por la vida moderna: una mujer exteriorizaba frente a los demás su satisfacción consigo misma a través de un caminar seguro, un rostro sonriente y el uso de ropa que resaltaba aún más sus cualidades físicas, en contraposición a una mujer dudosa e insegura de sus cualidades físicas, quien generalmente era asociada con su limitado papel en el ámbito doméstico.

La búsqueda de la exaltación de su naturalidad corporal significó el reconocimiento social de un método bastante criticado en el pasado, el maquillaje, el cual durante mucho tiempo estuvo asociado a oficios banales y de dudosa moral, como la prostitución y los comportamientos libertinos y relajados que contradijeron la posición tradicional religiosa.<sup>348</sup> Consecuentemente, después de la década del cincuenta del siglo XX, el

---

<sup>347</sup> LE BRETON, Op. Cit., pp. 152-153

<sup>348</sup> La razón de esto último sentó sus raíces en la sociedad cristiana después del Renacimiento, cuando se comenzó a definir el cuerpo como creación divina, en cuanto Cristo Resucitado logró escapar de la corrupción de la carne gracias a su carácter divino. De ahí se derivó la idea de establecer la belleza como un don divino imposible de alcanzar a través de los medios artificiales como el maquillaje y otros productos.

maquillaje se erigió triunfalmente en el mundo de la cosmética como uno de los métodos más aceptados para eliminar las imperfecciones que irremediablemente la naturaleza había destinado en las mujeres. En medio de estas circunstancias, quedó sentada la percepción marcada por la aceptación de la imperfección de la naturaleza, mientras se mostraba la ilusión alcanzada por el artificio del maquillaje de una imaculada belleza y tersura, cualidades en las cuales se encerró el poder del encanto y la seducción al producir una impresión viva en los sentidos de quienes admiraban en el rostro un aspecto sano y perfecto, cualidades que emularon la virtud esencial para ganar la batalla del paso de los años: la juventud. Tales sensaciones se anunciaron claramente en la publicidad del maquillaje Sheer Genius: “El maquillaje que crea la magnífica ilusión... imaculada belleza. Por eso se llama Sheer Genius .... Porque cubre impecablemente y revela, en la forma más pura y natural, su delicada belleza. Porque le da un encanto seductor, sin ocultar su belleza natural”.<sup>349</sup>

La clave en el uso mayor del maquillaje se encontró en su capacidad para convertirse en un verdadero cómplice de la mujer en los eventos sociales, el trabajo, la conquista y las relaciones de pareja, siempre y cuando se practicaran con mucho cuidado las técnicas destinadas a conseguir un acabado imperceptible. Lo sutil fue la regla de oro para maquillarse. Así, el maquillaje que era el más conveniente sembraba la duda en el observador y juez de la naturalidad o artificialidad del rostro: “Por qué decirle que es maquillaje... si él está convencido que es usted! Y así es... luciendo un acabado resplandeciente natural”, anunciaba la propaganda del maquillaje Touch and Glow de Revlon.<sup>350</sup> En este sentido, Zandra Pedraza afirmó que la cosmética moderna consistió en una técnica que buscó proporcionar una nueva imagen de la mujer con el fin de brindarle seguridad. Por ende, su propósito principal se centró en crear un aire natural, una belleza casi innata, solo posible cuando se aprendía a discriminar entre lo indispensable y lo superfluo, una delgada línea que separaba la belleza natural seductora y juvenil, de la belleza coqueta y sin elegancia.<sup>351</sup>

Al salir del reservorio del hogar, la mujer se enfrentó a la mirada escrutadora de las personas, gracias al creciente roce social que implicó el contacto personal con los Otros.

---

<sup>349</sup>Maquillaje Sheer Genius de Max Factor (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 17, 1967. no. 2595, p. 74

<sup>350</sup>Maquillaje Touch and Glow de Revlon (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, enero, 1962, p. 16

<sup>351</sup>PEDRAZA, Op. Cit., pp. 329-330

Dentro de esta tónica, un encuentro causal podía convertirse en un acercamiento de primer plano, por lo cual era necesario estar preparada en todo momento, especialmente en el rostro, una parte de la anatomía femenina considerada el centro principal de las miradas y la carta de presentación dentro de las relaciones sociales al no ser objeto de ocultamiento como otras partes del cuerpo que aun simbólicamente conservaban un carácter más erótico. Por esta razón, cuando la mujer no estaba dotada de un cutis y rasgos perfectos, era un grave error mantener la apariencia natural sin intervención del maquillaje, una tendencia muy propia de la mujer norteamericana. La columnista de la Newspaper Enterprise Association (NEA) Alicia Hart, quien también publicó sus comentarios y consejos sobre belleza y moda en *El Colombiano*, consideraba que el maquillaje de los ojos era capaz de borrar rápidamente la “expresión desnuda” del rostro femenino. Para lograr este efecto iluminador, aconsejaba utilizar maquillaje en el día y la noche para quitarle ese carácter ‘deslavado’ y sin vida propio del rostro natural.<sup>352</sup>

Dentro del discurso de la cosmética el mensaje fue claro: camuflar las líneas que delataban la edad en el rostro, ocultar las imperfecciones naturales o cubrir la expresión de fatiga y cansancio que comenzaba a generar estragos en las mujeres del común, para potencializar su belleza natural del rostro y declarar triunfalmente la negación de la “mujer fea”. Todo esto fue posible con un maquillaje conveniente, con el cual se podía crear la ilusión de un rostro fino. Sin embargo, para lograr un efecto natural era necesario dominar este arte para disimular con destreza y en unos cuantos minutos las imperfecciones, hasta convertirlas temporalmente en una parte más del rostro femenino.

Esto exigió el conocimiento de las técnicas cosméticas y la adquisición de productos y utensilios apropiados desde muy tierna edad, un ritual consagrado en un primer momento a la madre, quien era la encargada de perpetuar la tradición de enseñar los secretos de belleza a sus hijas. Su enseñanza era tan importante que la columnista Elisa Tascón Martínez, encargada de la sección “Lunes de la mujer” publicada en el periódico *El Colombiano*, señaló que el futuro de las “jovencitas bien arregladas” estaba directamente relacionado con los hábitos de embellecimiento inculcados por sus madres desde

---

<sup>352</sup> HART, Alicia. Ensaye un brillo dorado para la noche. *En: El Colombiano*. Medellín, 25, enero, 1965, p. 16, sección 2



temprana edad.<sup>353</sup> La labor se iniciaba cuando las niñas exploraban con curiosidad el recinto “sagrado” de sus madres, el tocador, intentando imitarla en sus ademanes para maquillarse. Este momento era bastante significativo para la madre, en cuanto constituyó el primer indicio de la femineidad oculta de la tierna niña. Ante este interés creciente de las infantas, la industria cosmética comenzó a explorar este nuevo nicho mercantil a través de la comercialización de un estuche con artículos para arreglarse las uñas, jabones perfumados, polvos en talco, colonia y guantes para hacerse el aseo corporal, además de pomadas, polvos para el rostro en color natural y barniz para las uñas en rosado.<sup>354</sup>

El ejercicio de maquillarse exigió una rutina constante desarrollada en unos cuantos minutos y sin descanso, en la cual se incluyeron procedimientos de limpieza y relajamiento a través de masajes; la utilización de bases para cubrir las imperfecciones como pecas, espinillas, cicatrices, y el uso del maquillaje para realzar el contorno del rostro e iluminar el centro de las miradas masculinas, los ojos y los labios. La gran variedad de productos y tonalidades garantizaba su adaptación a las diferentes actividades y ambientes que rodeaban a las mujeres en la década del sesenta, especialmente a las ciudadinas o las mujeres inmigrantes, quienes paulatinamente se fueron adaptando a los espacios y códigos estéticos propios de la ciudad. La ventaja de estas prácticas residió en que cualquiera podía aprender sus innumerables secretos, gracias a la asesoría de expertos famosos encargados de transmitir sus consejos en revistas especializadas femeninas y en secciones dedicadas a la belleza patrocinadas por las grandes casas comerciales como Helena Rubinstein, Revlon y Max Factor. Incluso, en algunas ocasiones se contó con la asesoría personal de profesionales contratadas para brindar sus consejos a un sinnúmero de mujeres del común entusiasmadas por conseguir los mejores resultados con estos productos, a quienes les enseñaron la técnica de maquillaje más adecuada para sus rostros, teniendo siempre presente el tipo de piel e imperfecciones faciales. Este fue el caso de Elena López, delegada internacional de Helena Rubinstein, quien viajó a Medellín para enseñar una serie de consejos acerca del

---

<sup>353</sup>TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: Para embellecer a las nenas. En: El Colombiano. Medellín, 12, diciembre, 1966, p. 17

<sup>354</sup>Consejos de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 11, enero, 1966, p. 13

tratamiento y cuidado del cutis en los almacenes Van Raalte, Almacén Sandra y la Perfumería Quinta Avenida.<sup>355</sup>

El efecto del maquillaje en el rostro femenino era doble y se alcanzaba en poco tiempo. Por un lado, el rostro adquirió cierta iluminación, un toque resplandeciente que irradiaba la tersura delicada propia de una piel juvenil sin estragos; por otro lado, su efecto aparentemente maravilloso permitió obtener una belleza sutil y de encantadora suavidad, garantizando una apariencia fresca todo el día, aún ante el sinnúmero de ocupaciones que dejaban poco espacio para la rutina complementaria de belleza. La idea era realzar los encantos, ser provocativa y cautivadora a través del efecto natural que buscaba potencializar la personalidad expresada en el rostro femenino. Traspasar la línea de la supuesta naturalidad significaba obtener el resultado adverso, una especie de máscara artificial poco grata para los observadores que ocultaba la verdadera personalidad de su dueña. Signo de esto último fue una caricatura publicada en la revista *Cromos*, donde una mujer aparecía maquillándose con muchos productos. Ante la insatisfacción generada por el resultado final de esta rutina, comenzó a limpiarse el rostro con un pañuelo hasta perder totalmente sus rasgos característicos como el contorno de los ojos, la nariz y la boca.<sup>356</sup>

Aunque con un tono jocoso se intentó hacer un llamado inquietante frente a la supuesta pérdida de la personalidad femenina por el uso excesivo del maquillaje, la democratización en las rutinas cosméticas, en última instancia, significó el reconocimiento del principio de individualidad, en cuanto la prioridad era realzar la personalidad a través de la parte del cuerpo que más lo expresaba, el rostro. Las grandes casas de maquillaje como Revlon no fueron ajenas a este reconocimiento de la mujer como individuo, estableciendo una estrategia de marketing basada en la promoción de diferentes tipos de matices en el maquillaje, los cuales estaban relacionados con su personalidad e intereses: "Todas las mujeres no somos iguales". Revlon también lo reconoce! Por eso ellas han creado tres tipos diferentes de maquillaje - para que usted escoja el tipo de maquillaje que más adora. Yo he comprado los tres Matices Faciales... son encantadores!"<sup>357</sup>

---

<sup>355</sup>Helena Rubinstein (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 23, octubre, 1961, p. 18

<sup>356</sup>Ellas (Caricatura). En: Cromos, Bogotá. Octubre 9, 1967. no. 2607, pp. 54-55

<sup>357</sup>Maquillaje Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Abril 17, 1967. no. 2582, p. 4

La declaración por parte del mundo estético contra ciertas características naturales, también trascendió las fronteras del rostro femenino para enfocarse en la eliminación del vello corporal, calificado como una característica antifemenina. Dentro de este contexto, la publicidad de las cremas depilatorias Nudit y Louis Philippe, insistió en la necesidad de eliminar este rasgo un tanto animalesco y varonil, para alcanzar el bien máspreciado de toda mujer del común: su femineidad expresada a través de la suavidad y tersura de la piel, máxime cuando comenzaron a eliminarse las fronteras estéticas entre ambos sexos. Asimismo, los consejos de belleza hicieron eco de esta tendencia hasta el punto de catalogarla como un “problema” de carácter estético e higiénico, que anulaba el encanto de una mujer elegante, aun cuando se intentara ocultar con las medias veladas, un error al parecer muy común entre algunas mujeres que no habían incorporado este hábito en su rutina de belleza. Para evitar esta situación bochornosa en el difícil ascenso hacia el éxito social, el cual causaba inseguridad y poca confianza entre las mujeres del común ansiosas de lucir los trajes de moda, las sesiones de consejos estéticos recomendaron múltiples métodos caseros que se pudieron realizar en unos cuantos minutos. La cuestión radicó en convencerse de la necesidad de quitar este problema y en utilizar una buena dosis de voluntad para someterse a una labor un tanto dispendiosa y, en algunos casos, tortuosa: “Estamos seguros que se sentirá mucho más segura de su belleza y no tendrá ningún inconveniente en mostrar sus piernas o levantar el brazo (...) ... De nada servirá el más bello traje del mundo, ni los más finos perfumes si se descuida este detalle”.<sup>358</sup>

La creciente tendencia de incorporar la depilación dentro de los hábitos de belleza femeninos, especialmente en las áreas antes ocultas por el vestuario como las axilas, las piernas y la zona del bikini (sin dejar de lado el vello que crecía encima de la boca), significó una prolongación de las representaciones tradicionales relacionadas con la oposición entre el género masculino y femenino, en un periodo caracterizado por la paulatina democratización en los comportamientos de ambos sexos como consecuencia de la promoción del “imperativo juventud”.

Curiosamente, aunque la moda aparentemente proclamó la eliminación de la disyunción entre los sexos mediante los diseños unisex -un síntoma de la adopción cada vez mayor de un vestuario tipo masculino entre las mujeres y de la inclusión parcial de la ropa

---

<sup>358</sup>Un detalle de su belleza. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 20, 1965. no. 2506, p. 50

masculina dentro del universo de la moda-, en la vida real esta situación se tradujo en un cambio sutil y aparente que no representó la eliminación de las diferenciaciones en la apariencia.<sup>359</sup> Y si en el mundo de la moda la “oposición distintiva entre los sexos” fue un hecho recurrente en un periodo caracterizado por la creciente homogenización, esta distinción sutil y aparente también tuvo resonancia en el mundo de la estética: una mujer debía conservar su feminidad aun cuando las condiciones sociales y culturales denotaran el aparente cambio en las costumbres y modos de actuar entre los géneros. Si lograba mantener este rasgo distintivo, posible en gran parte a través de las maniobras estéticas y cosmetológicas, su éxito social estaría garantizado. Si bien los grupos feministas se alzaron en contra de estas prácticas por considerarlas una estrategia que promovía nuevamente la sumisión total de la mujer hacia unos valores hedonistas que la convirtieron en un “objeto”, estos argumentos no tuvieron la suficiente resonancia para generar la destrucción de estas representaciones estéticas. No en vano, las imágenes femeninas del mundo del espectáculo y de la moda convertidas en los íconos representativos de miles de mujeres, emularon las características ultrafemeninas que destacaron su diferencia notable con respecto a lo masculino, preservando en gran parte su atractivo físico femenino y su capacidad seductora.

## **5.1 JUVENTUD: ¡DIVINO TESORO!**

En un pacto misterioso pero a la vez grandioso, la década del sesenta proclamó más abiertamente la juventud como sinónimo de belleza física, una conjunción que en la actualidad es digna de glorificarse dentro de los espacios noticiosos y publicitarios. Las circunstancias sociales y culturales fueron el principal aliciente para la existencia de este pacto: después de la Segunda Guerra Mundial se produjo en Estados Unidos y Europa un crecimiento progresivo de la población llamado *baby boom*, que sentó los precedentes para la aparición de la nueva cultura juvenil propia de los años sesenta, con la cual comenzó a difundirse un modelo de individuo ajeno al sistema tradicional y en franca

---

<sup>359</sup>LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994, pp. 146-148

rebeldía con respecto a los valores más importantes dentro del mundo burgués: el dinero producto del trabajo consagrado y silencioso y la consolidación de una familia como base de la felicidad personal. Esto último significó al mismo tiempo la difusión de los “modelos estéticos adolescentes” proclamados abiertamente y en gran medida por los ídolos del cine, con los cuales cobró sentido el aspecto juvenil en todos los ámbitos de la cotidianidad: la moda comprendió rápidamente este lema al difundir líneas juveniles que promovieron la exhibición de partes del cuerpo antes prohibidas; la prensa en sus secciones dedicadas al mundo femenino, insistió en la necesidad de preservar el cuerpo y el rostro del paso de los años; la publicidad difundió modelos juveniles de mujeres para atraer nuevas compradoras de los productos de belleza. A todo lo anterior se sumaron las transformaciones en la vida de las sociedades modernas, que significaron la promoción de las actividades al aire libre, el sano aprovechamiento del espacio destinado para el ocio y la dinámica de las relaciones sociales donde se ampliaron los horizontes en el trato entre hombres y mujeres.<sup>360</sup>

Ante esta avalancha de acontecimientos que paulatinamente desconocieron la tradición y la memoria, para comenzar a reconocer la juventud, la vitalidad y el dinamismo como los valores de la modernidad, la imagen del “cuerpo gastado” generada a través del envejecimiento progresivo natural, se convirtió en un objeto de rechazo social, hasta el punto de crear un sentimiento negativo personal, especialmente entre las mujeres, quienes conservaron la imagen de un “objeto maravilloso” que se degradaba y perdía su valor seductor con el paso de los años, frente a la imagen del hombre seductor potencial que se valorizaba gracias al reconocimiento social de los valores centrados en la hombría y la virilidad.<sup>361</sup>

No obstante, la vulnerabilidad de la belleza física frente a los estragos del tiempo fue superada ante el tono triunfal que proclamó la prolongación de la juventud, más allá de los límites impuestos por la naturaleza y el paso del tiempo, llegando a convertirse en un derecho de toda persona sin importar las huellas del tiempo, los defectos físicos naturales, la condición social y económica, el nivel de escolaridad o la edad. Por esta razón, los lemas “Hágase joven ahora mismo”; “Evite las huellas de los años”; “Juventud,

---

<sup>360</sup> HOBBSAWN, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Crítica, 1996, pp.327-334

<sup>361</sup> LE BRETON, Op. Cit., pp. 142 y 147

belleza y lozanía”; “Luzca más seductora....más joven y adorable”, hicieron parte de los distintivos que acompañaron la publicidad y los numerosos artículos publicados en las secciones femeninas, los cuales fueron promocionados como valores estéticos a través de las imágenes idealizadas femeninas (mujeres-íconos), destinados a un segmento importante de la población catalogado como mujeres del común.

Dentro de este discurso, la juventud como etapa de la vida no fue sinónimo de una belleza plena, razón por la cual las rutinas de belleza estuvieron destinadas para un abanico amplio de mujeres que agruparon a jóvenes y mujeres maduras. Esta opinión fue compartida en numerosas secciones femeninas y de modas publicadas en la prensa, donde se estableció como una edad inicial para obtener una hermosa figura los años de la juventud, también considerada una etapa ideal donde la mujer alcanzaba una mayor confianza y seguridad para hacer frente en el futuro a la vida social y el trabajo. Categóricamente se afirmó que la juventud no era garantía suficiente para ser bella y atractiva. Por esta razón, era necesario planear y adelantarse al paso del tiempo, con el fin de evitar sus estragos futuros en la silueta y el rostro femenino; conservar al máximo los atributos propios de la juventud y generar una mayor confianza entre las jóvenes, ansiosas por comenzar su vida social de una forma exitosa y sin complejos estéticos que hicieran mella de su personalidad y encanto:

Comience por trabajar en los años de su juventud, para llegar a tener una hermosa figura. Esta es la época en que se asientan las formas en el futuro. Si usted se descuida consigo misma, si no hace gimnasia y no camina nunca pudiendo hacerlo, resígnese a tener más adelante a los 20 o 30 años, hinchazones y protuberancias. Por lo tanto, hay que comenzar a tiempo (...) Saque provecho de todas las oportunidades posibles, para desarrollar un organismo ágil, esbelto y robusto. Comience desde ahora a cuidar su cutis.<sup>362</sup>

En esta óptica, las revistas y secciones femeninas de los periódicos definieron algunos espacios para presentar en una especie de recetario los ingredientes en los cuales se

---

<sup>362</sup>La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 2, sección 2

integraron una serie de prácticas estéticas e higiénicas para el cuidado de las diferentes partes del cuerpo como el maquillaje, la respiración de aire puro, el ejercicio físico, la adopción de gestos adecuados en el rostro, el consumo de una dieta rica en proteínas, el descanso.<sup>363</sup> Asimismo, se insistió en la posibilidad de definir los problemas estéticos juveniles como la puerta de entrada hacia el éxito futuro de las mujeres en el campo de la belleza y las relaciones interpersonales, al incorporar desde muy temprana edad una serie de prácticas destinadas al cuidado y conservación de la piel:

La jovencita que no tiene problemas en su cutis, dice una experta norteamericana en artículos farmacéuticos y de cosméticos por más de 20 años, es probable que no sea tan afortunada como ella piensa. Esto se debe a que los problemas juveniles de la piel evitan a muchas mujeres conflictos del cutis en el futuro, ya que aprenden a cuidarse a temprana edad su piel. Afortunadamente hay bolsos especiales para cosméticos preparados para las jovencitas, que alientan el cuidado apropiado de la piel, el cual incluye: jabón con loción de limpieza antiséptica, y una crema que contiene lubricantes, vitaminas y agentes cicatrizantes de la piel. Los especialistas en belleza señalan la necesidad de limpiarse el cutis del rostro varias veces al día con jabón antiséptico.<sup>364</sup>

Pese a los cuidados y prácticas consagradas para los “gloriosos años de la juventud”, el paso del tiempo era inevitable en la figura femenina, estableciéndose por consiguiente un umbral temporal definido por una delgada línea que separaba la juventud de la madurez y la vejez: los 25 y 30 años. Cuando el reloj biológico entraba en este periodo de tiempo, se anunciaba con cierto temor la necesidad de reforzar los esfuerzos para conservar la juventud, debido a la aparición de múltiples problemas estéticos y a la dificultad para recuperarse de los estragos causados por el descuido y la poca disponibilidad de tiempo. En un artículo publicado en *Cromos* se explicó con un tono casi fatalista las consecuencias generadas por el paso inexorable de los años y los resultados negativos obtenidos por las acciones estéticas poco rigurosas y apropiadas: la vista empezaba a decaer a los 25 años, mientras que los 30 años correspondieron al momento máximo de

---

<sup>363</sup> Para las jovencitas plan de embellecimiento. En: El Colombiano. Medellín, 12, enero, 1963, p. 13

<sup>364</sup> “Recompensa el cuidado del cutis a temprana edad. En: El Colombiano. Medellín, 21, diciembre, 1964, p. 18

rendimiento muscular y el lapso temporal en que las facultades de atención declinaban considerablemente.<sup>365</sup> Más allá de la pérdida de estas facultades motoras y de la agudeza de los sentidos, esta zona temporal de peligro correspondió al límite impuesto socialmente a las mujeres, el cual fue correlativo con su periodo fértil, una etapa cumbre para definir su futuro como mujer entregada a la soltería o a los designios de una vida matrimonial y de madre de familia.

Aparentemente, las perspectivas no eran nada halagadoras para las mujeres de mediana edad. No obstante, nuevamente el ideal democrático triunfó para promocionar esta etapa como el momento propicio para comenzar una “verdadera” acción en el cuidado y preservación de su belleza. Considerada también una fase donde la mujer adquiriría el máximo de seducción al dejar atrás la inseguridad de los años juveniles para convertirse en una mujer llena de experiencia y madurez, los treinta años fueron consagrados primordialmente al cuidado de la figura de una mujer adulta. La columnista de la sección femenina publicada en *El Colombiano*, Elisa Tascón, afirmó que la “silueta, a esa edad, lo dice todo”, una razón suficiente para combatir la gordura con medios eficaces que incluyeron un apropiado régimen alimenticio destinado a controlar el exceso de calorías y el fortalecimiento de los músculos abdominales por medio de un programa diario de ejercicios.<sup>366</sup>

La edad de los cuarenta fue considerada el inicio de la madurez plena de la mujer, pero también fue el momento en el cual comenzaba a decaer con mayor rapidez las formas femeninas ante el paso irremediable del tiempo. No obstante, una vez más la prensa anunció triunfalmente la superación de esta barrera que separaba la madurez plena de la vejez. La revista *Cromos* señaló que las mujeres con más glamour, las más atractivas y las que provocaban suspiros en los hombres eran cuarentonas, una apreciación que tuvo mayor sentido al ser exitosas en un momento donde la juventud proclamó su reinado supremo dentro de las tendencias estéticas y cosméticas. Esta posición se basó en el reconocimiento de figuras importantes del mundo del espectáculo y del *jet set* internacional, grandes íconos femeninos que revelaron en sus encantos una distinción

---

<sup>365</sup>El más antiguo sueño de la humanidad. Rejuvenecer. En: *Cromos*, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 26-27

<sup>366</sup>TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La edad peligrosa. En: *El Colombiano*. Medellín, 23, diciembre, 1968, p. 20



inigualable con respecto a las figuras juveniles: Audrey Hepburn se caracterizó por poseer una “belleza encantadora y elegante como modelo”; Gina Lollobrigida era más seductora y curvilínea; Jacqueline Kennedy fue considerada la figura más atractiva, elegante y vital de Europa y Norteamérica; Jeanne Moreau todavía conservaba sus encantos como “femme fatale” para los hombres de diversas edades. También hicieron parte de este selecto grupo Elizabeth Taylor, Doris Gray, Grace de Mónaco, Simone Signoret, Kim Novak, Shirley Mc Laine, quienes fueron catalogadas como la perfecta combinación entre la belleza y la seducción ejercida a través de su silueta, aunada con la experiencia y seguridad adquirida durante los años.

Esta tendencia abierta hacia la exaltación de la belleza en las mujeres maduras traspasó las barreras espaciales para hacerse realidad entre las mujeres del común, mediante la observación de las prácticas estéticas y cosméticas realizadas por estas grandes luminarias. Como paso primordial para preservar la belleza y el atractivo físico, se destacó la importancia de conservar una figura y un rostro juvenil a través de una estricta dieta, mezclada con una gran dosis de autocontrol que limitaba el consumo de fideos, dulces o frituras. Una vez alcanzada la figura esbelta, se abría la posibilidad de vestir a la moda de una forma juvenil, deportiva y sencilla. Otras recomendaciones complementarias del recetario para alcanzar el “éxito social”, promovieron unas prácticas que resaltaron la importancia de cuidar todas las partes del cuerpo, incluyendo los ademanes y los gestos corporales. Asimismo, se resaltó la importancia de tener un peinado que armonizara con la figura y la vestimenta de una forma natural, evitando los estilos complejos. El maquillaje en el rostro, por su parte, fue catalogado un recurso necesario para realzar los encantos naturales al mejor estilo de una obra de arte, siempre y cuando se utilizara de una forma sutil y natural. El caminar y el hablar en forma elegante y orgullosa, al mejor estilo de los ademanes de una reina, se constituyeron en el complemento perfecto para retener aún más el atractivo de la juventud: “Así, la horrible edad de los cuarenta se transforma en la época más seductora de una mujer, aquella en la que los hombres le rinden mayor pleitesía”.<sup>367</sup>

Las dietas, la coloración del cabello, el maquillaje, el ejercicio físico y el vestuario diseñado acorde con la edad, fueron considerados los factores más importantes para

---

<sup>367</sup> “Cómo lucir atractiva a los 40!”, Cromos, no. 2720, Bogotá, 9 de febrero, 1970, pp. 36-37

“devolver el tiempo” en las mujeres del común, hasta alcanzar una apariencia juvenil y alegre. Sin embargo, este creciente interés por el cuidado de la figura, no debió traducirse en la adopción de los ademanes y comportamientos propios de una jovencita, un cierto “aire coquetón de una Brigitte Bardot” que estaba acompañado de risas y manierismos inadecuados para una persona madura, según lo estipularon las normas de urbanidad. Si los límites impuestos a la edad lograron ser traspasados en el mundo estético, haciéndose más democráticos para una gran cantidad de mujeres maduras, las barreras impuestas por la misma sociedad a través de las normas de urbanidad y etiqueta restringieron los alcances en esta materia, al funcionar como dispositivos que controlaron el comportamiento de las personas en los diferentes espacios sociales. Así, para cada periodo de la vida se prescribieron los comportamientos aceptados socialmente; negarse a adoptarlos significaba el rechazo y el señalamiento social.

Más allá de las técnicas cosméticas y estéticas que proclamaron la democratización de la belleza juvenil para un segmento amplio de mujeres, sin hacer distinción en la edad o condición social, los argumentos médicos traspasaron los límites de lo superficial y de los remedios “mágicos”, para adentrarse en el mundo corporal interno, aunque dejando de lado la concepción vigente en las décadas anteriores de conservar la vitalidad mediante la eliminación de las toxinas o “venenos” introducidos por la vía digestiva, que contaminaban el organismo; generaban trastornos funcionales de los riñones y el hígado; producían mala circulación de la sangre, dolor de cabeza, neuralgias y dolores menstruales y, consecuentemente, afectaban la apariencia del rostro y del cuerpo<sup>368</sup>

Dentro de este discurso en el cual se conjugaron los valores estéticos con los conocimientos del mundo de la medicina destinados a encontrar el “secreto de la eterna juventud”, fueron señaladas algunas partes del cuerpo donde más se evidenciaron los primeros indicios del proceso de envejecimiento. Uno de ellas fueron las arterias, consideradas una “promesa de longevidad” al regular el ritmo de irrigación sanguínea en todo el cuerpo. Su principal enemigo era la hipertensión, causante de múltiples fallas a nivel interno que reducían la calidad de vida al producir fallas cardíacas, insuficiencia renal, accidentes cerebrovasculares, entre otros. Por otro lado, la disminución de las

---

<sup>368</sup>CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina. El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales, 2006, p. 99

secreciones glandulares generaba enfermedades típicamente relacionadas con la vejez, como la rigidez de las articulaciones causante de la artrosis, la presbicia y el dolor en los huesos. El “azote de la vejez” también se manifestó cuando las personas eran más proclives a las infecciones, se fatigaban con mayor rapidez y los músculos se debilitaban. A nivel psicológico sobresalió la llamada “melancolía”, conocida actualmente como la depresión. Ante el buen número de enfermedades relacionadas con el envejecimiento, fue necesario hacerle frente mediante un programa rutinario que exigía del paciente una actitud activa y responsable con el cuidado de su cuerpo; la distensión o el reposo en una larga jornada del día; el relajamiento mediante una serie de ejercicios musculares complejos (yoga); un programa habitual de ejercicios y una alimentación con bajo porcentaje de grasas animales.<sup>369</sup>

Las prácticas higienistas igualmente se entremezclaron con el discurso de la medicina, pero dejando atrás la concepción moral vigente en las décadas anteriores que mostraba el cuerpo como un objeto digno de ser cuidado al ser el habitáculo especial del alma. En esta ocasión, gracias a la promoción realizada en los manuales de urbanidad, éste fue considerado el mejor representante de la personalidad del individuo y una carta de presentación importante en las relaciones interpersonales, un hecho trascendental en la sociedad moderna en la medida en que permitió vislumbrarlo como un valor subjetivo, resultado de la influencia del medio social y la historia de cada individuo.<sup>370</sup>

Con la creciente difusión de los medios de comunicación, las normas de urbanidad relacionadas con la higiene corporal evolucionaron al conjugarse con los ideales estéticos que buscaron la satisfacción “narcisista”, especialmente por parte de las mujeres quienes estuvieron ansiosas por autoexpresar su deseo de ser admiradas. En esta ocasión, las revistas y las secciones femeninas –incluyendo la publicidad- , hicieron énfasis en la idea de conservar una buena presentación personal para tener éxito en las relaciones interpersonales a través de la higiene corporal, con la cual se ocultaban los olores naturales emanados por el cuerpo. Lo natural, los efluvios orgánicos exhalados hacia el exterior, fueron considerados objeto de rechazo social y un obstáculo para entablar relaciones sociales exitosas tanto en el trabajo como en la vida social. Dentro de esta

---

<sup>369</sup>El más antiguo sueño de la humanidad. Rejuvenecer. En: Cromos, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 26-27

<sup>370</sup>LE BRETON, Op. Cit., p. 149

dinámica, el olfato se agudizó aun más y se convirtió en el sentido más importante para detectar las emanaciones invisibles<sup>371</sup> que dejaban una estela de olores desagradables o agradables, en un momento en que la distancia entre las personas se había disminuido considerablemente, ante la presunta derrota de los cánones tradicionales establecidos en las normas morales y de urbanidad. La cuestión higienista, en esta ocasión, hizo énfasis en la necesidad femenina de dejar un rastro de olor que fuera agradable para el sexo opuesto, con el fin de hacer más efectiva su maniobra de acercamiento.<sup>372</sup> No obstante, en el fondo significó quitarle al cuerpo cualquier rastro de animalidad que revelara su pasado bárbaro, algo poco consecuente con el proyecto civilizador implantado por la burguesía desde el siglo XIX mediante las prácticas higienistas: “Porque usted es el aire que él respira.... Sea fresca en el mejor de los sentidos: el olfato. A su lado siempre hay alguien a quien usted quiere acercar más. Acérquelo! Protéjase en el mejor de los sentidos. Use Palmolive Dorado, la más efectiva fórmula desodorante en el jabón de baño más excitante”.<sup>373</sup> A su vez, este ocultamiento de los olores corporales simbolizó la llave del éxito para las mujeres, en cuanto se convirtieron en personas más seguras y confiadas en las relaciones interpersonales, aumentando considerablemente su gracia y encanto en el mundo exterior: “Atractiva, segura y confiada... por horas y horas con ODO-RO-NO. Disfruta la satisfacción de saberse admirada... gracias al finísimo perfume exclusivo de ODO-RO-NO.”<sup>374</sup>

Si las emanaciones invisibles del cuerpo constituyeron un obstáculo para alcanzar el reconocimiento en el ámbito social, la higiene bucal también fue objeto de control en este discurso, con el fin de mantener bajo unos límites definidos y precisos el reflejo de la corporalidad al natural. Esto significó controlar el mal aliento causado por las bacterias que habitaban la boca, mediante la combinación de una rutina diaria de cepillado y el uso

---

<sup>371</sup> Ideas remanentes de la medicina prepasteriana y su discurso higienista, que en el siglo XIX buscaron controlar los olores en los sitios públicos y privados, al considerarlos emanaciones miasmáticas que originaban las diferentes enfermedades que acechaban a la población.

<sup>372</sup> Emilio Zola consideró que los universos sensoriales variaban según las clases sociales, diferenciando claramente entre los sentidos del tacto y del olfato como medios para conquistar y atraer pareja. En el caso del tacto, este sentido estaba destinado al “pueblo” o el vulgo de las ciudades o el campo, en cuanto sus maniobras de acercamiento eran rápidas y breves, gracias a que no habían interiorizado las normas y códigos de urbanidad. Caso contrario ocurrió con el olfato que obligaba a adivinar a través de los olores corporales, los atractivos ocultos bajo el vestuario. Este requirió una maniobra retardada de seducción, muy cercana a la clase burguesa que limitaba el espacio de interacción entre las personas al mínimo contacto corporal. CORBIN, Alain. El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 225-226

<sup>373</sup> Palmolive Dorado (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Marzo 25, 1968. no. 2628, p. 35

<sup>374</sup> Desodorante Odo-ro-no (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 29, noviembre, 1963, p. 10

de un antiséptico bucal. Y si el interés consistió además en impactar al sexo opuesto a través del gesto, la mejor manera para conseguirlo fue mediante el uso de una crema de dientes como “Pepsodent” que “... asegura su encanto personal con una sonrisa radiante... y el encanto de unos dientes blancos... con PEPSODENT!”<sup>375</sup>

Los olores íntimos, igualmente, se incluyeron dentro de esta clasificación de efluvios y salieron del interior de los hogares, para convertirse en objeto de la publicidad de productos para el aseo personal. La belleza física femenina, entonces, trascendió lo superficial para embarcarse en la promoción de un lado oculto por tantos siglos como tema tabú, llegando a convertirse en parte activa del programa de limpieza que promovió una mujer siempre radiante y limpia en cualquier situación de la vida.

Calificados bajo los apelativos de “problema íntimo” y “molesto” para las mujeres, especialmente durante y después de la menstruación cuando los olores se hacían más fuertes debido a los restos de bacterias acumuladas en el interior, las duchas íntimas comenzaron a promocionarse con un lema que garantizaba la limpieza, la frescura y la seguridad como características inherentes de una mujer elegante y bella.<sup>376</sup> Este tipo de publicidad utilizó como recurso de mercadeo un lenguaje directo, dirigido siempre a las futuras compradoras de forma personalizada a través de un diálogo, donde las interrogaba y las invitaba a usar su producto de manera confiable y sin temores, lo cual en el fondo constituyó una manera de superar la “barrera invisible” establecida a través de los tabúes y las representaciones tradicionales que calificaron de inmoral el acercamiento y reconocimiento de los problemas de la zona íntima: “Yo uso Benzal y tú? Entre nos... es lo mejor que he usado para resolver el problema íntimo. Te recomiendo BENZAL en polvo el desodorante de la mujer moderna. Úsalo diariamente”.<sup>377</sup>

De esta forma, poco a poco el ámbito público fue adentrándose en el ámbito de lo privado de las relaciones de pareja, con el fin de señalar algunas normas de higiene necesarias para conservar el atractivo aún después de casadas, una tendencia procedente de Norteamérica y Europa donde la intimidad se había convertido en un asunto público y propio de las relaciones interpersonales. Sin embargo, en esta ocasión la higiene íntima

---

<sup>375</sup>Crema de dientes Pepsodent (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 22, noviembre, 1964, p. 21

<sup>376</sup>Trichotine (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Enero 25, 1965. no. 2472, p. 38

<sup>377</sup>Desodorante Benzal (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 27, 1964. no. 2448, p. 66

exigida por los medios publicitarios a las mujeres, corroboró en gran parte la necesidad de congraciarse con sus esposos mediante el uso de productos que permitieran el normal desarrollo de las relaciones íntimas. En este contexto, las duchas íntimas “Gyneben” anunciaron que la “base de la felicidad” en el hogar se encontraba en la comprensión hacia el esposo, quien aunque llegara cansado al hogar, encontraba como buena recompensa una esposa atractiva y arreglada todo el tiempo. Esto último, implicó asegurar una “completa limpieza” sin irritar los tejidos delicados a través de este producto: “...Gracias a sus ingredientes especiales una ducha de Gyneben protege y desodoriza asegurando su tranquilidad y limpieza en todo momento”.<sup>378</sup>

Este interés por ocultar los efluvios naturales del cuerpo hizo posible que el artificio se convirtiera en algo natural y propio de las personas, en cuanto existía una necesidad creciente de ocultar los olores molestos que obstaculizaban las relaciones con otros individuos. Paulatinamente, la idea de considerar el cuerpo como un reservorio de pasiones y pecados, comenzó a ser remplazada mediante la implantación de una percepción que lo vio como una expresión de la personalidad y de la identidad individual, un elemento revelador de los valores sociales y categorías de clasificación social definidos a partir de la procedencia y poder económico del individuo.

El cuerpo, en este periodo, fue reconocido como una “máquina” que representaba la personalidad individual, digna de los mejores olores y afeites que encubrían las emanaciones naturales, rotuladas bajo las categorías de bárbaro e inculto dentro de los cánones sociales. Al respecto, Zandra Pedraza señaló que la noción de limpieza fue integrada al concepto de higiene, asociando especialmente los órganos de los sentidos de la vista y el olfato, como elementos que registraban con agudeza los malos olores que perturbaban y amenazaban la integridad física. Paralelamente, el baño diario con agua y el uso de afeites (perfumes y jabones), permitieron experimentar en las personas nuevas sensaciones hacia su cuerpo, dejando atrás ese temor que la Iglesia había inculcado que relacionaba el cuidado corporal con una fuente de sensualidad y de placer.<sup>379</sup>

Sin embargo, en la década del sesenta la visión del cuerpo como un medio vinculado a la conservación de la salud pudo ser trascendida, ante la aparición de una imagen que lo

---

<sup>378</sup>Ducha Gyneben (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 6, 1964. no. 2445, p. 40

<sup>379</sup>PEDRAZA, Op. Cit., p. 60

mostró como objeto de atracción y fuente de sensaciones necesarias para llevar a cabo las maniobras de acercamiento en las relaciones interpersonales. Esto se tradujo en la necesidad de ocultar la corporalidad al natural en el medio social, con el fin de evitar la exclusión y el fracaso social. Así, para irrumpir en el mundo social y alcanzar el éxito era obligatorio exhibir un cuerpo refinado y estilizado con los más finos afeites que aumentaban considerablemente el atractivo personal femenino: “Sea la mujer que está destinada a ser Cautivadora, Irresistible, Encantadora. Desert Flower -la fragancia que hará de usted la fascinante mujer que estaba destinada a ser [variedad de productos: lociones, colonia, crema de manos, talco, desodorantes, jabones]. Todo lo necesario para realzar su femineidad.<sup>380</sup> Dentro de esta dinámica, el perfume fue considerado un “verdadero incentivo” de la mujer, en cuanto permitió conservar una señal inequívoca de su presencia mucho antes de ser vista por las personas. Como accesorio complementario de la belleza, su impacto social fue reconocido en las sesiones femeninas, al considerarlo la principal estrategia para “hacer felices” a las personas que la rodeaban: si el olor corporal era neutralizado adecuadamente con estos olores artificiales creados a partir de las finas fragancias silvestres de las flores y cortezas de árboles, pasando por el filtro de un sentido del olfato agudizado dentro de los protocolos sociales, se podía garantizar la aceptación de un futuro pretendiente o de un grupo social. Lo importante era causar un impacto general a través de un halo natural y no generar “molestias” o incomodidades entre las personas, con lo cual la mujer del común también garantizaba un logro importante como sujeto individual al proyectar la personalidad deseada por ella, pero inculcada por la misma sociedad a partir de los íconos femeninos de la publicidad, el cine y los medios de comunicación: alegre, sofisticada, joven o “mujer fatal”. Y si los alcances del perfume fueron tan sorprendentes, su uso debió ser constante para fortalecer aún más la seguridad y confianza de ella. Por esta razón, en señal de un acto de autoridad se catalogó en “algo vergonzoso” la costumbre de utilizar el perfume solo en ocasiones especiales. El deber imponía hacerlo constantemente para conservar esa aura especial y característica de la personalidad de una mujer cautivadora, irresistible y encantadora.<sup>381</sup>

---

<sup>380</sup>Fragancia Desert Flower (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, diciembre, 1965, p. 11

<sup>381</sup>Razones fundamentales para usar perfume. En: El Colombiano. Medellín, 30, enero, 1963, p. 16

## 5.2 LA BELLEZA FEMENINA Y LA MUJER “ROMPECABEZAS”

La belleza física femenina al ser concebida como la armonía de todas las partes del cuerpo durante esta década, conllevó la adopción de una serie de técnicas y controles apropiados para cada una de las piezas que conformaron el rompecabezas corporal femenino: el cabello, el rostro, el torso, las extremidades.

De la misma forma que en las décadas precedentes, la publicidad y los artículos relacionados con la estética femenina, catalogaron el rostro como el receptáculo por excelencia del secreto de la juventud y la principal carta de presentación en el medio social al revelar la esencia de la personalidad y el carácter. De ahí la necesidad imperiosa de cuidar y preservar su apariencia juvenil, mediante la aplicación de cualquier método cosmetológico o estético que redundara en beneficios a corto plazo o largo plazo.

Los rasgos característicos del rostro femenino promocionado en la prensa y en la publicidad mostraron una esencia casi radiante y luminosa propia de los años de la juventud, un cutis fino, delicado, suave, lleno de vida y con un destello deslumbrante que generaba impacto en el medio social, una especie de magnetismo que atraía la aceptación social, porque al fin y al cabo era la parte del cuerpo más sobresaliente socialmente, gracias a su capacidad para transmitir sensaciones, emociones y rasgos de la personalidad a través del lenguaje gestual y verbal. Por esta razón, cuando las mujeres empezaban a observar ciertos defectos propios del paso de los años que estropeaban la superficie del rostro (arrugas, manchas, bolsas y granitos), era prioritario tomar medidas urgentes para aminorar sus efectos, devolverle la apariencia juvenil y su atractivo y, eliminar el sentimiento de inferioridad causado por el sufrimiento generado por su desfiguración.

Dos métodos avalados “científicamente” por estudios que combinaron la técnicas estéticas con los conocimientos en medicina, fueron utilizados para obtener resultados en un plazo de tiempo estimado según el nivel que pretendía alcanzar la usuaria: los procedimientos estéticos faciales y la cosmetología. En cuanto al primer recurso estético, fue necesario realizar una buena inversión de capital y de tiempo para acceder a los



métodos más complejos de renovación del cutis promocionados en los diferentes centros de estética dirigidos por mujeres extranjeras o damas nacidas en la ciudad, quienes habían realizado sus estudios en cosmética y estética en los grandes centros ubicados principalmente en Francia y Estados Unidos.

Granos y erupciones de la piel combatidos con nuevo descubrimiento" *Los granos son un sufrimiento para las personas porque desfiguran el rostro y le quitan atractivo: "No permita que los trastornos de piel lo hagan sentirse inferior a los demás y causen la pérdida de sus amistades". Este producto fue creado científicamente, o sea, tiene el respaldo de la comunidad científica.* "Continúe usando Nixoderm durante una semana y al final de ésta su piel deberá hacerse suave, clara, limpia y magnéticamente atractiva, deberá ser la clase de piel que produce admiración en todas partes."<sup>382</sup>

Ante esta perspectiva que restringió el acceso de las mujeres del común a una renovación profunda de su belleza, debido a su dificultad para disponer de dinero y el tiempo necesario para realizar estos procedimientos, la cosmetología de la mano con la industria de cosméticos se encargaron de hacer posible su sueño con una inversión mínima de dinero y de tiempo. Desde muchos años atrás, la cosmetología venía consolidándose como una técnica útil y cercana a los intereses de diferentes mujeres, quienes aspiraron a hacer realidad el deseo sublime de imitar a las estrellas del cine y del mundo del espectáculo: las mujeres-ícono. Las grandes casas de cosméticos, una pujante industria consolidada en este periodo gracias a la gran cantidad de dinero recaudado por la venta de cosméticos y cremas para el uso diario, una vez más patrocinaron la publicidad y algunas sesiones femeninas de consejos, con el fin de captar un número mayor de consumidoras de sus productos. En ambos recursos fue característica la utilización de una estrategia que pretendió generar cierta sensación de cercanía en la usuaria, mediante el uso de un lenguaje sencillo y directo que presentaba los problemas cutáneos como un factor de desequilibrio en la belleza. El programa completo se promocionó con una serie de prácticas de tipo pedagógico, que estuvieron acompañadas de una completa

---

<sup>382</sup>Nixoderm (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 27, noviembre, 1960, p.7

explicación acerca de las rutinas y los productos apropiados para ciertas áreas del rostro. Revlon prometió la renovación del cutis ajado por el paso de los años, mediante un programa de belleza diseñado convenientemente para utilizar sus productos, los cuales fueron elaborados bajo el lema de “científicamente comprobado” con el fin de subsanar unas necesidades creadas en la piel por la misma industria. De esta manera, ciencia y estética se combinaron para crear una gama de cosméticos destinados para humedecer y limpiar la piel; los tónicos para equilibrar el porcentaje de grasa y sequedad en el cutis; las cremas reafirmantes y tonificadoras que buscaron generar en el rostro la firmeza de la piel juvenil; la base que lograba un acabado natural y matizado antes del maquillaje, y la crema antiedad, creada con ingredientes novedosos como las hormonas.

... cuando los años se reflejan.... evoque en su cutis nueva vida, radiante y juvenil.... afiáncela con ese acariciante cuidado que afirma en su piel la frescura de la juventud. Use el eficaz Programa de Belleza Revlon: cinco preparaciones que le ayudan a conservar la belleza radiante que es el tesoro más precioso de la mujer.... la eterna juventud. 'Programa de Belleza de Revlon' 1.'Moon Drops Cleanser.', humedece a la vez que limpia. 2. Acondicionador 'Liquid Asset' refresca a la vez que normaliza el correcto balance natural de los cutis secos y grasos. 3. 'Build up' reafirma y tonifica. 4. 'Moon Drops Foundation' es la base que mantiene su cutis fresco y húmedo debajo de su maquillaje durante todo el día. 5. 'Eterna 27-Crema con Progenitin', la forma más segura y fácil de dar a su piel esa apariencia de juventud.<sup>383</sup>

Para hacerle frente a la competencia, Max Factor centró su interés en la identificación de los rasgos más característicos de cada tipo de piel, con el fin de prescribir acertadamente el tratamiento adaptado a las necesidades de cada usuaria. Bajo el lema “Deje que Max Factor le ayude a identificar el tipo de su piel y que le prescriba el tratamiento adecuado”, se presentó al público femenino una completa rutina de belleza, en la cual era prioritario definir una serie de acciones calificadas como “importantes” según el tipo de tez: el “cutis grasoso”, caracterizado por una piel con poros abiertos y áreas brillantes, necesitaba de una limpieza profunda y minuciosa; el “cutis combinado” identificado por la existencia de áreas secas, grasosas y sensitivas, debía ser tonificado para igualar la textura de las

---

<sup>383</sup>Programa de belleza Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 1, 1967. no. 2584, p. 34

diferentes áreas del rostro; el “cutis seco” reconocido por la existencia de áreas escamosas, tirantes y con líneas de expresión, requirió de una constante humectación para conservarlo “suave” y “aterciopelado”; y el “cutis marchito” descrito como una piel con líneas de expresión, arrugas y poca elasticidad, precisaba de una nutrición para devolverle la lozanía perdida por el paso del tiempo. A continuación, se definieron una serie de pasos para mantener una renovación constante del cutis durante el día y la noche, en los cuales se incluyeron los productos Max Factor: la primera fase recomendaba una limpieza profunda durante el día y la noche con los limpiadores “Gentle Foam Cleanser”, “Cosmetic Soap”, “Double Depth Cleansing”. El segundo paso consistió en la tonificación del cutis con los productos “Secret Key”, “Astringent”, “Skin Freshener”, los cuales generaban un efecto refrescante y ayudaban a mantener el maquillaje impecable por más tiempo. El tercer momento era la humectación del cutis por la mañana con “Astringent Foundation”, “Active Moisturizer” y “Cup of Youth”, productos que sirvieron en conjunto como un tratamiento protector contra múltiples factores ambientales. Para mantener el equilibrio de aceites naturales y humedad en la piel, la rutina final señaló la importancia de nutrir el cutis por la noche a través de cremas como “Vita Night Cream”, “Eye Cream Plus”, “Velvety Night Cream”, “Enriched Hormone Cream”.<sup>384</sup>

Más allá de esta gama de productos especializados para cada necesidad de la piel, los avances en los estudios dermatológicos y cosmetológicos permitieron la incorporación de las hormonas femeninas como ingrediente activo de sus productos, el antídoto perfecto para eliminar las líneas de expresión mediante su aparente acción hidratante que penetraba “poderosamente” en la piel. Con un lenguaje prometedor y certificado con estudios e investigaciones de carácter científico, la publicidad de este tipo de cremas aseguraba firmemente la posibilidad de obtener buenos resultados en corto tiempo, en cuanto fueron preparados con una substancia natural propia de las mujeres en edad fértil que se reabsorbía por el cuerpo a través del cutis, prolongando su lozanía juvenil. Así se anunciaba en la publicidad de la crema “Eterna 27” de Revlon, que garantizaba “dramáticos” resultados en las mujeres a nivel mundial:

---

<sup>384</sup>Programa de belleza Max Factor (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 1, 1967. no. 2584, p. 21

Qué hace de 'Eterna 27' el medio más seguro y fácil para que la piel luzca y se sienta más joven? Progenitin, el ingrediente único, vital, que realmente reduce los efectos de la piel que envejece. 'Progenitin' está en la mundialmente famosa 'Eterna 27' que ha logrado dramáticos resultados visibles en la piel de la mujer en 6 de cada 10 casos investigados. Su poder de penetración y acción hidratante ayudan a eliminar las líneas de expresión y las arrugas. Usted también puede gozar de las excepcionales cualidades del 'Progenitin' usando 'Eterna 27' todas las noches.<sup>385</sup>

La estrategia para promocionar los productos cosméticos por parte de estas grandes casas trascendió la publicidad para incorporarse en la prensa, mediante el patrocinio de secciones femeninas. Con este recurso se aseguraba una mayor cercanía con las usuarias, en cuanto simulaban ser “cómplices” de los problemas estéticos que aquejaban a las mujeres. A principios de la década del sesenta, la marca internacional “Pond’s” patrocinó en la revista *Cromos* una sección llamada “Correo de Belleza por Miss Ponds”, el cual funcionaba como una especie de consultorio de belleza donde las lectoras escribían sus inquietudes a través del correo. Para mantener un aparente diálogo con sus lectoras, las preguntas fueron publicadas con las respectivas indicaciones elaboradas por “Miss Pond’s”, una figura que representaba el rol de una mujer experta en los temas de belleza, quien estaba encargada de realizar una serie de consejos en donde predominaban frases con imperativos y condicionales, que buscaron disuadir a sus dudosas lectoras acerca de las acciones más convenientes para solucionar sus problemas estéticos: “Antes de salir para la playa, dése un masaje desde la cabeza a los pies con una fresca y sonrosada loción para las manos y el cuerpo”; “Frótese la loción hasta que desaparezca de la piel”, “Aplíquese una crema o loción para dorarse al sol”<sup>386</sup>; “Si su cabello es rizado, hágaselo cortar de manera que le queden ricitos cortos por toda la cabeza”; “Lávese la cabeza una o dos veces a la semana”; “Para estar cómoda, no use un peinado que le cubra la nuca”<sup>387</sup>; “Aplíquese desodorante siempre antes de salir, y si traspira mucho, también antisudorífico”; “Cerciórese de que las toallas que usa al bañarse estén limpias”.<sup>388</sup>

---

<sup>385</sup>Crema Eterna de Revlon (Anuncio). En: *Cromos*, Bogotá. Octubre 14, 1968. no. 2657, p. 9

<sup>386</sup>Correo de Belleza por Miss Pond’s. En: *Cromos*, Bogotá. Enero 11, 1960. no. 2220, p. 43

<sup>387</sup>Correo de Belleza por Miss Pond’s. En: *Cromos*, Bogotá. Enero 18, 1960. no. 2221, p. 8

<sup>388</sup>Correo de Belleza por Miss Pond’s. En: *Cromos*, Bogotá. Marzo 7, 1960. no. 2228, p. 4

Simultáneamente, la reconocida marca de cosméticos Max Factor financió una sección en la misma revista llamada “La actualidad en belleza de moda por Max Factor”. En este espacio, el creador de esta reconocida marca y asesor personal de numerosas estrellas del mundo del espectáculo, se “acercaba” a las mujeres comunes para transmitirle algunos secretos del maquillaje de Hollywood, lugar donde consolidó su gran imperio de cosméticos. Entre sus recomendaciones, el “maestro supremo en el arte del maquillaje” consideró que el dominio de las técnicas de maquillaje era similar a una tarea escolar que exigía de tiempo libre para obtener buenos resultados. Asimismo, señaló los errores más comunes de las mujeres cuando se maquillaban, sugiriendo una serie de prácticas para implementar en su rutina diaria de belleza, especialmente con el uso del lápiz labial, el delineador y el perfilador de cejas, que requirieron una práctica constante para alcanzar una gran precisión.<sup>389</sup>

Aunque los esfuerzos para alcanzar un cutis perfecto y juvenil constituyeron un aliciente importante para las mujeres del común ansiosas de probar las mieles de la belleza, esta labor dispendiosa no redundaría en buenos resultados si no se concebía el rostro como una totalidad armoniosa, compuesta de otros elementos que lo relacionaron directamente con la personalidad y la expresión de emociones de las personas. En el caso de la mujer, el esfuerzo en este sentido fue mayor, en cuanto sus emociones y sentimientos se expresaban con mayor fuerza y libertad dentro de una sociedad en la cual todavía prevalecía un comportamiento definido según el género sexual. Si los hombres debieron mostrar su fuerza y coraje para afrontar el mundo exterior, las mujeres fueron la expresión de la sensibilidad a flor de piel y la delicadeza, cualidades necesarias para afrontar su labor definida por muchos siglos en la sociedad: el cuidado del hogar, de los hijos y por supuesto, de su esposo.

No obstante, ante el camino trazado décadas atrás por muchas mujeres que decidieron afrontar el reto de salir de sus hogares para ingresar al mundo laboral, las nuevas obligaciones que conjugaron las actividades del ámbito laboral y casero, significaron un nuevo reto no sólo para sus vidas sino también para la conservación de su belleza. Dentro de este contexto, la tensión nerviosa pasó a constituir parte de su vida cotidiana,

---

<sup>389</sup>La actualidad en belleza de moda por Max Factor: Practique su maquillaje como si fuera una tarea escolar. En: Cromos, Bogotá. Octubre 10, 1960. no. 2259, p. 64

convirtiéndose en objeto de preocupación de las secciones femeninas, al afectar en mayor número a las mujeres ante las múltiples exigencias impuestas en sus vidas. La principal dificultad radicó en que en el mundo moderno las personas actuaban como “verdaderos autónomos” desde la mañana hasta la noche, sin dejar un espacio para el descanso y el cuidado del cuerpo. Para las mujeres el impacto era mayor porque las pocas horas de descanso se utilizaron en solucionar los asuntos del hogar, olvidándose de descansar para liberar la tensión del día y “borrar” las líneas de expresión producidas por el cansancio. Ante este problema de belleza derivado de las circunstancias limitantes del mundo moderno que evidenció la tensión latente entre la mujer-trabajadora y la mujer-ama de casa, la solución un tanto salomónica para los “expertos”, consistió en asumir un estilo de vida similar a la del mejor amigo del hombre, el perro, un animal que sabía aprovechar sus horas de descanso estirando su cuerpo y comiendo estrictamente lo necesario para vivir.<sup>390</sup>

La percepción armoniosa de rostro no sólo significó una “batalla” contra los embates de la vida moderna, sino también fue la ruta para mejorar considerablemente las partes más sobresalientes de su fisonomía, los ojos y los labios. Dentro de las sesiones femeninas no se escatimaron consejos para mejorar la capacidad expresiva de los ojos y los labios, partes de un todo que incluyeron dos lenguajes “naturales” femeninos: el lenguaje visual y el lenguaje gestual. En el caso específico de los ojos, éstos fueron reconocidos como un elemento importante de la belleza y un conjunto complejo desde el punto de vista estético. Al ser considerados un centro de interés y atracción para el sexo opuesto, su “radiante fulgor” propio de una apariencia juvenil debió conservarse y protegerse del paso de los años al evidenciarse en ellos un signo inevitable de la vejez prematura: las arrugas. Las nuevas actividades popularizadas en la “vida moderna” como leer; ver televisión en exceso; nadar en agua salada o con cloro; el polvo; la luz excesiva; la agitada vida laboral, también pasaron su cuenta de cobro sobre la apariencia de esta área, provocando su irritación o mostrándolos cansados: “¡La vida moderna maltrata sus ojos...! La lectura, ver televisión en exceso, nadar en agua salada o con cloro, el polvo y la luz excesiva

---

<sup>390</sup>La mujer, el hogar, la moda: Su regalón puede darle lecciones de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 8, diciembre, 1960, p. 9, sección 2

lastiman sus ojos y los hacen sentirse irritados. Murine da alivio instantáneo y preciso cuando lo necesitan!”.<sup>391</sup>

La rutina de cuidado de los ojos no solo se limitó a aminorar los efectos producidos por el agitado tren de vida de muchas mujeres. Para conservar su capacidad expresiva, también era necesario complementarlo con una buena técnica de maquillaje, que permitiera realzar generosamente su encanto y su impacto expresivo. Esto significó una labor dispendiosa y repetitiva para afianzarse en el uso correcto de este recurso y evitar los excesos, una acción sancionada aún por las normas estéticas y la sociedad que veían con cierta aversión la trasgresión de los límites entre un efecto natural, confeccionado a partir del uso racional del artificio (el maquillaje), y un efecto artificial recargado y poco armonioso en el rostro.<sup>392</sup> Lo anterior implicó el seguimiento de una serie de recomendaciones para “no incurrir en excesos” y adaptar una mirada camaleónica, según el momento y la ocasión del día. Para intensificar la profundidad de los ojos y hacerlos más expresivos y luminosos, Helena Rubinstein recomendaba utilizar el maquillaje de acuerdo con la forma y el color de los ojos, buscando armonizarlos con la hora del día y el vestido utilizado.<sup>393</sup>

A principios de la década del sesenta, en la publicidad y en algunos artículos periodísticos se anunció que los ojos tenían el “papel primordial en la arquitectura del rostro”, título ostentado en tiempos anteriores por las cejas, que empezaban a desvanecerse sobre la línea trazada finamente con un lápiz cosmético. Aunque el “aspecto suave” o natural estaba de moda en el maquillaje, imponiendo los tonos pastel en las sombras, los ojos no perdieron su papel protagónico gracias al uso de las sombras en forma de grandes triángulos en el párpado superior y el ligero trazado del delineador en el contorno de ojos.<sup>394</sup> No obstante, el efecto natural sería desplazado con los avatares procedentes de otras latitudes, que anunciaron unas nuevas tendencias en la moda influenciadas por el espíritu juvenil. Paulatinamente, los “mágicos efectos del sicodelismo” procedente de Estados Unidos comenzaron a imponerse a finales de la década, influyendo notablemente

---

<sup>391</sup>Gotas ojos Murine (Anuncio). En:El Colombiano. Medellín, 17, octubre, 1961, p. 13

<sup>392</sup>Desde ella y hasta ella. Sepamos ser bellas. En: El Obrero Católico. Medellín, 7, marzo, 1964, p. 14

<sup>393</sup>Helena Rubinstein le enseña a maquillarse (Separata). En: Cromos, Bogotá. Mayo 16, 1966. no. 2537

<sup>394</sup>Cromos para ellas: Nuevos ojos en la moda. En: Cromos, Bogotá. Marzo 27, 1961. no. 2281, pp. 38-39  
Maquillaje Water Colors Pastel de Max Factor (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 23, octubre, 1961, p. 19

en el estilo de maquillaje que pretendía generar un efecto de luz tenue en el rostro: “Sobre el rostro "angelical" se utilizan tres productos para los ojos: “Vinyliner, un delineador que permanece por horas dando a la mirada "cálida expresión juvenil, así la mujer joven nade, camine impertérrita bajo un torrencial aguacero o llore; Eyeshine es una sombra sicodélica que a la vez es brillo, y Lashbrow que se aplica sobre las pestañas y las cejas. Con estos productos ahora "...los ojos brillan, juvenil, inocentemente en un rostro iluminado con naturalidad...”<sup>395</sup>

Los anteojos de sol, un signo de la creciente incursión de la mujer en el mundo exterior, también se impusieron con las tendencias de la moda como un accesorio que complementaba el vestuario, dejándose atrás la idea dominante en años anteriores que los relacionaron con un objeto destinado a la protección de los ojos o un elemento limitado a ciertos espacios y temporadas del año (las vacaciones). La columnista Helen Hennesy destacó su capacidad para agregarle un nuevo colorido al rostro, siempre y cuando estuvieran coordinados con las tonalidades de moda. Desde el punto de vista estético, gracias a la existencia en el mercado de una gran variedad de estilos en marcos, su uso permitió camuflar los ojos inexpresivos producidos por la falta de tiempo para maquillarse y mejorar el aspecto del rostro en ciertas mujeres que tenían problemas faciales (mentón contraído, mejillas prominentes, entre otros).<sup>396</sup> La lucha contra los signos fatales de la belleza, también abrió las puertas a los anteojos prescritos para corregir los problemas visuales, en cuanto fueron catalogados como un accesorio más de la elegancia femenina que evitaban los ojos contraídos y poco seductores. Por este motivo, se recomendó a las usuarias seleccionar unos anteojos de acuerdo al contorno de su rostro, una acción que implícitamente significó el reconocimiento de su capacidad individual para pensar y elegir los anteojos de acuerdo con sus rasgos físicos y su personalidad, sobre una gran cantidad de posibilidades comercializadas en el mercado.<sup>397</sup>

Los cambios experimentados en este periodo que abrieron las puertas a una nueva percepción de la sexualidad por parte de las mujeres, así como su reivindicación en sujetos de derecho con garantías y libertades más amplias con respecto a las existentes

---

<sup>395</sup> Ya llega a Colombia Lighworks! La alucinante bomba sicodélica está próxima a estallar. En: Cromos, Bogotá. Marzo 18, 1968. no. 2627, pp. 24-25

<sup>396</sup> Los anteojos para el sol, el detalle de moda. En: El Colombiano. Medellín, 24, febrero, 1967, p. 16

<sup>397</sup> Sugerencias. En: El Colombiano. Medellín, 7, enero, 1966, p. 13



en el pasado, indirectamente tuvieron incidencia en el próspero mercado de labiales en cuanto los labios, junto con los ojos, fueron considerados centro de atención clave en las relaciones interpersonales. No sólo en éstos residió la capacidad expresiva oral, sino también la propiedad de transmitir señales no verbales con la intención de comunicar o expresar sensaciones y emociones (kinesia). Asimismo, sus cualidades expresivas trascendieron los límites impuestos por la moral, para ser reconocidos como una parte del cuerpo encargada de transmitir señales eróticas sutiles, a través del uso del lápiz labial de diferentes colores.

La publicidad supo sacar provecho del poder seductor de los labios, realizados mediante el uso del labial que garantizaba un toque más femenino y un efecto seductor en el sexo opuesto. En el caso de los labiales Zandé, sus anuncios hicieron referencia explícita a un triángulo perfecto entre mujer, hombre de los sueños y labial,<sup>398</sup> debido a que su uso impuso en la mujer un "...tinte de juventud, un matiz de fresca y deliciosa feminidad" necesario para aumentar el encanto y atractivo femenino sobre los hombres. Evocando insistentemente la relación entre mujer, hombre y labial, en otro anuncio de los labiales Zandé se reconoció abiertamente la utilidad de este producto cosmético en dos situaciones particulares: la primera hizo referencia explícita a su importancia en la consolidación de las relaciones de pareja al conservar una apariencia juvenil y fresca en las mujeres que estaba por encima de las mismas expresiones y palabras de amor. Si aún no había llegado el "hombre de los sueños", el uso del labial dejaba un "toque mágico" el cual ejercía un gran poder de atracción sobre el otro sexo.<sup>399</sup>

Para afianzar el magnetismo de los labios no fue suficiente utilizar "provocativos matices" en la boca, ni tampoco usar los colores de la temporada. En la sección femenina publicada en *El Obrero Católico*, se reconoció la importancia de mantener convenientemente los labios pintados de acuerdo a su contorno, usar el lápiz para hacer pequeñas rectificaciones y economizar en la cantidad de pintura utilizada en ambos rebordes del labio.<sup>400</sup> Max Factor en su sección patrocinada en la revista *Cromos*, señaló la importancia de aprender a utilizar los métodos de aplicación correcta, para poder "...disfrutar de un nuevo mundo de color para sus labios". Como suprema autoridad en el

---

<sup>398</sup>Labiales Zandé (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Junio 5, 1961.no. 2291, p. 43

<sup>399</sup>Labiales Zandé (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 24, 1961. no. 2298, p. 46

<sup>400</sup>La aplicación del lápiz labial. En: El Obrero Católico. Medellín, 20, agosto, 1960, p. 11

ámbito de la cosmética, sugirió una serie de pasos y trucos de maquillaje para crear un contorno labial elegante. Para Max Factor, la falta de recursos económicos no era considerada una excusa suficiente para evadir esta serie de recomendaciones, porque solo bastaba tener una pequeña colección de cuatro o cinco tonos de lápiz labial para armonizar y obtener diferentes tonalidades. En este discurso democratizador, la mujer se convirtió en una especie de artista del maquillaje, quien debió asumir una actitud rigurosa para aprender a manejar con destreza el pincel en el diseño del contorno natural de los labios, buscando siempre la armonía con el resto del rostro y la adaptación de diferentes rutinas de maquillaje según la edad. Dentro de esta destreza era necesario aprender de los errores y corregirlos a tiempo, además de conocer el maquillaje básico para generar la sensación de un rostro “más juvenil y animado” sin importar la edad.<sup>401</sup> No obstante, la capacidad creativa para mezclar los colores también exigió de la mujer una actitud de disfrute, un gozo puro destinado a obtener los mejores resultados con pocos recursos. Esto significó comprender el lenguaje de la moda en el vestuario, para saberlo armonizar con los colores de la temporada promocionados en los labiales, sin dejar de lado su adecuada combinación con el cabello, el cutis y hasta el mismo color de las uñas.<sup>402</sup>

La concepción de moda y belleza como un conjunto insustituible en el mejoramiento de la apariencia femenina, más allá de sus repercusiones en las prácticas estéticas, fue un factor que permitió a las mujeres el reconocimiento de sus intereses y la exploración de su personalidad como un sujeto autónomo, capaz de decidir por encima de los mandatos promulgados en el mundo de la moda. De nuevo las grandes casas cosméticas explotaron comercialmente esta aparente contradicción entre el poder homogenizador de la moda y la elección individual de cada mujer, para promocionar nuevas tonalidades y matices que estuvieron más acordes con el individuo. Helena Rubinstein, por ejemplo, diseñó doce “insinuantes colores” en los labiales para acentuar la personalidad de la usuaria, sugiriendo una combinación entre las características que identificaban a una mujer con la forma de irradiarlo hacia el exterior a través de ciertas tonalidades: “... Han

---

<sup>401</sup>La actualidad en belleza de moda por Max Factor. Use nuevos trucos de maquillaje para crear un elegante contorno labial. En: Cromos, Bogotá. Octubre 17, 1960. no. 2260, p. 6; La Belleza de moda: Las mujeres de más edad deben usar métodos juveniles para maquillaje. En: El Colombiano. Medellín, 12, diciembre, 1960, p. 19

<sup>402</sup>La actualidad en belleza de moda por Max Factor: Combine y disfrute nuevos efectos de color con el lápiz labial”. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 21, 1960. no. 2265, p. 6; Los labios y las uñas van de acuerdo con el color. En: El Colombiano. Medellín, 31, enero, 1963, p. 17

llegado doce... y son tan lindos! Colores para su personalidad en tonos románticos, fogosos, picarescos y exóticos. Nuevos lápices labiales Bohème Helena Rubinstein”.<sup>403</sup> La casa de cosméticos Revlon exploró aún más esta posibilidad al crear doce colores que desafiaron a las mujeres a lucir diferente, según su vestuario y su estado de ánimo, un recurso que a la vez permitió abrir la posibilidad de ser original y única dentro del medio social.<sup>404</sup> Así, la búsqueda y expresión de la originalidad se conjugaron con el mundo de la moda, para construir un tipo de mujer capaz de conquistar al “mundo civilizado” a través de sus encantos y la expresión de su personalidad: es ahí donde residió su “singular hechizo” frente a la aparente uniformidad: “Usted busca lo original... por supuesto! Entonces, usted tiene esa individualidad... Inspiración para los creadores de la moda - que solamente Revlon puede captar. 'JUNGLE PEACH'... nuevo tono exótico para labios y uñas... la creación del año. JUNGLE PEACH en sus labios y uñas... el mundo civilizado caerá bajo su singular hechizo.”<sup>405</sup>

### 5.3 EL CUERPO FÍSICO Y LA BELLEZA

Durante la década del sesenta, el proceso de desacralización del cuerpo femenino se hizo más evidente en el seno de una sociedad que se debatió entre las posturas tradicionalistas impulsadas por la Iglesia, en las cuales se perpetuó su imagen como fuente de placer, sensualismo y de pecado, y las posturas hedonistas propias del espíritu moderno que buscaron darle un reconocimiento diferente al cuerpo, en un principio como fundamento del bienestar del alma y posteriormente, como la máxima expresión de la personalidad y una forma de autoapropiarse de su ser individual. Esta nueva visión del cuerpo que comenzó a popularizarse con mayor fuerza en Europa y en Estados Unidos a finales de la década del cincuenta mediante la movilización de los grupos juveniles, la invención de las pastillas anticonceptivas y la creciente apertura hacia la realización de los ideales políticos de las mujeres, influenciaron indirectamente en una dinámica de cambios

---

<sup>403</sup> Labiales Helena Rubinstein (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Septiembre 5, 1960. no. 2254, pp. 36-37

<sup>404</sup> Labial Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, p. 24

<sup>405</sup> Jungle Peach -Maquillaje Revlon (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 27, noviembre, 1963, p. 16

que llevó paulatinamente a la trasgresión o reformulación de los dispositivos sociales y culturales vigentes en la sociedad tradicional.

El cuerpo único, encerrado en la trastienda más allá de los límites de lo público, comenzó a exhibirse con mayor fuerza después del periodo de entreguerras, agudizándose su liberación como tabú y prohibición después de la década del cincuenta, cuando las tendencias de la moda cada vez más “arriesgadas” e “insinuantes, la creciente práctica de los deportes al aire libre, los reinados de belleza y la popularización de las vacaciones de verano, convencieron a miles de mujeres acerca de las bondades de lucir su cuerpo al aire libre, alejando de sus mentes ese pudor corporal que durante tantos siglos había reprimido sus deseos hedonistas. Sin embargo, esto no hubiera sido posible sin la mediación de la publicidad, un recurso utilizado por las grandes casas de cosméticos y productos de belleza para ampliar su nicho de mercado a través de la modificación de los hábitos femeninos tradicionales y de los prejuicios que rechazaban el consumo de afeites y productos destinados a mejorar la belleza natural.

Paulatinamente, los anuncios incorporaron nuevas estrategias discursivas y gráficas destinadas a legitimar la seducción femenina, el disfrute de la juventud y de la belleza física, dejando atrás los límites impuestos por los dispositivos sociales y morales que calificaron el cuidado corporal como un “lujo más o menos culpable”: “(...) Machacando con la idea de que la belleza puede comprarse, el mundo del reclamo publicitario ha educado a las mujeres para una visión consumativa de la belleza”.<sup>406</sup> Así, en esta dinámica comercial fue recurrente observar mujeres poseedoras de un aura mágica, siempre felices gracias a sus encantos físicos que atraían al sexo opuesto y aseguraban su éxito a nivel social y personal: las llamadas “stars” o mujeres-ícono, quienes según George Vigarello, permitieron imaginar un cuerpo físicamente bello a partir del trabajo infatigable y la voluntad para mejorar la condición natural de sí mismas. Ellas, junto con las modelos de las diferentes campañas publicitarias, hicieron realidad un sueño estético de miles de mujeres del común deseosas de alcanzar el ideal de belleza, al promover un prototipo femenino capaz de salir del anonimato para lograr el anhelado éxito social,

---

<sup>406</sup>LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 148

gracias a su vocación y constante entrenamiento físico, aunado con la confianza y seguridad adquirida por su perseverancia en la consecución de la belleza física.<sup>407</sup>

Del mismo modo, con el fin de asegurar una mayor resonancia del mensaje publicitario, se evocaron en la prensa y la publicidad las imágenes de mujeres infelices con sus atributos físicos, quienes después de utilizar rutinariamente los productos cosméticos y estéticos, alcanzaron una belleza prometeica e idílica. Para intensificar aun más el deseo de belleza entre las mujeres del común, esta labor fue complementada mediante la difusión de imágenes y fotografías de mujeres exhibiendo sus cuerpos en diferentes actividades al aire libre y en acciones más íntimas como asearse o lucir ropa interior.

Entre los cuerpos femeninos exhibidos abiertamente y sin ningún tapujo, algunas de sus componentes se mostraron ante el público con mayor insistencia, como parte de una tendencia en donde las formas femeninas adquirieron gran interés dentro de la publicidad, el cine y los medios de comunicación. Pese al estricto código moral que todavía reinaba en la ciudad gracias a la labor desarrollada por la Iglesia Católica y los sectores laicos que constantemente denunciaron el “estado de inmoralidad” de las mujeres como consecuencia de las nuevas tendencias de la moda<sup>408</sup>, algunas de ellas (especialmente las más jovencitas) decidieron arriesgarse a mostrar algunos de sus atributos más “encantadores”, teniendo lugar una nueva expresión de la corporalidad y el entusiasmo hacia la imagen proyectada al mundo exterior.

Dentro de esta dinámica, el busto salió del anonimato para ser exhibido con orgullo entre las mujeres que habían adoptado dentro de su vestimenta los vestidos de baño, los topless, los vestidos y las blusas con un escote un poco profundo. Esta realidad, un tanto contraria con el código moral vigente, reivindicó ese sentimiento positivo hacia la expresión de un feminidad entendida como la exhibición de las formas propias de la mujer, la cual se levantaba triunfalmente ante el avasallante ritmo de homogeneización entre los sexos, aparentemente surgido como consecuencia de los discursos y acciones relacionadas con el reclamo de sus derechos políticos y civiles.

---

<sup>407</sup> VIGARELLO, Op. Cit., pp. 220-221

<sup>408</sup> Cartas d' un inorante. En: El Obrero Católico. Medellín, 14, febrero, 1959, p. 6

En este sentido, la publicidad de los sostenes marca Peter Pan fue insistente en este punto, al señalar la necesidad de defender abiertamente el derecho de sentirse más mujer, más femenina, más encantadora, mediante el realce de esta parte del cuerpo: “Usa tu derecho a sentirte más mujer: PETER PAN pero sólo el PETER PAN modela tu busto... para esa picante atracción a que tienes derecho! (...) realzará tus encantos... pero discretamente”.<sup>409</sup> Curiosamente, a pesar de utilizar un mensaje directo que incitaba a las mujeres a lucir con cierto orgullo y seguridad esta parte del cuerpo, todavía oculta por las connotaciones morales derivadas de su exhibición, esta reivindicación no fue tan radical en cuanto la sugerencia de hacerlo “discretamente” implicó una acción que no debía trastocar las normas morales vigentes en la sociedad, aminorándose así la carga impositiva del derecho a sentirse atractiva.

Ante el importante lugar otorgado a la belleza del rostro finamente “modelado” y “pintado” mediante el uso de los artificios creados por el maquillaje, la belleza del busto fue también exaltada como parte de los encantos naturales propios de una mujer. De esta forma, el interés primordial estuvo centrado en realzar su forma natural, una cualidad que tuvo gran importancia dentro de una creciente tendencia destinada a ensalzar las formas femeninas corporales. De esta forma, el verse y sentirse femenina se relacionó directamente con el tamaño y firmeza de los senos, los cuales indicaron el nivel de juventud y actuaron como efectivos estímulos visuales para el sexo opuesto. Figuras rutilantes del mundo de la farándula como Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Elizabeth Taylor, Sophia Loren, se convirtieron en mujeres-ícono que contribuyeron a la exhibición natural y desinhibida del busto en diferentes espacios sociales, proyectando hacia las mujeres del común un ideal de voluptuosidad centrado en su realce que ejercía un gran poder de atracción sobre el sexo opuesto.

En un periodo mediado por la “conquista” de esta parte del cuerpo como símbolo de la feminidad, las mujeres no dotadas por la naturaleza con un busto prominente aparentemente tuvieron pocas opciones de triunfar en el plano personal y social. Sin embargo, el discurso democratizador de la publicidad y la prensa, enfocado en la promoción de la creciente industria de sostenes, hizo realidad el sueño de “aumentar” el tamaño del busto entre quienes carecieron de los medios económicos para costearse una

---

<sup>409</sup>Brasier Peter Pan (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 12, febrero, 1964, p. 6

cirugía, mediante la incorporación de un artificio que generaba un efecto visual bastante efectivo. Los anuncios de los sujetadores Leonisa fueron insistentes en este sentido, hasta el punto de valerse de imágenes para ilustrar la transformación del busto en unos instantes, tal como si fuera producto de un efecto mágico: un antes caracterizado por un busto casi plano y aninado y, un después, en el cual se evidenciaron las bondades del producto al “modelar” un busto grande.<sup>410</sup> Frente a la imagen artificial de un busto grande lograda con el uso de los sostenes, se interpuso la posibilidad de alcanzar su transformación “real” y “permanente” a través de la aplicación de cremas y lociones especiales destinadas a desarrollar o reducir el tamaño de los senos. La publicidad de las cremas “Hormo-Seins” y “Hormo-Corps” de Laboratorios Rucever, prometió el desarrollo del busto como una oportunidad única puesta al alcance de ellas para lucir una figura perfecta.<sup>411</sup>

Pero si el problema radicó en tener unos senos caídos y poco firmes como consecuencia del paso inevitable de los años y de los embarazos, la solución estuvo en el uso de ciertos artilugios destinados a lograr un cambio radical en su figura. En este caso, la publicidad del aparato “Bust Form Developer” también se valió de la estrategia promocional utilizada por los fabricantes de sostenes, para promocionar las bondades de su creación a partir de la idea de “legitimidad”, entendida como la búsqueda de una forma natural sin artificios o efectos parciales. Así, ante la imagen de una mujer sin un busto prominente que indicaba textualmente “No se quede así”, la estrategia democratizadora encerrada en su mensaje contrapuso la figura de una mujer voluptuosa con la frase “Luzca un busto hermoso y legítimo”.<sup>412</sup>

La creciente exhibición del cuerpo asimismo significó un cambio en la tonalidad de la piel: si en el pasado los tonos dorados fueron sinónimo de las labores desempeñadas en el área rural que, desde una visión señorial se consideraron incultas y populares, durante la década del sesenta se consolidó una percepción bastante diferente gracias al “ascenso de la melanina” o la aceptación de una piel bronceada en las mujeres como parte de su atractivo: “Es casi, casi como un baño de sol en California. Dondequiera que vaya, lleve el secreto del radiante bronceado que da el sol de California...! California Bronze fue hecho

---

<sup>410</sup>Brasier Leonisa (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 3, diciembre, 1967, p. 16

<sup>411</sup>Crema Hormo-Corps y Hormo-Seins (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Diciembre 20, 1965. no. 2519, p.76

<sup>412</sup>Bust Form Developer (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Marzo 21, 1970. no. 2723, p. 63

precisamente para darle ese fulgor encantador”.<sup>413</sup> Las tendencias de la moda fueron quizás, uno de los factores más relevantes para lucir esa tonalidad dorada en el cuerpo, al difundir prendas más sugestivas que mostraron partes del cuerpo antes ocultas debido a las restricciones establecidas en los códigos morales. De esta forma, las mujeres al lucir las prendas cada vez más exhibicionistas promocionadas dentro de las tendencias de la moda, sintieron la necesidad de aprovechar los beneficios del bronceado o autobronceado para resaltar aún más su poder de seducción y atractivo personal. Más allá de esta percepción, esto significó la transformación de los roles tradicionales hacia unos ideales más consecuentes con la dinámica moderna, en la medida que se dejaron atrás las imágenes de mujeres pálidas, casi enfermas, sugerentes de un estilo de vida limitado al mundo doméstico, para comenzar a mostrar mujeres activas, llenas de vida, incorporadas al mundo exterior a través de su profesión y actividades al aire libre (vacaciones, deportes): “Nuevo y fascinante maquillaje para su cuerpo. Anhela lucir una linda piel con rica y uniforme tonalidad? Al vestirse con esas prendas provocativas tan de moda? En la playa con su traje de baño? Nude maquilla todo su cuerpo con un suave acabado mate. 4 tonos de moda”.<sup>414</sup>

Las circunstancias culturales y sociales hicieron posible esta tendencia estética, debido a la reciente cotización de las actividades realizadas en el exterior (el trabajo, las vacaciones, el deporte, las actividades culturales), que permitieron la incorporación de las mujeres a nuevos espacios de interacción diferentes al hogar y la ciudad.<sup>415</sup> A todo lo anterior se sumó la valoración de un ocio aparentemente improductivo como sinónimo de riqueza, en la medida que las personas adineradas tuvieron los recursos suficientes para destinar gran parte de su tiempo a los viajes y el descanso. La difusión de este estilo de vida se hizo más popular cuando se difundieron a través de la prensa y la publicidad las imágenes de estrellas de cine, reinas de belleza, mujeres famosas y modelos, quienes imitaron la costumbre norteamericana inaugurada después de la Segunda Guerra

---

<sup>413</sup>Bronceador California Bronze Max Factor (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 25, enero, 1967, p. 10

<sup>414</sup>Bronceador Nude (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1968, p. 5

<sup>415</sup>VIGARELLO, Op. Cit., pp. 201-202



Mundial, de disfrutar el tiempo libre en lugares exóticos y con clima cálido en los cuales se encontraba una playa, una piscina o un solárium.<sup>416</sup>

En el fondo del asunto se empezó a relacionar el acto de broncearse con un símbolo de estatus, en cuanto una mujer debió tener un buen tiempo disponible para turbarse sin preocupaciones de ninguna clase frente al sol. Por encima de esta disposición al ocio consumativo, se encontró la idea del sujeto como un individuo que disfrutaba de los placeres más mundanos, sin importar el ritmo laboral ni la moral burguesa que correlacionaba al trabajo con una actividad edificante y constructiva. Esta tendencia, analizada por Georges Vigarello, representó el ascenso de la melanina a la superficie del cuerpo social. Más que una simple moda, fue el resultado de una serie de recomendaciones que propagaron la idea de una rutina de belleza lejana al sacrificio, pues implicaba asumir una actitud despreocupada y placentera. Al respecto, Vigarello señaló: “Nunca antes la voluntad del mantenimiento de la belleza había sugerido semejante «licencia», efectuar una «verdadera tregua», entregarse a la radiación” para mejor conseguir una «nueva seducción». Como primera gran consolidación del individuo moderno prolongada a pertenencia a sí mismo, del tiempo para sí mismo”.<sup>417</sup>

Más allá del estímulo mercantilista o de estatus social que promocionó con gran fuerza una “belleza consumativa”, la exhibición del cuerpo bronceado fue el signo de una revolución cultural donde aparecieron unos “valores modernos prometeicos”, que resistieron el proceso de transformación de unas representaciones tradicionales del cuerpo como categoría subvalorada, hacia una visión formulada bajo los imperativos democráticos donde comenzó a ser concebido como la imagen exteriorizada de la personalidad del individuo.

Esto significó la valoración de unas acciones orientadas hacia el cuidado del cuerpo y la corrección de los defectos estéticos que pudieron “corromper” su visión ante las otras personas, máximos jueces sometidos al mismo juego de relaciones dominadas por las nuevas representaciones que promocionaron la belleza física en todo su esplendor. Dentro de esta creciente tendencia enfocada en el lema “cuida tu cuerpo”, la renuncia al

---

<sup>416</sup>“¿Qué tanto sabes del bronceado?”. Historia del Bronceado (parte 2). [en línea] [Consultado en: 28 de marzo, 2012]. Disponible en Internet: <http://www.bronceado.com/que-tanto-sabes-de-bronceado/historia-del-bronceado-parte-2/>

<sup>417</sup>VIGARELLO, Op. Cit., pp. 203

mejoramiento del perfil exterior a través de la utilización de ciertos recursos cosméticos y estéticos; el abandono del cuerpo en relación con la limpieza y la higiene, y la actitud negligente hacia los defectos estéticos, fueron consideradas faltas cometidas en primera instancia por las mujeres, en cuanto las representaciones vigentes dentro del medio social determinaron para ellas unas pautas de comportamiento centradas en el arte de agradar y fascinar al sexo opuesto. Dentro de esta corriente, también se anunció con cierto halo de fatalidad para quienes no cumplieron con estos requisitos, el cierre de los numerosos caminos que prometían un cambio en la belleza física destinada a ser el medio ideal para alcanzar la felicidad personal, el buen estatus social y la fortuna.<sup>418</sup>

No obstante, esta sacralización de la belleza física femenina y el cuidado derivado para alcanzar sus rangos, no fue un fenómeno radical ajeno a las realidades sociales derivadas del movimiento casi perpetuo de las representaciones tradicionales vigentes. Si bien se afirmó que las representaciones del cuerpo tradicionales comenzaron a modificarse en el mundo occidental durante el Renacimiento, en el caso de Medellín, aun en la década del sesenta del siglo XX su impacto fue mínimo al hallarse inmerso dentro de una sociedad que todavía se debatía entre los asuntos tradicionales, propios de la dinámica cristianas y, los valores modernos, encargados de desvirtuar la noción pecaminosa sobre el cuidado del cuerpo.

Paradójicamente, lo anterior no fue un obstáculo para la creciente difusión de imágenes de cuerpos femeninos en los medios de comunicación, especialmente en las secciones femeninas de los periódicos o en las revistas propiamente destinadas a este público. Imágenes evocadoras de mujeres con vestidos insinuantes para el recato de los sectores tradicionales, se presentaron con mayor frecuencia y sin ningún reparo exhibiendo ciertas partes corporales prohibidas a la mirada de los Otros dentro del código moral. Poco a poco, su impacto y resonancia entre las mujeres del común les hizo olvidar sus pudores y el temor moralizante oculto y descalificador, que se habían establecido como dispositivos sociales para controlar sus pasiones y sus sentidos. A su vez, esto conllevó a la construcción de nuevos dispositivos enfocados en el cuidado de la silueta y el abandono del individuo con respecto a las reglas estéticas que comenzaron a dominar en el universo femenino, los cuales tuvieron un impacto mayor en la medida que la creciente presión

---

<sup>418</sup>LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 150

social les otorgó la validez suficiente para ser aceptados. Curiosamente, esta imbricación dentro del medio social no fue posible sin los recursos estilísticos que bajo el tono de sugerencia, ocultaron las normas que conllevaron una sanción y un rechazo excluyente en la sociedad.

La creciente democratización de la belleza femenina y la exhibición del cuerpo en el medio social, conllevó a un desplazamiento en las acciones enfocadas en su conservación o mejoramiento, específicamente de una parte del cuerpo que durante mucho tiempo fue la máxima expresión de la belleza: el rostro. Paulatinamente, sin dejar a un lado la “lógica decorativa” y la conservación de la cara, los anuncios y artículos periodísticos explotaron con mayor resonancia otras partes corporales anteriormente ocultas a la mirada pública, para convertirlas en el centro de interés de las preocupaciones femeninas, estéticas y médicas.<sup>419</sup> A su vez, esta tendencia significó tal como lo señaló Lipovetsky en la *Tercera mujer*, la incorporación de diferentes prácticas destinadas a la prevención y mantenimiento de un cuerpo tonificado, reafirmado y con una silueta delgada, por encima de las “técnicas de camuflaje” o los rituales de belleza artificiosos, que solo lograron ocultar los problemas estéticos parcialmente y sin resultados definitivos: “En la época de la antiedad y el antipeso, el centro de gravedad se ha desplazado de las técnicas de camuflaje a las técnicas de prevención, de los rituales de lo ficticio a las prácticas de mantenimiento del cuerpo, de las escenificaciones artificiosas a las exigencias nutricionales, de las sobrecargas barrocas a las operaciones para regenerar la piel”.<sup>420</sup>

Ante el paulatino destape de los cuerpos femeninos debido, en gran parte, a las nuevas tendencias en el vestuario, la mirada escrutadora de las personas fue incisiva frente a las deformidades ocasionadas por el descuido del cuerpo que minimizaban su atractivo y

---

<sup>419</sup> En la década del veinte, un estudio alemán enfocado en el análisis del vestido y su resonancia como recurso para resaltar ciertas zonas del cuerpo, explicaba que en la moda femenina moderna existía una dependencia hacia los intereses de los jóvenes orientados a la exhibición de ciertas partes del cuerpo en determinados momentos (Ley de Cambio de Zonas Erógenas). La razón principal de este cambio se debió principalmente al espíritu de la novedad, muy propio del mundo de la moda y asimilado por el ritmo frenético de la juventud, que sugirió su disfrute frente a las sensaciones placenteras producidas por la exhibición de ciertas partes del cuerpo, antes ocultas por los tabúes reinantes en la sociedad. No obstante, se afirmó que ese deseo no era prolongado y tendía a cambiar con el tiempo, cuando la sensación de familiaridad y aceptación social generaba el desinterés y la apatía en los individuos. MORRIS, Desmond. *La mujer desnuda*. Barcelona: Planeta, 2005, p. 208

<sup>420</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 121-122

armonía estética, produciendo consecuentemente el rechazo social y un cierto sentido de inseguridad en las mujeres. Dentro del catálogo de padecimientos estéticos propiamente femeninos se incluyeron el sobrepeso, una afección que desentonaba con un rostro bonito y que fue incluida dentro de las preocupaciones de esteticistas, dietistas y médicos, quienes desarrollaron un discurso acerca de las consecuencias y secuelas para la salud y la vida personal. La revista *Cromos* mediante la publicación de un artículo de Lawrence Golter, en el cual se analizó el problema generalizado de la gordura en el americano promedio, pretendió hacer un llamado de atención entre sus lectores sobre las secuelas de la gordura en la salud y en el plano estético.

Basándose en estudios realizados en Estados Unidos, Golter consideró que la gordura era el factor más importante para definir la calidad y perspectiva de vida en las personas. Utilizando un lenguaje seudomédico, señaló que este trastorno no obedeció a un impulso placentero por comer en forma excesiva, sino a un problema más complejo que involucraba principalmente el aspecto psicológico, debido a que la comida se convertía en algunas personas en alivio para cualquier clase de tensión o en símbolo de seguridad, ante el miedo heredado de los antepasados cuando fueron carcomidos por la sensación del hambre. No obstante, los avances en los estudios médicos también indicaron otras causas relacionadas con el individuo en forma directa o indirecta, razón por la cual se hizo más complejo el tratamiento para esta “enfermedad”. Al factor psicológico se agregaron el factor hereditario (los padres heredan el sobrepeso a sus hijos); el funcionamiento de los centros de control del apetito (metabolismo); los hábitos alimenticios en la familia; la creencia que consideraba la comida abundante como un emblema del éxito y de posición social; los nuevos hábitos de compras, que propendieron por un consumismo exacerbado gracias a la existencia de autoservicios; la propagación de la TV como medio de diversión y la falta de ejercicio producido por el nuevo estilo de vida, en el cual se utilizó con mayor frecuencia las máquinas para evitar realizar grandes esfuerzos físicos.

La gordura al ser catalogada un problema moderno complejo, se convirtió a su vez en el objeto de estudio de médicos, nutricionistas y profesionales del mundo estético, quienes empezaron a establecer no sólo las causas que lo generaban, sino también se encargaron de elaborar métodos avalados científicamente para disminuir su impacto en la salud y mejorar considerablemente la apariencia física. Así, dentro de esta gama de

nuevos procedimientos se incluyó el tratamiento de los planos físico y emocional de la persona, mediante la implementación de los métodos de adelgazamiento enfocados en la corrección de los desórdenes alimenticios producidos por los trastornos de ansiedad y tensión (drogas inhibitorias del apetito, grupos de autoayuda, sedantes, tranquilizantes) y, los métodos de medición del nivel de gordura (las tablas de control de peso o el método sencillo de recostarse boca arriba poniendo una regla entre el esternón y el abdomen para determinar el nivel de crecimiento del área abdominal).<sup>421</sup>

Más allá del discurso pseudocientífico, la gordura fue vista como un trastorno revelador de la procedencia y del estatus social de la persona. Atrás quedó el reconocimiento de las figuras regordetas como símbolo de posición social, para comenzar a rendir culto a las figuras delgadas como la modelo británica Twiggy o un poco más exuberantes como Liz Taylor y Brigitte Bardot, grandes iconos del cine representativos del ideal de seducción. En este contexto, una silueta “afinada” se tradujo en una estética más agradable y juvenil, dos valores en alza constante durante esta década. En este contexto, la delgadez también fue concebida como insignia de posición y la gordura comenzó a ser una “cosa de pobres”, contrariamente a la dimensión significativa vigente por la voz popular que relacionaba el volumen con salud y el vigor.<sup>422</sup>

Pero guardar las apariencias no sólo implicó la conservación de un peso ideal establecido en las tablas utilizadas por los profesionales de la estética. Igualmente, significó el control y perfeccionamiento de ciertas zonas del cuerpo afectadas por la flacidez de la piel y la celulitis, con el fin de hacer de éste un conjunto estéticamente agradable ante las miradas. En el caso específico de la celulitis fue considerada un flagelo propio de la “mujer moderna” por incorporar en su armario prendas que hicieron más visible este problema estético, como las faldas cortas, los shorts y los vestidos de baño. También llamada con el nombre popular de “piel de naranja”, esta enfermedad producía terror y rechazo entre las mujeres al generar deformidades estéticas en sus cuerpos como consecuencia de la

---

<sup>421</sup> ¿Por qué nos engordamos?. En: Cromos, Bogotá. Mayo 8, 1961. no. 2287, pp. 20-24

<sup>422</sup> Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes. En: Cromos, Bogotá. Mayo 13, 1968. no. 2635, p. 40

acumulación de toxinas y agua en los tejidos celulares subcutáneos de los muslos, las manos, las caderas, los tobillos, el abdomen, la nuca.<sup>423</sup>

¿Qué acciones podía realizar la mujer del común en pos de alcanzar la silueta ideal promocionada abiertamente en la prensa? Como bien lo indicó Zandra Pedraza, para los discursos relacionados con la estética corporal fueron significativas las novedades que exigieron construcciones simbólicas responsables de la alteración de hábitos y estilos de vida en las personas, con el fin de alcanzar los ideales y metas relacionadas con la belleza física promocionada abiertamente en los medios de comunicación y en el cine. Esto exigió el ajuste de las rutinas del cuidado del cuerpo al ritmo de cambios incorporados dentro de la estética, que estuvieron inclinados hacia su modificación a través de la integración de nuevas dietas, prótesis o técnicas de modelación somática.<sup>424</sup>

Entre las nuevas rutinas estéticas que se impusieron como reglas para mantener a raya el sobrepeso, la flacidez, la celulitis y otros problemas estéticos, se incluyeron las formas más sofisticadas desarrolladas en los centros de estética, diseñadas exclusivamente para mujeres dispuestas a invertir una buena cantidad de dinero y de tiempo libre. De la mano de profesionales graduados, en su gran mayoría, en instituciones reconocidas de París o Estados Unidos, las mujeres con un buen presupuesto económico pudieron acceder a numerosos tratamientos estéticos de vanguardia desarrollados en diferentes sesiones, para prevenir y tratar los numerosos problemas estéticos. Así, con la promesa de acabar por completo y en poco tiempo con estos padecimientos, las prácticas estéticas incluyeron la exudación en cabinas de calor seco (sauna Matic) para afirmar los tejidos adiposos y lograr el adelgazamiento progresivo; los masajes manuales y de electroterapia con productos especiales destinados a desaparecer la obesidad y curar o prevenir la celulitis, y los tratamientos para el busto flácido, reducido o voluminosos con ampollas de uso externo. Y como la consigna del cuidado del cuerpo se hizo extensiva hacia la conservación de la salud, las dolencias que aquejaron a las mujeres en las extremidades también debieron ser tratadas para evitar su influencia negativa en la belleza corporal. De esta forma, se abrió un abanico de tratamientos para disminuir sus efectos mediante los baños de calor seco, destinados a eliminar las dolencias articulares y las grasas y aguas

---

<sup>423</sup>Cromos para ellas. *En*: Cromos, Bogotá. Marzo 7, 1960. no. 2228, pp. 58-59

<sup>424</sup>PEDRAZA, Op. Cit., p. 315

superfluas, y los “baños científicos” preparados de parafina (diatermia), que buscaron acabar con la celulitis, los dolores artríticos, las fracturas, el líquido en las articulaciones o la mala circulación.<sup>425</sup>

Para las mujeres con recursos económicos, igualmente, se promocionaron las clases de gimnasia dirigidas por expertos en centros especiales de acondicionamiento físico, en los cuales se ofrecieron servicios complementarios, como baños turcos y aparatos eléctricos que intensificaron los resultados alcanzados a través del ejercicio físico. En el caso de Medellín, María Luisa Riascos ofreció a su clientela femenina las clases de gimnasia impartidas en el Instituto de Estética Femenino ubicado en la calle 36 con la 77<sup>426</sup>, mientras que Elizabeth de Gale impartió en la “Academia de Gimnasia para Damas y Caballeros”, ubicada en la carrera 46 con la calle de Moore, una gama completa de prácticas gimnásticas como la gimnasia sueca y los ejercicios isométricos para adelgazar y corregir los problemas en la silueta.<sup>427</sup>

El artificio en la modelación del cuerpo, asimismo, fue aceptado dentro de las democracias modernas, específicamente en la incorporación de la técnica médica al servicio de la estética para construir o refinar la silueta ideal, intentando obtener resultados casi naturales y reales, un tanto discretos para las miradas escrutadoras y críticas de los Otros. Y aunque era vigente la creencia popular que comparaba a una mujer bella con un ser hermoso creado por la naturaleza, este don ya no fue un privilegio exclusivo de pocas mujeres, sino un atributo disponible en el mercado de servicios estéticos gracias a la cirugía corporal, la cual se convirtió en el caballito de batalla para alcanzar la anhelada “metamorfosis”, la reparación de lo que la naturaleza había negado o se había perdido por el paso inexorable de los años.<sup>428</sup> Sin embargo, su popularización no sólo estuvo limitada al acceso de los recursos económicos suficientes para solventarla, sino también a la definición del individuo como un ser autónomo, capaz de apropiarse del conocimiento de su cuerpo para transformarlo a su antojo, buscando construir en éste la imagen que deseaba proyectar en la sociedad. Esto significó alejarse paulatinamente de la fatalidad del cuerpo natural, de las ataduras morales que lo asociaron con una fuente

---

<sup>425</sup>Instituto de Fisioterapia SINOREDTTE (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Febrero 23, 1970. no. 2722, p. 66; Instituto de Revitalización y Estética (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Septiembre 28, 1970. no. 2753, p. 40

<sup>426</sup>Clases de gimnasia (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 30, enero, 1963, p. 16

<sup>427</sup>Anuncio: “Clases de Gimnasia (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, enero, 1968, p. 5

<sup>428</sup>VIGARELLO, Op. Cit., p. 228

de pecado, para comenzar a conocerlo y modelarlo a través de un autoexamen dirigido según sus prioridades e intereses.

La cirugía estética originaria de Estados Unidos y Japón, países donde la transformación de la belleza en un “hecho real” fue un artículo de primera necesidad gracias a la utilización de la sustancia Elicón<sup>429</sup>, también llegó a Colombia para confirmar la realización de una ilusión antes imposible para las mujeres poco atractivas o escasamente favorecidas por la naturaleza. Su disponibilidad en el mercado fue anunciada bajo la idea que promocionó la belleza física como un “objeto” desarrollado por el progreso científico, al alcance de quien deseara descubrir el “tesoro” puesto en sus manos, una riqueza sujeta a la promesa futura de múltiples ventajas que estuvo por encima de cualquier propuesta de felicidad material.

Dentro de este contexto, los anuncios y los artículos relacionados con la cirugía plástica supieron explotar esta visión del individuo autónomo, para incorporarse paulatinamente como técnica reconstructiva de la silueta femenina. Bajo el lema prometedor de juventud y belleza al alcance, el discurso democratizador hizo incursión en este campo para hacer realidad la búsqueda de la perfección en el cuerpo y el rostro, devolviendo la juventud perdida o lo que la naturaleza había negado desde el nacimiento. Atrás quedó la imagen fatal de la belleza; atrás también se relegaron los productos cosméticos destinados a disimular o corregir los defectos con una acción retardada y de dudosos resultados; ahora se anunciaba la llegada de una dinámica caracterizada por la negación de la fealdad, el dominio y control de las apariencias a través de la modelación de una imagen correspondiente al yo interno del individuo, quien deseaba proyectar hacia el exterior una forma más “real” y menos artificiosa. “Ya no existen mujeres feas” y “No es difícil ni costoso reconstruir la belleza femenina”, rezaban algunos de los anuncios promocionados por el Instituto de Cirugía Estética Saint Michel de Bogotá, que garantizaba “... éxitos insospechados, indoloros, de resultados inmediatos y permanentes”, gracias a sus médicos especializados quienes pusieron las técnicas científicas al servicio de un sueño

---

<sup>429</sup>El incremento extraordinario de la cirugía estética en el mundo se debió principalmente a la utilización de la sustancia Elicón, un tipo de silicona utilizada por los cirujanos para lograr transformaciones importantes en el rostro, los muslos, las piernas y los senos de la mujer. En Colombia, el cirujano de reconocida trayectoria en Italia, México y otros países, Axel Vargas, junto con el representante exclusivo del producto Pablo Mariño, se encargaron de brindar este servicio en el “Instituto de Cirugía Estética Saint Michel” en Bogotá. Los milagros de la ciencia: Belleza y juventud? Adquiéralas hoy mismo. En: Cromos, Bogotá. Mayo 23, 1966. no. 2538, p. 36



de belleza irrealizable en el pasado, mediante la modificación de ciertas partes del cuerpo (nariz, orejas, boca, mentón, senos o vientre) o la eliminación de las arrugas, eso sí, garantizando una estricta reserva profesional entre su clientela.<sup>430</sup>

Ante el halagador y prometedor futuro de la belleza física diseñada por expertos, solo faltó atraer a un número mayor de mujeres del común dispuestas a disfrutar de unos resultados más reales y naturales, aún cuando los altos costos de este tipo de procedimientos estéticos representaban un obstáculo insalvable para una gran cantidad de ellas. Nuevamente haciendo uso de un lenguaje democratizador y a su vez consumista, este discurso incorporó como estrategia mediática los relatos de mujeres comunes e inconformes, quienes decidieron hacer realidad la proeza de lograr una transformación segura y duradera, sin escatimar esfuerzos de ninguna índole. Este fue el caso de la secretaria Juliana, quien decidida a alcanzar su sueño añorado de operarse la nariz, puso a prueba su voluntad para ahorrar y alcanzar la meta estimada en este procedimiento. Para la estudiante María, mujer caracterizada por su poca y agraciada figura, el esfuerzo de su madre significó una transformación en su vida personal, al dejar atrás la mujer tímida y acomplejada, para convertirse en una mujer segura de sí misma.<sup>431</sup>

Pese a que los artículos periodísticos y la publicidad anunciaron el triunfo de la belleza física a partir de las intervenciones quirúrgicas de bajo costo, la realidad reveló una situación diferente para miles de mujeres trabajadoras, estudiantes o amas de casa, mujeres del común quienes ansiosamente esperaron un “milagro económico” para sentirse bellas y atractivas. Con el fin de compensar esta necesidad un tanto frustrada por las circunstancias, el discurso estético procuró hacer extensivos sus conocimientos y prácticas, por supuesto con un costo menor, para este público femenino que tuvo la firme idea de cambiar su silueta para alcanzar los cuerpos ideales promocionados en los medios de comunicación y el cine. Frente a la creciente democratización de las prácticas estéticas en la vida cotidiana, el discurso estético se alimentó de unos conocimientos propios del mundo de la medicina y de la nutrición, para otorgarle mayor peso a lo afirmado en las diferentes secciones femeninas y en la publicidad. Asimismo, se valió de

---

<sup>430</sup>Instituto de cirugía estética Saint Michel (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Noviembre 27, 1967. no. 2614, p. 40; Instituto de Cirugía Estética Saint Michel (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Enero 29, 1968. no. 2646, p. 35

<sup>431</sup>Los milagros de la ciencia. Belleza y juventud? Adquiéralas hoy mismo. (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 23, 1966. no. 2538, p. 36

un lenguaje que se inclinó hacia el autocontrol del cuerpo, una especie de “lucha” interna que exigió el voluntarismo y la abnegación para imponer una rutina casi ascética destinada a controlar el impulso de comer y la vida sedentaria. Dentro de esta dinámica, no era extraño encontrar una serie de reglas que establecieron claramente una rutina diaria que vigilaba la ingesta de comidas, los espacios de tiempo libre destinados para el ejercicio físico y una compleja actividad de masajes reservada para cada área del cuerpo.

Si la celulitis era una enfermedad producida por la acumulación de líquidos y grasas en el cuerpo, los mandatos médicos y estéticos señalaron una serie de reglas destinadas a “combatir” este problema, como la disminución de líquidos durante las comidas; la reducción del consumo de sal por ser la causante de la fijación del agua en los tejidos; la realización de masajes para ablandar las zonas afectadas muy duras y dolorosas al tacto y, finalmente, el consumo de diuréticos químicos o naturales que estimularon la eliminación del agua sobrante a través de la orina.

El ritmo desenfrenado vivido por las mujeres que se incorporaron al mundo laboral, dejó escasas posibilidades para el disfrute de su tiempo libre en el hogar, al destinarlo en gran medida a las labores domésticas y el cuidado de los niños. De esta forma, el sedentarismo ingresó en la lista de las causas más frecuentes de los antiestéticos gorditos y la flacidez cutánea, razón por la cual debió ser combatido con la rutina casera destinada a obtener buenos resultados con un bajo costo. El momento ideal en el ajetreado día femenino fueron las vacaciones, una ocasión ideal para adquirir el hábito de realizar en un cuarto de hora una serie de movimientos básicos en diferentes partes del cuerpo (las caderas, la nuca, muslos, abdomen y busto). Como era un mundo nuevo para muchas mujeres habituadas a una rutina sedentaria, la labor pedagógica se centró en explicar paso por paso los ejercicios propuestos en cada área del cuerpo, ilustrándolos con una serie de fotografías para hacerlos más familiares entre las mujeres del común. Una vez creado el hábito en el tiempo del “supuesto ocio”, se esperaba que las mujeres continuaran con estos ejercicios breves hasta incorporarlos en su tren de vida diaria.<sup>432</sup>

Aunque no existió un límite de tiempo para comenzar con esta nueva rutina de ejercicios destinados a vencer el sedentarismo, la recomendación general sugirió los años de la

---

<sup>432</sup>Un cuarto de hora de ejercicios para eliminar la celulitis. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 24, 1969. no. 2712, pp. 40-41

juventud como el momento ideal para asegurar una hermosa figura, al asentarse definitivamente las formas corporales propias de la edad madura. No bastaba ser joven y bella antes de los veinte años, porque si el ideal de belleza se impuso de una manera abierta y democrática para las mujeres mayores, era necesario ser precavidas y garantizar una figura esbelta desde los años mozos. En caso de no hacerlo, se indicó en forma perentoria una especie de castigo para la mujer poco previsora: “Si usted se descuida consigo misma, si no hace gimnasia y no camina nunca pudiendo hacerlo, resígnese a tener más adelante a los 20 o 30 años, hinchazones y protuberancias. Por lo tanto, hay que comenzar a tiempo (...) Saque provecho de todas las oportunidades posibles, para desarrollar un organismo ágil, esbelto y robusto”.<sup>433</sup>

La lucha contra la obesidad también tuvo como “caballito de batalla” la dieta alimentaria, concebida como un “régimen” o un mecanismo de control ideado por los nutricionistas y médicos, para prevenir o reducir el impacto del sobrepeso en la salud y en la belleza corporal. Como una especie de receta médica se prescribieron las acciones necesarias para regular la ingesta de calorías, según las “fórmulas científicas” elaboradas por los nutricionistas en las cuales se conjugaron el tipo, la cantidad y la calidad de alimentos permitidos según el peso y el tamaño de la persona. El lema consistió en “dar al cuerpo sólo lo que necesitara”, evitando los excesos y llenándose de voluntad para cumplir con las metas propuestas en la dieta. Nuevamente, la figura implícita del sacrificio apareció para justificar el reclamo de la belleza corporal, especialmente cuando se cruzaba el límite de los veinticinco años, un momento donde el exceso de calorías comenzaba a pasar la cuenta de cobro en la figura femenina.<sup>434</sup>

En vista de las dificultades para cumplir con el horario de comidas establecido en las dietas y el sacrificio impuesto para alcanzar la figura deseada, la vida moderna facilitó los medios destinados a conseguir este objetivo, sin necesidad de implementar una rutina y un tipo de alimentación específica. Es así como la industria alimenticia se puso al servicio de la dietética moderna con el fin de crear complementos nutricionales fortificados, destinados a suplir las necesidades alimentarias de las mujeres, quienes desearon

---

<sup>433</sup>La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 2, sección 2

<sup>434</sup>La mujer, el hogar, la moda: Su regalón puede darle lecciones de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 8, diciembre, 1960, p. 9, sección 2; WYATT, Jones. Cromos para ellas: Contra la gordura: paciencia. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 21, 1960. no. 2265, pp. 45-47

obtener un cuerpo armonioso sin sentir esa sensación de hambre, un síntoma característico de las dietas no calóricas promocionadas en la prensa. Dentro de esta corriente característica de la “cultura del tiempo”, se promocionaron productos como el “Metrecal” creado por Mead Johnson en Estados Unidos, un complemento con un alto contenido de proteínas, lípidos, minerales y vitaminas, que permitió estilizar la figura y conservar la salud sin necesidad de reducir o cambiar el régimen alimenticio. Su método de uso consistió en alternarlo con las otras comidas para generar una sensación de satisfacción, con lo cual se reducía gradualmente la cantidad de comida ingerida: “DESAYUNO: METRECAL; ALMUERZO: Los alimentos usuales en cantidad moderada; COMIDA: METRECAL”.<sup>435</sup>

Esta batalla contra la antiestética obesidad, causante de las deformidades y protuberancias poco armoniosas en muchas mujeres del común, aunque se justificó dentro de la literatura médica y seudomédica publicada en las revistas y secciones femeninas de periódicos, no debió sobrepasar los límites de lo saludable. Nuevamente, la crítica apareció como un aviso para educar a las damas acerca del peligro de ensayar con procedimientos estéticos poco recomendados o cuyos resultados eran difíciles de prevenir. Con este tipo de llamados se buscó poner un límite al afán inusitado de las mujeres por rebajar de peso, quienes comenzaron a implementar métodos que ofrecieron resultados en un plazo menor de tiempo al estimado por la ciencia médica. En el artículo publicado en *Cromos* “Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes”, se hizo una crítica contra algunos de los métodos de dudosos resultados que pusieron en peligro la salud. En el caso de las píldoras adelgazantes (anfetaminas, atropinas, extractos de tiroides), consideradas por algunos esteticistas y médicos como un “milagro” contra la obesidad, su impacto fue relativizado al adquirir una dimensión peligrosa cuando los usuarios abusaban de su consumo para adelgazar con mayor rapidez. Esta situación se agravaba aún más con la anuencia de médicos inescrupulosos, quienes en el afán de vender estas pastillas, diagnosticaban falsamente un supuesto problema de obesidad en una persona sana.

De esta cruzada contra los métodos poco seguros no se salvó ni el ejercicio físico, considerado por los médicos y nutricionistas como la práctica más recomendable para

---

<sup>435</sup> Logre una silueta juvenil Metrecal (Anuncio). En: *Cromos*, Bogotá. Septiembre 4, 1961. no. 2304, p. 2

bajar de peso. La cuestión era evitar el ejercicio excesivo, especialmente entre las personas que no habían modificado sus hábitos alimenticios y quienes fueron más propensas a compensar el desgaste energético con el consumo de grandes cantidades de comida en el hogar. Y, aunque la solución más consecuente era cambiar radicalmente la rutina alimenticia, su impacto fue mínimo cuando se enfrentaba a las diferencias sociales que limitaban el acceso de las personas de bajos recursos a una alimentación saludable, lo cual estimulaba una dieta rica en carbohidratos para compensar la pérdida de energía.<sup>436</sup>

Para hacer más dramático y convincente la crítica contra la obsesión por la “silueta-maniquí” entre las mujeres del común, se publicó el testimonio de una actriz de teatro considerada el “ejemplo viviente” del camino angustioso y tortuoso para alcanzar el peso y la silueta ideal. En su declaración se destacó su comportamiento obsesivo por tener un cuerpo “perfecto”, lo cual la impulsó a realizar “trece tratamientos de choque” con pocos resultados en la materia: numerosos tratamientos médicos destinados para las diferentes partes del cuerpo responsables del metabolismo (glándulas endocrinas, hígado, estómago y cerebro); la práctica de diferentes deportes y actividades como el esquí, el tenis, la cultura física, la bicicleta, la danza clásica; los baños de vapor y los desayunos dietéticos.

Como parte de una acción pedagógica, el autor del artículo afirmó que todo fue “tiempo perdido” mientras estuvo ensayando con estos métodos “agobiantes, desagradables y peligrosos”, hasta cuando decidió abandonar su obsesión con la aguja de la báscula y asumió una actitud más consciente y racional de su problema. Así, esta mujer-objeto dejó de ser un “conejillo de Indias”, ansioso por cumplir con los requerimientos casi utópicos infringidos por la moda y la estética moderna, para convertirse en una mujer-sujeto, un ser racional capaz de dominar sus obsesiones y complejos, que se dirigía conscientemente por el camino del mundo estético. De esta forma, los “tratamientos milagrosos” elaborados por la dietética moderna para contrarrestar los efectos del sobrepeso, fueron desvirtuados ante la experiencia de una mujer que nunca alcanzó el peso ideal, a pesar de su férrea disciplina y perseverancia: “Ella sigue sin embargo, un régimen. No bebe alcohol, no

---

<sup>436</sup>Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes. En: Cromos, Bogotá. Mayo 13, 1968. no. 2635, pp. 40-42

fuma. Se ha convertido en una adepta de la terapéutica equilibrada, eficaz pero difícil de comer menos y más regularmente”.<sup>437</sup>

Ante los reparos y críticas contra los métodos de regulación de peso promovidos en el mundo de la estética, se idearon ciertas soluciones salomónicas que evitaron el sacrificio y los consecuentes problemas de salud derivados de su práctica. Para lograrlo, el vestuario jugó un rol importante en este sentido, debido a que las mujeres con problemas de sobrepeso estuvieron obligadas a aprender a conocer su cuerpo, específicamente las partes donde se resaltaban los “rollos de gordura”, para evitar una experiencia bochornosa en el mundo social. De una manera promisoriosa y bajo la lógica “Más vale maña que dieta”, la prensa señaló la posibilidad de “rebajar” varios kilos con las prendas adecuadas, siempre y cuando las personas aprendieran unas reglas necesarias para crear una ilusión óptica, combinándose así los conocimientos del campo artístico con el mundo estético. Dentro de las recomendaciones se incluyó el uso de telas con líneas verticales que creaban la sensación de aumentar la altura y disminuir el peso; la conservación de una línea continúa desde el cuello hasta los tobillos; la elección de telas lisas en tonalidades oscuras (el negro, gris, azul marino y café oscuro), acompañadas de rayas verticales delgadas o pequeños dibujos; la preferencia por el uso de telas opacas como lana, seda, algodón o encaje, evitando los tejidos gruesos y brillantes como el satín. En el vestuario se sugirió la utilización de faldas rectas y sesgadas al frente; las mangas hasta los codos, los vestidos de una pieza y la combinación de falda y blusa de un mismo color. Igualmente, se indicó el vestuario que debía evitarse al generar efectos negativos sobre la figura como los cuellos altos, altos y gruesos; los fruncidos con lazos y capuchas grandes; los cinturones de diferente color; los contrastes entre las tonalidades de la falda y la blusa. Esta labor de “camuflaje” que exigió una buena dosis de inteligencia y conocimiento de la moda, se completó con los peinados asimétricos que creaban un efecto adelgazante en el rostro; el uso de sombreros en colores llamativos para desviar la atención de las personas hacia la cabeza, las joyas poco voluminosas y grandes, y las medias veladas oscuras con vena”.<sup>438</sup>

---

<sup>437</sup> Cromos para ellas: La gordura... es una desgracia?. En: Cromos, Bogotá. Abril 4, 1960. no. 2232, pp. 48-49

<sup>438</sup> Una de las preocupaciones. Cómo adelgazar (aparentemente tres kilos). En: Cromos, Bogotá. Mayo 11, 1964. no. 2437, pp. 44-45

El mandato de los especialistas en el vestuario no se limitó a las sugerencias y recomendaciones para persuadir a las mujeres con sobrepeso de la forma adecuada de vestir. La columnista Alicia Halt, aunque destacó la importancia de escoger los vestidos veraniegos teniendo presente la comodidad, señaló tajantemente la importancia de conservar ante todo el buen gusto, hecho que se lograba mientras la mujer se preocupara por conocer su cuerpo a través del espejo y se indagara acerca de las prendas más adecuadas para su figura. De esta forma, señaló que cuando la mujer rolliza usaba vestidos de baño inadecuados, shorts, pantalones ajustados estilo torero y vestidos tipo strapless, no solo revelaba ante el público sus “rollos de gordura”, sino también demostraba su “mal gusto” y “ridiculez” al trasgredir el código de la elegancia y del buen vestir. Lo anterior también se hizo extensivo para las mujeres “maduras”, quienes debieron conservar su elegancia aún en un espacio propicio para la desinhibición y el relajamiento.<sup>439</sup>

Dentro del discurso estético, igualmente, la extrema delgadez fue objeto de sanción al considerarse algo poco femenino y apropiado para afrontar las condiciones exigidas por la dinámica moderna. Era necesario, pues, conservar una figura en la cual se destacara su plus más importante como arma de seducción y atracción frente al sexo opuesto, una forma corporal rebotante de salud y vida. Por esa razón, la publicidad del suplemento nutricional “Plus-Forma” hizo énfasis en la necesidad de transformar la silueta femenina muy delgada en la imagen de una “mujer de gratas proporciones”, mediante la utilización de este producto que condicionaba el organismo femenino a recibir las calorías suficientes destinadas a “rellenar” las partes del cuerpo más exhibidas, como las mejillas, el busto, las caderas, las piernas y los brazos.<sup>440</sup>

La disponibilidad para acceder a la belleza mediante una serie de artilugios y recetas “mágicas”, permitió a las mujeres decidir la forma más característica de resaltar su rostro, el contorno de su cuerpo y el estilo de vestuario más conveniente según sus intereses y personalidad. Aún así, esta gama de posibilidades y de recursos para conservar la belleza no se limitó solamente a estos aspectos, en la medida en que prevaleció la idea de complementarlo con una serie de cualidades, comportamientos y movimientos corporales

---

<sup>439</sup>La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 17, noviembre, 1960, p. 7, sección 2

<sup>440</sup>Complemento Plus-Forma (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no. 2597, p. 38

enfocados en aumentar los encantos femeninos. De esta forma, su majestad la belleza estuvo a los pies de sus seguidoras para complacerlas según sus “caprichos”, porque su precepto principal reivindicó el derecho de toda mujer a ser bella sin importar su condición física, social y económica.

Frente a la creciente incorporación de los ideales democráticos en el campo de la belleza femenina, la década del sesenta reveló la insistencia en el cultivo de la personalidad como un factor importante para alcanzar y conservar la belleza. Dentro del discurso promocionado en la prensa, se buscó que cada mujer viviera según su ideal de belleza y no conforme a la imitación de los mandatos estéticos del momento. Por este motivo, la personalidad emergió como un atributo que actuó en forma de recordatorio, una traza impresa por sí misma dentro del medio social. Y, frente a la popularidad de las artistas del mundo del espectáculo y de las mujeres modelos o reinas, quienes gracias a su éxito se convirtieron en los íconos y figuras más representativas de la belleza femenina, esta cualidad se reivindicó con el fin de evitar estándares homogenizadores y únicos que llevarían al traste el fundamento democratizador estimulante de una belleza consumativa y abierta para toda clase de mujer. Así, la regla de oro designó como imperativo esencial para las jóvenes, el mostrarse siempre según su personalidad, sin tratar de imitar a otra persona como las actrices o la joven más atractiva del colegio. Esto también se hizo extensivo a la imitación de las tendencias de la moda, sin tener presente las formas de su cuerpo y su personalidad, con el único fin de agradar a las otras personas o al grupo social en el cual se desarrollaron. La idea era vender su propuesta personal, imprimir detalles que sirvieran como huella única frente a la homogeneidad de las tendencias en el mundo del vestuario,<sup>441</sup> permitiéndoles un margen de iniciativa con respecto al imperio aparentemente avasallante de la moda.<sup>442</sup>

Bajo una óptica que proclamó una apertura mayor hacia unos ideales de belleza más democráticos, progresivamente el “imperativo de ostentación” se fue atenuando para incorporar en su lenguaje un código estético más acorde con las exigencias del momento, las cuales anunciaron la apertura hacia las diferentes expresiones del ser individual. Estos

---

<sup>441</sup>La mujer, el hogar, la moda. Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 26, octubre, 1961, p. 2, sección 2

<sup>442</sup> LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994, p. 110



cambios se hicieron evidentes, especialmente, en la concepción de una de las palabras favoritas dentro del mundo femenino de las apariencias: la elegancia.

Aunque su definición dentro del código de la moda fue, por mucho tiempo, una cualidad y un elemento de diferenciación social entre lo noble y lo popular, al requerir de recursos económicos para cumplir con sus exigentes mandatos, durante la década del sesenta se consolidó aún más la concepción de una elegancia visualizada desde los años anteriores como el punto de equilibrio entre los diseños de la moda y la personalidad. Atrás quedó la representación de la elegancia como sinónimo de lujo y de riqueza, asentándose más bien una oposición casi tajante entre ambas cualidades: si la elegancia simbolizaba el “simple buen gusto”, el lujo en muchas ocasiones se asociaba con el derroche, lo “artificial y afectado”. Esto significó la consagración de un precepto esencial para el adorno del cuerpo femenino: más vale pecar por sencillez y no por un exceso de ostentación, una característica propia de las personas burdas que intentaban escalar posiciones sociales al adquirir el rango de “nuevas personas adineradas”. Asimismo, requirió la acción activa del sujeto dentro de un examen concienzudo, casi racional y esmerado, de las características personales que se podían resaltar mediante la combinación armoniosa de los atavíos, los accesorios y el maquillaje. De esta forma, el modo de vestir debió revelar el ambiente, la personalidad, la cultura y las aspiraciones, sin olvidar detalles físicos como la edad, la estatura, la silueta, el peso corporal:

Con el mismo sentido crítico con que todas deben estudiar las líneas y características del rostro, debe analizarse detenidamente la figura. (...) Aprende a vestirse siempre con sentido común. En la compra o hechura de vestidos es necesario poner todo el cuidado y una buena dosis de imaginación. No debes guiarte nunca por tu capricho personal, sino por lo que honradamente consideres que se adapta a tu figura. Recuerda que la belleza de un vestido está en función de tu propia belleza; por eso debes conservarte bella todo cuanto puedas.<sup>443</sup>

---

<sup>443</sup>Modo de vestir siempre bien. En: El Colombiano. Medellín, 18, diciembre, 1965, p. 16

El aparente éxito de los códigos democráticos en el mundo de la belleza femenina en este periodo, sin embargo, no significó la ruptura definitiva con las representaciones tradicionales acerca de la belleza y de sus diferentes componentes que la caracterizaron. Dentro de este discurso, la personalidad de la mujer no fue concebida como una cualidad innata y natural, sino que debió cultivarse hasta alcanzar su perfeccionamiento con una serie de consejos y enseñanzas promovidos en los medios de comunicación y en las academias de glamour: “Señoras y jovencitas desde 13 años. Aprovechen sus vacaciones! Inscríbanse al último curso intensivo de Glamour de Sears. Desarrolle su personalidad y conviértase en una persona distinguida y atractiva. \$300 y lo puede cargar a su cuenta. Cupo para 40 alumnas. Iniciación Dcbre 5 de 1.966”.<sup>444</sup>

El centro de interés de esta acción pedagógica reivindicativa de la personalidad femenina fue el glamour, una cualidad propia de la mujer que otorgaba cierto magnetismo y fuerza a su presencia en el medio social. No bastaba solo tener la silueta ideal o los rasgos más armoniosos para generar admiración entre las personas; era necesario cultivar otras cualidades que permitieran hacer la distinción entre la simpleza propia de las bellezas naturales y una belleza constituida como un todo armonioso de partes que involucraban el aspecto físico, la forma de comportarse y la personalidad. La española María José de Gamboa en su escuela de glamour ubicada en Bogotá, aún vigente en pleno periodo de los “coca colos”,<sup>445</sup> combinaba la enseñanza de ejercicios físicos para conservar la silueta esbelta y una serie de prácticas que aseguraban el anhelado sueño de éxito social de muchas mujeres de la clase media y alta. Así, sus alumnas del Gimnasio Femenino y las modelos enviadas por los diferentes almacenes de vestuario, debieron aprender como si fueran autómatas, todo un código de comportamiento social adecuado para cada espacio y actividad del día: sentarse adecuadamente; encender y dar un encendedor; salir elegantemente de un carro; caminar por la calle; quitarse un abrigo; posar para una foto; tener un tono de voz adecuado, entre otros.<sup>446</sup>

Entre la gama de prácticas impartidas en la enseñanza del glamour, recibieron especial atención las concentradas en el desarrollo de destrezas para el control y manejo del

---

<sup>444</sup>Curso intensivo de Glamour Sears (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 1, diciembre, 1966, p. 17

<sup>445</sup>Jóvenes que intentaron romper con las concepciones tradicionales a través de un vestuario, peinado, formas de divertirse y de comportarse más liberales.

<sup>446</sup>Una escuela para enseñar las Cocas Colas a ser... glamourosas, funciona en Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Octubre 22, 1962. no. 2360, pp. 40-45

cuerpo en público, en cuanto fue catalogado como un recurso de comunicación usado por el individuo para transmitir sutilmente los destellos de su personalidad en el medio social. Con el fin de hacer comprender mejor esta posición, se evocó el ícono femenino de la modelo profesional como ejemplo a seguir al caracterizarse por la sencillez y naturalidad de sus movimientos corporales, lejanos a los ademanes bruscos y balanceos artificiosos, considerados de “mal gusto” por sus connotaciones negativas asociadas a lo ordinario e inculto. El balance perfecto se encontró en la sobriedad de los movimientos y la suave firmeza de los pasos al caminar, lo cual se lograba mediante la sincronización de ciertos movimientos que involucraron diferentes partes del cuerpo en un todo armónico.

Un detalle final del glamour se encontró en la voz, considerada un elemento esencial del encanto femenino dentro de unas relaciones sociales que, paulatinamente, comenzaron a alejarse de los ademanes propios de la cortesía señorial -lejanos al toque íntimo y la cercanía entre las personas-, para concederle un sitio crucial al lenguaje hablado que tenía la facultad de aumentar el aura mágica envolvente y magnética de una mujer. Nuevamente, los códigos democratizadores se hicieron presentes para asignarle a la “voz agradable” un papel importante dentro de la belleza, en cuanto tuvo la capacidad de hacer olvidar un “físico mediocre”. La columnista de *Cromos* Josine Lannoy destacó que una voz bonita era un “arma de encanto” capaz de conmovier mucho más que un bello rostro. Caso contrario ocurría con una “voz discordante” (chillona, demasiado baja, monocorde, nasal o precipitada), que dejaba en la trastienda los atractivos más atrayentes al causar una mala impresión y anular “ciertas simpatías incipientes”. No obstante, las atribuciones concedidas a la voz bonita no dependieron de las características genéticas o naturales, una percepción bastante fatalista, sino de una serie de acciones enfocadas en mejorar o corregir la voz de nacimiento: para hablar con facilidad y articulando claramente las palabras, era necesario realizar ejercicios de respiración profunda (inspiración y expiración), destinados a fortalecer las cuerdas vocales y, unos ejercicios de articulación para hacer más comprensible el mensaje comunicativo.

En la corrección de los defectos propios de la voz natural, se hizo especial énfasis en tres problemas: la voz monótona, los defectos propios del aparato de fonación y de articulación (tartamudeo, seseo, pronunciación confusa) y una voz sin timbre. En el primer caso, era necesario hacer “más expresiva” la voz por medio de un ejercicio que

representaba los diferentes estados emocionales (alegría, tristeza, dolor, amenaza, súplica, etc.). Cuando las personas tenían problemas de pronunciación o su voz se caracterizaba por ser “sorda” o “nasal” debido a algunos defectos orgánicos o tics, era importante consultar al especialista para “reeducarla”. Finalmente, la voz sin timbre fue considerada un problema con graves consecuencias emocionales por la inseguridad que generaba en el individuo, al sentirse aparentemente desplazado porque “nadie lo escuchaba”. Por este motivo, la tarea prioritaria consistió en aprender a “sonorizar” la voz o asegurarla en un registro intermedio, que permitiera a la persona expresarse con naturalidad y soltura. ¿Cómo se lograba esto último? Mediante la asociación de un trabajo consciente de escucha y de movimientos respiratorios en un lugar al aire libre: “Para descubrir el registro intermedio de su voz, respire lentamente, emita el sonido “A” sin contraer la garganta y sin que el sonido sea nasal. Entre las notas emitidas sin esfuerzo, escoja la que usted pronuncie más fácilmente y con la máxima sonoridad. Adóptela como registro y lea algunos versos haciendo gravitar su voz alrededor de esa nota”.<sup>447</sup>

Todas estas prerrogativas destinadas al cuidado del cuerpo y la conservación de la belleza, demostraron que si bien la mujer comenzó a integrarse en el mundo público a través del trabajo y de su participación en el mundo político, lo anterior no significó una ruptura total con el antiguo ideal femenino que consagraba a la mujer el cultivo de la feminidad a través de los buenos modales, la personalidad y la belleza. Así, en el curso del desarrollo propio del sistema capitalista, la mujer continuará desempeñando su antiguo rol de “artículo suntuoso” en las revistas y en las secciones femeninas. Pero en esta ocasión, el ideal de belleza femenina consiguió adaptarse a las condiciones cambiantes de la “emulación pecuniaria” las cuales, según Tolstein Veblen, hicieron parte de un fenómeno propio de la sociedad industrial que significó la expansión de la escala de “reputación pecuniaria” hacia los estratos más bajos, dejándose atrás el grado de ostentación como forma de distinción del grado pecuniario supremo.<sup>448</sup>

Contrario a la percepción de Veblen, en la década del sesenta la belleza física conservará su significado como señal de consumo vicario, en la medida que la sociedad mantendrá

---

<sup>447</sup>Todas las voces, incluso las débiles, pueden desarrollarse por el ejercicio, si se han asegurado y si la respiración es buena" Detalles: Un arma de seducción. La voz", Cromos, no. 2505, Bogotá, 13 de septiembre, 1965, pp. 28-29

<sup>448</sup>VEBLEN, Thorstein. Teoría de la clase ociosa. Madrid: Fondo de la Cultura Económica, 2002, pp. 153-154

las diferencias entre estratos sociales, aunque aparentemente las revistas y las secciones femeninas proclamaran abiertamente la llegada de un ideal de la belleza más democrático para todas las mujeres, sin distinción de edad, estrato social y condición económica. De esta forma, las rutinas de belleza, las recomendaciones de la dietética moderna, la alimentación, los ejercicios, los tratamientos cosmetológicos y estéticos, las cirugías plásticas, seguirán siendo un tipo de prácticas concebidas especialmente para las mujeres de estratos altos, quienes contaron con el tiempo suficiente y la capacidad económica para hacerlo. La cuestión radicaba en que las nuevas formas de ascenso social si bien facilitaron para las mujeres de estratos bajos el acceso a las prácticas y productos estéticos, su accionar estuvo supeditado a la cantidad de recursos económicos que poseían, algo casi imposible para la mayoría que no contaba con un empleo o debía sostener otros gastos destinados al hogar y la familia. Tampoco se debe olvidar que en el fondo de los mensajes “democratizadores” sobre la belleza, existía una creciente necesidad de expandir el mercado hacia nuevos nichos antes olvidados por la industria. De ahí la insistencia en convertir estas prácticas en algo democrático y abierto para todo el público femenino, un proceso que será posible cuando se produzca una transformación de las condiciones económicas y sociales de la mujer.

#### **5.4 EL UNIVERSO FEMENINO Y LOS DICTADOS DE LA MODA**

Con un derroche de posibilidades y formas, la moda se convirtió aparentemente en la representación más cercana del proceso de democratización generado dentro del mundo moderno, dejando de ser un artificio limitado a ciertas clases sociales para convertirse en un fenómeno de masas. Dentro de esta dinámica, el “modelo aristocrático” sostenido por las clases más poderosas en los siglos anteriores, fue sometido a un proceso paulatino de democratización, donde las ambiciones antes inalcanzables por las mujeres del común como la elegancia y el buen gusto en el vestir, se convirtieron en una meta general que ya no estuvo supeditada a unos recursos económicos o una posición social, sino más bien

fue direccionada a través de los imperativos de la feminidad, la armonía, la sencillez, la comodidad, la practicidad, la elegancia.<sup>449</sup>

Como sinónimo de esta tendencia aparentemente democratizadora, los grandes diseñadores de alta costura dejaron de vestir a una minoría de mujeres privilegiadas para incursionar en el mundo de las grandes masas, mediante la producción en serie de unos diseños reproducidos por una creciente industria de confecciones. La consigna estaba centrada en la necesidad de hacer sentir a una mujer hermosa, sin importar la edad, el peso, la estatura, ajustable a las diferentes circunstancias, “pero sin dejar de ser “moda” e inspirados en las últimas tendencias del momento”, un logro posible mediante la estandarización de las formas y tamaños de las tallas que permitieron la adaptación proporcional del vestuario a los cuerpos y personalidad de las personas anónimas, quienes serían los futuros compradores de las prendas pret-à-porter.<sup>450</sup>

Las circunstancias sociales, políticas y económicas así lo permitieron, en cuanto el ideal de democratización fue el resultado de una combinación de diferentes tendencias derivadas del consumismo, propia de una economía capitalista interesada en fomentar la necesidad de consumo entre las personas. Todo ello también será posible gracias a un mercado creciente de suministros baratos para confeccionar a nivel industrial y la disponibilidad de máquinas de coser para muchas mujeres, a partir de un sistema de créditos que financiaban su deuda durante cierto tiempo.

El papel desarrollado por la prensa local y nacional fue clave en este proceso, al incorporar mundos e ideologías provenientes de espacios geográficos diferentes (Estados Unidos y los grandes centros urbanos de Europa), caracterizados por tener un ritmo de vida derivado de los cambios generados por el posicionamiento del capitalismo económico, que acrecentaron una mentalidad individualista y centrada en el consumo como estilo de vida. Este fenómeno también tuvo amplias repercusiones en el rol de la

---

<sup>449</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 138-139

<sup>450</sup> La fabricación indumentaria de masas, iniciada aproximadamente en los años treinta, durante la década del sesenta necesito la ayuda del diseño industrial para producir tejidos, géneros y vestidos, en los cuales se integraron la novedad, la fantasía y la creación estética, a partir de los modelos proporcionados por las colecciones de temporada diseñadas por las grandes casas de Alta Costura. Con el estilismo, el vestido industrial de masa cambió de condición, para transformarse enteramente en un producto de moda”. IBID. pp. 122-123

mujer y las representaciones sociales que sobre ella recayeron, especialmente cuando incursionaron en mayor cantidad a la vida laboral, educativa y profesional.

Por esta razón, el discurso de la moda hizo partícipe a la mujer de un ritmo de vida diferente al mundo tradicional, a partir de la definición de una variante que promocionó abiertamente la democratización de las tendencias internacionales propuestas en el ámbito de la moda, como una estrategia utilizada por las grandes industrias de cosméticos, artículos para el cuidado de la belleza, vestuario y accesorios, para acrecentar sus ganancias mediante el reconocimiento del potencial de consumo de ellas. No en vano, dentro de esta dinámica de consumo se promocionaron diferentes productos destinados a la conservación de la belleza y la moda, así como las últimas novedades en diseños y accesorios destinados para un público femenino dinámico, incorporado a múltiples ocupaciones laborales y personales. Una vez impuesta la necesidad de consumo en este sector de la población, no existirá vuelta atrás para la consolidación de un mercado de consumo masivo de productos de belleza y de moda.

El ingenio y la creatividad hicieron parte de esta tendencia. Como un recetario de cocina, la prensa presentó al público femenino una serie de recomendaciones enfocadas en la utilización racional del presupuesto, sin tener que sacrificar su buen gusto y la creciente necesidad de estar a la moda. Si una mujer carecía de los recursos para adquirir las últimas tendencias de la moda, se recomendaba coordinar el grupo de colores de su ropa y familiarizarse con los precios y la calidad del vestuario ofrecido en los almacenes de alta costura, lo cual les permitiría adquirir un criterio suficientemente claro para comprar una indumentaria más económica. Para la columnista Helen Hennessy, el mandamiento principal del bajo presupuesto y el buen gusto en la moda, no solo consistió en hacer un uso racional de los recursos, sino también en combinar adecuadamente los trajes, teniendo como base la adquisición de prendas separadas que podían ser mezcladas y combinadas durante todo el año, según las últimas tendencias de la moda.<sup>451</sup>

Dentro de este lenguaje utilizado como estrategia para diversificar y hacer más democrático el mundo de la moda, la consigna no solo se centró en el manejo racional de los recursos económicos, sino también en la posibilidad de diseñar y crear vestuarios

---

<sup>451</sup>Trajés de otoño que duplican el vestuario. En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1964, p. 17

acorde con la personalidad, la forma corporal, los intereses y gustos de cada individuo. Como parte de una táctica publicitaria, la creciente industria de textiles bajo la consigna “Usted puede hacerlo en casa, en el material que prefiera”, pretendió mejorar los niveles de consumo de telas nacionales en el ámbito local. En el caso de Coltejer, su publicidad supo aprovechar esta tendencia para posicionar sus telas en el creciente mercado de la moda femenina, anunciando su capacidad de renovación constante en los diseños y colores de sus telas, según las últimas tendencias del vestuario en el ámbito internacional, un factor decisivo para dar ese “toque” de elegancia tan ambicionado por las mujeres del común en el “cambiante” mundo de la moda.<sup>452</sup>

El uso racional de los pocos recursos económicos disponibles sin sacrificar el ideal de la elegancia, también estaba en la conjugación de dos elementos claves que, combinados entre sí, permitieron a las mujeres del común acceder a las “últimas” tendencias de la moda, generando cierta sensación de cercanía con los grandes centros mundiales de la moda: el arte de la modistería y los patrones publicados en las secciones femeninas de los diarios y en algunas revistas femeninas. Por este motivo, como un “verdadero fenómeno revolucionario” se anunciaba la comercialización en Londres de una modalidad consistente en una serie de patrones especiales vendidos en los almacenes para las mujeres de pocos recursos económicos, quienes deseaban conservar un estilo elegante con un presupuesto modesto.<sup>453</sup> Medellín no fue ajena a esta situación, no solo mediante la venta de los reconocidos figurines donde se plasmaron imágenes de los trajes con las respectivas especificaciones para su confección, sino también a través de la publicación de patrones y fotografías de vestidos en las revistas femeninas como *Cromos* y en las secciones femeninas de los periódicos de circulación local como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*.

Pero este ejercicio de interpretación de las particularidades presentes en cada patrón, necesitó de un conocimiento previo adquirido a través de la experiencia en la confección de trajes. Así, cuando los recursos fueron escasos o el tiempo era limitado para aprender acerca del “arte de la costura”, la figura de la mujer-modista se convirtió en el mejor aliado de la mujer del común, un intermediario que interpretaba las variaciones más importantes

---

<sup>452</sup>Calidad Coltejer cada centímetro (Anuncio). En: *Cromos*, Bogotá. Mayo 15, 1961. no. 2288, p. 55

<sup>453</sup>La moda. Erase una vez una pobre muchacha rica. En: *Cromos*, Bogotá. Abril 29, 1968. no. 2633, pp. 58-61



en los diferentes patrones sin olvidarse de las particularidades de cada cliente, centradas en las medidas corporales, su figura y su personalidad.

Aunque la relación entre la mujer-modista y la mujer del común fue muy estrecha, esta dependencia pudo ser superada mediante los cursos de corte y confección de trajes dictados en las diferentes academias de costura en la ciudad o por personas particulares. De esta forma, las mujeres del común se convirtieron en seres artífices y creadores de sus propios trajes de acuerdo con las últimas tendencias de la moda, una situación que no solo mostró su habilidad y destreza manual, sino también su capacidad para traducir y adaptar a su figura física y personalidad, los trazos de los patrones creados por diseñadores reconocidos. Para hacer realidad estas tendencias promocionadas en este medio, su gran aliado fue la máquina de coser, un instrumento que se popularizó con mayor fuerza a raíz de la creciente bonanza textilera y el importante lugar que estaba adquiriendo la moda dentro de los círculos populares, gracias a la labor de promoción desarrollada por el cine y la prensa a través de las figuras rutilantes del mundo del espectáculo y el entretenimiento, quienes sirvieron de “maniqués” para promocionar los últimos diseños en vestuario y accesorios.

Para ser artífice de sus propios trajes, la mujer del común previamente debió realizar un trabajo previo, planificado y creativo, el cual estuvo enfocado en la meta de diseñar un sinnúmero de prendas básicas como faldas, blusas, pantalones, vestidos, intentando imitar los criterios de la moda promocionados en la prensa y en los figurines. Con el fin de maximizar los recursos, era importante que realizara una “compra inteligente” de retazos o telas a bajos precios, lo que garantizaba la variedad de diseños y colores necesarios para conformar un guardarropa diverso y adaptable a diferentes momentos del día y ocasiones especiales. La clave estaba en comprar una tela que combinara adecuadamente con el patrón deseado, pero intentando adaptarla a las medidas de su cuerpo y su personalidad, sin caer en exageraciones y extravagancias que quebrantarían su presencia ante los demás. Si bien la preocupación principal en el diseño y adaptación del vestuario estuvo centrada en la idea de economizar dinero, en el fondo del asunto se hallaba la idea de considerar el vestido como la mejor carta de presentación de la mujer ante la sociedad, lo cual también se tradujo en la posibilidad de diseñar una prenda de calidad, elegante y personalizada.

Ciertamente usted cose para economizar dinero, pero antes de nada hágalo para obtener una prenda de calidad que es tan esencial. Hay tantas maneras en que usted puede hacer resaltar su propia destreza en el diseño y crear realmente un bello traje que es personal y atractivo y con un costo exiguo. Su buen gusto le guiará para que no sea extravagante en lo que confeccione. Siga los dictados de la moda y no tema expresar su propia personalidad. (...) Procure ser individual en sus modelos, pero no lo exagere para que tenga trajes que vayan de acuerdo durante sus ansiadas vacaciones.<sup>454</sup>

Muy ligado a la democratización de las tendencias de la moda estuvo el fenómeno de la personalización del vestido, el cual consistió en la adaptación acorde con las características físicas, gustos, actitudes, intereses y edad de la mujer. Con el “vestido psicológico”, un individualismo más hedonista recobró protagonismo dentro de la moda, en la medida que se encontró en el culto del cuerpo y la apariencia física, la consagración del paradigma dirigido hacia la realización del individuo, el declive de la moral centrada en el deber, el comienzo de la masificación del consumo y el poder de influencia de los medios de comunicación.<sup>455</sup>

Pero, ¿cuáles fueron las razones para la afirmación de la individualidad en el discurso de la moda? Para Lipovetsky, la justificación estuvo en los nuevos valores ligados a las sociedades liberales del estadio de la producción y del consumo de masas, que habían comenzado a tener vigencia social gracias al desarrollo de una cultura *joven* entre los años cincuenta y sesenta, la cual precipitó la difusión de los valores hedonistas y contribuyó a la reivindicación individualista, en cuanto se generalizó la manifestación del inconformismo frente a los valores tradicionales y la expresión personal de la espontaneidad, la relajación y la libertad. La moda no fue ajena a esta dinámica y adquirió una “connotación joven” al expresar mediante sus tendencias en el vestuario y accesorios, un estilo de vida emancipado, libre de obligaciones con respecto a los cánones tradicionales, desinteresado en la ropa de lujo, la elegancia y el chic que evocaban un

---

<sup>454</sup>Cosiendo en el hogar. En: El Colombiano. Medellín, 20, enero, 1968, p. 17

<sup>455</sup>MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998, pp. 128-129

tiempo pasado basado en los valores aristocráticos. Esto permitió el ingreso de la moda en una nueva fase centrada en una “lógica individualista”, en donde el vestido dejó de ser un “signo de honorabilidad social”, para convertirse en el símbolo de la nueva relación con el Otro, centrado en la seducción y en la valoración de sí mismo para agradar y ser reconocido por las demás personas.<sup>456</sup>

En esta dinámica democratizadora, la prensa aconsejó crear un vestido conforme con la personalidad, las circunstancias laborales, los intereses personales, la profesión y la figura corporal de la usuaria pero, sin dejar de lado, la elegancia y el buen gusto como valores acreditados mediante la emulación y la imitación de las últimas tendencias de la moda creadas en los grandes centros mundiales (París, New York o Londres). Como parte de una reivindicación centrada en una “lógica individualista”, esta elegancia democratizada se tradujo en la forma correcta de utilizar los elementos de cada tendencia de la moda, adecuándolo a las circunstancias, personalidad y figura corporal, y sin importar la cantidad de recursos económicos o la procedencia social de la usuaria. Por esta razón, el concepto elegancia no se relacionó indisolublemente al lujo y la ostentación exhibidos a través de objetos y materiales de alto valor económico y simbólico. En esta ocasión, tanto en el discurso como en la práctica, la palabra elegancia se asoció con la sencillez y el descarte de lo “artificial y afectado” en el modo de vestir, lo cual llevó a descartar el lujo como una cualidad *sine qua non*, en cuanto una mujer podía trasgredir la norma básica de la simplicidad de las formas para caer en el derroche excesivo. Parte esencial de este nuevo ideal fue el conocimiento del cuerpo, específicamente, en la definición de los aspectos que beneficiaban o perjudicaban la representación de la figura corporal ante el mismo individuo y, por consiguiente, ante el resto del mundo como si fuera una carta de presentación en la sociedad.

No en vano, insistentemente se hizo hincapié en la necesidad de conocer el cuerpo, explorarlo, ingresar en los terrenos que en el pasado fueron inescrutables debido a la vigencia de ciertos valores tradicionales, que condenaron su conocimiento al ser considerado fuente de sensaciones pecaminosas capaces de despertar la lujuria y el placer carnal en el alma. Por esta razón, dentro de las normas de la elegancia se consagró la importancia de vestir de acuerdo con el ambiente, la cultura y las aspiraciones

---

<sup>456</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 135-137

personales. Para lograrlo, era decisivo realizar un estudio detallado de sí mismo, teniendo en cuenta las diversas variables que podían influir en la forma de proyectarse el vestido al exterior (la edad, la estatura, la silueta, el peso, las líneas y características del rostro), pero sin dejar de lado el sentido común y la autocrítica, dos elementos esenciales que brindaron a la mujer cierta dosis de racionalidad para hacer un vestido o comprarlo de acuerdo con la adaptación a la figura y no por un simple capricho personal.

Ser elegante es ser original; la mujer elegante es real y lleva la ropa y accesorios despreocupadamente, sin parecer un maniquí. No necesariamente está a la última moda, sino que sabe descubrir en ésta lo que le queda bien. Es ante todo sencilla ella misma: "Porque ser elegante es tener buen gusto, es decir sensibilidad para combinar diseños y colores. Ser elegante es llevar el traje adecuado según la ocasión. Es permanecer nítida sin perder autenticidad. Es ser sencilla, refinada, real. Es saber conservar la personalidad, realzándola, no con la idea de copiar a otras. Más bien con la intención de que otras la imiten".<sup>457</sup>

Si la moda para la "mujer-moderna" se convirtió en el signo por excelencia de su reciente conquista centrada en la reafirmación de su individualidad y personalidad, también fue un símbolo del encuentro de la mujer con las nuevas obligaciones y desafíos que surgieron más allá de sus hogares, gracias a su incursión en el mundo laboral y profesional. Reflejo de esta tendencia fue la asimilación del estilo de vida norteamericano en la moda femenina, caracterizado por el uso de telas "modernas" que tuvieron como cualidad esencial su fácil lavado y poca necesidad de planchado. Asimismo, se impuso la utilización de trajes para cualquier ocasión, en los cuales se adoptaron gradualmente las tendencias pasadas con las tendencias nuevas, sin sacrificar la buena calidad en los materiales y los diseños variados que incorporaron estéticamente los colores y las formas. De esta manera, el discurso de la moda integró como parte de su vocabulario la "comodidad" y el "espíritu de lo práctico", dos cualidades que reflejaron los valores modernos al establecer la necesidad de adaptar el cuerpo a las nuevas responsabilidades y demandas energéticas exigidas en el ritmo de vida moderno, diametralmente opuesto a la vida tranquila y poco dinámica del pasado.

---

<sup>457</sup>En 1962: las más elegantes. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 24, 1962. no. 2369, pp. 37-42

Al hacerse mención de un discurso de la moda centrado en la personalidad, esta situación también se tradujo en la apertura de un proceso de reafirmación de la mujer como sujeto autónomo e independiente de los cánones y esquemas socialmente establecidos. Dentro de esta tendencia, la mujer del común se convirtió aparentemente en un ser autónomo e independiente al tener “voz y voto” en la elección de su apariencia, siendo considerados el traje y sus complementos como la mejor forma de expresar su ser individual y su personalidad, aún frente a la influencia avasalladora de los diseñadores como supremos jueces en el mundo de la moda. De esta manera, tras varios siglos de construir imágenes prefiguradas de mujeres que siguieron al pie de la letra las últimas variaciones en el mundo en el vestuario, el discurso de la moda fue incorporando un nuevo tipo de mujer que, sin dejar de ser femenina y elegante, comenzó a ser autónoma en sus decisiones con respecto a sus gustos e intereses personales reflejados a través de sus trajes. Conocedora de su cuerpo y de las tendencias de la moda desde muy joven, ella pudo conjugar acertadamente los colores, las texturas y las formas, con su personalidad, expectativas, edad y gustos, cumpliendo con los parámetros establecidos en la moda. Así, contra la imagen “inocente” de la niña del pasado que asumió con cierta resignación el vestuario impuesto por sus madres, las jóvenes del presente desarrollaron esa capacidad para decidir los atuendos más acordes con su gusto y personalidad, un proceso posible gracias a las revistas y las secciones femeninas de los periódicos, que presentaron las últimas variaciones en el campo de la moda juvenil en un lenguaje sencillo y directo. Al respecto la columnista Lucy Samper señaló lo siguiente: “Saben, mejor que sus mamás, qué vestido les "sienta". Y que esto no se tome como crítica a las progenitoras, sino como un elogio al buen gusto de las muchachas modernas”.<sup>458</sup>

Dentro de esta dinámica, el medio más importante utilizado por la mujer del común para definir su posición como sujeto creador de un vestuario acorde con su personalidad fue el detalle, dentro del cual se incluyeron accesorios, telas, colores y variaciones en la forma del patrón para ajustarlo a su estatura y peso, que le añadieron al producto final un toque personal frente las tendencias de la moda vigentes. La importancia de esta acción radicó en la posibilidad de eliminar un temor creciente en las mujeres de encontrar en la calle otra persona con el mismo traje, un suceso bochornoso para una mujer que incursionaba en el mundo social, quien estaba deseosa por imprimir su huella personal en cada una de

---

<sup>458</sup> Ellas escogen sus vestidos. En: Cromos, Bogotá. Mayo 11, 1964. no. 2437, pp. 28-29

sus actuaciones públicas donde participaba.<sup>459</sup> Bien lo percibió Ronald Barthes cuando afirmó que aún frente a los mandatos de carácter oligárquico establecidos por el *fashion-group* o la redacción de la revista, el traje podía evidenciar las situaciones transitivas del ser expresadas en los modelos definidos por las condiciones sociales y psicológicas del individuo (roles y creencias). Desde esta percepción, la lógica del detalle se convirtió en un aspecto significativo de la personalidad del individuo dentro del sistema de la moda, en cuanto permitió acumular y conectar en el vestido pequeñas esencias psicológicas del ser, incluso contradictorias. Así, dentro del sistema de la moda promocionado en la prensa, se mostró la asimilación de pequeñas variaciones establecidas por cada individuo anónimo dentro de las tendencias vestimentarias, convirtiendo los mandatos de la moda en una práctica colectiva accesible a cualquier presupuesto.<sup>460</sup>

Pero más allá del impacto psicológico sobre la mujer del común, específicamente en la definición de su independencia y autonomía como individuo, la reivindicación silenciosa mediante el uso del detalle, también le permitió hacer frente al creciente espíritu consumista promovido abiertamente por el *prêt-à-porter* y la moda unisexo. Si la primera tendencia significó la posibilidad de adoptar masivamente los trajes creados por una generación de diseñadores, quienes visualizaron en su popularización un mercado en crecimiento y una forma de trascender los confines de la alta costura, en el caso de la moda unisex fue el reflejo de las diferentes representaciones que empezaron a circular con respecto a los roles sexuales, en los cuales comenzó a evidenciarse con mayor fuerza una frontera difusa en las formas corporales establecidas para el hombre y la mujer. Así, la eliminación de la disyunción indumentaria entre los sexos se tradujo, como bien lo señaló Lipovetsky, en la inclusión parcial de la ropa masculina en la lógica de la moda y, por otra parte, en la adopción generalizada de elementos propios del vestuario masculino en la moda femenina (el pantalón, el jean, las botas, entre otros).

Si bien Lipovetsky afirmó que el *prêt-à-porter* fue el resultado de una serie de recursos (renovación de diseños cada año, accesorios y telas innovadores, entre otros) utilizados por los industriales para garantizar la originalidad de los diseños, su “plus” creativo, su

---

<sup>459</sup> Así obtendrá "SU traje no el de otra", Cómo transformar un traje. En: El Colombiano. Medellín, 8, enero, 1961, p. 11

<sup>460</sup> BARTHES, Roland. Sistema de la moda. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1978, pp. 210-211 y 219)

sello personalizado,<sup>461</sup> para la mujer del común la posibilidad de lucir un vestuario personalizado e individualizado estuvo limitado a los opciones y tendencias promovidas en el mercado, que estuvieron acordes con las novedades de la moda impuestas desde los grandes centros de la alta costura. En cuanto a la moda unisex, las barreras difusas entre ambos sexos no fueron totalizantes y generalizadas, en la medida en que surgieron nuevas diferenciaciones y pautas en el vestir regidas por la separación de las apariencias sexuales derivadas, en gran parte, de la permanencia dentro del sistema de representaciones de un tipo de mujer femenina y atractiva para el hombre.<sup>462</sup> Al respecto, la columnista Helen Hennesy destacó que la moda había sufrido un giro destinado a la reacomodación de las formas sexuales en el vestuario, especialmente, en los detalles propios de la silueta femenina (la cintura; la falda amplia y movable; las mangas largas y holgadas; los estampados de flores y cuadros), lo cual permitió hacerle frente a la gran similitud en los diseños que, desde años anteriores, definieron las tendencias de la moda femenina y masculina.<sup>463</sup>

No obstante, aun cuando el discurso de la prensa difundiera una versión democratizada de la moda, la realidad y algunos trazos en el discurso mostraron una dinámica diferente, en donde el vestido se convirtió en la forma más cotidiana de mostrar el lujo ostensible, en una versión más moderna del derroche ostensible que exhibió el poderío de las clases burguesas en la sociedad industrial.

Un siglo antes, Tolstein Veblen ya lo había anunciado en su libro *La teoría de la clase ociosa* (1899), cuando afirmó que las mujeres de las sociedades industriales al convertirse en objeto de consumo vicario, una subclase dedicada al ocio y al gasto ostensible de los bienes y riquezas de sus esposos, exhibieron ante la sociedad su situación pecuniaria a través del vestido. De esta forma, el vestido como prueba de este derroche ostensible fue confeccionado para acreditar que la usuaria no se dedicaba a ninguna especie de trabajo productivo. Así, con un vestido elegante se indicaba no solo la capacidad de consumir un

---

<sup>461</sup> LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 126-127

<sup>462</sup> Para Lipovetsky, la moda unisex no constituyó el punto culminante de la reivindicación de la igualdad entre los sexos, al menos en el campo de la moda. Esta acción progresiva e incuestionable en la moda, no tuvo como objetivo la eliminación radical de las apariencias entre ambos sexos, sino la asimilación de un dimorfismo sexual sutil en las prendas. La moda en su fase de democratización permitió la cohabitación de pequeñas oposiciones representadas en la distinción sexual de las formas, junto con un sistema de oposiciones mayores elaboradas a través de la propagación de las tendencias generales unisexo. IBID. pp. 146-147

<sup>463</sup> (Las jovencitas serán jovencitas de nuevo, El Colombiano, 28121967\_15)

valor relativamente grande, sino también se sugería la posibilidad de consumirlo sin producir, ajustándose a los patrones acreditados de gasto y reputación.<sup>464</sup>

Aún en plena década del sesenta, esta ley del consumo vicario del vestido se vio reflejada en un tipo de mujer que sobresalió no solo por su poder económico, sino también por su reconocimiento en el medio social: la mujer-ícono. Gracias a su labor desarrollada como figura representativa de la belleza y la elegancia, este prototipo de mujer se convirtió en el modelo ideal de muchas mujeres, en el cual se emuló la elegancia y la juventud, dos características promovidas fuertemente dentro del mundo de la moda en este periodo. Ellas y solo ellas fueron realmente quienes vivieron los mandatos de la moda en todo su esplendor, los dieron a conocer y los exhibieron ante el público con un estilo característico, siempre destacándose por su elegancia como prueba de su poder económico y sus orígenes sociales.

Las revistas de mujeres y las secciones femeninas de los periódicos supieron explotar esa cualidad que identificaba a las mujeres-íconos, hasta el punto de dedicar informes especiales donde los máximos jueces de la moda, los diseñadores y modistos, seleccionaban las figuras femeninas más destacadas en la esfera mundial por su elegancia y buen gusto. Como parte de este selecto grupo de mujeres-íconos, encabezó la lista Jacqueline Kennedy, elegida tres veces consecutivas la “primera dama de la moda” al representar un ideal de elegancia basado en la soltura y la naturalidad en el vestuario utilizado en las diferentes ocasiones del día. Pero esta característica no fue suficiente para hacer parte de este grupo de notables en el mundo de la moda. Además del principio del derroche y el ocio ostensible, un requisito esencial consistió en hacer gala de su riqueza y de su estatus socioeconómico a través de la adquisición de diferentes modelos de prestigiosas casas de modas ubicadas en París, la ciudad más representativa mundialmente en el campo de la elegancia femenina.

Así, dentro del rutilante mundo del confort y de riqueza se incluyeron nombres de importantes figuras de la nobleza y esposas de hombres con una ascendente carrera profesional en la política o en la economía, como la reina Sirikit de Tailandia; la señora Joseph P. Kennedy, madre del presidente Kennedy; la señora Charles Wrightsman,

---

<sup>464</sup> VEBLEN, Op. Cit., p. 173



esposa de un rico millonario petrolero; la princesa Lee Radziwill, hermana de la viuda del presidente Kennedy; Dina Merrill, Gloria Vanderbilt Cooper; la señora Alfred Vanderbilt; Anne Ford; Charlotte Ford; Jacqueline de Ribes de París; la condesa Aline Quintanilla de Madrid; Frederick Eberstadt, perteneciente a la alta sociedad de Nueva York e hija del poeta Ogden Nash; la baronesa Ernst Thyssen-Bornemisza de Lugano-Suiza; la mexicana Gloria Rubio de Guinness, esposa de un banquero internacional; Herve Alphan; la princesa Alejandra de Kent; la señora de Gianni Agnelli; la Vizcondesa Jacqueline de Ribes; la señora de John Barry Ryan, la señora de David Bruce y la emperatriz Farah de Irán, esposa del shad Mohamed Reza Pahlevi.<sup>465</sup>

El esplendor y magnetismo irradiado por las mujeres-ícono, también fueron promocionados en las revistas y las secciones femeninas a través de la imagen de consejera ideal encargada de sugerir las últimas y novedosas recomendaciones en el campo de la belleza y de la moda. Para desvanecer esa imagen de figuras casi “sobrenaturales” y extraordinarias, la clave consistió en la utilización de un lenguaje que procuraba generar cercanía y confianza entre las lectoras asiduas de las secciones femeninas. Reinas de belleza, actrices de Hollywood, esposas de hombres destacados, aparecieron en la publicidad y en algunos artículos de revistas femeninas, exponiendo al público general sus secretos mejor guardados para mantener ese magnetismo y atractivo revelado en su cuerpo y rostro. Aun cuando el discurso de la moda permitió cierto margen a las mujeres del común para decidir su vestuario según su gusto personal, en el fondo del asunto todo era cuestión de adoptar los consejos de las grandes divas y seguirlos al pie de la letra, para garantizar el poder de su atractivo entre los hombres, tal y como lo hicieron las reinas de belleza, las modelos o las famosas actrices.

El interés por generar la sensación de cercanía fue una constante en estos medios impresos y, para las lectoras de la ciudad esto fue posible, en mayor medida, mediante la promoción de una serie de figuras femeninas pertenecientes al mundo de la moda y de los reinados de belleza, que se encargaron de divulgar las ventajas de los diferentes productos destinados para las mujeres del común. Una mujer-ícono reconocida por su

---

<sup>465</sup>Las más elegantes del mundo y de Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Enero 22, 1962. no. 2321, pp.44-48; Jacqueline Kennedy es elegida “la primera dama de la moda”. En: El Colombiano. Medellín, 4, enero, 1963, pp. 1 y 15; Algunas de las mujeres mejor vestidas del mundo. En: El Colombiano. Medellín, 2, febrero, 1965, p. 17

belleza fue Stella Márquez, “Señorita Internacional”, quien haciendo gala de su porte y dominio corporal afirmó que su elegancia fue posible mediante la confección de sus vestidos con paños Vicuña. Por su parte, la revista *Cromos* en la selección de mujeres colombianas caracterizadas por su buen gusto y elegancia, privilegió a un grupo perteneciente a los estratos más altos de la sociedad capitalina, entre las cuales se incluyeron Maryluz Uribe de Holguín, esposa de Jorge Holguín Pombo y modelo profesional; Clemencia Calderón de Santos, esposa del jefe de redacción de *El Tiempo* Enrique Santos; Paulina Rueda de Jaramillo, casada con el doctor Bernardo Zuleta; Ana Bejarano de Uribe, esposa de Álvaro Uribe Rueda y estudiante de filosofía en la Universidad de los Andes; Cecilia Restrepo de Urrea, casada con Gonzalo Urrea y estudiante de filosofía en la Universidad de los Andes; María Elvira Herrera Camacho, hija de Guillermo Herrera Carrizosa y egresada de la Academia de Bellas Artes en Roma.<sup>466</sup>

Aunque la proximidad de este prototipo de mujer con el público femenino fue notoria en los medios impresos, su capacidad de atracción e interés estuvo centrada en el magnetismo generado gracias a su labor desarrollada en el mundo social. Su estatus y su elegancia solo fueron posibles al ser representantes de un mundo diferente al de las mujeres del común, un mundo soñado por muchas pero solo posible en la vida real para ellas. Por esta razón, los criterios para establecer la elegancia fueron ambiguos, porque aunque en el discurso de la moda se promocionó una posible democratización de este ideal, en el fondo la mujer-ícono conservó su carácter distintivo y único, como elemento diferenciador entre las clases sociales.<sup>467</sup>

Además del principio del derroche y el ocio ostensible, en ellas se hizo más palpable la tercera norma establecida por Veblen: la obligatoriedad de estar a la moda. Como producto de las grandes ciudades modernas que gozaron de la riqueza y movilidad social, las mujeres-ícono se convirtieron en las principales representantes de la elegancia femenina, porque siguieron las últimas novedades en la moda sin dejar de lado la combinación armoniosa de los colores y texturas, con la edad, la personalidad y los

---

<sup>466</sup>En 1962: las más elegantes. *En: Cromos*, Bogotá. Diciembre 24, 1962. no. 2369, pp. 37-42

<sup>467</sup>Para Jean Braudillard, el principio democrático de igualdad en las capacidades, responsabilidades y posibilidades sociales, traducido en el deseo generalizado de la consecución de bienes como la moda, el automóvil o la televisión, generó y popularizó una imagen de una democracia aparentemente concreta, la cual en realidad solo se limitó al plano formal. BAUDRILLARD, Jean. *La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras*. Barcelona: Plaza & Janés, 1974, p. 78

recursos económicos. La razón fundamental de este comportamiento se halló en su necesidad creciente de buscar una expresión estética agradable, acorde con el patrón aceptado en materia de costo establecido para las mujeres de los estratos sociales altos (consumo vicario).<sup>468</sup> Más allá de esta percepción, también las mujeres-ícono hicieron uso de la moda, con el fin de conservar esa capacidad de seducción y de atracción de los hombres.

Si las mujeres-ícono hicieron uso de la moda como una utilidad ostensible que puso en evidencia su estatus y poder socioeconómico, ella debió basarse en un patrón de cambio continuo y permanente, que le permitiera renovarse constantemente con el fin de cumplir a cabalidad con la ley del derroche ostensible. En la práctica, lo anterior se tradujo en la clara diferenciación entre el vestido viejo y el vestido nuevo, siendo este último el símbolo por excelencia del deseo de distinción a través de la novedad, lo actual, lo innovador; la negación de heredar una moda precedente, el triunfo del presente sobre el pasado.<sup>469</sup>

Los diseñadores fueron los artífices que supieron traducir este deseo de ostentación de las mujeres-ícono por medio de la moda. Como creadores de las últimas tendencias en el vestuario, fueron reconocidos en algunos sectores con las expresiones de “tiranos” y “magos misteriosos” al crear una moda “teórica”, casi inaccesible para la mayoría, pero posible para las mujeres-ícono, caracterizada por la incorporación de nuevas ecuaciones, reglas y bases sobre las cuales se definieron las tendencias que intentaron someter mediante imperativos obligatorios a estas “esclavas” de la moda, quienes aceptaban gustosamente estos mandatos gracias a su interés en seguir reinando en el mundo de la elegancia.<sup>470</sup> Bien lo señaló la columnista Huguette Godin cuando afirmó que la influencia

---

<sup>468</sup> VEBLEN, Op. Cit., p. 180

<sup>469</sup> IBID. p. 180

<sup>470</sup> Según Paul Yonnet, en la moda los hechos transcurren en tres períodos de diferente duración. En los ciclos breves localizó las modas con una existencia de algunas semanas a tres años (la maxifalda, la ultraminifalda); los ciclos medianos comprendieron las tendencias más o menos duraderas que regulan las modalidades de un uso (el acortamiento de la falda, la punta de los zapatos, la raya del pantalón). Finalmente, agrupó en los ciclos más largos, las adquisiciones culturales definitivas (el pantalón de origen popular, suplanta en el siglo XIX el antiguo calzón de los nobles). Por su parte, René Kónig consideró que frente al rumbo cambiante y efímero de la moda, auspiciada bajo el principio de la novedad que definió unos periodos breves basados en el cambio de las estaciones, el estilo correspondió a un ciclo de varias modas que lograron generar una forma duradera de vestuario durante un periodo de tiempo más o menos largo. Esto quiere decir que en determinadas circunstancias y períodos, las formas efímeras de la moda evolucionaron y se consolidaron hasta convertirse en formas duraderas de gran aceptación entre la sociedad. Por este motivo, es posible afirmar que la temporalidad de la moda no es un hecho limitado a un ciclo corto, sino también hace parte de una estructura que incluye ciclos largos y medianos (el estilo). YONNET, Paul. Juegos, modas y masas.

de los modistos y estilistas franceses en las mujeres era importante para definir un nuevo estilo en el cual se reflejaran los detalles más importantes de la elegancia.<sup>471</sup>

La imaginación de los diseñadores fue la carta de presentación que identificó sus creaciones, las cuales estuvieron sujetas a su capacidad para innovar y trascender las tendencias vigentes en cada temporada. Pese a la creciente ola de democratización y personalización que comenzó a promoverse en el mundo de la moda, aún en este periodo los diseñadores fueron los encargados de establecer las normas básicas para llevar un vestido, definiendo los parámetros para su uso (dónde, cuándo y cómo) a través de la evocación de temporalidades y espacios que, en muchas ocasiones, no coincidieron con la realidad de los lugares donde se impusieron en forma de “decretos”, creando aparentemente una sensación de cercanía y de espíritu moderno de sus usuarias con respecto a los grandes centros de la moda como París, New York y Roma.

Su pretensión máxima, posible mediante la imposición de unos dictados que sancionaron como un hecho negativo el vestuario *pasado de moda*, consistió en provocar en las mujeres una metamorfosis que desembocó en la creación de un prototipo de mujer, la mujer-ícono. ¿Cómo pudo lograr este objetivo si la mujer de esta década pretendió mantener cierto margen de individualidad en muchos aspectos de su vida, entre los cuales se hallaba la posibilidad de escoger su propio vestuario? La cuestión radicó en promocionar a través de la figura de la mujer-ícono un tipo de mujer, quien aparentemente tuvo cierto margen para decidir un vestuario acorde con la personalidad. No obstante, el discurso de la moda en el fondo procuró fomentar la imagen de una mujer atenta al cultivo de su feminidad, como parte de un culto ideado en función de los deseos masculinos. De ahí se derivaron dos imágenes femeninas que representaron los anhelos de los hombres en materia sexual: la “heroína de novela”, caracterizada por ser una mujer refinada, interesante, discreta y, la “femme fatale”, el sueño de muchos hombres que deseaban una mujer provocadora, atractiva, sensual, segura de sí misma, capaz de convertir en imperativo su capacidad de seducción.

---

Barcelona: Gedisa, 1988, p. 225 y KÓNIG, René. Sociología de la moda. Barcelona: A. Redondo editor, 1972, pp. 20-24

<sup>471</sup>Cromos para ellas: Del peinado...al despeinado. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 28, 1960. no. 2266, p. 45

Ante la influencia avasallante de una moda creada a partir del capricho de los diseñadores o *fashion group*, la mujer-ícono se sometió a su reinado como si fuera una esclava de sus decretos, hasta el punto de “jugar” con su silueta y modificarla a su antojo. No en vano, algunos articulistas sentaron su posición ante el presunto dominio ejercido sobre este prototipo de mujeres, quienes gracias al influjo de los medios de comunicación, la publicidad y el cine, se convirtieron en los símbolos de referencia de la moda y la belleza de millares de mujeres del común en el mundo.

Si la esencia de la moda se centró en el cambio constante para conservar su espíritu de novedad, esto se tradujo en la búsqueda cada vez más extrema de nuevas innovaciones en el vestuario y accesorios que, en algunas ocasiones, rayaban con lo excesivo y extravagante. Al respecto, Beatriz de Vieco consideró que la moda era una “paradoja”, porque aunque “teatralizara” la vida de una sociedad cada vez “menos auténtica” gracias al influjo creciente del consumismo, en pocas ocasiones sus reflejos (el vestuario) fueron funcionales o utilitarios: “Es por esto que de antemano parece perdido todo juicioso intento por llamar a las mujeres a una rebelión contra la tiranía que dizque unos hombres implantan para morirse luego de la risa”.<sup>472</sup>

Una posición similar asumió Sofía Ospina de Navarro, quien afirmó que la moda ejercía sobre las mujeres un poder sobrehumano, casi irracional, dominante e incuestionable, orquestado desde tierras lejanas por los modistos, que no tuvieron reparos para ridiculizarlas aprovechándose del “atardimiento” femenino generado por su obsesión por el vestuario. Como representante de las normas de etiqueta y buen gusto, Ospina de Navarro criticó la actitud irracional e imprudente de muchas mujeres, especialmente las adultas, quienes adoptaron las nuevas tendencias sin tener presente los requisitos esenciales de la elegancia en el vestir: la edad, la personalidad y la figura física (peso y forma corporal): “¿Cómo puede ser natural que todas las mujeres tengamos que seguir la moda, si el hacerlo nos haría desempeñar un cómico papel en la sociedad? Naturalmente debemos procurar acercarnos a ella hasta donde sea posible, pero conservando siempre la distinción a que estamos obligadas”.<sup>473</sup>

---

<sup>472</sup>La mini, la maxi y la política. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 1, 1969. no. 2713, p. 34

<sup>473</sup>Las dictaduras. En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1960, pp. 3 y 15

Dentro de los comentarios relacionados con la presunta influencia de la moda sobre las mujeres, un tema que sobresalió al generar inquietud entre algunos columnistas fue la creciente popularización de la moda unisex entre las mujeres. Si para Beatriz de Vieco la “tiranía” de la moda eliminó casi totalmente las fronteras entre los sexos, para la columnista Hilda Pace de Restrepo el rumbo adquirido por las tendencias de vestuario en este periodo, estaba socavando la identidad corporal existente entre hombres y mujeres, hasta el punto de crear una uniformidad que incidía profundamente en el comportamiento de las personas, trastocando su rol definido según el sexo. En el caso de las mujeres, en el escenario de la moda terminaron siendo víctimas de la “caricaturización” que los diseñadores hicieron de su cuerpo a través de un vestuario contraproducente para la anatomía femenina, una acción con lo cual manifestaron un “profundo odio” y “desprecio” hacia ellas.

Quizás la prenda que más comentarios y críticas generó después del revuelo causado por la minifalda, fueron los pantalones femeninos en sus diferentes formas adquiridas, desde los modelos juveniles representados en leggings y jeans, hasta los diseños destinados para un público más adulto. Aún la influencia de las antiguas representaciones definió su uso para los diferentes espacios, siendo vetado este traje para los lugares citadinos donde el espíritu de la elegancia exigió la utilización de un vestuario que evocaba el eterno femenino.

La inclusión de esta prenda tradicionalmente masculina en el armario de la mujer, también despertó el interés entre algunos hombres que vieron con cierto recelo la pérdida de un símbolo por excelencia de su masculinidad. Para el periodista José Gers, columnista en *El Colombiano*, el pantalón femenino fastidiaba y ofendía la estética femenina, socavando la dignidad masculina como “reyes de la creación” al ser usado por un nuevo tipo de mujer que pretendía asumir un comportamiento antinatural para igualarse con el hombre.<sup>474</sup>

Frente al auge en el uso de las ropas masculinas por parte de las mujeres, el sector tradicional defensor de los ideales adoptados por la Iglesia y la moral burguesa, sentó su voz de alarma ante las posibles consecuencias derivadas de la utilización del pantalón. Su discurso se apoyó en las palabras del cardenal Giuseppe Siri, una importante figura de la

---

<sup>474</sup>Crónicas de José Gers: Mujeres empantalonadas. En: *El Colombiano*. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 3

institución eclesiástica católica en el mundo, quien fundamentado en argumentos psicológicos y morales, señaló los posibles efectos derivados de su popularización entre las mujeres. Aunque afirmó que esta prenda no constituía un “grave atentado contra la pulcritud” al cubrir adecuadamente a las mujeres, su posición se radicalizó cuando lo catalogó como el causante de múltiples problemas en el seno de familia, al alterarse las “líneas sustanciales de la naturaleza” y, por ende, las leyes divinas, eternas e inmutables, que establecieron una tajante división de los roles según los sexos. Como el vestuario fue la carta de presentación del hombre y la mujer, así como el símbolo por excelencia de su rol cumplido socialmente dentro de la sociedad tradicional, era claro que la alteración en esta materia se convertía en el primer paso para la degradación de la estructura familiar (hijos degenerados, hogares deshechos, la ola de suicidios):

Aunque el hombre evolucionará, porque Dios le ha dejado un vasto período de oscilación, las líneas "sustanciales de la naturaleza, y las líneas no menos básicas de las leyes eternas", jamás han sido transmutadas, no pueden cambiar, no tienen mutación alguna. Si eso pasa violados por la "premisa de vacuas insuflaciones filosóficas", se conjura los hechos de la naturaleza contra los mismos hechos violadores porque la experiencia ha demostrado que los pueblos que fuerzan la línea humana han pasado siempre "tremendas catástrofes".<sup>475</sup>

Las razones para justificar esta posición se centraron en que su uso generaba un “hábito” que afectaba a las mujeres en el plano psicológico, al alterar su “verdadera naturaleza” femenina, haciéndolas propensas a imitar los ademanes y el comportamiento del género masculino (la vigorosidad y la independencia). Su efecto directo y condicionante, que aparentemente desencadenaba una “reacción ante la feminidad”, en el fondo reveló cierta preocupación por la pérdida de la esencia femenina en su comportamiento, caracterizada por la ternura, la abnegación, la modestia, el recato. Por encima de lo anterior, también se denunció el cambio de su papel centrado en el cuidado de la familia y en la educación de los hijos, para incursionar en otros aspectos de la vida pública dominados anteriormente por los hombres. Como consecuencia de esta transformación, dos situaciones negativas

---

<sup>475</sup>Las mujeres con "calzones de hombre". En: El Colombiano. Medellín, 9, diciembre, 1960, p. 3

surgieron para hacer peligrar las relaciones entre ambos sexos y la estructura familiar. En el primer caso, se afirmó que la relación natural entre hombre y mujer se veía alterada y viciada, porque uno de sus principales elementos (la mujer) había sido opacado o anulado en su esencia por el cambio de hábito en su conducta. Esta “mutación del hábito”, consecuentemente, producía su degradación moral en cuanto perdía el pudor, un “sano temor” que actuaba en sus relaciones como “freno natural de los instintos naturales”, para adoptar un comportamiento marcado por la “simple sensualidad”. Y si el pudor desaparecía en las relaciones entre ambos sexos, las expectativas con respecto a la estabilidad familiar eran mínimas, al no existir una garantía moral por parte de las mujeres para continuar su labor educativa en la enseñanza de los valores tradicionales, cimentados en la división “natural” de los roles.<sup>476</sup>

En un contexto social marcado por la coexistencia de los valores tradicionales y los valores modernos, el revuelo causado por el uso de los pantalones femeninos fue solo el síntoma del conflicto entre ambas tendencias que marcaron la pauta en el comportamiento social asumido por las mujeres. El aparente cuestionamiento de los valores tradicionales y su consecuente trasmutación hacia unos valores influenciados por las tendencias modernas, generaron preocupación entre los sectores conservadores por los cambios en la estructura social y en los roles desempeñados tradicionalmente por los hombres y las mujeres. Como el discurso de la moda en mayor medida estuvo dirigido a un público femenino, la inquietud ocasionada entre estos sectores se centró en las posibles implicaciones sociales derivadas de la popularización de unas tendencias de la moda que mostraron nuevos prototipos de mujer procedentes de otras latitudes, quienes realizaban otras tareas diferentes a las tradicionalmente asignadas, y caminaban por un “mundo de libertades absolutas” que las convertía en objeto de pérdida para la sociedad.

Dentro de este contexto, dos mujeres aparecieron como símbolos de esta transformación: una mujer consciente de sus actos que ejercía una influencia devastadora sobre las otras mujeres, las mujeres del común, quienes inocentemente caían en sus redes y artimañas promocionadas abiertamente en la publicidad, el cine y la prensa. Aunque ambos prototipos mostraron las formas adquiridas del ser femenino en la era moderna, en el

---

<sup>476</sup>Las mujeres con "calzones de hombre". En: El Colombiano. Medellín. 9, diciembre, 1960, p. 3



fondo de este discurso predominó una figura ambigua femenina, en la cual apareció una mujer “víctima de la moda” quien, paradójicamente, también asumió un comportamiento consciente y calculador, reflejado en su interés por atraer el sexo masculino a través de la exhibición de su cuerpo.

La irracionalidad y proclividad de las mujeres del común hacia comportamientos cercanos a la inmoralidad, fue motivo de crítica entre algunos articulistas, quienes sentaron su inconformidad y descontento por la creciente influencia de la mujer-ícono en ellas, específicamente, en el campo de la liberalización y la desinhibición en la exposición de su cuerpo al “desnudo” ante los demás, dejando atrás los preceptos morales que condenaron esta acción de pecaminosa. Como consecuencia de este comportamiento, Conrado Betancur afirmó que las bases para el sostenimiento de los lazos conyugales (la integridad de la familia, la fe y el amor verdadero), estaban en peligro ante el detrimento en el comportamiento de las mujeres, quienes habían sido por muchos años la base para el sostenimiento del proyecto de la Iglesia Católica.

Para el presbítero Horacio Escobar, la inmodestia en el vestir tuvo sus orígenes en la falta de personalidad y de carácter de las mujeres del común. Apoyándose en el capítulo 56 de Isaías, donde se denunciaron los abusos en el “desnudismo femenino” y la “indecencia en el vestir”, el presbítero estableció una comparación entre las mujeres que llevaron con dignidad su papel en el hogar y las mujeres “esclavas de la moda”. Estas últimas fueron merecedoras del calificativo de “hembra”, porque conservaron un comportamiento instintivo y animalesco, en el cual afloraba fácilmente la lujuria hasta convertirse en “objetos de placer”. La prueba de esto estaba en la aceptación sin reparos de las nuevas tendencias de la moda que desnudaron su cuerpo; la adopción de un “tongoneo vulgar y sensual” y la actuación frívola y liviana en el porte, el hablar y el posar ante una cámara o un reinado de belleza.<sup>477</sup>

¿Cuáles fueron las causas de esta creciente desmoralización de la mujer actual? En el proceso de civilización influenciado por el “ímpetu del modernismo” y el “avallasamiento materialista”, la mujer descendió gradualmente de su “pedestal de respetabilidad”, pero de forma “degradatoria, indigna y alarmante”. Las razones para explicar este fenómeno se

---

<sup>477</sup>Lo bueno y lo malo: La mujer y la publicidad. En: El Colombiano. Medellín, 21, diciembre, 1963, p. 3

encontraron en el creciente influjo de la publicidad, que exhibía sin pudor cualquier parte del cuerpo femenino para resaltar las cualidades de los diferentes vestidos y accesorios femeninos, con el fin de incitar a las personas a comprarlo, asegurando el éxito de ese producto en el mercado. De esta aparente propagación del espíritu hedonista no se salvó ni la moda, la cual con sus diseños cada día minimizaba los tamaños de las prendas, exhibiendo partes del cuerpo femenino anteriormente cubiertas por el recato y modestia, hasta convertir a la mujer en un “instrumento grosero de procreación”. Desde esta posición, ella fue considerada una víctima del influjo creciente tanto de la publicidad y la moda, dos elementos capaces de hacer sucumbir a la mujer más digna, pudorosa, de “elevado coeficiente de espiritualidad”, diferente a las “Otras”, quienes estaban enfocadas en el plano material y hedonista.

Aunque su calificación como “esclavas de la moda” se justificó por la irracionalidad en su comportamiento, derivada de la influencia de esta filosofía hedonista que proclamaba el placer como supremo ideal de la vida, esto no fue suficiente excusa para liberarlas de su culpa al cometer tres pecados denunciados por el apóstol San Juan: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida: “El “vestido provocativo” hace parecer la mujer como una “muñeca dispuesta a la diversión”; por este motivo, se recomienda que la mujer se vista con dignidad cristiana si quieren infundir el respeto. El vestido se convierte así en una expresión de la belleza del arte infundido por el ideal de Cristo”.<sup>478</sup>

Curiosamente, ni la irracionalidad del comportamiento, ni la influencia de la filosofía hedonista, fueron las únicas razones para justificar el creciente interés femenino por los trajes. Para algunos columnistas, la presunta inocencia de las mujeres y su fragilidad ante los nuevos influjos de la moda, solo fueron pretextos que encubrieron su verdadera naturaleza marcada por su astucia y habilidad para conseguir su objetivo primordial: asegurar un buen futuro a través del matrimonio. En la columna la “Rúbrica de Jota”, la justificación se halló en la cinegética de la mujer, el arte por excelencia desarrollado por ella para “atrapar” o darle “cacería” al varón. En este sentido, el vestido se convirtió en el

---

<sup>478</sup>Una voz amiga: Hazte respetar. En: El Obrero Católico. Medellín, 25, mayo, 1961, p. 15

anzuelo perfecto para distraer e “imantar las retinas” del hombre, hasta el punto de provocar en éste una reacción inmediata para casarse.<sup>479</sup>

En conclusión, bien lo señaló Simón de Beauvoir cuando definió el traje como un elemento poseedor de un doble carácter: la indumentaria al ser utilizada para manifestar la “dignidad social de la mujer” (estándar de vida, fortuna, medio social), la convirtió en una especie de *res extensa* del hombre, una especie de objeto de lujo que exhibía el estatus social sostenido abiertamente por su principal proveedor económico. Desde un plano más personal, el vestuario se convirtió en el principal medio femenino para concretar su narcisismo, su ego, su ser, ante un mundo sujeto a la voluntad del otro. ¿De qué otra forma podía apropiarse de su propia persona cuando la sociedad, influenciada por esquemas andróginos, definió su papel como un alter ego del hombre, sin independencia y sin autonomía para decidir sobre su vida? El hecho de cuidar de su belleza corporal mediante la indumentaria, se constituyó en la única forma de expresar su ser, reivindicar su dominio sobre sí misma, aun frente a una realidad cimentada en los intereses masculinos que promovieron su enajenación individual. No en vano, ella comenzó a vestirse para mostrarse ante el Otro y obtener su reconocimiento, lo cual podía ser útil para iniciar su proceso de transformación de mujer-objeto a mujer-sujeto: “La ropa del hombre, como su cuerpo, debe señalar su trascendencia y no detener las miradas; la elegancia y la belleza no consisten para él en constituirse en objeto, por lo que normalmente no considera su apariencia como un reflejo de su ser”.<sup>480</sup>

---

<sup>479</sup>Rúbrica de Jota: Alza de precios y de faldas!, En: El Colombiano. Medellín, 29, enero, 1969, p. 5

<sup>480</sup>BEAUVOIR, Simone, El segundo sexo, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970, pp. 309-310

## 6. CONCLUSIONES

Tras siglos de un confinamiento impuesto por la sociedad y sus instituciones, en la década del sesenta la mujer prosiguió con mayor firmeza un nuevo camino hacia la construcción de su estatus como sujeto de derecho y de responsabilidades ante sí misma y ante el mundo social. Levantando cierto recelo entre las instituciones y sectores tradicionales, empezaron a allanar un camino iniciado en las décadas anteriores por unas cuantas que se atrevieron a desafiar los cánones vigentes en la sociedad, para incursionar con bastante dificultad en sectores antiguamente limitados a la “mano masculina” como la vida laboral, la universidad y la política.

La flexibilización en las trabas impuestas a las mujeres en la vida económica y social, estuvo acompañada de un proceso de transformación de su rol tradicional hacia un nuevo horizonte marcado por el aparente cambio en su forma de actuar, vivir y pensar. La mujer en la definición de su ser individual, con deseos y aspiraciones personales, comenzó a alejarse de una percepción casi totalizante de su ser como madre y esposa, figuras con la cuales se pretendió relegar su accionar a unas características impuestas socialmente que estuvieron asociadas a unos esquemas paternalistas de orígenes remotos. Esto significó la afirmación de su posición en el mundo, liberándose de las ataduras del poder impuestas por las normas sociales y morales, mediante su definición como un ser pensante y racional que podía acceder a la educación superior; asumir con mayor libertad una relación de pareja sin comprometerse a través del matrimonio; demandar métodos anticonceptivos; gozar placenteramente de unas relaciones sexuales; decidir con mayor autonomía e iniciativa sin depender de la autoridad representada en el esposo o los padres e incursionar en nuevos horizontes sociales y económicos, más allá del limitado mundo doméstico.

La prensa no fue ajena a este proceso de transformación de los roles femeninos y, bajo una mirada enfocada hacia el consumo, los periódicos *El Colombiano*, *Nosotras* y *El Obrero Católico*, así como la revistas *Cromos* y *Fabricato al día*, promocionaron conjuntamente las representaciones imbuidas bajo un espíritu moderno procedente de otras latitudes (Estados Unidos y Europa) y, las representaciones tradicionales,

aparentemente ancladas dentro de la estructura social, gracias a la labor desarrollada por la Iglesia y los sectores conservadores. Como reflejo de esta situación, la mujer apareció en la prensa representando diferentes roles (la mujer moderna, la mujer trabajadora, la tríada mujer-esposa, mujer-madre y mujer-ama de casa; la mujer modelo, la mujer reina, la mujer política, la mujer divorciada, la mujer soltera), en los cuales se hizo presente la ambivalencia de las representaciones dominantes en la sociedad, en la medida que su aparente liberación evidenciada en los nuevos roles desarrollados en el ámbito público se situaron también dentro de la relación marido-mujer.

Al interior de esta dinámica, los prototipos de la mujer moderna y mujer trabajadora aparecieron con mayor fuerza en el discurso de la moda, como productos de un fenómeno de larga duración ligado a las transformaciones económicas y sociales generadas, en gran medida, por la consolidación del proceso de industrialización en la ciudad y la consecuente ampliación del mercado laboral y de consumo. Aunque ambas figuras tuvieron un origen y unas características comunes, su existencia en el discurso de la moda también reveló la situación ambivalente de la mujer en el aspecto social y económico. Frente al modelo propuesto de mujer moderna, liberada de la responsabilidad del hogar e independiente de las decisiones de otras personas, se sobrepuso el prototipo de una mujer trabajadora, quien conciliaba sus intereses personales y económicos, con las virtudes propias de una mujer hogareña.

En el caso específico de la mujer moderna, su construcción fue producto de una imagen idealizada de la mujer promocionada en la prensa, que respondió a los cambios sociales y económicos generalizados con mayor amplitud en otras latitudes en la década del sesenta. Dentro de esta óptica, la mujer moderna se configuró como un prototipo femenino que tenía una voluntad suficiente para intentar romper con una tradición basada en los principios patriarcales, razón por la cual se caracterizó como un ser independiente, trabajador, seguro de sí mismo y deseoso de llevar una existencia paralela al hombre. A su vez, representó la superación de los tabúes que durante tantos siglos definieron su esencia individual sujeta a los designios del sexo masculino, como consecuencia de su naturaleza biológica.

Sin embargo, la existencia de una mujer liberada de las ataduras impuestas socialmente a su ser individual en el discurso, no se puede declarar como la prueba irrefutable de una transición radical en las representaciones acerca del mal llamado “sexo débil”. La realidad mostró una mujer que estaba ante el dilema de vivir según el rol tradicional circunscrito al hogar y la familia, y las nuevas perspectivas que se estaban propagando desde las décadas anteriores en los medios de comunicación y el cine, que mostraron un universo femenino compuesto de nuevas ocupaciones construidas a partir de su reafirmación como individuo.

Frente a esta situación, la mujer durante este periodo debió encontrar un equilibrio entre sus aspiraciones personales y los deberes del hogar y la maternidad, una situación que bien se encarnó en la figura de la mujer-trabajadora, el eslabón de una cadena que ligó las antiguas representaciones con los ideales modernos. Para romper con las normas instituidas durante tanto tiempo, una tarea titánica por los múltiples conflictos personales y sociales que afrontó como individuo, ella debió negociar con ambas tendencias asumiendo dos roles diferentes, para liberarse parcialmente de la carga impositiva de las instituciones tradicionales y del señalamiento social.

Las múltiples expectativas y contravenciones a las normas socialmente instituidas, hicieron de la mujer-trabajadora un tema sobresaliente en la prensa. De esta forma, se revelaron dos perspectivas que, una vez más, hicieron evidente la dicotomía entre las tendencias tradicional y moderna dominantes en la sociedad de Medellín. Desde una visión positiva, el trabajo femenino fue considerado como la única fuerza capaz de sacar a la mujer de su cotidianidad tradicional y de exigirle otras responsabilidades, sin soportar las imposiciones del sexo masculino, lo cual se tradujo en la modificación de los arquetipos tradicionales de la imagen del “amo”, para abrir la posibilidad de un intercambio de roles y espacios en el ambiente no solo laboral, sino también doméstico. Más allá de esta posición, la vida laboral al ser catalogada como una “magnífica escuela de lucidez”, le permitiría alcanzar la madurez y la racionalidad suficiente para emprender nuevos proyectos como individuo independiente.

Simultáneamente, la prensa también presentó la otra cara de la moneda al mostrar una mujer, quien a pesar de haber ingresado a un mundo dominado en el pasado por los

hombres, todavía continuaba atada a unas representaciones tradicionales que se replicaron en el mundo laboral tal como ocurrió en el espacio doméstico. Así, mientras la figura del jefe y los cargos más importantes de las empresas fueron ocupados por hombres, el personal dedicado a las labores de oficina y atención al público estuvo compuesto por mujeres, quienes tuvieron la misión de acompañar y complementar la labor desarrollada por sus superiores, mediante la realización de ciertos ejercicios mecánicos y la aplicación de su destreza comunicativa (escribir cartas y apuntes, contestar el teléfono, atender el público).

Por fuera del trabajo, las múltiples responsabilidades derivadas de la incursión femenina en el mundo laboral y profesional, no se tradujeron en la liberación de sus responsabilidades adquiridas en el hogar y la familia, una razón que explicó su poca disposición de tiempo para participar activamente en el mundo político. No en vano, su ingreso en la política se vio opacado, en gran medida, por la vigencia de estas representaciones tradicionales en la sociedad, las cuales limitaron su accionar al momento de las elecciones como votantes y acompañantes de los hombres en las diferentes campañas políticas.

Aunque la mayoría de los artículos periodísticos reconocieron el papel activo de la mujer en el mundo público, así como la necesidad “urgente” de su intervención dinámica en las actividades de la vida moderna para alcanzar las metas del bienestar colectivo, los prototipos de la mujer trabajadora y la mujer moderna, en esencia, revelaron cierta ambigüedad y temor por la posición radical que ellas pudieron adoptar con respecto al papel tradicional y los valores morales cimentados en el cristianismo. De esta manera, el sector conservador de la sociedad esperaba que la mujer asumiera una actitud reflexiva frente a las nuevas circunstancias, sin dejar de cumplir su “misión natural” y sin renunciar a su “legítimo derecho como “centro afectivo del hogar” y “espíritu modelador de la familia.

A partir de esta posición conservadora, tres roles femeninos aparecieron casi simultáneamente al establecerse la alianza matrimonial, como parte de un fenómeno que mostró el predominio de las representaciones tradicionales en el discurso de la moda: la mujer-esposa, la mujer ama de casa y la mujer-madre. Dentro de esta tendencia, la mujer además de ser una buena esposa y cumplir cabalmente con sus deberes conyugales

como apoyo moral de su esposo, estuvo comprometida a desarrollar su labor en el seno del hogar asumiendo los roles de ama de casa y madre de familia.

En el caso de la mujer ama de casa, su papel tradicional se transformó paulatinamente hacia la administración eficiente y racional de los recursos del hogar, como parte de un dispositivo moderno centrado en la racionalización de la vida doméstica. No obstante, la realidad de muchas amas de casa mostró un mundo limitado hacia el cumplimiento de los deseos ajenos, en pos del bienestar de los Otros (hijos y en el esposo), dejando al margen su realización personal como individuo autónomo. Caso similar ocurrió con la mujer-madre, un prototipo tradicional relacionado con la formación física y mental de las futuras generaciones, el cual fue considerado un auténtico estandarte de las normas y códigos morales instituidos por la Iglesia Católica.

Pero dentro una época marcada por las nuevas tendencias sociales procedentes de los modelos extranjeros de Estados Unidos y Europa, las jóvenes tuvieron la posibilidad de explorar otras alternativas diferentes al matrimonio, al menos en los años juveniles, sin sentirse relegadas en un segundo plano por su condición civil. Ante las figuras representativas que conformaron el trinomio de mujer-esposa, mujer-madre, mujer ama de casa, sigilosamente aparecieron en la prensa imágenes de mujeres que optaron por un tipo de vida diferente al matrimonio, simbolizados en la mujer-soltera. De esta forma, múltiples opciones surgieron como una forma de reivindicar su condición de mujer en cuanto ser individual y único, capaz de realizar sus sueños e ideales sin necesidad de asumir una condición impuesta socialmente en el tiempo. Esto a su vez se hizo extensivo para las mujeres-esposas, quienes optaron por divorciarse ante las dificultades maritales insuperables, una situación que les permitió distinguirse como actores dinámicos que dejaron de lado una actitud centrada en la resignación frente a las imposiciones morales y civiles tradicionalmente establecidas.

Contrariando parcialmente el prototipo de la mujer moderna, el discurso de la moda también construyó dos imágenes idealizadas de la mujer, que proyectaron en esencia la idea del eterno femenino para satisfacer no solo los deseos masculinos, sino también los anhelos de ellas: la mujer-modelo y la mujer-reina.

El prototipo de la mujer-modelo encarnó una forma modernizada de mujer originaria de la industria de la moda, utilizada por los creadores o “magnates de la moda” para exhibir con



soltura y elegancia sus últimas colecciones en los desfiles. Lo esencial de esta figura radicó en su rol destinado a la emulación de su belleza para-la-moda y no para-el-deseo-masculino, una variante un poco revolucionaria dentro de los cánones asignados a las mujeres del común, que exigieron sutilmente la conservación de su belleza física con el fin de satisfacer los deseos masculinos.

La mujer-reina, por su parte, fue el resultado de la conjunción de una serie de valores deseables dentro de una sociedad, enmarcados en las tendencias tradicionales y en las modernas que fueron propagadas, en gran medida, a través de los medios de comunicación y el cine. Por un lado, en este prototipo se encarnaron los valores cercanos al eterno femenino como la feminidad, la gracia y la elegancia, mientras por otra parte encarnó la voluptuosidad; la exaltación de la belleza física desde el rostro hasta la punta de los pies; la sensualidad propia de una época marcada por el hedonismo y el culto al cuerpo. No obstante, a diferencia de la mujer-modelo su designación como referente simbólico-femenino estuvo centrada no solo en su papel desarrollado para estimular el creciente mercado de bienes de consumo en los hogares, sino también en su vocación hacia la participación activa en los diferentes eventos sociales y de beneficencia. Así, la mujer-reina dentro de las representaciones sociales, se transformó lentamente en una figura mediadora entre las clases menos favorecidas y las clases altas, una “proveedora provisional” que ayudó a satisfacer momentáneamente algunas de las carencias más comunes de los ciudadanos desprotegidos.

A pesar de las diferencias existentes entre los diferentes prototipos femeninos promocionados en la prensa, todos ellos tuvieron en común su interés marcado por la aceptación de su corporalidad, como un elemento clave en la definición de su personalidad e individualidad.

El discurso de la moda no fue ajeno a esta situación. Discretamente y quizás bajo la influencia de las ideas emancipadoras que promovieron un cambio en el estatus político y social de la mujer, sus planteamientos procuraron reivindicar su poder como dueña de sí misma a través de las rutinas de belleza y la aplicación de las tendencias de la moda en el vestuario. Con un derroche de posibilidades y formas, la moda se convirtió aparentemente en la representación más cercana del proceso de democratización generado en el mundo moderno, dejando atrás la idea que la catalogó en un artificio limitado para ciertos estratos

sociales. Dentro de esta dinámica, el “modelo aristocrático” sostenido por las clases más poderosas en los siglos anteriores, fue sometido a un proceso paulatino de democratización, donde las ambiciones antes inalcanzables de las mujeres del común en esta materia (la elegancia y el buen gusto en el vestir), se convirtieron en una meta general que ya no estuvo supeditada a unos recursos económicos o una posición social. Por este motivo, el lenguaje utilizado como estrategia para diversificar y hacer más democrático este mundo, no solo se centró en el manejo racional de los recursos económicos, sino también en la posibilidad de diseñar y crear vestuarios acordes con la personalidad, la forma corporal, los intereses y gustos de cada individuo, pero sin olvidar los imperativos de la feminidad, la armonía, la sencillez, la comodidad, la practicidad y la elegancia. Así, cuando los recursos fueron escasos o el tiempo era limitado para aprender acerca del “arte de la costura”, la figura de la mujer-modista se convirtió en el mejor aliado de la mujer del común, un intermediario quien fue capaz de interpretar las variaciones más importantes en los diferentes patrones, sin olvidarse de las particularidades físicas e intereses personales de cada cliente.

Muy ligado a la democratización de las tendencias de la moda estuvo el fenómeno de la personalización del vestido, consistente en la adaptación de las últimas tendencias de la moda a las características físicas, gustos, actitudes, intereses y edad de la mujer. El punto de inicio de esta pretensión encontró su justificación en los nuevos valores ligados a las sociedades liberales del estadio de la producción y del consumo de masas, los cuales precipitaron la difusión de los valores hedonistas y la reivindicación del individuo como sujeto autónomo. Lo anterior permitió el ingreso de la moda en una nueva fase centrada en una “lógica individualista”, en donde el vestido dejó de ser un “signo de honorabilidad social” en este discurso, para convertirse en el símbolo de la nueva relación con el Otro, centrado en la seducción y en la valoración de sí mismo para agrandar y ser reconocido por las demás personas.

Dentro de esta tendencia, la mujer del común se convirtió aparentemente en un ser autónomo al tener “voz y voto” en la elección de su apariencia, siendo catalogados el traje y sus complementos como las mejores formas de expresar su ser individual y su personalidad, aún frente a la influencia avasalladora de los diseñadores quienes actuaban como jueces supremos en el mundo de la moda.

Con el advenimiento de las secciones femeninas y la publicidad de productos de belleza, también se produjo la apertura democrática hacia el culto a la belleza femenina, el cual se había reservado en el pasado sólo para los círculos sociales más importantes o para quienes fueran privilegiadas por un don divino desde su nacimiento. Se vislumbró así una nueva fase de la historia de la belleza, más democrática y mercantilista, caracterizada por la menor sujeción al “fatalismo de las imperfecciones estéticas”, gracias al auge de las prácticas transformadoras de la apariencia física.

La promoción de los ideales de belleza entre un gran público, hizo necesaria la utilización de recursos estilísticos y retóricos que generaron entre las mujeres cierta confianza, al utilizar un lenguaje directo, sencillo y con un tono de reclamo o de consejera amiga, aparentemente concedora de sus problemas y limitaciones como mujer. En el caso de la publicidad, su mensaje estuvo orientado en la búsqueda del éxito en las relaciones interpersonales. Desde esta posición, el concepto de belleza reclamó una supuesta “naturalidad”, entendida como la posibilidad de usar artificios y técnicas para mejorar su magnetismo. Esta naturalidad no residió en la posibilidad de ser la dueña de unos atributos físicos destinados inexorablemente por Dios, sino en una naturalidad enfocada en el lema “conócete a ti misma” que consagró el autorreconocimiento de las cualidades naturales, para obtener los mejores resultados a través de las técnicas cosméticas y las prácticas estéticas.

Bajo esta lógica, las prácticas rutinarias de belleza constituyeron una “retórica sacrificial” basada en unas normas del bienestar y de seducción femenina. Esto se tradujo en la valoración de unas acciones orientadas hacia el cuidado del cuerpo y la corrección de los defectos estéticos que pudieron “corromper” su visión ante los Otros, máximos jueces sometidos al mismo juego de relaciones dominadas por las nuevas representaciones que promocionaron la belleza física en todo su esplendor. Dentro de esta creciente tendencia enfocada en el lema “cuida tu cuerpo”, la renuncia al mejoramiento del perfil exterior a través de la utilización de ciertos recursos cosméticos y estéticos; el abandono del cuerpo en relación con la limpieza y la higiene, y la actitud negligente hacia los defectos estéticos, fueron considerados faltas graves que significaron para las mujeres el cierre de los numerosos caminos hacia la consecución de la felicidad personal, el buen estatus social y la fortuna.

Entonces, moda y belleza se entremezclaron en este discurso para poner en evidencia el proceso de desacralización del cuerpo femenino, como consecuencia de una serie de dinámicas temporales configuradas a partir de la Gran Guerra (la proclamación del individuo, la profesionalización de las actividades estéticas, el crecimiento y expansión de una industria cosmética y el fenómeno de individuación característico de las democracias modernas), en el seno de una sociedad que se debatió entre las posturas tradicionalistas impulsadas por la Iglesia, en las cuales se perpetuó su imagen que lo relacionó con una fuente de placer, sensualismo y de pecado, y las posturas hedonistas propias del espíritu moderno, que pretendieron otorgarle un reconocimiento diferente al cuerpo, en un principio como fundamento del bienestar del alma y posteriormente, como máxima expresión de la personalidad.

Esta tendencia hacia el autogobierno y dominio del cuerpo, permitió a las personas cierto margen de elección entre una gran variedad de productos y prácticas estéticas y cosméticas destinadas a suplir las necesidades del cuerpo y de la personalidad. Todo lo anterior tuvo amplias repercusiones, especialmente entre las mujeres, cuando un “voluntarismo reparador” y “constructivista” abrió la posibilidad de ser artífice de su propia existencia, tras siglos de ostracismo que la alejaron socialmente al ser considerada una extensión del hombre, sujeta a su voluntad y decisión.

Paradójicamente, la afirmación del yo personal por medio de la belleza física tuvo su contrapartida en la complacencia del Otro; en la búsqueda de su aceptación en el medio social donde se desarrollaron; en la salida de su anonimato hacia un medio social que reconocería su existencia. En el caso de las mujeres, después de muchos siglos de ser relegada en un segundo plano, tener la belleza física fue la puerta de entrada para hacer frente a un universo que antes había sido dominado por los hombres: el trabajo y la vida social. Así, la clave para obtener los numerosos beneficios promovidos por el hecho de ser dueña de sí misma se halló en la armonía física, que garantizaba su seguridad entre un mar de relaciones entabladas en el ajetreo exigido por la vida moderna.

Todas estas prerrogativas destinadas al cuidado del cuerpo, la conservación de la belleza y la emulación de las tendencias de la moda demostraron que, si bien la mujer comenzó a integrarse en el mundo público a través del trabajo y de su participación en el mundo

político, lo anterior no significó una ruptura total con el antiguo ideal femenino que destinó una parte de sus vidas hacia el cultivo de la feminidad, la personalidad y la belleza física.

No obstante, contrariando los planteamientos de Tolstein Veblen, quien afirmó la expansión de la escala de “reputación pecuniaria” en la sociedad industrial, y de Gilles Lipovetsky, que señaló la existencia de una era dominada por la lógica de producción-consumo-comunicación de masas en donde las rutinas de belleza y la moda se democratizaron, aun en la década del sesenta esta tendencia hacia la exaltación de la feminidad estuvo supeditada a la disponibilidad de tiempo y de recursos económicos entre las mujeres, una clara señal del consumo vicario y de la existencia de diferencias sociales en este campo.

Como parte de este fenómeno, las mujeres-ícono sobresalieron no solo por su poder económico, sino también por su reconocimiento dentro del medio social, gracias a su labor desarrollada como figura representativa de la belleza y la elegancia, dos características que las convirtieron en representantes de un mundo diferente al de las mujeres del común, un universo soñado por muchas pero solo posible en la vida real para ellas. Por esta razón, los criterios para establecer la elegancia fueron ambiguos, porque aunque el discurso de la moda promocionó la democratización de este ideal, en el fondo, la mujer-ícono conservó su carácter distintivo y único con respecto a las mujeres del común.

Esta ley del consumo vicario también se hizo extensiva hacia el campo de la belleza, en cuanto las rutinas y procedimientos estéticos siguieron siendo un tipo de prácticas concebidas especialmente para las mujeres de estratos altos, quienes contaron con el tiempo suficiente y la capacidad económica para hacerlo. Si bien las nuevas formas de ascenso social facilitaron para las mujeres de estratos bajos el acceso a las prácticas y productos estéticos, su accionar estuvo supeditado a la cantidad de recursos económicos que poseían y la disposición de tiempo libre, algo casi imposible para una mayoría que no tenía un empleo o debía sostener otros gastos destinados al hogar y la familia.

Aun cuando el discurso de la prensa difundiera una versión democratizada de la moda, la belleza y la integración femenina exitosa dentro de un mundo exterior dominado tradicionalmente por los hombres, la realidad mostró una dinámica diferente en donde el

ímpetu de las ideas renovadoras procedentes del mundo “moderno”, no arrasó definitivamente con las representaciones tradicionales sobre la mujer, al establecerse una especie de diálogo entre ambas tendencias. En este sentido, la misma mujer se encargará de servir como figura negociadora entre las prerrogativas y prohibiciones que ambas representaciones trajeron consigo, quizás con el fin de asegurar socialmente su reconocimiento como sujeto autónomo, evitando cambios radicales que consecuentemente podían agudizar el rechazo social y establece mayores prescripciones en su accionar. Así, paulatinamente este fenómeno de larga duración rendirá sus frutos en el mundo social, hasta consolidarse con mayor fuerza en la actualidad, trastocándose casi definitivamente los roles, las representaciones, las actitudes asumidas ambos géneros en el pasado.

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES PRIMARIAS

- PERIODICOS

*El Colombiano*

*El Obrero Católico*

*Nosotras*

Colección de Periódicos, Universidad de Antioquia

- REVISTAS

*Cromos*

*Fabricato al día*

Colección de Periódicos, Universidad de Antioquia

Colección Antioquia, Universidad de Antioquia

### FUENTES SECUNDARIAS

ANDERSON, Bonnie S. y ZÚNSSER, Judith P. Historia de las mujeres: Una historia propia, Barcelona: Ed. Crítica, 2009. 2V

ARAYA UMAÑA, Sandra. Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. San José de Costa Rica, FLACSO, 2000. 83 p.

ARIÑO VILLARROYA, Antonio. Ideologías, discursos y dominación. En: Revista Española de Investigaciones sociológicas, Madrid. Julio - Septiembre, 1997. no. 79, pp. 197-243

BARTHES, Roland. Sistema de la moda. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1978. 278 p.

BAUDELAIRE, Charles. El pintor de la vida moderna. Bogotá: Áncora Editores, 1995. 120 p.

BAUDRILLARD, Jean. La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras. Barcelona: Plaza & Janés, 1974. 278 p.

BEAUVOIR, Simone, El segundo sexo, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970.

BECHTEL, Guy. La carne, el diablo y el confesionario: El Kama Sutra de la Iglesia. Barcelona: Anaya & Mario Muchnile, 1997. 299 p.

BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas. La construcción social de la realidad. 15ª ed. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998. 233 p.

BOLÍVAR, Ingrid. El reinado de belleza: Descubrir la política en lo "natural". En: RUTTER-JENSEN, Chloe. Pasarela, pasarela: Escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza. Bogotá: Universidad Javeriana: 2005, p. 18 [en línea] [Consultado en: 12 de agosto, 2012] Disponible en Internet: <http://es.scribd.com/doc/7160420/Pas-Are-La>

BORNAY, Erika. Las hijas de Lilith. Madrid: Ediciones Cátedra, 1990. 404 p.

BOSCH, Esperanza y otros. Historia de la misoginia. Barcelona: Editorial Anthropos, 1999. 245 p.

BOTERO GÓMEZ, Fabio. Cien años de vida en Medellín. Medellín: Concejo de Medellín, 1994. 425 p.

BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina, 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000. 160 p

BUILES, Miguel Ángel. Cartas pastorales: 1924-1939. Medellín: Bedout, 1958. 319 p.

CAMACHO, Álvaro. Los años sesenta: una memoria personal. En: Revista de Estudios Sociales. Bogotá, No.33 (Agosto. 2009), pp. 70-78

CAPEL, Rosa María. Mujer y trabajo en el siglo XX. Madrid: Arco/Libros, 1999. 96 p.

CARRASQUILLA, Tomás, "Tonterías", en: CARRASQUILLA, Tomás. Obras completas de Tomás Carrasquilla, tomo II. Medellín: Bedout, 1978, pp. 745-759

CASTILLO GARCÍA, José y NARANJO GIRALDO, José. La comprensión de los grupos sociales: Imaginarios colectivos y representaciones sociales. En: Ánfora, Manizales. Diciembre, 2003-Julio, 2004. vol. 11, no. 18, pp. 146-160

CASTRO, Beatriz (comp.), La sociedad colombiana: Cifras y tendencias. Cali: Universidad del Valle, 2009. 423 p.

CELANESE COLOMBIANA S.A. Historia del traje en Colombia. s.d: Ediciones Sol y Luna, 1960

CEULEMANS, Mieke y otros. Imagen, papel y condición de la mujer en los medios de comunicación [en línea]. París: Organización de las Naciones de las Unidas, 1980. [Consultado 5 de Mayo, 2012]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001343/134358so.pdf>

CHARTIER, Roger. El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural. 5ª ed., Barcelona: Gedisa, 2002. 276 p.

CHOZA, Jacinto. Estética y moda. En: Contraste. Revista Interdisciplinar de Filosofía, Málaga. Enero, 2000. vol. V, pp. 23-41



CORBIN, Alain. El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 252 p.

CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina. El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales, 2006

DANE. Anuario Estadístico de Medellín (diferentes años: 1960-1970)

DANE.III censo industrial 1970.Bogotá: DANE, 1976. 111 p.

DANE. Medellín en cifras. Ciudad tricentenaria. Bogotá: DANE, 1976, pp. 174-182

DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*, Tomos I (*El Arte de Hacer*) y II (*Habitar, cocinar*), México, Universidad Iberoamericana, 1999

DÍAZ DÍAZ, Celina. La moda en Santander: 1850-1930. Bucaramanga, Editorial UNAB, 2004. 141 p.

DIGGINS, John Patrick. Thorstein Veblen: Teórico de la clase ociosa, 2ª ed. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003. 437 p.

DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo y CUBILLOS VERGARA, M. Carolina. Un panorama de las historias de las culturas en Colombia. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, pp. 13-45

DOMÍNGUEZ RENDÓN, Raúl Alberto. Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín: 1900-1930. Medellín, ITM, 2004. 228 p.

DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003

ENTWISTLE, Joanne. El cuerpo y la moda. Barcelona: Paidós, 2002. 209 p.

ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo. Lo imaginario: Entre las ciencias sociales y la Historia. Medellín: Editorial EAFIT, 2000. 154 p.

ESPINAL PÉREZ, Cruz Elena y RAMIREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Cuerpo civil, controles y regulaciones: Medellín, 1950. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006. 148 p.

FARRE, Luis. Tomás de Aquino y el neoplatonismo: Ensayo histórico y doctrinal. Buenos Aires: Instituto de Filosofía/Universidad Nacional de la Plata, 1966. 131 p.

FOUCAULT, Michel. Seguridad, territorio, población. México, Fondo de Cultura Económica, 2006. 484 p.

GADAMER, Hans-Georg. La significación de la tradición humanística para las ciencias del espíritu". En: GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método, tomo I. 7ª ed. Salamanca: Editorial Sígueme, 1997

GAVARRÓN, Lola. La mística de la moda. Barcelona: Anagrama, 1989. 186 p.

GIRALDO GÓMEZ, Alicia. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. En: Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Medellín. Septiembre-  
Noviembre, 1987, vol. 38, no. 250. [en línea] [Consultado: 3 de agosto, 2012] Disponible  
en Internet: [http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11\\_306688912.pdf](http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11_306688912.pdf)

GOYES MORENO, Isabel. Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia. San Juan de Pasto:  
Universidad de Nariño, 2011. 252 p.

HOBBSAWM, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Editorial Crítica, 1995.  
614 p.

HOBBSAWN, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Crítica, 1996. 614 p.

JODELET, Denise. El otro, su construcción, su conocimiento. En: VALENCIA, Silvia.  
Representaciones sociales: Alteridad, epistemología y movimientos sociales.  
Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2006. 228 p.

\_\_\_\_\_. Pensamiento social e historicidad. En: Relaciones: Estudios de  
Historia y Sociedad, México. 2003. vol 24, no, 93, pp. 97-113

\_\_\_\_\_. Representaciones sociales: Contribución a un saber sociocultural sin  
fronteras. En: JODELET, Denise y GUERRERO TAPIA, Alfredo (coord.). Develando la  
cultura: Estudios en representaciones culturales. México: Facultad de Psicología de la  
Universidad Autónoma de México, 2000, pp. 7-30

KÓNIG, René. Sociología de la moda. Barcelona: A. Redondo editor, 1972. 233 p.

KORNBLIT, Ana Lía y PETRACCI, Mónica. Representaciones sociales: Una teoría  
metodológicamente pluralista. En: KORNBLIT, Ana Lía (coord.). Metodologías cualitativas  
en ciencias sociales: Modelos y procedimientos de análisis. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial  
Biblos, 2007, pp. 91-96

KÜNG, Hans. Grandes pensadores cristianos. Una pequeña introducción a la teología.  
Madrid: Trotta, 1995. 235 p.

LE BRETON, David. Antropología del cuerpo y modernidad. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial  
Nueva Visión, 1995. 254 p.

LEHNERT, Gertrud, *Historia de la moda del siglo XX*, Colonia, Könemann, 2000. 120 p.

LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación  
Colombiana para el Estudio de la Población, 1977. 394 p.

LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades  
modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994. 324 p.

\_\_\_\_\_. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999. 297 p.

LONDOÑO YEPES, Carlos. Origen y desarrollo de la industria textil en Colombia y Antioquia. Medellín: Centro de Investigaciones Económica de la Universidad de Antioquia, 1983. 65 p.

LOZANO ESTIVALIS, María. La maternidad en escena: Mujeres, reproducción y representación cultural. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006. 359 p.

LURIE, Alison. El lenguaje de la moda. Madrid: Paidós, 1994. 302 p.

MARAÑÓN, Gregorio. La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales. Santiago de Chile: Editorial Cultura, 1938. 264 p.

\_\_\_\_\_. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931. 250 p.

MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998. 244 p.

MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. La prisión del vestido: Aspectos sociales del traje en América. Bogotá: Ariel, 1995. 203 p.

\_\_\_\_\_. Un siglo de moda en Colombia: 1830-1930. Bogotá Fondo Cultural Cafetero, 1982. 30 p.

MAUPASSANT, Guy. Cuentos esenciales. Barcelona: Editorial Mondadori, 2008. 1260 p.

MILL, John y TAYLOR, Harriet. Ensayos sobre la igualdad de los sexos. Madrid: Machado Libros, 2000. 280 p.

MOLINA, Luis Fernando. Un empresario sin fronteras. Joaquín Urrea Urrea: vida y obra de un gran empresario con compromiso social. Medellín: Corporación Urrea Arbeláez, 2011. 241 p.

MONTAÑA MARIÑO, Antonio. Cultura del vestuario en Colombia: Antecedentes y un siglo de moda, 1830-1930. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1993. 40 p.

MONTENEGRO MARTÍNEZ, Augusto. Así vistió Colombia entre 1550 y 1950. Bogotá: s.n., 1993. 97 p.

MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009.vol. 8, no. 16, pp. 137-148

MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009, vol. 8, no. 16, pp. 137-148

MORRIS, Desmond. La mujer desnuda. Barcelona: Planeta, 2005. 328 p.

NARANJO GIRALDO, Gloria, Medellín en zonas: monografías Medellín: Corporación Región, 1992. [en línea].[Consultado 22 de Enero. 2012]. Disponible en Internet:[http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat\\_view/44-libros/64-1992](http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat_view/44-libros/64-1992)

NOGUERA, María Luz de. Vestido, moda y confecciones: Enciclopedia del Desarrollo Colombiano, Colección Fundadores, vol. IV. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1974. 294 p.

NUÑO DE LA ROSA, Laura. [Historia filosófica de la idea de forma orgánica: del hilemorfismo aristotélico a la microanatomía celular](#). Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005. [en línea] [Consultado en: 20 de agosto, 2012] Disponible en Internet: <http://www.gonzlezrecio.com/bionomos/textos/Publicaciones/LNuno/txt1.pdf>

NUÑO GÓMEZ, Laura (coord.). Mujeres: de lo privado a lo público. Madrid: Tecnos, 1999. 206 p.

OCAMPO, José Antonio y CÁRDENAS, Enrique (comp.) Industrialización y Estado en la América Latina: La leyenda negra de la posguerra. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003. 454 p.

OCHOA, Lila. Colombia es moda. Bogotá: Editorial Planeta, 2007. 239 p.

PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad. Bogotá: Universidad de los Andes, 1999. 399 p.

PÓVEDA, Gabriel. Historia económica de Colombia en el siglo XX. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2005. 790 p.

PROCLO. Elementos de Teología. Buenos Aires: Aguilar, 1965. 262 p.

¿Qué tanto sabes del bronceado?. Historia del Bronceado (parte 2). [en línea] [Consultado en: 28 de marzo, 2012). Disponible en Internet: <http://www.bronceado.com/que-tanto-sabes-de-bronceado/historia-del-bronceado-parte-2/>

QUINTERO GUTIÉRREZ, Luisa Fernanda. Breve esbozo de la moda colombiana entre los 50's y 70's: Un estudio de casos. Tesis Diseño textil. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Diseño, 1996

RAMÍREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Mujeres, política y feminismo en Colombia: 1930-1957. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, pp. 235-248

RESTREPO SANÍN, Juliana. Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962. Tesis de Magíster en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. 232 p.

REYES, Catalina y SAAVEDRA, María Claudia. Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX: Formas de asociación y participación sindical. Medellín: Escuela Nacional Sindical, 2005. 188 p.

RUÍZ GUADALAJARA, Juan Carlos. Representaciones colectivas, mentalidades e historia cultural: A propósito de Chartier y el mundo como representación. En: Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad, México. 2003. vol 24, no, 93, pp. 17-49

SADOUL, George. Historia del cine mundial: desde sus orígenes. México: Siglo XXI Editores, 1998. 828 p.

SEELING, Charlotte. Moda. El siglo de los diseñadores, 1900-1990. Barcelona: Könemann, 2000. 605 p.

SIMMEL, GEORG. Cultura femenina: Filosofía de la coquetería, lo masculino y lo femenino, filosofía de la moda. 6ª ed. México: Espasa/Calpe Mexicana, 1961. 143 p.

SQUICCIARINO, Nicola. El vestido habla. Consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria. 2ª ed., Madrid: Cátedra, 1986. 221 p.

TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta, 1986.

URIBE DE H., María Teresa y ÁLVAREZ, Jesús María. Cien años de prensa en Colombia: 1840-1940, 2ª ed. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002. 371 p.

VAN DIJK Teun. Ideología: Una aproximación multidisciplinaria. Barcelona: Ed. Gedisa, 2000. 473 p.

\_\_\_\_\_. El discurso como interacción en la sociedad. En: VAN DIJK, Teun (comp.). El discurso como interacción social: Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria. 2 ed. Barcelona: Gedisa, 2001. 460 p.

\_\_\_\_\_. La noticia como discurso: Comprensión, estructura y producción de la información. Barcelona: Paidós, 1990. 284 p.

VEBLEN, Thorstein. Teoría de la clase ociosa. Madrid: Fondo de la Cultura Económica, 2002. 406 p.

VELÁSQUEZ, Magdala (ed.). Las mujeres en la historia de Colombia. Bogotá: Norma, 1995

\_\_\_\_\_. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985. 253 p.

VIGARELLO, George. Historia de la belleza. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005. 267 p.

WILLS OBREGÓN, María Emma. Inclusión sin representación: La irrupción política de las mujeres en Colombia, 1970-2000. Bogotá: Editorial Norma, 2007. 398 p.

WODAK, Ruth y MEYER, Michael. Métodos de análisis crítico del discurso. Barcelona: Gedisa, 2003. 286 p.

YONNET, Paul. Juegos, modas y masas. Barcelona: Gedisa, 1988. 293 p.

## LISTADO DE CUADROS

	<b>Pág</b>
Cuadro 1 Medellín. Crecimiento demográfico, 1905-1973	53
Cuadro 2 Población económicamente activa según censos, 1938-1964	84
Cuadro 3 Rango de edad y sexo de los estudiantes Subregiones Antioquia en la Escuela Remington, 1952-1970	94

## LISTADO DE GRÁFICOS

	<b>Pág</b>
Gráfico 1 Actividades económicas por sectores en Medellín	85
Gráfico 2 Porcentajes de estudiantes matriculados en primaria: Zona urbana (1965-1971)	91
Gráfico 3 Porcentajes de estudiantes matriculados en primaria: Zona rural (1965-1971)	91
Gráfico 4 La enseñanza secundaria en Medellín entre 1959-1970	92



## LISTADO DE ILUSTRACIONES

	<b>Pág</b>
Ilustración 1 Anuncio de la Academia de Corte Americana	74
Ilustración 2 Anuncio de los cursos de Alta Costura en el Centro Colombo-Americano	75
Ilustración 3 Anuncio pantalones unisexo Wrangler	78
Ilustración 4 Anuncio Toallas Kotex	114
Ilustración 5 La mujer casada y su historia triste	134
Ilustración 6 Anuncio de Crema Hinds relacionado con la mujer trabajadora	143
Ilustración 7 Anuncio anticonceptivo femenino	179